
ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE

CELESTE.

NOVELA FANTÁSTICA.

> Je voudrais ne rien avoir à moi;... que la lumière ne me vînt que par tes yeux, comme ma pensée dérive de ta pensée; je ne craindrais plus de t' offenser en te renvoyant ainsi les reflets de ton âme, les mots de ton cœur le jour de ton jour, comme nous renvoyons à Dieu les contemplations dont il nourrit nos esprits. Je voudrais être tout toi!
>
> *H. de Balzac.* — SÉRAPHITA.

Precio: 9 Reales.

BARCELONA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE L. DOMENECH,
calle de Basea, número 30, principal.
1874.

CELESTE.

NOVELA FANTASTICA

POR

ENRIQUE LOSADA.

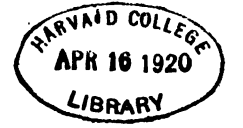
Putasne mortuus homo rursum vivat? Cunctis diebus, quibus nunc milito, expecto donec veniat immutatio mea.
Vocabis me et ego respondebo tibi;.....

(JOB.—CAP. XIV. VER. 14 Y 15.)

PUBLICADA POR LA S. B. P. D. E.

BARCELONA.

IMPRENTA DE LEOPOLDO DOMENECH
Calle de Basea, 30, principal.
1873.


HARVARD COLLEGE
APR 16 1920
LIBRARY

CELESTE.

NOVELA FANTASTICA.



INTRODUCCION.

> **Parvis resplendissants de la gloire céleste, demeures éternelles des esprits bienheureux, Saint des saints de la création, trône auguste de Celui qui est, ¡un vermisseaux pourait-il vous décrire! ...**
>
> *Charles Bonnet.*

I.

La luz, ese misterioso flúido del cielo, que apenas nos llega al oscuro rincon de nuestra cárcel inhospitalaria, bañaba, desnuda en su pura esencia, las variedades infinitas del profuso paisaje.

Nada habia opaco; rocas traslúcidas, en complicadas cristalizaciones, daban paso á veloces cascadas de éther, que se elevaba con ondas espumosas.

La vegetacion gigante crecia vertical, hasta perderse en el cielo, produciendo, con sus menudas é inteligentes ramificaciones, techos de dorada filigrana.

Todo armonizado; todo simétrico; todo colocado en su exacto lugar por la suprema inteligencia nivela-

dora. Ni un átomo se le escapaba; ni la más ligera trepidacion se percibia, sin hallarse indeciso el más ligero detalle; todos marchaban, sin vacilar, á su fin, por el camino más corto en la corriente creadora. Parecia aquello un inmenso cuadro mecánico, movido por las absolutas leyes de la perfecta armonía, para producir la perfecta belleza.

Era la hora correspondiente á nuestra noche, pero ¡qué noche!

El sol azul se habia hundido ya en el occidente, dejando al horizonte teñido con el último adios de sus resplandores, y el sol rojo, el inmenso sol rojo, anunciaba su próxima llegada, sonrosando el oriente con su fulgor incendiario.

El cielo de la luz fluctuaba, pues, entre dos crepúsculos, á cual mas bello, dejando el cuidado de hermosear la ligera noche á varias lunas, extendidas en él.

La una era blanca; de ese blanco luminoso que no hemos visto jamás, acostumbrados á llamar luz blanca á la amarilla de nuestro sol; los dos astros del dia, proyectando su luz en ella con colores complementarios, producian el blanco por doble reflexion.

A este solo fulgor pareceria la naturaleza cubierta de nieve; pero otra luna del color de la esmeralda verdeaba las sombras relativas de la primera, mientras pintaba sus contornos de purpúreos reflejos otra luna, semejante á un flamígero rubí.

Pero á un mundo tan dichoso, si bien se teñia de sus colores, no le hacia falta para alumbrarse la luz

del cielo; la electricidad de la atmósfera brillaba en caprichosos dibujos, como una extendida aurora boreal; los objetos relucian; los mares chispeaban; los séres fulguraban; todo arrojaba luz; todo era allí un faro inextinguible de resplandores formando una variedad innumerable de nuevos colores, desconocidos á nuestros ojos.

Aquello era un contínuo desbordamiento de luz, que, en confuso cáos, brillaba, proyectaba, refractaba, y en infinitos reflejos, en quebradas líneas, en divergentes rayos, alumbraba círculos concéntricos. extendia espirales sin límite, y, de simetría en simetría, no dejaba sin armonizar el menor detalle hasta llegar á la materia más densa, que era un humo fosforescente.

Para nuestra vista, concediéndole el poder de resistir su impresion, seria aquello una masa informe y deslumbrante de luz; mas, para sus habitantes, esta luz adquiria infinitas variedades simétricas, y era la más pura espresion de la armonía, en cuyas formas ya empezaba á rejir la absoluta belleza, la belleza matemática, formando el profuso paisaje, que hemos tratado de describir, reducido á nuestra diminuta escala....

Ah! desde que sé que este bello cuadro no es una quimera de la esperanza mentirosa, sino una intuicion brillante de la ciencia, me es molesta la luz de nuestro pobre dia, y los pálidos y amarillos rayos de nuestro sol se me hacen insoportables!!

II.

Envuelta en las gasas impalpables del fluido; rodeada, en torno, de sus misteriosos eflúvios, se hallaba Celeste, con la mirada fija en la inacabable inmensidad de los espacios.

Su cuerpo radiaba la luz de los espíritus, la fuerza del pensamiento, que se dilataba en eólicas vibraciones, poniendo en conmocion los mundos y los sistemas.

Escuchaba la música de los astros; el acorde concierto de la Creacion, convergiendo al foco del infinito en eterna plegaria.

Una elevacion, blanca y vaporosa como una nube, le servia de pedestal, y grupos fantásticos de formas acabadas y perfectas le rodeaban como á una Concepcion de Murillo.

Su mirada contemplaba la infinidad de estrellas, que á través del espacio se veian, como las arenas en el fondo de un lago cristalino, porque la luz de aquellos soles, sin dejar de ser intensa, al atravesar la ténue atmósfera, no era deslumbrante y dejaba á los astros lejanos, transparentarse en su cielo puro.

¡Qué dichosa era aquella criatura!

Su alma, voluntaria prisionera de un encantado paraíso, deshacia con una leve sacudida, sus flojas ligaduras para elevarse sobre el bello panorama de la Creacion. Luego volvia, llena de beatitud excelsa, á reposar de este viaje vertiginoso en su nido elevado,

como el nido de las águilas, y desde allí contemplaba los séres que cruzaban delante, empujados siempre por el vuelo del progreso. Caravanas errantes, esferas de espíritus, centros de inteligencias, formaban la procesion del tiempo, que marcha sin acabar por las sendas del espacio.

Celeste los miraba extasiada; el amor rodeaba su cuerpo, como una aureola fúlgida; en su frente ardia el fuego de la inspiracion; en sus ojos brillaba la luz de la inteligencia; en su pecho estallaba el entusiasmo...

III.

El hermoso ángel tendió su red simpática, por toda su radiante esfera de actividad; una bandada de séres, semejante á las aves emigradoras que buscan la primavera, pasó por su lado; y un pobre átomo de ella, el mas jóven, el mas inocente, cayó envuelto en la red misteriosa, mientras los demás desaparecieron, marchando al impulso del afan que les empujaba.

Celeste recojió con la atraccion de sus divinos ojos á aquel alma cautiva.

Era un hombre terrestre, que se dirijia otra vez á este mundo sublunar para continuar su viaje por la única senda que conocia del infinito; era una humilde alma, llena de sencillez candorosa, que temblaba, en su existencia imperceptible, ante la inmensidad del destino que la llamaba.

A la luz de Celeste, empezó á revolotear alegre, la

blanca mariposa, para quemarse en ella; pero, como aquel fuego, en vez de matar daba la vida, el antiguo habitante de nuestra tierra empezó á crecer á su abrigo, hasta llegar á hablarla.

—«Yo te adoro, la dijo; mi existencia ha llegado á respirar en la atmósfera de amor que te rodea, y anhela consagrarse á tí para siempre!»

Celeste se halló conturbada.

Un dardo venenoso habia lacerado su corazon, y su alma sentia un calor sofocante, de un parecido remoto al que sienten los amantes de la tierra.

Aquella alma errante aparecia á su vista cada vez mas bella, cada vez mas homogénea, y era que, embebida en su admiracion, la adornaba con sus mismos reflejos.

La fuerza atractiva, que empezó siendo afinidad, concluia aproximándose á la cohesion....

¡Leyes secretas del amor incógnito!

Celeste habia hecho sin querer, cautiva á aquel alma, y el alma concluia por cautivarla á ella!

IV.

En tanto que Celeste aumentaba su nuevo amor, una conmocion ligera alteró momentáneamente la armonía de los dichosos habitantes de aquel astro; seguramente, el equilibrio simpático se habia roto por alguno de sus puntos.

Atendiendo á este dolor desagradable, observaron

que les dolia en Celeste, y al instante supieron el extraño amor que lo causaba.

En seguida les transmitió Celeste esta cariñosa debilidad y el equilibrio volvió á establecerse, acojiendo entre todos á la terrestre alma.

Pero ay! aquel alma inferior debia ser arrojada del paraíso y la reclamaba el progreso, desde nuestro pobre astro.

¡Era preciso partir!

Llena de amor y de ternura, Celeste se despidió de ella con un beso, y este beso fué el que le empujó, con suave impulso, por los azules mares del espacio.

V.

Aquella sociedad de querubines siguió bebiendo vida en el manantial de la Creacion, pero bien pronto creyó sentir unas ténues oscilaciones desagradables.

Tambien era en Celeste. La ardorosa alma notaba un frio enervante, de un remoto parecido á lo que llamamos en este pobre mundo *mal de ausencia.*

No podia abandonar el cariñoso recuerdo del alma cautiva, que la cautivara, y pasaba los dias en contínua oracion para traerlo á su esfera.

El coro fraternal de los querubines se alzaba, luego, acompañando á la súplica, ante el trono augusto del Creador.

Pero la herida de Celeste era incurable y ya no podria vivir sin el amor de sus amores.

El sol rojo se apagaba á su vista; el bello sol azul

le parecia pálido y triste; los objetos ya no brillaban; la naturaleza languidecia en sus ojos, y era que juzgaba aun más hermosa al alma de su amado, que, aunque inocente y sencilla, llevaba impresa la semejanza de Dios, en el sello augusto de su creacion.

Una nueva necesidad habia aumentado en su vida; era, pues, preciso dar un nuevo impulso á su existencia.

Era preciso verle. ¡Era preciso partir!

Así lo comprendió la inteligencia de los querubines; dentro de ella, formuló Celeste el propósito de visitar á su amado con el pensamiento, sin dejar de ser parte de aquel todo, y al punto se precipitó, desde su elevacion fantástica, con lenta caida en el abismo del éther, siguiendo las huellas de su amado.

VI.

Celeste caminaba en busca de nuestro pobre mundo.... Dejémosla marchar; no abandonemos este hermosa planeta.

Quiénes son los séres venturosos que lo habitan? Qué hacen? En qué se ocupan? No se hallan reunidos en beatitud invariable ni en éxtasis perezoso.

Con el completo dominio de la fuerza vital del planeta en que moran y de todos los elementos naturales que les rodean, hablar de habitaciones, de trajes y de alimentos, al preguntar en qué se ocupan, seria una ignorante quimera que no nos permitimos.

A las necesidades materiales suceden las espiritua-

les, que se condensan y agrupan en la necesidad de saber más, siempre más.

Los habitantes de este mundo se ocupan en satisfacer esta última, contando para ello con los poderosos recursos de una naturaleza sumisa, una observacion exacta y una induccion maravillosa.

En cuanto á la forma de sus cuerpos, cuestion es esta muy difícil de entender no teniendo ni una base, ni siquiera un punto de apoyo, cuando la belleza corporal es en sí tan relativa.

Partamos, pues, de la única verdad, que se nos alcanza. «Una hotentote es mas fea que la mejor circasiana;» nadie podrá ponerlo en duda; aquí ya se vé algo de absoluto.

Pues bien; estableced una proporcion, tomando en una razon por términos sucesivos la mas fea hotentote y la mas bonita circasiana; poned por primer término de la segunda razon á esa belleza *inverosímil* que ha logrado apresar algun lienzo, é imaginaos (¡si podeis!) la cuarta proporcional.

Hé aquí nuestra incógnita..

Ella sería un reflejo de la belleza de estos séres dichosos, que no tienen mas código que la Moral, ni mas leyes que la Inteligencia, ni mas fin que el Amor.

Con esto está dicho todo; con esto se concibe su gobierno anárquico y absoluto, todos independientes y dependientes de todos; con mayor reciprocidad de relaciones, que la que existe entre las partes del organismo de nuestro cuerpo.

Con esto se concibe, en fin, el poderoso vuelo de su

armónico pensamiento, y la fuerza inmensa del amor de estos séres felices, que se unen verdaderamente; es decir, no para formar union, sino para formar unidad.

VII.

Al punto volvió Celeste de su etéreo viaje, postrada y lánguida como una herida paloma.

Su rostro revelaba una tristeza profundísima; era la primera vez que lloraba bajo aquella envoltura hermosa.

Tendió la vista.

Sus felices compañeros flotando en un lago flúido, meciéndose en su inmenso oleaje y perdiéndose por su transparente cristal con una impulsion dulcísima, semejaban esos grupos fantásticos de náyades y ondinas que soñaron los poetas, dibujados en un cristal luminoso con diáfanos colores. Otros subian por la atmósfera, fluctuando como una nube; otros resbalaban suavemente por una ligera superficie y todos se movian y agitaban, llenando el astro de entusiasmo, de animacion y de vida.

La presencia de Celeste les hizo oscilar, como una suave ráfaga al rozar con las flores.

—«¡Dios mio! les dijo: ¡en qué situacion lo encontré! mí corazon se conmueve.... Le he llamado y no me ha respondido; la memoria de lo pasado se borró del todo en su mente. Ya no me conoce; ya no me ama; ya no piensa; ya no quiere; ya apenas conserva conciencia de sí mismo!...».

La luz de lo Increado llegó hasta sus ojos y la voz del Eterno resonó en sus oidos.

Ella, y todos, le expresaron á ella, el divino mandato que copiaban del cielo:

—«¡Tu mision es rescatarle! decian. Vuelve pronto, pero ¡no vuelvas sola!!»

En aquellos acentos se envolvia el deseo de conquistar á la Felicidad más almas.

Celeste tendió otra vez la vista.

El sol rojo acababa de ocultarse en el ocaso; tan solo el azul alumbraba, desde el cénit, llenando la naturaleza de poéticos colores.

Celeste dió un adios prolongado á los demás querubines de aquel cielo; se envolvió en la luz del sol hermoso; contempló sus bellezas por última vez, y empezó á bajar, hundiéndose en el espacio, rodeada de una ligera atmósfera azulina.

Bajemos, tambien, nosotros; la profusa variedad de formas y de colores, va condensándose, poco á poco, en una masa de luz. Ya se distinguen confusamente los astros compañeros girando al rededor de los dos fulgentes soles; ya los planetas desaparecen, tambien, aniquilándose en la inmensidad de la distancia; y, al llegar á la tierra, al fin, ya no percibimos de tantos astros, de tantas luces, de tantas formas, de tan variados colores, sino una sola estrellita muy pequeña...

¡La *eta* de Perseo!

PRIMERA PARTE.

EN SEVILLA.

O primavera, gioventú dell' anno,
Bella madre di fiori,
D'erbe novelle, e di novelli amori..

Battista Guarini.
(Il Medèsimo.—Att. III.)

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

LA ORACION.

> Deja tu oracion para hacer el bien.—*Máxima china.*
>
> Preguntado Diógenes por lo que mas pesaba en el mundo, contestó: «Un ignorante.»....

«Madrid—Abril...

«Querida Evelina: Si la dicha de una amiga sirviera para alegrarnos, deberia estar muy contenta, cuando, al contrario, me hallo algo triste; con todo, puedes creer que cada vez te quiero más.»

»Yo misma no sé explicarme la causa de mi disgusto, pero, francamente, el corazon es algo egoista y nunca llega á alegrarse con la alegría de los otros.

»Tu eres feliz; has hallado una persona, que corresponda á tus sentimientos, y, cuando un alma halla otra alma, tiene en lo sucesivo más espacio para ensanchar y dilatar sus alegrías, y más rincones donde esconder sus penas.»

»Me escribes de un jóven elegante y buen mozo, y nada de sus bellezas morales me dices.»

»Esto me indica, querida mia, que dás acertadamente por supuesto, que las reune en alto grado, en el mero hecho de haber simpatizado contigo.»

»Ya lo comprendí desde luego, y me basta que tú le quieras, para que, tambien, me sea simpático, aun sin conocerle, lo mismo que el amigo suyo, del cual he oido elogios muy favorables.»

»Papá, al ver la animacion que, en medio de mi tristeza, me produjo tu carta, me ha propuesto un viaje á esa hermosa ciudad, para pasar algunos meses en tu compañía.»

»Yo no he querido responderle sin consultarte antes, porque tengo en mucho tu opinion y por que tu conoces muy bien mis distracciones favoritas.»

»Adios, querida amiga; no sabes lo que de tí se acuerda mi papá, pues aunque los lazos de la simpatía no le uniesen á tí, el oir tu nombre contínuamente de mi boca, le bastaria para quererte como te quiere tu amiga.—Encarnacion.»

Sevilla, la ciudad árabe, el vergel de Andalucía, el paraíso de España, acojia la anterior carta en su seno; y, mientras se sostenia en unas manos de nieve, unos hermosos ojos la leian.

Era una ninfa del Bétis; era Evelina.

Verdadero tipo de sevillana en que la gracia suple á la belleza, Evelina era fea y era bonita y no se la podia llamar ni bonita ni fea. Era fea, pero agradaba muchísimo, y era bonita pero no resistia el más ligero exámen estético.

Hay facciones que analizadas no valen nada, pero

que, en conjunto, armonizan tanto, que parecen bellas.

Nada tenia bello el rostro de Evelina y todo era bello. Su blancura no era una de esas blancuras orientales, que tanto contrastan con unos cabellos de ébano; era una palidez triste, de la cual habia huido el color de las rosas para ceder su belleza al color de las azucenas.

Evelina seria aun una niña si creciera bajo otro suelo menos ardiente que el del mediodia, donde todas son mujeres á los catorce años.

Reclinada en el barandado de piedra de un balcon y, teniendo al lado á su primo Cárlos, iban los dos analizando la carta que hemos copiado.

Escrita con una elegante y clara letra española, no podian hallarle en su revista severa, ni un rasgo mal trazado ni menos una falta de ortografía.

Omitimos los comentarios que siguieron despues, por escatimar renglones en este libro á la murmuracion infundada.

Ningun punto quedó por tocar; analizada la carta palabra por palabra, su marcada predisposicion iba sacando, defecto á defecto, casi tantos defectos como palabras.

Baste decir que el resultado de este exámen minucioso fué convenir, por unanimidad, en que Encarnacion era muy tonta, excesivamente ignorante, falta de trato, y propensa, siempre, con menoscabo de su dignidad, á rebajarse de su esfera.

Cárlos y Evelina se miraban con buenos ojos y de

todo sacaban motivo para expresar sus intenciones amorosas.

—Su pena consistirá acaso, decia el uno, en la envidia que te tiene.

—¡Ignoro en qué la funda! contestaba la otra, pero creo que tienes razon, porque ella es muy envidiosa.

—Sin duda la funda en eso que te pone, aludiendo á alguien á quien tú aprecias.

—No sé á quien se referirá; en la carta mia únicamente le hablaba de tí....

—Pues únicamente se referirá á mí; siento que te rebaje tanto.

—Vamos, Cárlos; no permito que digas eso; lo que á mí me entristece es que te suponga de tan mal gusto.

—¡Quién sabe! será que los niños y los tontos suelen decir la verdad algunas veces?

Al llegar aquí, Evelina bajó los ojos porque, en ocasiones, los ojos imprudentes suelen adelantar deseos que es preciso retener.

Cárlos continuó:

—Ese amigo del cual habla, será entonces Alfredo?

—De fijo, contestó la niña; por eso querrá venir, para conocerle.

—Contéstale que venga; verás como nos reimos.

—¡Hola! parece que deseas conocerla? No seré yo, pues te aprecio demasiado, quien te exponga á caer en los lazos de una tonta...

—Pero no dices que es tan fea?

—¡Sois los hombres tan caprichosos! Le contestaré que no venga...

—Pero, dado aun el caso de que fuera encantadora, á qué hombre podria seducir despues de haberte conocido?

—Vamos, primo, ménos palabras y más verdades.

—Pues bien; vas á convencerte de que no deseo verla; yo mismo te escribiré la carta.

Mucho agradó á Evelina esta proposicion, á juzgar por lo aprisa que colocó en un velador todo lo necesario para semejante escritura.

Sentado Cárlos, delante de un papel y con la pluma en la mano, se tocaba la frente, miraba al cielo, y se movia impaciente como un azogado, en busca de una idea perdida que parase en su cerebro.... pero, nada; no era la improvisacion su fuerte.

Cualquier otro en su lugar, delante de su pretendida, se hallara avergonzado y confuso.

Pero Cárlos era más despejado que todo esto, y, aún en los más apurados trances jamás se ponia confuso.

¡Es tan difícil establecer la confusion en el vacío!!

Al fin tuvo que ceder el puesto á Evelina que, aunque en costumbres se parecia á su primo, era en esto bien diferente.

En un momento trazó la carta.

«Amiga Encarnacion: Aparte de ciertos puntos de tu carta, en que me indicas ideas incomprensibles para mí, á las cuales no podria contestar por esto, relativamente á tu proyecto de venir á Sevilla, no atre-

viéndome á aconsejarte, deseo que suplan mi omision los siguientes datos:»

»El otro dia mismo, en el seno de esta sociedad burlona, en particular entre los jóvenes, oí expresar la poca simpatía que en ella inspiran las madrileñas, de las que decian que les faltaba gracia y que eran en general muy tontas.»

»Entonces me acordé de tí, y pues te aprecio mucho, sentiria exponerte á unos ratos de burla enlazados con otros ratos de aburrimiento.»

»En cuanto al amigo, á que pareces referirte, pronto va á cambiar de estado, con sentimiento de las más bellas sevillanas.»

»Ya vés que no puedes esperar tus distracciones favoritas.»

»Adios, querida amiga; siente mucho no poder armonizar su consejo con el deseo que tiene de abrazarte, tu amiga,

EVELINA.»

Esta carta fué muy celebrada entre los dos; se hallaba escrita con una letra inglesa, y tendida como la de un hombre.

—Cómo habrá tenido noticias de Alfredo? exclamó Cárlos.

—Alfredo es conocido en todas partes, contestó Evelina, y, por cierto, que me ha sorprendido muchísimo hoy una poesía suya en que se muestra completamente desesperado...

—Es extraño, porque acostumbra á escribir lo que siente; ese es su principal defecto.

—Pues lo que pone allí no creo que lo sienta; yo siempre le he conocido alegre, demasiado alegre; quizá esto sea su segundo defecto...

—Tampoco creo yo que tenga motivos para desesperarse; jóven, rico, sin padres ni tutores.... nada le falta.

—Voy á leértela; ya verás como tambien te extraña á tí.

Cárlos hizo entonces un esfuerzo para mostrarse complaciente, mientras Evelina, habiendo cogido un periódico, empezó á leer allí estos versos, con una correcta y admirable entonacion:

En unas ruinas.

«Salve, ruinas sagradas,
En tus piedras derribadas
Me complace el meditar;
Aquí del mundo apartado
Con el corazon helado
Mis penas vengo á llorar.»

«¿Qué es la vida! Solo un sueño
En que el hombre muestra empeño
De acibarar su dolor.
Es una breve agonía,
En que se lucha á porfía
Para encontrarla mayor.»

«Nacemos... Desde la cuna

Nos enseña la fortuna
Caminos donde sufrir...
La muerte acaba el camino,
Que es nuestro loco destino
Nacer, llorar y morir.»

«¿Para qué! No lo sabemos;
No, mortales, no intentemos
Tal misterio comprender.
¡Quizás en su seno encierra,
Con un puñado de tierra,
Los horrores del no ser!»

«¡Pobre pensamiento mio,
Brillando al temor sombrío,
Que siempre me hace sentir,
Tan solo al mirar la nada
En el rostro retratada
Del que acaba de morir!»

«¡Todo mentira!... deseos,
Imperiosos devaneos,
A que el hombre se humilló;
Enamorados sonidos,
Con que hirió nuestros oidos
La mujer que nos amó.»

«Lucha y afan de victoria,
Ensueños vanos de gloria
De inexplicable placer,

Seductoras ilusiones,
Recíprocas impresiones
Del amor á una mujer;»

«Átomos mil esparcidos,
En el cerebro perdidos,
Dichas, recuerdos, amor...
¡Materia! ¡materia impura,
Presa, mañana, segura
De gusano roedor!!....

. . . .

Aquí llegaban los versos y el aburrimiento de Cárlos iba á estallar, cuando apareció una señora de cabellos canos diciendo:

—Niños, á la oracion...

A esta voz los tres se dirijieron á un pequeño oratorio.

El marquès de la Vega, gotoso y enfermo, se hallaba tendido en un sillon arrinconado. La marquesa, la de los cabellos canos, hincó la rodilla en un almohadon, con reclinatorio, sacando un rosario de gruesas cuentas.

Su hija Evelina y su sobrino Cárlos se colocaron detrás y no muy distantes el uno del otro.

En último término se veian algunas personas de la servidumbre.

Hay quien dice que entre los nombres del Ave-María dejaba oir la señorita un nombre extraño, y que habia para Cárlos otra imágen más de su devocion, que la pequeña imágen colocada en el altar.

Concluyó el rosario y entonces la marquesa se levantó para cojer un libro de oraciones.

El marqués roncaba en su sillon; Cárlos y Evelina hablaban por lo bajo y se sonreian, pero poco alteró á la marquesa este cuadro, sin duda por estar muy acostumbrada á él. Así es, que lo único que hizo fué despertar á su esposo y llamar á los niños al órden, concluyendo por abrir el libro y leer la siguiente

Meditacion.

«La murmuracion es el arma más sangrienta de que se vale el demonio para perder á las criaturas, porque hiere al que se dirije y mata al que la maneja. La caridad nos manda no publicar las faltas de nuestros prójimos. Pidamos á Dios por la intercesion de su divina madre que nos libre de las malas lenguas y que contenga la nuestra.» Padre nuestro.»

Un contínuo murmullo siguió á la lectura de la marquesa que, una vez extinguido, continuó leyendo en otra página:

Lavatorio de los piës.

«Jesús se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, toma un lienzo, echa agua en una vacía, lava los pies de sus discípulos y los limpia con el lienzo. El solo lo hace todo. El Criador arrodillado á los pies de sus criaturas. ¿Sigo yo este ejemplo de humildad?» (1)

Padre nuestro.

---

(1) Es copia.

El anterior murmullo volvió á repetirse.

Un instante despues, un criado trasladaba de su sitio al marqués y los restantes se hallaban de pie, dándose las buenas noches.

Cárlos y Evelina volvieron á quedar solos, y el tema de su diálogo volvió á ser Encarnacion.

—¡Qué tonta és! repetia ella; mientras rezaba me estaba acordando de algunas ocasiones, en que me ha hecho poner colorada con sus disparates.

—En algun baile, quizás?

—No; no le gustan los bailes. Una vez fué en la iglesia. Estaba á disgusto, presidiendo la *mesa petitoria* en una funcion con otra señora y conmigo porque decia que *era un acto de orgullo á los ojos de Dios*; dos lacayos de pelucas blancas estaban situados detrás de nosotras; nuestros trajes eran de terciopelo y en la bandeja de plata casi todas las monedas eran de oro.

Pero una mujer de Lavapiés nos vió, y como esas mujeres odian á las *personas decentes*, tiró por humillarnos un cuarto, en medio del oro, como quien dá una limosna.

—¡Qué descaro! y no tenias allí ningun conocido que le diera una buena leccion?

—Estuve por arrojarlo al suelo, pero siéndome imposible, saqué de mi bolsillo una moneda de oro, á presencia de la mujer descarada, y la puse encima del cuarto, ocultándolo así en la bandeja.

—Bien hecho; fué un buen golpe.

—Pues Encarnacion se puso rabiosa, y sacó de

su bolsillo otro cuarto y lo colocó encima de mi moneda. Comprende lo corrida que quedaria. Era aquello retarme á una lucha, en que ella, cuarto á cuarto, y yo, de cinco en cinco duros, por mucho dinero que llevara el triunfo seria para la mujer de Lavapiés.

¡Qué vergüenza! Todos los jóvenes conocidos que nos miraban, se rieron entonces,... pero se rieron de ella, porque luego me dijeron á mí que estaba la razon de mi parte.

—No te guies por eso; pues lo mismo le dirian despues á ella.

—Pero, no llevaba yo la razon?

—Indudablemente.

—Créeme que no sé como no reñimos para siempre aquel dia.

El autor sí lo sabe; Encarnacion pertenecia á la alta aristocracia de Madrid, y le convenia á Evelina su amistad por muchos motivos.

—Otros dias, continuaba, yendo solas las dos con su aya, por imitar lo que hace la reina, se empeñaba en bajarse del carruaje y visitar á algun enfermo andrajoso en su bohardilla. Inútil es decirte que yo no accedia á tales caprichos y que ella subia sola con el lacayo.

—¡Quién sabe! quizá no se hallaria tan enfermo algunas veces el de la visita...

Evelina no hizo caso de aquel chiste de mal género.

Despues de esto siguieron hablando los dos primos

sobre un asunto bien diferente que copiarémos tan solo en su desenlace.

—El amor, exclamaba Cárlos, á una persona es independiente de la voluntad.

—Creo lo mismo; una persona que ama de veras tiene hasta derecho á ser amada.

—Nuestra recíproca simpatía nace de esa identidad de ideas que tenemos.

—Quién lo duda? si no fuera recíproca no seria simpatía.

—Y no podríamos cambiar esta palabra *simpatía* por otra mas dulce?

—¡Darle su verdadero sentido!.., ¿no es eso?...

Una agradable sonrisa de sus lábios fué la más bonita señal de asentimiento, con la cual los dos jóvenes iban á pronunciar la palabra *amor*, cuando sorprendiéndolos repentinamente la señora de los blancos cabellos, continuó Evelina sin inmutarse y con una amorosa táctica, admirable en su edad:

—Tienes razon, le dijo á Cárlos. Todo eso lo hace ella por hipocresía; pero, por lo demás, ni se confiesa á menudo, ni tiene aficion á las novenas...

—Hablais de Encarnacion? dijo la madre sorprendida de que dos jóvenes no hallaran para los dos, un tema algo más agradable.

—Le estaba contando lo tonta que era, le contestó Evelina.

—¡Ya está muy desacreditada en todo Madrid! ¡Pobre padre! ¡A él tan solo compadezco.

—Parece que es algo coqueta... añadió Cárlos.

—¡Pues no es nada lo que le gustan los hombres á la niña! Excede á toda comparacion.... hay quien dice...

—¡Cuenta! ¡cuenta!!

—¿Qué dicen? qué dicen?

—Hablemos de otra cosa, les contestó, no teniendo qué decir de Encarnacion; dónde empiezan mañana las cuarenta horas?

CAPÍTULO II.

—

EL RELATO.

> ¡Sólo!... si tu supieras qué amargura
> Esta palabra encierra, llorarias,
> Mi abandono, mi mal, mi desventura
> Y mi inmenso dolor comprenderías....
>
> *Octavas póstumas de* Espronceda.

—¡Cuántas cosas han ocurrido desde que no nos vemos! Cuenta, querido Alfredo, que yo dejo lo mio para lo último.

—No quieras saber nada, amigo Cárlos, de lo que á mí me acontece. Tal vez la amistad te haria entristecer, como el amor á mi alma...

—¿Hablas de veras? Noto cierta expresion en tu semblante que me extraña y me desagrada.... Bah! Acaso mujeres? Alguna aventura mal concluida... Es eso todo?...

—¡Todo!! Nunca quieras saberlo todo, porque te horrorizarias demasiado. Ya sabes tú, y perdona que te recuerde una historia tan contada, cómo fuí deshaciendo el dulce engaño de las creencias, con que nuestros pobres padres nos quieren ocultar todo el horror de la vida.

—¡Tú siempre romántico!

—Estudié, y la verdad espantable se ofreció á mi

estudio, en su triste desnudez, para corroborar mi escepticismo.

Estudié y ví la posibilidad de que aquellos átomos que, en el cerebro de mis padres, formaban y componian sus santos consejos, alimentando una cepa, y convertidos más tarde en vino, inspiraran en mi cerebro, despues, las impúdicas palabras, dirijidas en la orgía á una prostituta. Por todas partes ví una naturaleza egoista, grosera y brutal; la cantidad de vida no altera; de modo que el que crece, lo efectúa á costa de los otros.

La ridícula ley del embudo; esta es la ley natural.

Los peces grandes se comen á los pequeños; los ácidos fuertes desalojan á los débiles de sus combinaciones y los hombres poderosos avasallan á los infelices.

—Si todos fuéramos iguales, quieres decirme quién escojeria la carrera de lacayo?

—Y en tanto oia gritar á la Religion, simbolizada en personajes demasiado fúnebres y siniestros, para mentir esperanzas: hombre feliz; tú eres el rey de todo esto; tuya es la naturaleza entera; mundos, soles, inmensas estrellas invisibles, todo se ha hecho para tu servicio...

—En la bondad divina no hay nada imposible.

—Y mientras, el insecto despreciable zumbaba á mi oido, punzando mi piel, los animales todos molestaban á su titulado señor, y el sol benéfico achicharraba mi cabeza. Hé aquí al hombre; hé aquí al rey de la creacion, expuesto á pasar las noches desvelado por un solo mosquito...

—Hombre; eso es consecuencia del pecado original, pero, en cambio la Providencia...

—¡La Providencia! Has visto, alguna vez, á un pájaro en manos de un niño? Su voluntad caprichosa forma el destino del pobre animal. El niño forma su Providencia, que despues de divertirse un rato con él, se cansa y le dá la muerte. ¡Quién sabe si nosotros nos arrastramos en nuestro destino al capricho de otra fuerza más grande! ¡Quien sabe si servimos de diversion lo mismo que el pajarillo?

—Antes no te parecia tan malo el mundo...

—Ah! Tú lo sabes, querido Cárlos; yo habia reñido con la sociedad egoista, con el mundo grosero, con la naturaleza brutal. Un exceso de fósforo, acaso, aquí dentro de mi cerebro, ó una sobra de electricidad en él, alumbró una ilusion como alumbra las auroras boreales.

A él se ha concretado mi vida, mientras he presenciado las escenas y adversidades del mundo externo, con la impasibilidad de un espectador de una tragedia, hecha por cómicos de la legua. ¡Solo una vez tomé parte activa!

—Una vez? yo te he conocido muchas.

—Lo he tenido secreto. ¿Te acuerdas de la extraña manera con que nos volvimos á ver? Tú te acercaste insolente para desafiarme por una cuestion de amores, y yo, que no reconocia las reglas de la sociedad, en que vivo, te dije que no aceptaba, pues no habia razon para que muriera ni para que te matase. Me llamaste cobarde y no te hice caso y viendo, despues,

mi sangre fria y mi indiferencia, te causó admiracion y seguiste conmigo....

—A qué viene todo eso?

—A recordarte que luego nos encontramos en el Guadalquivir, en el momento de sumerjirse en el agua una desgraciada bañista. No habia buzo; la gente curiosa se hallaba impasible; estábamos, pues, los dos solos. Ahora se colmará la aspiracion del desafío; expongamos, te dije, nuestras vidas para salvar á esa infeliz...

—Yo no sabia nadar tan bien como tú...

—No te culpo. Tú me llamastes cobarde, pero al salir victorioso del agua, con aquella criatura angelical, no quise vengarme y nada te recordé. ¡Dios mio! Era tal la seduccion que me produjo aquel cuerpo casi inerte, que apenas podia sostenerlo en mis brazos, como quien sostiene un áscua de fuego.

La jóven volvió en sí; me miró con una dulzura, llena de encanto, y luego, al vestirse, ví en su humilde traje que era una hija del pueblo.

Sus padres me abrazaban con lágrimas en los ojos, y te confieso que jamás lloré, tan bien como entonces.

Desde aquel instante empecé á frecuentar la casa de María que, cada vez más amable y más agradecida, me parecia á mí más hermosa y más pura cada vez.

El amor de un ateo es el amor más volcánico y más impetuoso, entre todos los amores. El buen creyente tiene infinitos puntos donde esparcir el suyo;

pero, ella era únicamente el foco ardoroso de mis deseos, efecto, sin duda, del amor reconcentrado en un ser, que no reconocia mas cielo que el cielo de sus ojos...

Ella era mi dios, mi religion, mis deseos, mi aspiracion y mi vida. Y esta seduccion fué creciendo; áun hoy, sin porvenir y sin esperanza, me place el recordarla. Ella fué la que levantó en mi cabeza el desatinado pensamiento de completar mi buena accion y corresponder á tanto cariño, tomándola por esposa...

—¡Caramba! Estabas desesperado?

—Estaba ciego; yo me acordaba de *Graziella* y procuré ser menos ingrato que *Lamartine*. Soñaba que nuestra encantadora union, simbolizaria la union de la aristocracia con el pueblo, en un porvenir no muy lejano.

—Francamente, estabas loco....

—Loco de amores; te confieso que jamás me atormentaba, entonces, ese tinte oscuro de escepticismo, con que he bañado toda mi vida. Ay, Cárlos, ten paciencia, porque falta muy poco para que dejes de oirme. Yo creia, nécio y orgulloso, hacer feliz á aquella familia con mi peticion, como si la felicidad consistiese en el dinero. La pobre niña seguia con sus divinas miradas, pero una prueba de que yo no poseia su corazon, es que no sospeché el secreto que en su interior guardaba.

Ah! ¡virtud incomparable!... La desgraciada Maria, amaba con el delirio, de que solo ella es capaz, á otro hijo del pueblo, desde antes del acontecimiento del

Guadalquivir. Las dos generosas criaturas... ¡no lo querrás creer! habian concertado olvidarse, desde el momento que descubrieron mi amor y mis intenciones. Era tanto el agradecimiento de aquellos sencillos amantes, que se sacrificaron por no contrariar mis propósitos.

Ya te puedes imaginar la inmensa emocion que experimentaria cuando lo supe. Confuso, avergonzado y llorando, como ahora...

—Ay! qué niño! A qué vienen esas lágrimas?.... No seas original; enjúgate que te se va á reir la gente....

—Caí de rodillas á los pies de María, implorándole el perdon que tanto necesitaba mi conciencia. Yo mismo conduje á su casa al aturdido artesano; yo se lo presenté á sus padres, y fué tan tierna aquella escena que, si he sobrevivido á su impresion, aunque con vida ficticia, bien puedes asegurar que mi corazon es duro....

—Y no te la cedió aquel hombre, siquiera fuese por temporada?

—¡No me entiendes, querido Cárlos! Yo me despedí, entonces, de la familia, que habia constituido mi dicha por algun tiempo, y despues, á solas con María, le dije al huir: «yo te amo ¡yo te amo más que nunca! pero tú eres la vírgen de mis últimos amores, y es necesario que se cumpla mi suerte»... María no me debió comprender pero tan generosa emocion la embargaba, que exclamó; «No te vayas! ¡Alfredo! yo seré tuya!... Es verdad que amo, tambien, á otro ¡pero ya nos juntarémos los tres en el cielo!»

No te puedes figurar el efecto que, en mi desesperacion materialista, produjeron las palabras de un ángel que, todavía, soñaba con el cielo..... «¡Adios! grité entonces, procurando, luego, endulzar mi quebranto; volveré á verte y á admirarte, si es que apaga un milagro mi amor infructuoso», y un beso cáustico, sublime y abrasador, que aun arde en mis labios, es la única realidad que conservo de tantos amores...

—¡Bien! Ahora no pienses más en esa debilidad; tú verás cómo nos divertimos!...

—¡Ahora! ay, Cárlos; ahora la amo más que entonces, mucho más que nunca. Ahora, querido amigo, no hay remedio; no te canses en distraerme; quizá, lograras, tan solo, acibarar más mi agonía...

—Pues yo he sido más afortunado que tú. Te acuerdas de aquel tesoro que tú mismo me apresastes? La ingrata se nos escapó, pero ya tarde, para mi ventura; no para la de los demás que se quedaron con la ilusion.

—¡Un disparate que si conservara conciencia, siempre me remordería el alma!

—No he vuelto á saber más de ella, porque se mudaron de casa, que, sino, aun procuraria los medios para repetir el mismo disparate...

Pero, ahora soy otra cosa; ahora estoy enamorado de véras...

—Mira; te voy á dar un consejo desinteresado; el último quizás. Procura encontrar una mujer que te ame verdaderamente, y no te entregues á su amor hasta ver la posibilidad de realizarlo, y una vez vencidas

lasdificultades, no te ocupes del mundo para nada; ¡desprécialo! y si quieres vivir ama; el amor es la vida.

—Dificultades... ninguna: ella es de buena familia; de mi misma familia; pero este ligero tropiezo lo salvan en Roma, mediante una ligera suma; su fortuna es considerable; única hija; amable, bonita, graciosa... ¡todo lo tiene!

—Sí; ¡el amor es la vida! cuando se hace incompatible el amor con la existencia, no es un absurdo vivir?

—Tienes razon; yo me voy á dedicar al amor y á dejar los libros, que aun no hojeé por ventura, pues maldita la falta que me hacen para comer.

—Busca una mujer cuyo rostro no te repugne y cuya alma te satisfaga... ah, no, digo mal, ¡yo no creo en el alma!

—Se llama Evelina; nombre demasiado bonito para que lo estampara el calendario español... pero por qué vuelves á llorar?

—Ay, Cárlos; ¡no puedo resistir por más tiempo; en el grosero laboratorio de la vida, que llaman sociedad, soy arrojado, cómo un resíduo de sus combinaciones. Tengo una obligacion contraida con mi destino, y me es imposible dilatarla... Adios, querido Cárlos, que seas feliz con tu amor! Que consigas el ideal que yo no he conseguido, y permite que por última vez te la recuerde.... ¡La amo tanto!!...

—Adios, querido amigo; ya nos verémos; hasta luego!

—Hasta... nunca!!

CAPÍTULO III.

LA APARICION.

Es difícil de explicar un escalofrio que sólo se siente dos ó tres veces en la vida..... Eso es lo sublime; un goce en una pena.

Emilio Castelar.

El más árduo problema de la estética consiste, en mi concepto, en averiguar el secreto misterioso que constituye la belleza del dolor.

Sublime elegía, donde se envuelven nuestros pesares, es quizás esta belleza la mejor prueba de la dualidad del sér humano, en que á veces el espíritu sonríe, mientras los ojos lloran.

¿Será que cuando reñidos con el mundo, nos apartamos con lágrimas, al oscuro rincon de nuestra alma, escuchamos el coro de ángeles que nos esperan?

A esta mezcla incomprensible de la luz y las tinieblas, que forman un resplandor sombrío ó una sombra resplandeciente, ya la llamó un sábio antiguo *infiernos de gloria* y *paraisos de dolor*.

Así como el hierro al herir el pedernal saca chispas de luminoso fuego, así como el tomillo envuelve á la planta que la pisa en nubes de perfumado aroma, así como el agua al tropezar en el negro escollo lo oculta

con blanca y espumosa hermosura, es la naturaleza toda un eterno sacrificio, en que los ayes son notas de armonía, en que la víctima refleja su gloria hasta en el mismo verdugo.

Hé aquí como la poesía del dolor, tiene sus misterios impenetrables á la limitada razon del hombre que siente y que calla; hé aquí porque en nuestra comprension falible no sabemos si reir ó llorar cuando atravesamos una crísis ó experimentamos un cámbio; hay placeres que nos hastían, que nos duelen; y en cámbio, hay pesares, en que gozamos ébrios, en los cuales nos saciamos en el manantial de nuestras lágrimas, hasta apurar con sed ardiente, todo el placer del dolor!

No intentemos sondear estos misterios que esconden su belleza en su secreto mismo; quizá los áridos razonamientos destruirian nuestra ilusion, como destruyeron la mision alegórica del bello arco iris, reduciéndolo á la natural refraccion en unas gotas de agua.....

El dolor tiene tambien sus encantos.

La desesperacion halla tambien ignorados placeres.

Pero hay un abismo entre la tristeza melancólica y la horrible desesperacion, y este abismo inmenso que marca los límites de la estética del dolor, aun lo salva la poesía en su poderoso vuelo.

Ese vértigo neroniano, esa locura insensata de aquel terrible artista del crímen y del incendio, ese cielo negro recibiendo la rojiza cabellera de las llamas, en que se abrasa la ciudad eterna, esa sed devo-

radora del feróz Atila, que no basta á saciar un mar de sangre, forman un contraste desproporcional, en que el alma se desvanece, en que domina el délirio y la conciencia se disuelve en un mar de mónstruo entusiasmo tenebroso.

En cámbio, habeis visto el cadáver de alguna persona desconocida, cuando vivió, para vosotros?

Es una vista que hiela. Su inmóvil postura; su amarilla palidez al fúnebre reflejo de los cirios; su alterada fisonomía que no conocimos en vida, y que apenas nos puede ofrecer un contraste, impresionan en nuestra alma, para borrar nuestras impresiones, é ilusionan la fantasía para apagar las ilusiones nuestras.

Falta la animacion; faltan los colores; faltan los sonidos; ¡todo falta!

Hé aquí el cero de la estética.

El dolor sin impresiones, el dolor sin poesía; el feo dolor de la nada; en una palabra: la muerte.

Pero la desesperacion de Alfredo no era tan horrible; la desesperacion de Alfredo no era el cansancio de la muerte; no era una cobarde postracion de su alma; antes bien era un exceso de vida.

En nuestra efímera existencia, el espíritu y el cuerpo unidos, con mal prendidos lazos, se arrastran un momento en equilibrio inestable.

¡Ay de la vida terrenal cuando el alma, faltando á su contrato, dá suelta á la expansion haciendo que estalle su débil envoltura!.....

Los afectos y el cariño, son las válvulas de segu-

ridad de la ardiente caldera donde hierve el motor de nuestra vida, donde se agita el espíritu.

Una vez aquellas obstruidas; una vez rota la comunicacion con el mundo exterior, la catástrofe es inevitable. ¡Es necesario morir!

Alfredo habia reconcentrado toda la manifestacion de su alma en el amor de María.

Dios, religion, pátria, padres, familia, amigos, todo lo constituia para él, aquella pura mujer encantadora, sin que por esto enervaran (antes crecian), las fuerzas de su existencia.

Semejante centralizacion que marca un exceso de vida, formaba, sin embargo, un placer loco, ébrio, aturdido, ciego é impetuoso, que se mecia ignorante á la orilla del sepulcro.

Un solo lazo se corta con un solo golpe.

Difícil nos seria describir el estado en que se encontraba el alma de Alfredo.

Resuelto en su ánimo invariable á acabarse con el suicidio, ya no acariciaba ilusiones; solamente tocaba ya la realidad fria, y la realidad era un rewólver de cinco tiros, que llevaba en la mano.

En aquel instante en que iba á concluir su existencia, se presentaban, á darle el último adios al ser espirante, todos los recuerdos del pasado.

Eran un abismo de ideas apagadas, que contrastaban, mareaban y herian; eran negras nubes que se apiñaban para formar, en torno, la tormenta del alma.

Se hallaba en el campo, á solas con la naturaleza, alumbrada por la luna.

La blanca diosa, ascendia majestuosamente por el horizonte sin deshacer la densa niebla, por la cual se veia como á través de un velo.

Mil nubes plateadas con su fulgor divino, adornaban su carrera, formando, en círculo, un trono azul para la reina de la noche.

Ya semejaban el resplandeciente carro de fuego en que el profeta Elías subió al paraíso; ya parecian la guerra de los ángeles, donde los vencedores, encendidos con el reflejo de la gloria, arrojaban á los vencidos, oscuros, tenebrosos por detrás del horizonte; ya, en fin, la inmensa confusion de luces y de sombras, el caos primitivo en que la Creacion se envolvia.

Nada de esto veia Alfredo; los tonos de aquel cuadro eran demasiado suaves para que los comprendiera su alma.

Pero, poco á poco, las nubes que se revolvian en el horizonte, como gigantescos titanes que trataban de escalar el cielo, fueron subiendo en él, hasta hacerle fulgurar sus ígneos rayos.

Desapareció la luna; la tormenta arreciaba; el ronco trueno rodaba de nube en nube aumentando, sin cesar, su rujido pavoroso. Despues de cada relámpago era la oscuridad cada vez más densa, así como despues de cada trueno, era más sepulcral el silencio de la noche.

Alfredo, que entonces no hubiera entendido la más sublime música terrestre, se admiraba de lo armónico que resonaba en su desesperacion, aquel himno doloroso del cielo.

Todo ayudaba á su temerario propósito; todo era fúnebre y sombrío en derredor; todo armonizaba con los dolores de su alma, y en el negro fondo de sus recuerdos se destacaba la imágen de María, que sonriente y con la resignacion de una mártir le ocultaba su verdadero amor.

Tanta dignidad, tanta gratitud, tanta elevacion en una pobre ignorante, le confundian y le avergonzaban.

Pero mientras la vehemencia de su amor crecia, como crecia á sus ojos la hermosura de su adorada.

Habría de vivir luchando con dos deseos incompatibles que, creciendo los dos en la lucha, dejaban al pobre sér destrozado?

¡Ah! La suerte ya estaba echada.

¡Era necesario morir!

La luna se asomó un instante para alumbrar su agonía; Alfredo lanzó una mirada de despedida á la naturaleza; el rewólver brilló siniestro á su fulgor indeciso, y cerrando los ojos, todo el sér del amante se reconcentró, en su corazon, para morir abrazado con la llagada imágen que en él habia.

El tembloroso brazo suicida se alzó, cuando un relámpago súbito atravesó sus párpados, para herir sus pupilas. . . . .
. . . .
. . . .

¡Dios mio! ¿Sería un sueño? ¿sería una ficcion ilusoria? ¿sería una reminiscencia de su apagada esperanza?

Una conmocion eléctrica le hizo abrir aun los ojos.

Era un relámpago; era un contorno de luz; era una sombra; ¡era un ángel!!

Al principio vió un conjunto informe de luces, como quien sale de la oscuridad, y luego, poco á poco, fueron sus ojos dibujando los purísimos destellos de un ángel, las suaves curvas de una imágen femenil, la personificacion alegórica de la pura esencia virginal de los amores del cielo!

Lleno de admiracion dejó caer Alfredo el rewólver de su mano, mientras se figuraba que la aparicion aquella le detenia el brazo, en la actitud de aquel ángel que impidió á Abraham que consumara su sacrificio.

Todo esto pasó con la rapidez de un rayo.

Sobresaltado Alfredo al divisar lo mismo, enteramente lo mismo que un relámpago, tan peregrina belleza, miró en torno de sí y todo era oscuro; tan oscuro que le era imposible encontrar el rewólver que se le habia caido al suelo.

Se creyó juguete de una ilusion, pero bien pronto se convencia de la realidad al sentir aun en su brazo la impresion que le causara, al ser detenido.....

Algun viviente extraño se mezclaba sin duda en sus acciones, pero como no viera á nadie á su alrededor, pensando, por último, que se burlaban de él, empezó á gritar contrariado:

—¿Quién eres? ¿quién eres?

Y entonces pudo oir una voz divina formada en el seno mismo de la melodía, que murmuraba suspirando:

—¡Yo soy Celeste!!

Alfredo volvióse con rapidez hácia el lugar donde se produjo y sus encantados ojos dibujaron, otra vez, la silueta radiosa de una fantástica mujer preciosísima.

No sabemos qué le pasó entonces á Alfredo, ni por qué se iba olvidando, poco á poco, de recojer el rewólver.

Para formarse una idea del paulatino cámbio, que se verificó en su alma, fuera preciso formárnosla, aunque vaga, de la hermosura de su misteriosa aparecida.

Celeste era un ángel; su cabellera ondulante y tendida era rúbia como la del sol, y sus ojos eran azules, lucientes y bellos como el cielo; el color blanquísimo de su rostro era casi diáfano y á su lado palidecia la aérea gasa de un traje blanco tambien, tiñendo sus mejillas ténue y desvanecido el color de las rosas.

Estos colores eran mucho más puros que los que conocemos; no tenian la opacidad de la materia; eran como si los colores se salieran de los objetos á que están fijos y se agitáran transparentes en el áire.....

Alfredo la vió con el rostro divino inclinado al suelo, con los ojos fijos en sus ojos, con los purpúreos lábios, animados por una sonrisa celestial, y con las manos en el pecho, como queriendo sujetar un corazon que se escapaba hácia él, con sus latidos.

Sus piés no tocaban al suelo, porque en la hermosura que acababan la atraccion terrestre no ejercia ningun dominio, y mas bien como emblema que como auxiliar para elevarse, adornaban sus redondos hom-

bros dos diáfanas alas de mariposa, ténues y suaves como las alas de los céfiros.

Haced un esfuerzo de imaginacion para colocaros á su altura; figuráos la esencia de la mujer; el génio de la Estética, la personificacion de la esperanza.

No era una ninfa del paganismo; no era una hada de la edad media; no era un génio del oriente; ¡era un ángel cristiano!!...

¡Un ángel!.... la completa negacion de los afectos materiales, y la exaltacion completa de la pureza! de la pureza que, léjos de ser un vacío, es un lleno de amor, de armonía y de realidad.

El aturdido jóven no volvia á pensar ya en su proyectado suicidio; se hallaba magnetizado de tal modo que, si aquella vision se alejaba un poco, él avanzaba lo mismo, para igualar una distancia, que no podia acortar ni exceder.

Aquella voz, que tanto le habia impresionado, ahora salia de sus lábios purpurinos y se adornaba con la expresion de su rostro:

—«¿Qué intentabas hacer? exclamó al fin; ¿qué ignorante locura se habia apoderado de tu alma?

Vivir es ascender por la escala tendida que se apoya en los cielos; y el suicidio es arrojarse de la escala para sufrir y padecer el golpe y empezar de nuevo la trabajosa subida.

Si hubieras llevado á cabo tu proyecto, qué sería de tí, desventurado? ¿Qué sería de mí, sin volverté á ver, cuando te espero impaciente?

¡Dios mio! ¿Qué hubiera sido de los dos?»

Alfredo quiso hablar y no pudo. Sus ojos decian, en cámbio, lo que su lengua callaba.

—«Yo me postré de hinojos, continuó Celeste, ante el trono del Señor, para pedirle gracia, ¡Ah! Tú debes vivir aun en este mundo; tú no debias morir. ¡Dios te ha salvado!»

Fué tal la mágica seduccion de estas frases, que los ojos del jóven se inundaron en lágrimas, y el impío escéptico, el ateo materialista, el suicida desesperado, cayó de rodillas diciendo:

—¡Perdon, Dios mio; estaba ciego!

La imágen de la aparecida, radió más luz, entonces.....

—Pues bien, exclamó; ahora que sé que me prefieres á tus pasiones terrenales; ahora que Dios me lo permite, oye mi confesion:..... ¡Alfredo, yo te amo!!...

Él la escuchaba embebido, sin separar un instante sus ojos de sus ojos; ni un momento se habia ya fijado en pensar lo que habria de realidad en su extraña aventura, pero escuchando sus últimas palabras, la incertidumbre y la vacilacion ofuscaron su pensamiento.

—¡Ah! ¡Es un sueño sin duda! decia. No es posible tanta dicha al borde mismo del sepulcro!....

Y en tanto se tocaba el cuerpo para cerciorarse de que soñaba, y abriendo más los ojos hacia esfuerzos como para despertar.

Era el último esfuerzo que hacia en su obcecado espíritu la dura incredulidad de los ateos, que escede

en mucho á la de Santo Tomás de Aquino: ¡ver y no creer!....

Celeste lo comprendió así, é inspirada siempre por el cielo, se propuso concluir sus dudas con pruebas materiales.

—No sueñas, querido Alfredo, le dijo entonces; antes bien vés la realidad por primera vez en tu vida. Nunca has estado tan despierto.

Sus misteriosos colores se fueron condensando cada vez mas hasta perder su pura transparencia, y, mientras en su imágen se producia tal cámbio, sentó el pié en el suelo, como quien se apea de un carruaje, avanzando luego hácia Alfredo que la esperaba tembloroso.....

—No sueñas, querido Alfredo, repitió; desde hoy me verás todos los dias. Cuando hables esta noche con tus padres, á quienes hasta ahora no oístes, á causa de tu sordo materialismo, que los relegaba á la tumba, ese sueño tampoco será sueño. Él te dejará, aun, más pruebas materiales que las que yo te dejo.

Y diciendo esto, abrió sus brazos y estrechó á Alfredo contra su pecho en un abrazo tangible, fuertísimo, material, sofocador.....

El jóven abrió, tambien, los suyos, por los cuales resbaló al desprenderse no sin dejarse cojer una de sus manos blanquísimas, entre las manos de Alfredo, que la selló con sus lábios.

Aquella mano abrasaba y su ardor misterioso reemplazó en los lábios del jóven al ardor que María dejara en ellos con su beso de despedida.

La purísima Celeste contemplaba este agradable cámbio mientras se alejaba repitiendo:

—Adios Alfredo. ¡Yo te amo!....

. . . .

Y la fantástica figura, avanzando por el claro de los árboles, alzó su vista al cielo, y extendiendo sus brazos tráslucidos, semejante á una vírgen druida, evocando á la casta diosa, disipó con su mirada las negras nubes, donde la luna parecia esconderse, poco antes, horrorizada.

La oscuridad huyó por completo á la mirada mágica de aquel ángel, que deshaciéndose en el éther, se despidió de Alfredo con una fascinadora sonrisa.

Al dejarla de ver, quiso aun seguir su rastro en el cielo, adelantándose hasta donde estaba; pero, ya, nada se veia.....

Un inmenso árbol sobresalia en aquella vejetacion variada y gigante, y le servia á nuestro admirador de techo á través del cual pasaba la luz de la luna.

A lo léjos el Guadalquivir, puro espejo del cielo, guardando entre rayas argentinas el retrato de la reina de la noche, en fondo azul, se extendia silencioso, dormido en su lecho de arenas.

Nada interrumpia el silencio de la noche; únicamente se escuchaba ténue una suavísima armonía delicada, que unas veces asemejaba el arrullo de las palomas en su elevado albergue, otras el pequeño silbido con que entrelaza el ruiseñor sus cantos, y otras, en fin, el gemido del céfiro nocturno al besar rozando las hojas más altas de los árboles.....

Era un eco sin voz, era el casi imperceptible murmullo de una argentina música lejana, era un suspiro misterioso que se articulaba y repetia: ¡¡Te amo!!

CAPÍTULO IV.

UN SUEÑO.

¡Ah! No vuelvas, Señor, tu rostro airado
A un pecador contrito;
Yo abandoné, de lágrimas bañado,
La senda del delito.....

Ventura de la Vega.

Alfredo era un jóven de veinticinco años.

Su elevada estatura y sus expresivas facciones; su frente espaciosa, sus rizadas negras melenas y sus ojos grandes y sombríos, formaban, en su armonioso conjunto, esa hermosura varonil, que marca el verdadero tipo de artista, la agradable union del sentimiento y la inteligencia, del valor y la ternura.

Melancólico, como casi todos los génios en este mundo, y en contínua lucha con la sociedad, como extraño á ella, Alfredo era ya, en su juventud, todo lo que puede ser un grande artista: músico, pintor y poeta.

A pesar de afirmar muchas veces su posibilidad la historia, quizá alguno crea exajerada esta multiplicidad de disposiciones, pero, el que tal piense, comprenda que, no solo puede ser así, sino que no existe ningun pintor que no sea poeta, ni ningun músico

que no sea las dos cosas, porque así lo exige la unidad del arte.

Puede haber un poeta que, por carecer de oido, no sea músico, y un músico que, sin la habilidad material para pintor, no pueda serlo tampoco; péro, en la esencia, no lo dude el lector, la música es la poesía, la pintura es la poèsía, y la música y la poesía son la pintura; y todos los grandes artistas, músicos, pintores y poetas, son una misma cosa: séres superiores; y tienen un mismo nombre: génios.

Alfredo, al hacer su aparicion aquí abajo, se encontró con un mundo mezquino y una sociedad egoista.

Su contacto fué el que causó las heridas de su alma, que triste y desalentada, corria por todas partes y lo probaba todo, sin saber á qué atenerse, pero que, en medio de sus dolores, recordaba, de una manera vaga, una felicidad perdida que instintivamente buscaba con afan incansable, como busca el pecho de su madre el niño abandonado.

Murieron sus padres; se adormeció su recuerdo; y negó á la Providencia que, á su vez, le negaba sus primeros amores, y creyó que Dios, caso de existir, no le hubiera abandonado sin ningun delito.

No sabia que era él mismo el que se abandonaba, ni que constituyendo un castigo la llegada á este mundo, esta implica necesariamente un delito anterior.

A esto contestaria que no se acordaba de esas malas acciones de su supuesta preexistencia. ¿Qué más recuerdo que los malos instintos?

Sin Dios, sin Providencia y sin Religion, Alfredo arrastraba una desesperacion lenta, que iba consumiendo la manifestacion de su espíritu.

Vió goces y corrió tras ellos; vió mujeres y las siguió; pero al hallar en ellos y en ellas el hastío y la mentira, empezó por negarlo todo, y concluyó por renegar del mundo.

Su amor fué la locura; su lógica el absurdo; su ley el sarcasmo.

Pero, sin embargo, su corazon conservaba su primitiva pureza; por eso era artista y todos sus vicios tenian más apariencia que realidad. Alfredo no pecaba por instinto, pecaba por ignorancia.

Una voz secreta impulsaba á su corazon para las grandes acciones, en las que siempre se mostraba bueno, dejando su maldad únicamente para los hechos vulgares.

La historia de María lo atestiguaba.

Mas no sigamos su ejemplo; el mal siempre es malo, y á veces la falta más pequeña es causa de los más grandes trastornos. No basta tener buen corazon; es preciso rejirlo por la inteligencia hasta en las más nímias acciones.

Una escena de amor perdió á la España goda; la fabulosa Ilion tambien cuenta Homero que fué destruida por un ligero incidente, que todo el mundo sabe, repetido vulgarmente en nuestros dias con harta frecuencia.....

¿Sería acaso Don Rodrigo más culpable que los calaveras de nuestro tiempo? ¿Sería el jóven Páris

ménos digno de perdon que nuestros amantes contemporáneos?

Fuerza es rebajar la falta histórica de los unos, y aumentar mucho, muchísimo, la falta particular de los otros, ya que han sido las mismas sus acciones.

Alfredo mismo nos ofrece más ejemplos. La generosa accion que iba á producir su muerte no era, no podia ser, la causa de semejante mal; no basta tener buen corazon; es preciso creer en algo!

Seguiríamos estas consideraciones si no nos obligaran á adelantar los sucesos.

Demócrates lo dejó dicho:

«¡La ignorancia del bien, es la causa del mal!»

A Dios no llegan las ofensas, y Dios, léjos de abandonar á Alfredo por sus extravíos, le habia puesto más cerca los medios de salvacion.

El padre Alberto era un cura escepcional (y no se inmute el clero al pensar que me circunscribo á su clase, empleando la palabra *escepcional* como sinónimo de *bueno.)*

Despues de su misa, se retiraba á su casa pobre, donde en compañía de su hermana, pasaba el dia leyendo é instruyéndose hasta llegada la tárde en que solia dar un paseo, acompañado algunas veces de Alfredo.

Discípulo de Alberto Lista, el poeta sevillano, honra del clero, de las musas y de la ciencia, era aficionado tambien á la poesía y á las matemáticas, pero sus estudios favoritos eran la física y la química, ha-

biéndose logrado formar un gabinete y un laboratorio, que parecian incompatibles con su pobreza.

Nadie se explicaba el cómo un jóven ateo podia ser amigo de un sacerdote virtuoso, quizás por no poseer la clave misteriosa de las desconocidas leyes de la simpatía.

El padre Alberto era verdaderamente como un padre para el huérfano; se creia que Alfredo era digno de cariño por su corazon noble; juzgaba la palabra *ateo* muy fácil de borrar con una buena conciencia; pensaba que las buenas acciones forman lo principal, lo indispensable de las creencias; se imaginaba que con una moral buena, se salvaria el hereje, porque creia, en fin, á Dios, incapaz de incomodarse por tan poca cosa.....

En cámbio, en cuanto acabó su carrera se le borraron en su memoria (¡oh olvido involuntario!) las palabras *excomunion* y *anatema;* quizá tambien algunas otras.....

Este era el P. Alberto; lleno de caridad inagotable y de sabiduría profunda, pudiera decirse, con mucha verdad, aunque en tropos nada floridos, que su corazon era un horno y su cabeza una biblioteca.

Pero, abandonemos estos detalles, para contar el estado de Alfredo, cuando volvió á su casa, lleno de amor confuso.

Los ángeles, quizás, no tienen en cuenta nuestro débil organismo, al querer aproximarnos á sí, como á la luz las mariposas.

Era tal la estupefaccion de Alfredo, despues de

haber admirado á Celeste, que apenas conservaba un recuerdo preciso de su aparicion.

Solo veia su memoria entre la oscuridad de un olvido aparente, sus últimas palabras las cuales repetia como un eco: «¡yo te amo!»

Mas á pesar de esta confusion intelectual, rodeaba á su alma una atmósfera tan pura y tan enbalsamada, la envolvia un fulgor tan poético y tan resplandeciente que, poco á poco, se sentia elevar al mundo real de la esperanza.

¡Ah! no podemos figurarnos lo que es un corazon sensible, cuando despierta á una chispa eléctrica que lo conmueve.

No sabemos lo que es un alma grande, cuando se levanta de su letargo.

Ya es triste y apacible y serena como un paisaje de luna; ya es esplendorosa y radiante y alegre como un efecto de sol; ya es pura y sonriente y dulce como el reflejo de la aurora.

Un átomo, una impresion tan sólo, basta á romper el equilibrio inestable, del cual se desbordan las ideas por el rápido torrente de la imaginacion.

Cuán pequeño se vé entonces el mundo, al descubrir nuevos horizontes y nuevos cielos y más y más espacio, donde no cabe el alma!

La fantástica influencia que le abrasaba, traspasando los límites de la preocupacion, iba tomando el carácter de otra existencia unida á la suya.

¡Cuántos diálogos se hablaba consigo mismo!

El interior de su conciencia creia presentir en la

atmósfera embriagadora, por que cruzaba, los puros aromas de otra alma.

Moviéndose automáticos sus dos lábios, repetian contínuamente el mismo eco: «¡yo te amo!» y volvian á hacer siempre la misma pregunta: «¿quién eres?» y, entonces, atónito de sorpresa leia en las paredes, en el cielo, en la tierra, en donde quiera que fijase sus ojos, en todas partes:

—Soy una mujer que te ama; yo soy la enviada por Dios para velar por tí; yo soy Celeste.

Mudo y extático el impresionable jóven miraba este letrero, grabado en la retina, como las manchas de colores que vemos en todas partes cuando retiramos la vista del sol.

Abstraido en infinitas ideas, anduvo maquinalmente hasta su casa y se encerró en su gabinete.

Su alma necesitaba desahogarse, porque aun le sofocaba el estrecho abrazo de su hermosa aparecida, y viéndose sólo empezó á llorar con amargura.

Felices lágrimas de un sér que, sumido en el oscuro escepticismo, vé la consoladora penumbra del arrepentimiento.

Se acordaba entonces de sus padres, porque nadie deja de acordarse de sus padres, cuando se arrepiente de algo; llorando se acostó y llorando se quedó dormido.

¿Con quién habia de soñar?

La imágen de María habia desaparecido de su alma al brillar en ella la imágen de Celeste, como desaparecen la luna y las estrellas á la luz del sol, y para ver á esta última no necesitaba soñar.

Habia, en cámbio, otras imágenes grabadas en ella, que, aunque cubiertas antes por el polvo del olvido, aparecian entonces limpias con el llanto restaurador.

¡Las imágenes de sus padres!

Con ellos, solo con ellos, podia soñar.

En brazos de su madre, se hallaba tan feliz, era tanto su contento, que miraba con desprecio ó indiferencia todas las escenas que le habian causado algun placer, y que ahora cruzaban ante los dos, como por una linterna mágica.

Bailes, amores, orgías, ¡qué color tan apagado! ¡que atmósfera tan brumosa! ¡qué hastío tan grande!

Alfredo apartaba la vista de aquella fúnebre procesion de sus recuerdos, para mirar á su madre, cuya faz expresiva era su lenguaje único.

Pero, qué lenguaje! ¡Dios mio! Entre los muertos no se necesita hablar para entenderse.

Era tanto lo que comprendia en aquel silencio Alfredo, era tan puro el magnetismo de aquellas miradas, que, exaltado, nunca se sintió mas grande, y tan inmenso vió á Dios, entonces, que nunca se sintió mas pequeño.

—«Estás triste, madre mia!» la decia Alfredo, anhelando detener el raudal de lágrimas, que en aquellos ojos presentia...

Y las ideas de su madre penetraban en su sér, dándole cuenta confusa de su tristeza.

—«Ah! no te apenen mis maldades, madre del alma», continuaba el tierno hijo; «¡yo soy ya bueno!»

Pero el llanto iba enturbiando su vista, mientras su faz cariñosa tomaba la dolorosísima expresion de una tristeza suprema.....

El rauda. de lágrimas brotó; y, entonces, su hijo, bañada la cabeza ardorosa en aquel mar amargo, comprendió, idea por idea, toda la secreta hilacion de su pesar.

—«¿Y mi padre lo sabe?» exclamaba; y al nombrar á su padre, su padre aparecia, con el rostro grave como una acusacion á su hijo y con el alma llagada como un remordimiento.

—«¡Perdon! ¡perdon! padre mio, continuó; no sabia que tenia una hermana..... no sabia que era aquella á quien conduje á la deshonra. ¡Perdon! lo ignoraba todo!....»

Y los dos esposos se abrazaban entonces, queriéndose recíprocamente ocultar el rostro vergonzoso, en sus respectivas sombras.

—«¡Ah! qué desgraciados sois, padres queridos!.... mas no!..., Yo os salvaré; yo desvaneceré esa sombra que intercepta vuestro camino eterno.

Yo le devolveré la honra! ¡Os lo juro!»

. . . .

La linterna mágica del pasado se envolvia en la oscuridad y mientras se apagaban sus luces, las dos nobles imágenes, permanecian mudas contemplando á su hijo, que tampoco osaba hablar en la inmóvil absorcion en que yacian.

En éxtasis supremo se iba magnetizando con las miradas de sus padres; los ecos callaron; las tinieblas

reinaban al rededor, y aquel silencio le aturdia, y aquella oscuridad le deslumbraba.....

Poco despues despertó gritando: «¡padre mio! ¡madre mia!» y entonces, lleno de admiracion, se encontró á Celeste á la cabecera de su cama.

Aquello fué instantáneo; le prodigó una sonrisa purísima y dejó otra vez á oscuras al pobre Alfredo...

Sí; los ángeles no tienen en cuenta nuestro débil organismo, que en el amor exagerado nos hace morir de placer.

El alma de Alfredo saltaba entusiasmada, deseando romper sus flojas cadenas y abarcando el infinito espacio que lo llenaba con su amor.

Tambien saltó el cuerpo del lecho, en que habia dormido profundamente, para buscar por todas partes como un loco su vision encantadora.

—¡Celeste! ¡Celeste! gritaba llamándola; y abriendo un balcon que daba á su jardin, parecia que anhelaba escalar el espacio.

El enamorado jóven miraba al cielo, y veia escrito con azulados caractéres: ¡¡Celeste!!

Celeste, cantaban las aves, Celeste, escribian las nubes, Celeste, reflejaban las fuentes y Celeste, murmuraban las auras.

Sonrosando el oriente y tiñendo de púrpura las nubes, despertaba la naturaleza al primer reflejo de la alborada.

La flor de las acácias y el azahar, al juntarse con las rosas y los jazmines, elevaban al cielo una armonía de perfumes.

El suave fresco halagador de la mañana, fué volviéndole en sí, poco á poco, de su éxtasis abrasador.

Una vez completamente sereno, se acordó de que habia soñado la pasada noche que tenia una hermana, cuya existencia, que empezó antes del casamiento de sus padres que la ocultaban vergonzosos, no se la pudieron revelar al morir, porque murieron sin conocimiento.

¡Qué sueño más triste! Esta hermana era la misma que, sin conocerla, habia conducido á la deshonra, cuyo autor era Cárlos, habiéndoles librado un ángel, sin duda, de su amor incestuoso.

Habia soñado tambien que lo que no pudo revelarle su padre al morir, se lo reveló aquella noche, desde más allá de la tumba, diciéndole el sitio secreto en que se escondia el manuscrito que lo detallaba todo.

Alfredo lo recordó en seguida, y para convencerse de lo que hubiera de verdad en sus recuerdos se dirijió en una alcoba, con la precision de un sonámbulo natural á un arcon antiguo que conservaba de sus padres, y tirando con fuerza de un delgado liston, que formaba como el reborde del fondo, el liston cedió, y salió hácia fuera un cajon tan plano que casi parecia una tabla lisa.

Nadie podria figurarse que allí existia tan sencillo secreto, por lo que hasta entonces pasó desconocido.

De él sacó Alfredo los papeles que constituian todo lo que guardaba, y con ellos se retiró otra vez á su habitacion.

Aquel sueño no era sueño; tenia razon Celeste.

Una vez tranquilo y sosegado, tenia en sus manos Alfredo la prueba material de que era verdad lo que habia soñado, sin atreverse á leer aquellos papeles, que más tarde guardó en el bolsillo para dirijirse á casa del P. Alberto.

Lo sobrenatural le agobiaba con su peso y tenia necesidad de explayarse un poco en la vida comun, y de partir á medias sus impresiones con su único amigo.

Una duda le asaltaba.

¿Porqué no se les habia ocurrido revelarle todo aquello hasta entonces?

¡Ah! ¡pobres padres! Ellos se lo estaban diciendo contínuamente; la repeticion incesante de su relato formaba su castigo perpétuo.

Pero Alfredo no les escuchó hasta entonces. El materialismo más grosero tapaba sus oidos.

CAPÍTULO V.

DEUDA DEL ALMA. (*)

A MIS MUERTOS.

Confesaos los unos á los otros.
Máxima de Jesús.

I.

Guardo un recuerdo misterioso al abrigo del corazon, cuyo resplandor incierto y tímido brilla como una lámpara al alumbrar una tumba.

En el mudo y sacrosanto recogimiento del alma, cuando, agobiada por los pesares del mundo, se esconde en su interior secreto, oigo vibrar el apagado sonido de un eco lejanísimo, que me llama sin cesar á sus lugares ignotos.

Ah! mi alma es un cementerio que guardaba, con sombríos epitáfios, las víctimas sacrificadas en el ara del corazon.

Ah! mi corazon es un volcan apagado, de cuya lava petrificada huyó la vegetacion y huyó la vida.

El amor que sentia, pobre ave á quien robaron su

(*) Bien pudiera decirse, imitando al malogrado poeta del canto *A Teresa*, que el que no quiere leer este capítulo, puede saltarlo, seguro de que no tiene nada que ver con la accion interrumpida.

nido, no teniendo una rama en que posarse, voló á otras regiones en busca de calor; mi ilusion encantadora quedó un quadro incompleto y borroso, sin artista que la dibuje, sin colores que la concluyan.

Solo queda un desengaño donde se abisman las ideas; solo queda un pesar inmenso, turbulento, amargo, como el Occéano.

Nadie puede figurarse las horrorosas fantasmas que llegan á agruparse bajo un cráneo.

Ideas muertas, fetos sofocados, luces espirantes, sombras sin límite, y abismos sin fondo..... estos son los revueltos pliegues de mi cerebro mortal.

El corazon apagó la esperanza y en el alma se enfrian los recuerdos; el pasado remuerde, el presente hastía, el porvenir espanta!!...

II.

Hablo á los solitarios huérfanos, me dirijo á las viudas desamparadas, escribo para las madres cariñosas, cuyos débiles brazos se han dejado arrancar por la muerte un hijo de sus entrañas.

Los que cuentan gozosos y risueños al redor del hogar sus padres, sus hermanos y sus hijos, es inútil que me lean; no me entenderian.

Hablo el lenguaje del dolor. Mis palabras son para aquellos séres inválidos que, autómatas insensibles, verdaderos cuerpos sin alma, vegetan en el árido mundo de los recuerdos, como una palmera en mitad del desierto arenoso.

Yo soy, tambien, un ente fraccionario, dividido por el rayo del dolor, que carboniza las ideas y que electriza los pesares...

Y, como esos miembros de los reptiles que, aun separados del cuerpo, se agitan y saltan, empleo el resto que me queda de vida en llorar mi desventura.

Así he llorado algunos años hasta secarse el manantial de lágrimas que me alimentaba; así he visto cruzar insensible por mi razon las más tristes decepciones; así se reflejaba mi fantasía en un cristal infectado, oscuro, muerto, como el lago Asfaltite, formado en las cenizas del fuego destructor de la impura Pentápolis.... Seguiria siempre así?

III.

¡Imposible!!... los dias del escepticismo son contados, porque es un mal moral que, no viendo al fin á quien matar, concluye por suicidarse.

Las variaciones del año se corresponden con las manifestaciones del humano espíritu, como todas las variaciones de la vida se corresponden unas á otras.

Primero llega la primavera, despues el verano, más tarde el otoño, por fin el invierno y luego... otra vez la primavera.

Y el globo marcha con este hermoso círculo arrastrado por el sol, que quizá tambien encuentra en su movimiento la variedad de las estaciones de otro círculo más grande.

Primero llega la verde esperanza, brotando flores y

esparciendo aromas, despues la ilusion ardorosa, más tarde la realidad donde se sazonan los frutos, por fin el desengaño cubierto de nieve y luego... ¡otra vez la esperanza!

Sí; la vida es un misterioso círculo cada vez más grande.

Nacen las ilusiones de los deseos, encuéntranse en la realidad los desengaños; el fin de las realidades, la obra del desengaño es la muerte, y la muerte es el nacimiento de la esperanza.

No en vano, imaginamos en nuestros sueños un mundo que siga al mundo, y otra vida tras esta vida.

Si en los tristes cementerios se encuentra el dolorido sáuce cuyas lácias ramas miran á la tierra, hay en cambio el oscuro ciprés, elevado cono que con su cúspide nos señala el cielo!

IV.

El dolor es muy egoista.

Nunca se rebaja tanto un sér como cuando maldice al que no le proporciona placeres.

«Solo hay religion donde hay conveniencia.»

¡Que bien dijo Epicteto!

Dios no puede escuchar la egoista plegaria de alguno que, sino la atiende, será la última.

La desesperacion no tiene llanto propio; las lágrimas pertenecen al arrepentimiento.

Cuando aprenderemos á llorar como esos pajarillos que lloran cantando?

Yo miraba casi impasible la muerte de los padres agenos y de los hermanos de otros, mientras dejaban transida de dolor á una familia.

Son designios de la Providencia, exclamaba; un alma que sube al cielo...

Ah! ¡creencias sin base!

Mas tarde perdí á mi padre; luego murió mi hermano, y entonces fué tal mi desesperado pesar que juzgué injusta la Providencia y desapiadado el cielo.

Y así, de deduccion en deduccion, se fué abismando mi alma en el oscuro materialismo.

Seria, acaso, mi desgracia mas triste y mas fatal que las desgracias análogas que en los otros miraba impasible?

¡El dolor es muy egoista!

V.

La sociedad debe ponerse siempre en consonancia con la naturaleza, aunque sin rendirle adoracion.

Siendo la muerte un fenómeno natural, debíamos ya, tras de tantos siglos de práctica, acostumbrarnos á mirarla con más calma y más tranquilos.

Es señal de muy poca fé tener religion en el buen tiempo, para romper con ella, al llegar la adversidad.

Quien tal hace, lo único que puede creer es que nunca ha creido en nada.

Sí; por mucho que nos duelan á veces en nuestra ignorancia, hay que acostumbrarse á tener el valor de dar gracias á Dios en todas sus obras.

Sin la sangre fria de aquel filósofo que, á la noticia de la muerte de su hijo, exclamó: «sabia que era mortal» debemos llorar la muerte, no como una eterna separacion, sino como una momentánea ausencia, no como un pesar sino como una muestra de inolvidable cariño.

En cuanto á la vida propia, temer la muerte es una cobardía, pero desearla es otra cobardía mucho más grande.

VI.

Padre, hermano: escuchad desde vuestro extenso mundo la confesion de un alma, que tiene que ajustar sus impresiones al limitado papel de un libro.

Lejos del oscuro rincon de un templo, en alas de la imprenta, os entrego la pública confesion de mis culpas, porque el que falta, á todos ofende, y necesita por consecuencia que todos le perdonen.

Cuando la muerte os llevó, lloraba vuestra ausencia con lágrimas arrasadoras y con desesperacion horrible.

Pero ay! lo que se fija en la materia pronto concluye; las lágrimas se evaporaron, se suicidó la desesperacion, y dibujaron los labios la estúpida y cínica sonrisa del que nada sabe y nada le importa.

No sabia porque no me importaba, que, mientras tanto, os hallábais junto á mí, con la ansiedad de penetrar vuestros séres invisibles mi endurecido cráneo.

No me importaban los conceptos que me inspirábais, porque no sabia que eran vuestros.

No sabia que los muertos velan por nosotros y nos aconsejan y nos guian desde el otro mundo; no sabia que el cariño en nada altera despues de la muerte, si no es para crecer; no sabia que las almas, de los que fueron, son y serán siempre... ¿qué me importaba todo? ¡no sabia nada!!

Es verdad que, en tanto, me acompañabais á todas partes, presenciando, mis acciones?

Ah, no; ¡no me turbeis con el rubor de la vergüenza!!

VII.

Cuando os fuisteis me encontré por herencia un amor intenso encendido en mi sér, pero su vivísima llama, no fundiendo mi corazon, hecho sin duda de tierra refractaria, únicamente pudo ennegrecerlo.

Yo sentia amor puro á cosas impuras, y mi afan de amarlo todo, me hizo amar hasta al ódio.

Una lucha insufrible, un vértigo infinito, un contrasentido eterno, torturaban mis deseos, mis aspiraciones y mi vida.

La materia bloqueaba mi atolondrado espíritu; mi razon era la nada, mis pensamientos locuras, mis acciones delitos, mis palabras blasfemias...

Mas por fin, se abrió á los ojos la luz; la inmensa necrópolis de mis ideas vió levantar las losas de sus sepulcros á la trompeta del ángel; el fénix del corazon renació de sus cenizas.

¡Otra vez la primavera!

Bien pronto la aurora del nuevo dia deshizo las tinieblas del alma. No era la fé ciega; era una estrella rutilante que creia en el infinito, porque casi lo abarcaba con sus resplandores; era una intuicion maravillosa que iba infiltrando en la cárcel de mi cerebro, idea por idea, toda una revelacion, era el agradable consorcio de la razon con el sentimiento, era una fuerza divina que contenia mis acciones y enderezaba mis pasos; eras tú, padre del alma, ¡eras tú, hermano mio!

Empezaba escribiendo en mis versos ideas materialistas y sentimientos ateos y concluia, sin darme cuenta, expresando mi sed de amor, mi afan de eternidad, y mi creencia en algo, vago, indefinible, sin nombre, que me inundaba en el oscuro misterio.

Una pobre poesía os formuló el deseo de unirme á vosotros.

Quién me inspiraba?

Ah! dicen que los muertos no vuelven... ¡Qué desgraciado sería áun, si los mios no hubiesen vuelto!

VIII.

¡Dios mio! es verdad que la desgracia, para el que no sabe sufrir, es un infernal narcótico que adormece las virtudes, es verdad que el dolor desesperado concluye en el sarcasmo, en el cinismo y en la locura, pero ¡cuánto no pueden el recuerdo de un padre y el de un hermano!

Son dos recuerdos limpios y brillantes en mi alma sombría, como es limpio y brillante el reflejo del sol en la mas infecta laguna.

No quiero hacer necrologías, no quiero llorar un canto fúnebre; quiero cantar un himno de gloria!

Es bien difícil explicar las ideas que se agrupan en el alma para formar la revuelta confusion de la locura; es imposible analizar el cáos; por eso me abstengo de expresaros lo que he sentido; por eso apenas me doy cuenta de vuestras dos apariciones, hermosos meteoros que cruzaron mi atmósfera, dejando una estela de luz, pero que al fin, en lugar de caer en la tierra, cayeron en el cielo.

Tu vida, padre del alma, fué una leccion del cielo encarnada en la tierra, que dejó al morir como epitafio, todo lo más que puede decirse de un hombre: «¡imitadle!»

No eras tú aquella cabeza privilegiada que creaba, obraba y sentia; era el entusiasmo el qué creaba, era la Moral la que obraba y era el Amor el que sentia.

Quizá crean estas frases brotadas de un amor interesado; no es amor interesado, lo confieso; es más, es orgullo.

Tu alma, hermano mio, era de esas almas que, asustadas del ruido de la materia, se recojen en sí mismas, para gozarse en su propia hermosura.

La sociedad tan solo vé en ellas un génio melancólico, un carácter sombrío y un ánimo distraido, careciendo, como carece, del menor ligero destello de la luz de su belleza.

Te acuerdas? Nuestro padre habia muerto; rezábamos sobre su sepulcro, y su espíritu se cernia sobre nuestras cabezas.

Yo no puedo orar en los modernos cementerios; la muerte fria alcanza á mis ideas y el aniquilamiento de la nada, borra con negra tinta los pensamientos.

Igual te pasaria á tí; todo llegaba á indicarnos que debíamos buscarle en otra parte.

Tú lo debistes comprender.

¡De repente se cortaròn nuestros lazos!

Y murió, padre querido; y en aquel mismo instante nacia tu hijo en ese hermoso mundo, que habitas en cambio de tus amores; murió en este mundo en los brazos de su madre, y nació en el tuyo en tus amantes brazos.

Ah! las lágrimas de su familia no fueron bastantes á resucitarlo.

¿Qué fuerza es capaz de contener á un espíritu, cuando se empeña en remontar su vuelo?

IX.

Oh! muertos mios; yo creo en vuestra vida, como en la luz que me alumbrá; yo os siento á mi lado y no os veo, porque no necesito veros, porque os veo como si os viera.

Yo os hablo cuando rezo, vosotros me respondeis cuando me inspiro; nuestra separacion no existe sino aparente para el mundo exterior y la sociedad mate-

rialista, que despide á los muertos para siempre con unos cuantos responsos.

No es verdad que es grande vuestra dicha al ver que las trabas materiales no nos impiden que hablemos?

No es vuestro goce purísimo al mirar que desde el mundo de la luz, reflejais las ideas hasta la oscura senda de este pobre ciego?

Yo creo en vuestra vida; vuestra vida es mi vida; nosotros mismos navegamos tambien en débil barquilla por vuestro mismo cielo, igual que el insecto habita nuestro mismo mundo.

Vuestra vida la veo... pero, cómo definirla ante un espacio que me marea y ante una complicacion que me confunde?

Adios, muertos mios; fuerza es enmudecer....

La ténue luz de la razon no alumbra bastante la única puerta no cerrada de la eternidad.

¡Es tan oscuro el interior del espíritu!

X.

Almas, como la mia, que vacilais tropezando en el escabroso camino, no os asuste la muerte; la muerte es el faro de vuestra esperanza.

Y si en medio de vuestra vida os sepulta un pedazo de vuestro corazon, no os importe.

Un ángel mas saldrá á recibiros en el cielo.

Celebradlo con oraciones y con lágrimas de ternura, porque nunca el llorar envilece.

Yo tambion lloré por mi padre y por mi hermano, y mi llanto quizás fué fértil riego que brotó retoños del seco árbol de mis creencias.

Ah! las lágrimas son un eterno enigma. ¡Quien sabe!!...

Lloraba, acaso, porque se marchaban ó lloraba porque no me iba con ellos?

CAPÍTULO VI.

EL MANUSCRITO.

—La amais?
—¡Cómo no amarla si es tan bella!
Shakespeare.

El confesor me ha dicho
que no te quiera,
y yo le he dicho: padre,
¡si V. la viera!!!...

—Y bien, querido Alfredo; cuando veamos este manuscrito y encontremos en tu hermana su comprobacion, entonces creeré en esa vision que dices. Mientras tanto, dispénsame que me figure que estás alucinado.

—¡Sea lo que V. quiera, padre Alberto! Aquí tiene V. los papeles; léalos, porque á mí no me dejaria concluir la emocion.

—La letra es de tu padre; no me cabe la menor duda porque yo la conozco muy bien. Dice así:

—¡Pobre padre de mi alma!!

—«Hijo mio: como estas líneas las leerás despues de mi muerte, en ellas pongo todo conforme á lo que pienso decir en mi última confesion.»

«Oyeme, pues, hasta concluir, procurando que un sentimiento de caridad te impida el culpar, con justicia, á este pobre padre que te escribe lleno de vergüenza...»

—Ah! ¡cómo le he de culpar, cuando yo soy, ahora, el mayor culpable!!

—Vamos; procura serenarte! Enjuga ese llanto y escucha: «Tu madre y yo, hijos de las distinguidas familias que ya conoces, nos vimos muy jóvenes y vernos y amarnos con delirio. fué en nosotros todo uno.»

«Inútil es que te cuente detalles que disminuirian nuestra falta aumentado nuestra locura, porque si al leerlos estás en la edad que yo estaba entonces, ya te los dictará de fijo tu corazon y quizá la práctica.»

«El deseo nos enloqueció; la irreflexion nos arrastraba y una hermosa niña fué el fruto inocente de nuestro delito.»

«Su nacimiento fué tan oculto, que nadie logró saberlo sino Dios y no ignorábamos que para aplacar su ira bastaba arrepentirnos y contraer matrimonio.»

«Pero tu desgraciada madre, ofuscada por el orgullo, tenia vergüenza de mostrar á la sociedad una hija, habida antes del matrimonio.»

«En este estado fué á confesarse con un sacerdote tan bueno y caritativo como ignorante, el cual movido á compasion, trató de arreglarlo todo.»

«Dicho sacerdote conocia á un señor de buena posicion y viudo, pero sin hijos, cuya única tristeza se fundaba en la falta de estos. Lleno de interés fué á

hablar á este señor, el cual no tuvo inconveniente en tomar como hija adoptiva á aquella niña.»

«Una vez concertado de este modo, le hizo ver á tu madre cómo se encontraria su hija en aquella casa tan bien servida y educada como en la suya, y como, por desgracia, necesitaba tu madre poco para convencerse, accedió, haciéndole jurar que no revelaria á nadie el secreto, ni menos al señor que la adoptaba.»

«Aquel sacerdote, que por desgracia guarda ya la tumba, lo mismo que á tu madre, incurrió en un pecado enorme, en el mas sagrado de sus ministerios; en el tribunal de la penitencia.»

«Se hizo cómplice de la culpa que intentaba absolver. ¡Dios le haya perdonado!»

«Pide, tambien, á Dios, hijo mio, que nos perdone»

«¿Qué habia de hacer tu padre? Fuí débil y accedí.»

«Hé aquí mi secreto; he aquí la falta que para coronar mi debilidad, no me atrevo á decirte y te la confio, únicamente en un escrito póstumo.»

«Ya lo sabes; tienes una hermana, ¡pobre hija! Yo he hecho en vida lo posible por encontrarla; sigue buscándola, Alfredo, y si alguna vez la llegas á abrazar, no olvides que la mitad de tu herencia es suya»

«Con este papel hallarás una copia de su fé de bautismo.»

«Adios, querido hijo; reza por tus padres.»

—¡Dios mio! ¡Pobre víctima inocente de mi locura!

—A todo esto conduce la ignorante ceguedad. Nunca he leido una historia mas desatinada.

—A mí me toca ahora concluirla.... No creia en nada. Harto lo sabe V. por lo que le he hecho padecer con mi impiedad.

Mi ley era el capricho, y en esta ley fatal cayó la pobre Margarita...

Un ángel nos libró sin duda al uno del otro, pero no pudo evitar la deshonra de un extraño.

Mis planes salieron fallidos, por ventura. ¡Vergüenza me daria nombrar el sitio!... Los detalles desagradables deben suprimirse.

Margarita era pura; Margarita era inocente... Ah! Un torcedor doloroso y terrible ahoga mi corazon. ¡Dios mio! Seguirá siendo honrada?

—Tén reflexion, Alfredo; y vamos despacio. De que tienes (ó has tenido) una hermana, no cabe la menor duda; este manuscrito lo dice; este manuscrito es de tu padre; la misma letra; hasta el mismo estilo. Pero estás seguro, acaso, de que tu hermana sea Margarita?

—Lea V. la fé de bautismo; si los nombres se comprueban....

—Efectivamente, Margarita se llama, tambien, tu hermana; sin embargo....

—Si; es la misma. Mis padres me lo han dicho, vuelvo á repetir, esta noche en un sueño; la misma á quien Carlos deshonró por mi culpa.

—Pues bien, Alfredo, ¡te creo!!

Te creo, porque en las buenas acciones mas vale

ser cándido que desconfiado. Me hablastes de una vision y de un sueño. Toda la historia sagrada está llena de estos milagros; extrañarnos de ejemplos semejantes á ellos seria dar un crédito muy superficial á los libros sagrados.

Creer en lo bueno lo imposible, es no creer en Dios.

—¡Qué cambio ha experimentado mi alma! Antes la desesperacion me enloquecia; ahora la resignacion me va elevando hasta las verdaderas creencias. Antes no creia en Dios porque ignoraba su justicia; ahora sé que este mundo es una momentánea transicion, y que la justicia divina no me la explicaba, porque no tomaban en cuenta mis cálculos su complemento que está en el cielo.

Antes no creia en nada; ahora creo en todo, porque creo en Dios.

—¡Bendita sea la causa, necesariamente buena, que tales efectos produjo en tí! Sea lo que fuere, ilusion ó sueño, no puede ser mentira, lo que tantas verdades te ha enseñado.

—¡Dios mio, bendito seas!

—Valor, Alfredo; no son estos preciosos instantes para emplearlos en vacilar. Es preciso buscar á tu hermana sin pérdida de tiempo.

—Ah! ¡Yo la salvaré! ¡Juro no presentarme á su vista, hasta devolverle la honra!

—Esa es tu obligacion; procurar, por medios lícitos, arreglarlo todo, en tanto que yo la busco por todas partes.

—¿Y quien le guiará á V?

—¡La Providencia! Teniendo á Dios de mi parte, no necesita mi fé mas guia.... Con que, en un caso, ya lo sabes; tienes que darle la mitad de lo que posees....

—No, padre Alberto; tengo que darle todo....

—Porqué?

—Porque, precisamente, es casi la mitad de la herencia lo que llevo gastado en mis disipaciones y lo poco que quedaria apenas bastará para pagar lo que la otra mitad suya ha redituado en tanto tiempo.

—Entonces, te quedas sin un cuarto?

—Me quedo en la calle....

—¡Ingrato! Te atreves á decir eso teniendo yo una pobre casa?

—Gracias, Padre Alberto: no me quedo en la calle; ¡me quedo con V!.... Desposeido de los bienes terrenales, podré dedicarme del todo á mis amores.

—¡El amor! Pide á Dios que no te ciegue otra vez!

—No; el ángel á quien yo amo, ahora, en vez de cegar alumbra y su figura ideal destruye con sus ardientes rayos las pasiones terrenales.

—Pero el desprecio y el abandono de todo lo corporal, con tanto exceso no deja de ser un suicidio disimulado....

—Ah! Padre Alberto; ¡V. no la ha visto! no puede V. ser voto en mis amores.

—Ellos pueden distraerte demasiado del compromiso formal que firmastes al nacer de arrastrar un organismo. Bajo tal punto de vista son peligrosos.

Si por ellos descuidas la causa de tu hermana que no debes dejar ni un momento; si, acaso, te mueres sin concluirla, si Dios te pide, entonces, cuentas de lo que has hecho, que circunstancia atenúa tu falta? ¿Qué alegarás en descargo?

—¡Que es muy bella!!

CAPÍTULO VII.

LA AURORA DEL AMOR.

> Vivo sin vivir en mí,
> Y tan alta vida espero
> Que muero porque no muero.....
>
> *Santa Teresa de Jesús.*

Al querer definir ciertas palabras, entusiasmados por una fuerza, tan invisible como poderosa, que nos transporta á un mundo, tan desconocido como bello, al querer trasladar las vagorosas impresiones del paraiso elevado de la luciente inspiracion, al querer detallar su inaccesible y misterioso conjunto, nos encontramos con el desamparo y la ausencia más completos, por parte de nuestro pobre y balbuciente lenguaje; y es, quizás, que en ese mundo sublime de las ideas, no hay verbos que las agiten, ni nombres que las sujeten, ni adjetivos que las hieran.

Al querer definir el amor, multitud de imágenes confusas caen del cielo y se funden en el candente horno del corazon, para que la fantasía las moldee á su antojo.

Definicion que ha de expresar lo que antes se tiene que sentir, es inútil definicion.

Todo lo que del amor se ha dicho son vanas som-

bras, no más, con combinaciones acertadas de vocablos agradables.

¡Amor!.... alma de dos almas, aleacion de dos seres, reflejo de Dios, secreto de la belleza, atmósfera de los ángeles, aroma del pensamiento..... ¡vanas palabras todas!!

La mujer es la única definicion, que tenemos, del amor.

Esa ninfa, esa Eco enamorada que responde con ternura á nuestros suspiros abrasados, desde el fondo de los valles, y que huye, escondiéndose detrás de las paredes y de todos los obstáculos, cuando nos aproximamos para abrazarla; esa soñada Dulcinea que perseguimos en nuestra locura, atravesando el espinoso suelo, para que al creerla apresada resbale por nuestros brazos, como la fugitiva Angélica, ese constante afan que nos devora, como podria definirse sin que, desde la hembra del Hotentote, formando una escala femenina ascendente, diéramos un salto al cielo?

Aquí concluye la mujer.... y empieza el ángel.

Lejos las Lais, las Mesalinas, las Cleopatras y hasta las Safos.

Hablo de la madre de Jesús, de la reina de las reinas, hablo de la inspirada Santa Teresa, hablo de la hija de la pátria, de Juana de Arco, hablo de esa hermosa Berenice que ha logrado apresar la imágen del amor en el blanco cendal de su alma, de esa ilusion femenil que nos impulsa, de la Beatriz del Dante, del ángel de la esperanza; hablo, en fin, de Celeste.

Celeste habia definido á Alfredo que cosa es el amor,

con la mirada fuertísima que alumbraban sus ojos azules, cuyas pupilas eran ardientes, como el Sol en el cielo de los trópicos.

Celeste le habia dicho que le amaba con una pura sonrisa, ante la cual parecerian contracciones dolorosas nuestras más puras sonrisas, y Alfredo le contestaba, no contestando nada, con el silencio del que teme destruir con su voz la armonía de una delicada música.

Y en verdad, que lo entendia; callando, tambien, la voz humana, en la oscuridad del bosque y en el silencio del valle, es cuando se juntan las dos hermanas Erato y Euterpe, para deleitar nuestros oidos.

La luna alumbraba envidiosa; los céfiros callaban adormecidos; las flores juntaban en silencio su perfume y la primavera parecia suspensa contemplando á Alfredo recostado en el balcon que daba al jardin, y, junto á él, por el otro lado, á Celeste cuyo etéreo ropaje ondulaba en el aire, pareciendo sostenerse con el apoyo de sus brazos en el barandado de piedra.

Un ligero tinte azulino que un reflector misterioso desde el cielo mostraba empeño de proyectar en su imágen rodeaba á los dos amantes interlocutores.

Yo, pobre traductor de sus ideas, tengo que pedirles algo de aquella luz, antes de empezar mi tarea trabajosa.

—Yo te adoro, vision encantadora, decia el jóven entusiasmado; yo te idolatro, hermosa hada azul; yo venero tu imágen fantástica, vestida de la luz y del aire, cuyo mágico secreto forma una confusa y supe-

rior belleza que siempre está descifrando sin concluir mi fantasía.

Por tí abandoné mi camino tenebroso; por tí lució mi pensamiento oscuro; tú eres la síntesis de mis creencias, porque en cada gracia tuya se envuelve una verdad eterna, y tus gracias son infinitas...

Ah! yo te admiro tembloroso; no extrañes que vacile, sí, en mi combustion ardorosa y en la emision de mi entusiasmo, temo acabar con mi pobre existencia...

—¡Acabar tu existencia! exclamó Celeste; ¿qué has dicho? La vida sale más grande á cada muerte; puede destruirse tu organismo, tu débil envoltura; pero, acabar tu existencia? Eso seria robar un alma al Creador; ¡eso es imposible!

—Perdóname, Celeste hermosa; mi ansiedad me ofuscaba ¡soy tan pequeño!....

—Alfredo mio, no me trates, por Dios, con la inferioridad que muestras, no me tributes ese respeto que hiela, haz más íntimo tu afecto; ¿No te inspiro más cariño?....

No me adores, no me idolatres, no me veneres; ¡yo quiero, Alfredo, que me ames!!!

—¿Tanto me elevas, siendo la diosa de mi alma, que anhelas ponerme á tu altura incomparable?

—No; no me llames hada, no me llames ángel, no me llames diosa; ¡llámame tuya!!!

—Pues bien, Celeste mia; tu amor me eleva á un paraiso de delicias donde me siento crecer. Comprende cual salta al verte mi alma, en inútil afan, dentro

del cuerpo, como un pajarillo cuando en su jaula le sacan á contemplar la libertad y la primavera.

—Ah! no sabes mi ansiedad cuanta ha sido! Yo te hablaba, yo te llamaba gritando, y tú no me respondias. Tus sueños eran pesados, y algunas veces te dispertabas creyendo haber recibido un beso en la frente, un beso puro como el de una madre y mirabas en tu habitacion y te volvias á dormir, sin hacerme caso!...

—¡Bendito sea Dios, que ha abierto mis ojos!

—¡Bendito sea! que ha permitido que, desde el seno de la libertad, te venga á ver esta alma enamorada, que hallaba pequeño el infinito, sin tí....

Y la amorosa figura, al par que hablaba, rodeó con sus etéreos brazos el cuello del ofuscado jóven, como para abrazar su alma, mientras sus ojos se anegaban en llanto.

Al mirarla Alfredo se exaltaba con ese ligero temor que oscurece el placer de los mortales al acariciar una dicha, creyendo en su amarga experiencia, que se les vá á escapar á cada instante.

—¡No te vayas! gritó, no te vayas, ángel mio, sin dejarme, apenas, contemplar tu hermosura deslumbradora!... No te vayas, por Dios, sin que te adore de rodillas; reflexiona que, quien te ha visto una vez, mira en tí para siempre su existencia; estáte á mi lado, no más un momento, para que la fuerza de los amores, me desprenda de mi pesada máquina corporal. Ah! no te vayas sin llevarme!!

—Alfredo, vida mia! Si ser pudiera, crees que esta

pobre alma dilataria un instante nuestra union en el etéreo espacio? Pero ¡cuanto gozaria viéndote conformar con la suerte! Tienes una hermana, amada de mi corazon; aún no has acabado tu mision en la tierra y es preciso que vivas!

—Oh! qué dulzura es la tuya! Si; yo viviré en este mundo! Yo arrostraré los mayores trabajos por tu amor; yo buscaré la abnegacion y el peligro, camino al fin del cual creo seguro el encontrarte....

—Es inmenso, Alfredo mio, el placer que me embriaga cuando escucho tu noble lenguaje. Sí; tú te sacrificarás; tú irás en pós del trabajo, no por mi amor, sino por el amor, y al fin del camino... ah! ¡el fin!.... ¿no sabes que no concluye el camino de la abnegacion?

—No existe el cielo, entonces, ángel mio? no es verdad lo que nuestros padres nos enseñan..... pero, ¿porqué lloras?... ¡Dios mio! ¡Dios mio! Cuál es la causa de tu quebranto? Porqué lloras?...

La encantadora vision, al escuchar las palabras de Alfredo, ocultaba su divino rostro, inundado de lágrimas, entre sus manos.

Tal extraño efecto le habia causado la ignorancia que envolvian aquellas interrogaciones.

Al revés nos pasa á nosotros; estamos acostumbrados á oir á sábios muy profundos hacerse la misma pregunta, dándole, á lo más, la importancia de un mero pasatiempo curioso.

El lamentable olvido en que dejamos esta cuestion, es lo que hace rebajar más nuestro concepto á los ojos de los seres libres.

Y no se crea que Celeste lloraba por tener un amante tan atrasado, ofendiendo así la delicada pureza de nuestro ángel; lloraba como llora todo el que nos ama, por cualquier mal que nos aqueje.

—¡Alma de mi alma! exclamó al fin. ¡Qué inmensa cruz tomastes al venir al mundo! ¿Qué si hay cielo?.. Y eras feliz ignorándolo? Oh! cuanto has padecido!... ¿Qué si hay cielo? ¿No te acuerdas? ¿Pudo la ignorancia hacerte renegar de tu pátria?

—Verguenza me dá haber mantenido esa duda.

—Si; hay cielo. En una de sus infinitas moradas hemos vivido un dia; tú no te acuerdas; es una memoria que no coje en tu cerebro. No es esta la primera vez que nos hablamos.

—A tu mirada ardiente presiento con asombro todas las cosas. Tu purísimo lenguaje resuelve mis sombrias dudas....

Celeste, en efecto, le habló aquella noche del cielo, del porvenir y de la eternidad con poderosa elocuencia vencedora.

Su enseñanza fué para él un bálsamo precioso de consuelo; si otras pruebas le faltáran de la realidad de su bella aparecida, esta sola hubiera bastado, á demostrarle su existencia y su orígen divino.

La alucinacion no puede crear doctrinas tan sublimes.

Con un extracto, aunque muy oscuro por precision, de estas, hemos formado el capítulo que sigue, á fin de no hacer el diálogo interminable.

La hermosa amante de Alfredo envolvia siempre en

sus palabras de ternura reprensiones de enseñanza provechosa.

Su cariñoso lenguaje no podia olvidar á Margarita, cuya única esperanza de salvacion á los ojos del mundo consistia en que Cárlos la tomase por esposa.

Celeste contaba, con lágrimas en los ojos á su extasiado amante, lo que padecian sus dos padres, que hasta haber devuelto la honra á su hija, no gozarian de la libertad del espacio.

Así expiaban su culpa, y tambien Alfredo debia expiar la suya, pidiéndole á su amigo que lavase su honra.

—Celeste, exclamaba; tú eres demasiado buena! Yo no puedo suplicar á Cárlos lo que me dices; yo debo exigírselo! ¡yo debo obligarle!

—No, Alfredo; no es la fuerza material la atraccion de las almas.

—Es que su voluntad no se halla dispuesta; ama á otra mujer....

—Por lo mismo, Alfredo; solo el amor tiene poder para con la voluntad. Qué conseguirias sin ella? Hacer desgraciados á tres seres. No se merecen las reglas de la sociedad tan inmenso precio.... Tú sufrirás sus insultos, tú se lo rogarás con la abnegacion de que antes me hablabas. Oh! estoy segura de ello! Si no te hace caso, si vés que le importunas, si llega á maltratar tu honra, entonces.... ¡pediremos á Dios que le perdone!

—Y dejarla desgraciada por mí? Y permitir que vi-

va en la deshonra por mi cobardía?.... ¡Nunca! ¡Jamás!

—¡Alfredo! ¡Alfredo!... ¡No me amas!!!

Alfredo estaba loco, cuando en su insensatez aventuró palabras que habian de herir, nuevamente, á aquella sensible criatura, que hizo tal efecto con su exaltada contestacion en el alma del jóven enamorado que exaló este cayendo de rodillas un grito de dolor agudo y penetrante.

—¡Qué alma tan bella, decia aquel ángel al verle ya convencido. No es verdad que me amas? Repítemelo sin cesar.... ¡Tu lenguaje me hace tan dichosa!..

—Celeste mia, le contestaba; yo veo en tí la exageracion de lo más bello, de lo más puro, de lo más ideal que alcanza el hombre, con el último esfuerzo supremo de su induccion maravillosa. Por eso te adoro, criatura sublime, y por eso tiemblo ante tí, porque me mareo de dicha.

—Yo tu ideal mas puro? ¡Pobre Celeste! Yo soy un ligero átomo de quien Dios compadecido le dió el placer de volar por los espacios, para que armonizara su humildad con su pequeñez excesiva.

- Yo soy un alma que al visitar algunos mundos, se acoje en su frondosidad incomprensible, que forma verdaderos campos elíseos, donde sus venturosos habitantes, la compadecen y la acarician, como á un pequeño colibrí que canta; yo soy un ser imperceptible, cuyo único pensamiento se reduce á admirar, cuyo solo empleo es la adoracion, y cuyo pobre lenguaje son los suspiros....

—Y conociendo y tratando con seres tan superiores como los que dices, no te desdeñas en amar á este infeliz, que si tú eres un átomo, él no será nada?

—¡Pobre Alfredo mio! ¡Qué desgraciada seria yo, si tan negra ingratitud cupiese en mi alma!

—Qué haré entonces para pagar tan inmerecida gracia? Lo único que puedo ofrecerte es mi alma; mi alma es tuya, Celeste; solamente tuya.

—No, Alfredo; ese amor tan hermoso que te anima se ofusca en tu pobre cuerpo, lo que no extraño. Tu alma es de Dios, por eso es mia; pero no es mia tan solo, porque el amor que nos une no es absorbente ni egoista, como el amor mundano.

—Tus palabras infiltran en mi ser la moral mas pura. Tienes razon, Celeste mia; nuestro amor es expansivo; ¡es un amor abierto á todos los amores!....

Por un instinto secreto separó por primera vez los ojos de sus ojos, observando entonces que ya lucian de la aurora los pálidos reflejos.

—¡Ya amanece! exclamó. ¡Qué noche tan corta! No te vayas, ahora, vida mia, como las otras veces! Quédate; tu ausencia me espanta!

—¡Si yo pudiera!!....

—Pero que es ese secreto fatal que te hace alejar de mi lado, en cuanto despunta el alba?

—No lo quieras saber, murmuró Celeste, poniéndose triste y ruborosa, como el que oculta algo que no está á su altura.—No me olvides, Alfredo; hasta mañana. Los ángeles, como tú me has llamado, tambien tienen sus obligaciones.

—Celeste, Celeste mia, gritaba el jóven; no te vayas sin llevarme. ¡Tenemos tantas cosas que contarnos! No me has dicho que me amas? Hablemos de nuestro amor....

Pero hablaba solo; su bella interlocutora, deshaciendo su luz en la de la naciente mañana habia huido de su lado, y el aturdido amante se engañaba con una retencion que de su imágen se grababa en su retina, con una imágen ficticia, que al punto le demostró la enorme diferencia de la realidad á la alucinacion....

Era menester resignarse; el sol asomaba ya su faz encendida tiñendo de púrpura al horizonte. El hermoso lienzo azul donde Dios nos dibuja la esperanza, cual corona de blancas flores, se rodeaba de nubes, formando un nítido mar de nacarado oleaje.

Las aves gorjeaban, las flores se abrian, los céfiros dispertaban....

Nada tenia sin embargo ni un remoto parecido con la eclipsada imágen de sus amóres....

¡Qué primavera tan triste! ¡Qué cielo tan oscuro!...

CAPITULO VIII.

LA LIBERTAD EN LOS ESPACIOS.

Los hombres la llaman *Muerte*
Las almas la *Libertad!*

S. S.

Creeis que la muerte es un desenlace?
Yo no lo he creido nunca.

E. Castelar.

I.

El mundo invisible que, fluctuando en el espacio, se cierne sobre nuestras cabezas, como la eterna aspiracion del alma, ha dado orígen á la duda, en que la humanidad alimentó sus creencias primitivas.

Mal comprendia el gentil una naturaleza automática, en cuyo interior reinara el silencio de los sepulcros, y con la varilla mágica de su fantasía, dió aliento á las ninfas en el interior de los bosques, animó á las náyades en el seno de las aguas y llenó con su Olimpo la extension de los cielos.

Nada dejó sin vida, cada cueva, cada fuente, cada arroyo, todo tenia su densidad particular; era aquello nuestro mundo sumerjido en otro mundo; era la vida espiritual rodeando é infiltrándose en la materia.

Cada pueblo amolda este mundo subjetivo á su clima, segun va retirándose del ecuador, de un modo tan exacto, que sus solas creencias bastarian para calcular la latitud de un punto.

No habladle al pobre negro africano de un infierno ardoroso, porque no evitaria caer en él, acostumbrado como está á una elevada temperatura; es preciso figurarle un pais lleno de nieve, donde todos los alimentos sean helados, y es preciso trasladarle el calor al paraiso, donde todo debe hallarse proximamente á su temperatura de fusion.

El culto católico logró implantarse en la América, cuando clavó la cruz un genovés en su fértil suelo, pero, bien pronto, las imágenes de la vírgen se volvieron mulatas y hasta negras. (1).

Los ardientes islamitas pueblan tambien su cielo, en consonancia y en armonía con su clima de fuego. Sus creencias son de vivos colores, de fecundidad asombrosa, como la gigante vegetacion de los trópicos. Su infierno árido, penoso como el desierto; su paraiso dulce, frondoso, tranquilo, como el oásis; y el atrevido poeta, que escala el cielo, no duda colocar sus almas hasta en los pájaros verdes, que anidan en los espesos jardines del paraiso, donde los mas dichosos, en

(1) Es verdaderamente un consuelo para el pobre etíope que esa sublime mujer, que simboliza el Amor cristiano, no se desdeñe en oscurecerse con la color de su rostro. Haciéndose madre de todos, con esta bella alegoría, nos hace á todos hermanos, bajo un mismo nivel amoroso. En caso de duda ¿quiénes son menos dignos de tal nombre, los infelices negros, ó los partidarios de la esclavitud?

brazos de la hurí, duermen una eterna siesta de verano, descansando, siempre, de su infinita galbana.

Justo es en mi concepto, que el desdichado mortal formule sus deseos, con arreglo á sus necesidades.

Yo por mí sé decir, que cuando nos hallamos bajo un sol abrasador, en medio de camino arenoso, sintiendo el fuego bajo las plantas, y sobre la cabeza, y asomando la angustiosa sed á los secos lábios; este ardor llega á abrasar nuestra fantasía, en términos de finjirse en delirio voluptuoso, arroyos murmuradores á los pies, lecho de flores bajo el cuerpo y una voz femenil junto al oido....

Y la vista mareada condensa el pesado aire azul en forma de palacios encantados y cree soñar la sudorosa cabeza seres fantásticos que allí nos esperan para coronar nuestro viaje, y hacernos pasar á su lado alguna de las *Mil y una noches.*

Ah! si en los jardines primaverales, en que el ruiseñor silba, mi alma se complace en levantar las figuras homéricas y experimentan mis ideas, una á una, todas las metamórfosis de Ovidio, no basta al sol de julio, caminando entre arenas, finjirse sombras y transformaciones, no basta, no, á la imaginacion calenturienta la mitología de los griegos; hace falta una idealidad, aún mas tangible, hay que acudir á la frenética poesía oriental.

II.

Encima de los valles, encima de los mares, encima de los rios, de los montes, de los aires y de las nubes,

se levanta un mundo invisible, impalpable, silencioso.

El se esconde fugitivo en el mármol de las bellas estátuas, y en las piedras graníticas de los inmensos templos; ya les sirve de estrecha cárcel la hermosa Vénus de Milo, ya se extiende el animar las miradas del Moises de Miguel Angel, ya en fin se dilata en la bóveda de S. Pedro, ó muestra su desamparada desnudez en el esqueleto de Parthenon.

Otras veces, acercándose más á nosotros por la irresistible atraccion del génio, se oculta, no ya en los pesados mármoles, sino en el delgado lienzo de la pintura; en la purísima Vírgen de Rafael y en la gloriosa Concepcion de Murillo.

Otras, en fin, y entonces es cuando sus sombras vagas se contornean á nuestros ojos, aparece velada únicamente por la diáfana gasa de la armonía, que, nota á nota, vá lanzando á nuestro aire pesado sus átomos celestiales.

Y ese aura sutil que todo lo invade, esa atmósfera vivificadora que todo lo llena, esa luz invisible que todo lo alumbra, es el mundo que se levanta encima de los montes, de los valles, de los rios, de los mares, de las nubes y de los aires, el mundo que nos refleja la esperanza, el mundo de los espíritus!

Si cada pueblo formula sus deseos á su modo, si cada poeta es un foco donde un pueblo refleja los rayos que recojió del cielo, vemos á todas las poesías revistiendo, con su gala y variedad, una idea eterna, fija, é inmutable; la idea de otro mundo y de otras gentes; la idea de la inmortalidad.

No es la poesía una ficcion sin esperanza; todo lo bello, de la verdad recoje su belleza.

La poesía es la mezcla confusa de lo que sabíamos antes con lo que sabemos ahora, vagamente iluminada con la intuicion de lo que luego sabrémos.

He leido yo, que los vates, fieles á su nombre, vaticinan.

Es verdad; Homero en Grecia, Virgilio en Roma, Antar en la Arabia, Hafiz y Ferdussi en la Persia, todos son profetas que traducen la voz del cielo, en el lenguaje de su pais respectivo.

Tambien Celeste se ocupó de traducirla; tambien Alfredo escuchó de sus divinos lábios, hermosas revelaciones del otro mundo.

Celeste era la poetisa del porvenir. No ya su lenguaje oscuro ni misterioso como el de las sibilas, ni ambíguo ni breve como el de los oráculos, ni cabalístico ni empírico como el de los magos, sino lógico, persuasivo y amoroso, guardando proporcion con su divina figura, en armonía con su melódico acento y en consonancia con la voz de la ciencia, de la moral y de la justicia.

Sus enseñanzas sobre la vida verdadera no se sujetan á ningun clima.

Creo no resentir la interrumpida accion con este pequeño viaje al cielo.

III.

La muerte es una falsa apreciacion de la idea de la ausencia.

Agenos, en este libro, á las discusiones filosóficas, no nos pararémos á alegar razones para destruirla, poniendo, únicamente como de paso, una objecion.

Los materialistas han dicho. Siendo nuestros cinco sentidos el único medio de obtener todo el conjunto de sensaciones, á que llamamos vida, al concluirse aquellos tiene que acabar esta, irremisiblemente. A un hombre le quitan los ojos y no vé más; otro pierde el oido y es sordo para siempre, y lo mismo pasaria con los sentidos restantes. Siendo, pues la muerte la pérdida de todos ellos juntos, despues de sufrirla, ni se vé, ni se oye, ni se toca, ni se gusta, ni se huele; en resúmen: ni se siente; y en conclusion: ni se vive.

Esta objecion solo sirve para sorprender y muy bien puede llamarse de puro efecto.

Para rebatirla basta una comparacion ligera.

Supongamos un hombre en un calabozo, y que la única luz, que reciben sus pupilas, entra por una estrecha ventana.

Si la tapamos, de seguro que el hombre dejará de ver, por el tiempo de su encierro.

Pero seríamos tan torpes como para asegurar, que, al destruir la ventana única por donde vé, tirando la tápia, ya concluyó para aquel hombre la luz del dia?

Cuando á uno le quitan los ojos, no es que le quiten la vista; es que se la tapan.

El alma, pues, al desprenderse del cuerpo, se lleva consigo la facultad de sentir, que, despues de una larga encarnacion, se encuentra desarrollada en las cinco variedades que, durante ella tenia. Solo por esto

último, siguen sus sensaciones casi iguales, sin experimentar la transicion brusca de los que la juzgan una *abstraccion ideal de creacion distinta*, dando lugar en su conciencia á dudas fundadas y á sérios temores.

La facultad de sentir, forma, digámoslo así, como la evolvente del ser, y esta evolvente de la sensacion y la transmision que, puesta en términos mas materialistas, se llama accion y reaccion, es el resultado inmediato de la fuerza, y por consiguiente flúido, ó sea la primera manifestacion de aquella.

Y qué es el *yo* sino la fuerza simple propia de la individualidad?

Quizá algunos hallen ridículo, que el alma conserve, despues de la muerte, sus instintos y sus sensaciones, guiados de la supina ignorancia (muy en uso) de no tolerar, de ningun modo, que mas allá de nosotros, pasen las cosas de una manera racional y lógica!

IV.

Libre el ser de su cuerpo material, pasa en su interior la sensacion que experimenta un hombre, al dejar una pesada carga, que le ha molestado por algun tiempo.

El efecto especial de cada uno de los sentidos parece que debiera cesar en el momento que cesa su cáusa, pero no sucede así; experimentan una retencion y el ser se figura estar áun oprimido en el cuer-

po; no de otro modo el que ha estado algun tiempo con la cabeza cubierta, al quitarse el sombrero, se figura que aun le está molestando.

Pero despues de pasado este efecto de la costumbre, se notan todas las bellezas del contraste, porque más goza el que está descansando, despues de un trabajo penoso, que aquel que descansa sin haberse cansado.

El alma vé entonces claramente que la union del cuerpo, la proporcionaba un contínuo dolor, inapreciable en la vida terrestre, porque su misma continuidad se oponia á la comparacion.

Solo sentia el exceso ó la disminucion en aquel nivel doloroso, necesario á la vida orgánica, desnivelacion que forma el dolor ó el placer relativos, que separándose demasiado, tanto el uno como el otro pueden producir la muerte.

Partamos del principio de que el alma esté preparada para esta gran transicion.

En caso contrario, se verificarán las terribles decepciones tan frecuentes, en que sintiendo aún la opresion del cuerpo, como hemos dicho, algunos se figuran vivos, mientras que otros, ligados por las afecciones materiales mas groseras, son impotentes para desprenderse del verdadero cuerpo muerto, llegando hasta á ver, no en ilusion sino realmente, todos los horrores del sepulcro.

Dejemos la consideracion de estos desgraciados con el resultado fatal de sus acciones, llorando por ellos y pidiendo á Dios que los ilumine y que nos oigan.

El alma que ha vivido en la virtud y la pureza, el

alma que no ha mostrado subyugacion á lo que llamamos instintos materiales, se desliga con facilidad de las preocupaciones y los resabios, pero cuando la gloria es más pronta, cuando se pone en su verdadero terreno, con muy poca ó ninguna turbacion, es cuando el alma, además de haber sido virtuosa y pura, no desconocia ninguno de estos fenómenos por que habría de pasar.

Quien se desespera no viendo el cielo, ni el infierno, ni el purgatorio, ni siquiera el limbo; quien aguarda en vano la aparicion misteriosa de su querida hurí; quien espera con temblor el momento en que habrá de confundirse con el Gran Todo; quien se extraña de no haber ya aparecído reencarnado en la luna, para venir á visitarnos más tarde de sabandija.

Todas estas ideas deben desaparecer con el desengaño, pero se hallan tan arraigadas á veces que aún viendo, experimentando y viviendo la vida ultra-terrena, hay materialista que sigue con sus creencias, si creencias pueden llamarse las teorías del que no cree en nada, y, aún despues de disipadas, dejan siempre un resabio, una huella dolorosa que se hace interminable. Conviene, pues, si es posible, deshacerlas en vida.

La muerte, no creais que es una transicion brusca; es un nacimiento á la otra vida, á la vida espiritual, detrás del que viene una infancia más ó ménos corta.

Preciso es, pues, para hacerla ménos penosa, llevar instintos y disposiciones *innatas* como para la vida terrestre. Mirad, bajo tal punto de vista, lo interesante de este estudio.

La muerte es otro nacimiento á otro mundo, en donde se hallan séres que nos acojen, igual que al llegar á la tierra hallamos padres y familia.

Lo mismo que estos, aquellos nos educan para la nueva vida, que es como el mes de agosto, en que se recoje la miés que se hubo sembrado, que es cuando el hombre entra en juicio consigo mismo y se decreta la sentencia de su vida pasada, á no ser que las pasiones extrañas, (no hay mala pasion que esté en la esencia de uno mismo), le precipiten en una nueva y dolorosa encarnacion.

Pero si sus obras fueron buenas, si su inteligencia, tambien, se eleva paralela siempre á su moral y á la misma altura que ella, el alma apoyada en las dos, sube y sube sin parar hasta que llega al límite de nuestras percepciones más delicadas, formando lo que llamarémos un espíritu puro.

No pára aquí; sigue siempre adelante, pero preciso será dejarla marchar en perfecciones crecientes que ni sospechamos siquiera.....

V.

¿Cómo enseñaros la luz de un espíritu puro? ¿Cómo haceros comprender el sentido infinito que les rodea?

Vosotros, los que veis por esos ojos tan pequeños comparados con vuestra superficie, figuráos que toda ella fuera vista y os aproximaríais algo á una lejana idea de aquel sentido universal.

Pero no es vista aquello; es una cosa más deslum-

bradora, es la fusion armoniosa de infinitos sentidos; mas..... ¿á qué esforzarnos?

Inútil es continuar una aventurada descripcion donde sobran yá las alegorías y las figuras y donde los datos empiezan á flaquear.....

Nosotros, pobres míopes de la Creacion, léjos de verla, no podemos ni imaginar siquiera tanta luz.....

Os parece, quizá, que es la eterna ocupacion de los espíritus ir y venir, volar de un lado á otro, y entregarse á misiones por una obediencia pasiva.

Toda esta falsa comprension proviene de que se os ha dicho que la ocupacion del espíritu es el amor, y vosotros no comprendeis aún lo que esta palabra puede significar.

Es verdad; sólo el amor es la eterna ocupacion del espíritu. ¿Sabeis, acaso, lo que es amor? ¿Habeis sorprendido aún uno sólo de sus secretos?

Por eso es tan difícil poderos describir la vida de un espíritu.

Partamos de un principio; vuestro espíritu encarcelado es, al fin, un espíritu lo mismo que aquellos, solo que se encuentra en un estado anormal que él mismo se creó.

Reconcentrados en nosotros mismos, estudiando nuestro propio espíritu, es como podemos llegar á ver un poco más claro el punto de partida.

Cuando el hombre se recoje en el fondo de su alma, cuando se siente ese *algo indefinible*, porque no hay en el sentimiento humano una cuerda lo suficiente pura para recibirlo, cuando los sentidos callan, la

lengua enmudece, y se bajan los párpados, para que la luz solar no dé sombra á la que al alma impresiona, entonces, si á este hombre en el éxtasis, si á este instantáneo viajero del cielo, viniera el hombre del mundo, el hombre despierto, y le llamára y le preguntára: «¿qué hacias?» recorrería súbito las palabras del diccionario humano y las ideas de su terrestre existencia y, encontrando una sola expresion aproximada, le respondería: «amaba.»

Y aún esta no es una idea bastante vulgar, en nuestro pobre mundo, para que la entiendan todos. Aun hay algunos que, tomando como principio y como fin lo que tan sólo es un medio, resuelven triunfantes estas cuestiones, acudiendo al fósforo, á la sobreexcitacion y la alucinacion y á la electricidad.

Aun hay otros que las creen exageraciones románticas, llegando su ignorante profanacion hasta á reirse de ellas.

¿Cómo hacerles entender á estos que hay un cielo donde se goza?

Hé aquí el orígen de las oscuras mitologías.

A vosotros los que sentís el fuego divino del amor puro; á vosotros solamente me dirijo.

Suponed que esos instantes de goce supremo, que si no fueran instantes acabarían con el pobre organismo, son la luz difusa de los rayos de inspiracion que pasan junto á nosotros; suponed esos rayos (más de mil veces refractados) en su primitiva pureza; suponed, por último, que su infinito número converje hácia un mismo centro, y tendreis aproximada, no

más que aproximada, la atmósfera de luz y de amor y de poesía, y de vida y de belleza, en que se baña el espíritu puro.

Resbalar dulcemente por el espacio al soplo purísimo del pensamiento; es la extension del firmamento como un inmenso occéano sin olas, como el cristal azul de un lago apacible por donde marcha el cuerpo luminoso, dejando una estela de plata; cruzar soles y soles, sistemas y sistemas, nebulosas y nebulosas, y, á medida que se surca más, hallarse más grande, más luciente, más divino.

Atraer con el fluido de la idea á los otros séres, para formar un mundo, un foco casi infinito, donde basta la menor y más lejana impresion, para que se conmueva toda aquella red simpática, donde todos están en cada uno y cada uno está en donde todos; donde se confunden y se mezclan todos, para resaltar más, mucho más, la individualidad de cada uno, porque el amor confunde los séres para darles mayor conciencia aún de sí mismos.

Una idea emitida en el espacio se trasmite en concéntricas ondas al infinito, como una piedra al caer en un lago. Las ideas surjen; las ondas se entrelazan, y en complicadas simétricas proporciones marcan en su infinito conjunto el dibujo de la armonía.

Nada más falso que lo que piensan los que creen, que la felicidad consiste en un éxtasis contemplativo, en una inercia divina, siendo así que estas dos palabras se repelen.

Los espíritus gozan, pero gozan en el trabajo y en

la actividad, tanto mayor cuanto más altura alcance su adelanto.

El trabajo de la tierra es penoso y desagradable, porque en él luchan nuestras culpas, y sin embargo, en medio de su aridez, observamos algo que ennoblece y alienta.

Este algo hay que observar, para considerar la felicidad de los bienaventurados, suponiéndolo como un átomo infinitesimal de la atmósfera que les rodea.

El amor al trabajo vá siendo una realidad; pues bien, seguid adelante con la elevadora induccion de que os hallais dotados y llegareis á concebir, de una manera vaga, la ocupacion del espíritu.

Trabajo, gloria, belleza, bien, armonía..... todas son fases de lo que llamais amor.

Amor al trabajo, amor á la gloria, amor á la belleza, todas son expresiones que indican la ocupacion en el cielo: amor al amor.

Por eso al preguntar qué hacen los espíritus puros, los ángeles, hay por precision que responderos: ¡aman!

VI.

La muerte del cuerpo es el despertar del alma.

Y si esta ha empleado á aquel, durante su vida, en iniciarse en las bellas doctrinas del otro mundo, educándose para la libertad en el destierro y practicando el amor y la caridad, ¡qué bella es la muerte del iniciado!

¿No habeis soñado nunca uno de esos agradables sueños, en que le llevan á uno en vez de llevarse á sí mismo, haciéndole atravesar espacios transparentes, lagos cristalinos y bosques encantados, todo con un silencio, con una dulzura que extasía, y luego que oís la voz de aquella á quien se adora, no ya en los oidos, sino una voz secreta, una voz muda, tan pegada á nosotros, que está dentro del alma, en el interior mismo del alma? ¿No se han dormido á este suave calor, muellemente vuestras sensaciones, y un misterioso narcótico ha ido cerrando suave, paulatinamente, los ojos de vuestro espíritu, para haceros despertar más tarde á la vida comun?

Hacéos cargo de que aquella es la normal vida que consigue el iniciado.

Se mira y se halla más ligero; sus ojos se van haciendo cada vez mayores; su penetracion adquiere una fuerza inmensa, y al leve impulso de su voluntad empieza á resbalar con purísimo vuelo sosegado.

Ya huye de sí el ruido tumultuoso de la tierra; arroyos, torrentes, rios, mares tempestuosos, continentes aún más agitados, inmensa y pesada atmósfera fluídica falta de armonía, cuyas corrientes se desvian, se repelen y se enredan y suben en confusos remolinos, como el humo de un hogar; ayes, gritos, guerras, todo en fin, se concreta y se reduce á un simple punto luminoso.

Entonces empieza á vivir de veras; todos los séres queridos se agolpan en redor del sér extasiado que, ensanchando el círculo de sus percepciones, com-

prende que las doctrinas que aprendió en la tierra distan aun muchísimo de la realidad, pero que ellas, las pobres, le han servido para alcanzarla.

¡Ah! reflexionad en estas doctrinas. ¡Es tan tranquila y apacible la muerte del iniciado!

VII.

Esto es lo que pudo comprender Alfredo.

Esto es lo que alcanzó á explicarle Celeste, dentro de la altura de la inteligencia suya.

Muchas cosas más le dijo aún; pero yo sólo os repetiré, por conclusion, lo que tambien le dijo Celeste al concluir:

«No porque sean estas ideas emanadas de mis lábios, debes acojerlas con creencia ciega.»

«La razon y la experiencia; hé aquí los doctores de la Ley.»

«¡Desconfía del charlatan callejero que te venda sus drogas como infalibles!»

CAPÍTULO IX.

LOS DOS PRIMOS.

Canto i felici affanni, e i primi ardori,
Che giovanetto ancor soffrí Rinaldo.....

Torcuato Tasso. Il Rinaldo. Canto I.

Vita, principio, ed anima
Dell' Universo é Amore;
E dove amor non trovasi
Tutto languisce e muore.

L' Abate Casti.

Existe un tipo en el hombre de nuestra sociedad, que, á pesar de ser, con lamentable frecuencia, la delicia de los salones, su carencia absoluta de disposiciones, le hace notable, y su falta completa de originalidad, el más original de todos los tipos.

Sin talento especial para ninguna cosa, superficialísimo en sus contados conocimientos, consagra su vida entera en marchar apegado á las reglas exteriores de este mísero mundo, cuyas costumbres sigue con invariable práctica.

En música, tiene generalmente, un oido detestable, en pintura, apenas atina su torpe mano á trazar aquellas caras redondas de pelos erizados y nariz triangular con que hemos llenado de carbon las pare-

des cuando pequeños, y en poesía, es su nulidad tan perfecta, que ni intenta leer un verso ni sufre el oirlo.

Las más de las veces, se cree con una regular disposicion para las ciencias, sin que se haya llevado el menor desengaño, porque jamás trató de estudiar ninguna.

En cuanto á religion, estad seguros que, aunque á sus padres se les ocurriera enseñarle el culto del buey Apis, hubiera seguido toda su vida, sin titubear, la religion de sus padres.

En resúmen; cuando se propone ser gracioso, logra enternecer á su absorto auditorio que, en cámbio, rebosa de contento, en mal comprimidas sonrisas, cuando finje un tono sentimental; en política, insulta; en historia, miente; en filosofía, disparata; en lógica, yerra; y en idiomas..... aturde.

Respecto á su físico, únicamente diremos, que suele tener una de esas caras sin expresion, que nada dicen y que, por no ser nada, no son ni feas.

Ignoro si con arreglo al modelo que de él presentamos, encontrarán nuestras lectoras alguno que cumpla con todas sus condiciones.

Vean, pues, si Cárlos es el tipo que las reune.

Cárlos era muy bien admitido en la sociedad, porque nadie como él seguia una conversacion tirada sobre el asunto más efímero y porque solia ponerse el frac y la corbata con cierta elegancia, mostrando sobre todo en los saludos su aire fino y su mucha soltura.

Cárlos, efectivamente, se parecia al pequeño boceto que hemos querido trazar.

Pero como todos los hombres tienen títulos para hacerse acreedores á nuestra estimacion y á nuestro cariño, aunque el corazon egoista se los niegue muchas veces, Cárlos, en medio de su nulidad al tratarse de algo de provecho, dentro de aquella superficial apariencia, tenia un fondo dormido, desconocido y secreto, porque nadie habia mostrado hasta entonces interés en encontrárselo.

No se crea que por esto era apreciado en la sociedad, pues semejante aprecio, tan superficial como su tipo, quizá dejára de existir al despertarle.

Este triunfo glorioso estaba reservado para Evelina.

Evelina era poco ménos que Cárlos.

¿Tendría Cárlos corazon para amarla?

Y, aún en caso afirmativo, ¿tendría Evelina amor para corresponderle?

Ello es que se adoraban con delirio.

¿Sería que aquellos dos séres huecos y vacíos, empezaban á unirse, como los hemisferios de Magdeburgo?

Nó; no hay mujer que pueda llamarse vulgar, pero Evelina, léjos de serlo, escondia muchísimo más que Cárlos, un tesoro inestimable, bajo su fria apariencia.

Almas tímidas que apenas se atreven á asomar á los ojos, hasta que una pasion las lanza con todo el ardor de esas miradas que incendían los corazones, las almas como Evelina lo ganan todo ó lo pierden

todo con su fuego, jugando á un dado su suerte; se depuran ó se queman.

Pero el amor que es bueno, buenos hace tambien á los que aman, y Cárlos y Evelina tuvieron la fortuna de neutralizarse sus faltas más notables, efecto de sus encontradas variaciones.

Cárlos se acostumbró á la adoracion casi idólatra de la forma, que dominaba en Evelina, y su ódio á las bellas artes fué desapareciendo; vió luego un dia en unos versos el poético nombre de su amada y pudo leerlos sin cansarse desde el principio hasta el fin, reconciliándose un poco con la gaya ciencia, y en cuanto á la música..... ¡tocaba Evelina con un sentimiento, que bien pudo vanagloriarse como el Orfeo de la fábula, de amansar á las fieras con su piano!

Está visto; el amor es el gran regulador de los caractéres.

El amor que unia á aquellos jóvenes, lo mismo que el conjunto de los dos, era muy superior á cada uno de ellos.

Evelina amaba por primera vez y lo mismo pudiera decirse de Cárlos, pues hasta entonces vivia como un *autómata*, aunque no es esta la palabra; pero, por consideracion nos callamos otro calificativo más propio.

El amor es una tontería más ó ménos prolongada, pero guardáos de hacer burla de ella.

Es cosa de ver á hombres de ciencia, á personas graves y sérias, notabilidades á veces por lo filósofos y lo moralistas, girar como unos niños al capricho de unos ojos burlones.

Esta es la pobre condicion humana.

Las mujeres cuando no quieren, nos vuelven locos; pero cuando quieren, entonces, nos vuelven tontos.

La vulgar palabra *nóvio* equivale á estas dos exajeraciones reunidas.

Unicamente el amor ha podido conseguir el milagro de que dos nóvios se aguanten el uno al otro.

Pero esa série de disparates, que mútuamente se regalan los tiernos amadores, tienen un valor inestimable que no conocen los de fuera; son un idioma vedado á los profanos.

Un suspiro á tiempo, un apreton de manos y hasta una miráda en círculo que pasa tangencial á nuestros ojos, suelen decir muchas y muy buenas cosas, al que se halla en condiciones de entender.

Así empezaron nuestros dos amantes; queriendo Cárlos, en vano, trasladar al papel su amorosa ternura, solía abusar del diminutivo, en tanto que Evelina al contestarle, más reservada y más ruborosa, llenaba de puntos suspensivos la mitad de la carta.

Como quiera que esta correspondencia no es un acabado modelo de literatura, escusamos el reproducir ninguna de sus partes; baste con saber que ellos se entendian tan bien que las cartas aumentaban, el amor crecia, el tema se dilataba, y cada vez tenian más cosas que decirse.

Cuando se veian los dos primos, empezaban por contarse el uno al otro todo lo que habian hecho, todo lo que habian visto, en una palabra, todo lo que

La carta para Encarnacion no fué al correo por de pronto, y algo despues, no vacilaron los dos amantes en romperla.

Pero ay! bien pronto empezaron á experimentar los dolores que el amor trae consigo al volar rastrero por la espinosa superficie de la tierra.

El padre de Evelina murió y con tan desgraciado motivo, su madre y ella se fueron de Sevilla, para fijar se residencia en Madrid.

Cárlos se quedó solo, pero aun así, lejos de ella, su amor aumentaba prodigiosamente.

Hé aquí la prueba real de su mucho précio.

La ausencia es la piedra de toque para distinguir los amores verdaderos de los amores falsos.

CAPÍTULO X.

LA HIJA DEL PUEBLO.

> Le temps, qui est nécessaire à la formation des amitiés intimes dans les hautes classes, ne l' est pas dans les classes inférieures. Les cœurs s' ouvrent sans défiance, ils se soudent tout de suite, parce qu' il n' y a pas d' intérêt soupçonné sous les sentiments..... Çette famille et moi nous étions déja parents.—*A. de Lamartine.—Graziella.*

¡Pobre pueblo! Infeliz rama de la sociedad, desheredada sin mas razon que la razon de la fuerza.....

Cuando se desea que haya frio, por el placer de quitarlo, descansando perezosos junto á lujosa chimenea, cuando, hastiados de diversiones, se entretiene el ánimo distraido en ir amontonando combustible, para fijarse en el humo, que arde luego con azulada llama, nunca se piensa tal vez, que aquella leña que consume el fuego en un minuto, acaso ha costado un dia entero de fatigas á otro hombre que, yendo por el frio hielo hasta el bosque, para volver cargado con ella, luego en descanso la trocea con el sudor de su frente y con el esfuerzo de sus brazos; nunca se piensa que aquel hombre que con tan penoso y largo trabajo distrae media hora nuestro ócio, quizás tiri-

ta, en tanto, de frio en un rincon de su desmantelada guardilla.

Y mientras con el fruto de sus trabajos, dá á las jóvenes elegantes esa apariencia hipócrita y esa ficcion del pudor, á que dieron el mal aplicado nombre de *decencia*, sus hijas, sus pobres hijas, son el blanco de los menos atrevidos, que ven en su honesto traje un sambenito que las llena de infamia!!...

Ellas, á veces tan bonitas; ellas, casi siempre de hermosura natural, ajena á los postizos mentirosos y á los adornos vanos, han de servir de incentivo á las miras criminales de hombres que, en tanto respetan, con rendida servidumbre, á las que se rodean de seda y de galas; ¡como si el percal fuese transparente!

¡Pobre pueblo! La inclemencia, en que yaces sumido, trae al corazon las proféticas imágenes de las *Palabras de un creyente* y del *Libro del pueblo* de Lamennais.......... Mas no te importe.

La ignorancia en que te abandonaron es una sombra, que huirá ante la luz del progreso.

Ese lujo y ese despilfarro, que ves en tus señores, pasarán para tu ventura de este mundo, sin pasar por tí.

Los poderosos se reformarán; tú te reformarás tambien y entonces todos, constituyendo un conjunto homogéneo, lloraremos un instante nuestra pasada desavenencia, y nos lanzaremos luego en busca del porvenir.

La humilde clase en que vivió el Nazareno, ha de ser vengada.

Si; nos vengarémos confundiéndolos..... en un abrazo que dure la eternidad!!!

Alfredo respetaba la pobreza porque comprendió que no era incompatible con la grandeza de los corazones y la elevacion de los sentimientos.

Maria fué quien se lo hizo ver de un modo sorprendente; Maria, aquel ángel de virtud que en medio del abandono de su estado, supo encontrar un alma tan abandonada y tan noble como ella.

Los dos se habian conocido desde la infancia, en la cual separados de los demas niños del barrio, jugaban ellos solos, reproduciendo escenas de Pablo y Virginia.

Nunca experimentaron emociones tan gratas, como en aquella edad inocente, en que el rubor es aún innecesario.

Para sentir no hace falta educacion, ni desarrollo ni ninguna cosa; basta con tener alma. Lo mismo sienten los niños, que los adultos y que los viejos..... Ah! Todo induce á creer que el alma del niño no es tan niña!

Los niños crecieron y el respeto iba separando sus cuerpos, al par que se juntaban más y más sus almas.

Diez y siete primaveras habian hermoseado aquel cuerpo cuando intentaron arrebatárselo á su infortunado amante las ondas del Guadalquivir.

Un hombre generoso y valiente logró salvarla. Ya sabemos que este hombre era Alfredo; tambien sabemos lo que pasó despues.

Como el amor de María era un secreto ignorado,

su triste nóvio no pudo hacer público su agradecimiento hácia Alfredo, que le habia salvado su vida con la vida de ella.

María y él se juntaban á menudo y su única conversacion era de Alfredo.

Un dia se le presentó muy triste.

Alfredo, queriéndola sacar de la pobreza, la amaba con delirio.

Al comunicárselo María á su nóvio, éste, lleno de abnegacion, le aconsejó que le correspondiese, y despues de convenir en que aquella sería la última entrevista, los dos amantes lloraron, pero no tan bajo, que pasara desapercibido para un vecino, que solía escucharles, por cuyo conducto se supo la escena en todo el barrio al dia siguiente:

Que lo supo tambien Alfredo y las posteriore determinaciones que tomó, tambien lo sabemos de ántes.

Unicamente nos resta añadir que, despues de olvidado aquel amor frenético, con la divina aparicion de Celeste, Alfredo, segun su promesa al despedirse, fué otra vez á la casa de María.

Aquella pobre familia, desde que se fué, no habia hecho otra cosa que llorar su ausencia; por esto podemos formarnos una idea de la agradable sorpresa que le causó su visita.

Todos los miembros de la noble familia se disputaban á Alfredo para estrecharlo en sus brazos; unicamente María se alejaba un poco, vergonzosa de haber abandonado á un alma como aquella.

Alfredo lo comprendió, y dirigiéndose hácia ella, la dijo en secreto:

—Acércate, María; como te ofrecí, he vuelto en cuanto me he sentido curado de la pasion que me devoraba. Ya no debes temer nada; ahora te amo mucho más todavía, pero ahora te amo como tú me has amado siempre á mí; como á una hermana.

—¡Qué ingrata he sido para contigo! murmuraba en tanto María.

—¿Ingrata? No permito que me diga eso, quien por mí sacrificaba su alma y su vida. El cielo se compadeció de tí; un ángel se ha compadecido, tambien, de mi desgracia; y nada debe temer ya vuestro amor con mi presencia... Ah! si no fuera así no hubiese vuelto.

Un poco despues, sentado Alfredo en medio de ellos, la conversacion se hizo general.

Empezando por contarles todas sus desgracias, relativas á su hermana, el sensible auditorio mezclaba las lágrimas con las preguntas, hasta que á la conclusion se hablaban tan impresionados que tuvo que interrumpirse el diálogo, para dar lugar al llanto.

Entonces Alfredo procuró variar de conversacion.

Hablemos de otra cosa, dijo; es necesario adelantar el casamiento de María todo lo posible.

A estas palabras los dos novios se pusieron como la grana y bajando la vista ocultaron su contento al ocultar sus ojos.

—Están esperando, le contestó la madre, una colocacion que les sostenga; con lo que ahora gana les sería imposible.

—¿Y por qué no me lo habian dicho?

—¡Ah! Nunca se hubieran atrevido.

—¡Es una obligacion mia el protejerles! Vergüenza me dá no haberlo hecho antes..... ¿Les gustaría ir á Madrid?

—A ellos no les importa salir de Sevilla.

—¡Entónces, ya se pueden dar por casados!!

Al llegar aquí se reprodujo una de esas escenas tiernas, que, únicamente no parecen ridículas, tomando en ellas parte activa.

Los novios, ébrios de alegria, los padres, locos de satisfaccion, y Alfredo, objeto de tantas impresiones dulces, en medio de ellos, como el héroe del cuadro, en éxtasis supremo, pensando en el gozo de su querida Celeste, al contemplar aquel triunfo.

Merced á su diligencia, dos semanas mas tarde, asistia á la boda.

María y su amante se recibian el uno al otro, como premio concedido por Dios á su abnegacion, su pureza y su cariño.

El P. Alberto les unió con eterno lazo para formar esa doble vida, que brotando vidas, continúa la obra de los siglos.

El más torpe matemático lo comprende. El matrimonio es una suma que concluye en una multiplicacion.....

CAPÍTULO XI.

MARGARITA.

Y, pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste
Y no tomas el robo que robaste?

S. Juan de la Cruz

¡Cuándo llegará el anunciado dia de gloria en que el progreso redima á la mitad más hermosa del género humano!

Pasado el tiempo en que Abraham despedia de casa á su esclava, por órden del cielo, distantes del negro que vende á su cara esposa por un puñado de pólvora ó un trago de aguardiente, separados del islamita que encierra á las suyas como si fueran fieras, nuestras mujeres aun tienen que llorar, sin embargo, su cautiverio.

¡Desgraciadas mujeres!

Esclavas de la moda, sin accion, sin vida propia, crecen en el estrecho invernadero de la educacion, donde gozan de una ficticia primavera.

Y esto las que reciben educacion, que las que por su pobreza ú otro motivo, carecen de ella, no están libres, pero están abandonadas.

Tomemos por ejemplo á Margarita. La pobre cre-

ció ostentando una hermosura cada vez más grande; y su belleza fué su perdicion.

Margarita era una de esas perfectas y acabadas morenas, que con sus ojos negros dan un resplandor sombrío á su hermosura, como la tormenta de la pasion que con sus miradas se improvisa en el alma de quien la vé una vez.

Margarita era la loca exageracion de una belleza extremada y atrevida que copió su áire de las cortesanas griegas, sus modales de las indias bayaderas y sus contornos de las esclavas georgianas.

Su húmeda boca, tan pequeña que parecia contraida en la actitud de un beso, era breve, de vivos colores, y risueña como un epígrama, sus miradas penetrantes, maliciosas y burlonas como una sátira, y el todo libre, material, y á la vez poético, como un poema pagano.

A esta hermosura gentílica solo le faltaba cojer el tirso y coronar su sien con racimos dorados.

Margarita débió ser una cópia de la aparicion que torturaba la conciencia de San Antonio, en sus soledades.

«El demonio es un gran pintor», atestigua Santa Teresa, y en verdad que quien haya visto á Margarita no lo dudará un momento, poseido de tan inconveniente hermosura.....

Mentira, pues parece que á aquel cuerpo de siréna, lo iluminase un alma tan pura, tan sencilla y tan inocente como el alma de Margarita.

Estos son contrastes muy frecuentes, que hacen á

los experimentados desconfiar con razon de las apariencias.

Su hermosura fatal, que constituia en ella un anatema, fué la que excitó la criminal idea que tuvo al conocerla Alfredo.

Margarita, ¡cosas de mujer! correspondió á su amor sin sentir por él amor ninguno.

¡A cuántas abyecciones les conducia la ignorancia!

Su padre la tenia tan encerrada, que jamás consintió que se apartara de su casa, á donde nadie iba de visita nunca, si acaso alguna vez consentia en acompañarla á paseo, porque no enfermara, la llevaba por sitios solitarios.

Esta exageracion tan maniática nacia sin duda, de que la consideraba como un tesoro escondido y de que temía con admirable presentimiento, que se lo arrebataran.

Sin embargo, las relaciones continuaron secretas, burlando la vigilancia, y aquella hermosura fascinadora, fué causa de que su amante perdiera la razon. ¡No era amor lo que Margarita le inspiraba!

No bastaban las cartas; necesitaba entrevistas y para conseguirlas pensó en la única salida en que ella no iba acompañada de su padre; en la misa de alba del domingo.

En este dia, acompañada de su vieja criada, iba Margarita con el rostro oculto en un denso velo, á cumplir con el precepto de la iglesia, para no salir más, quizá, hasta el domingo siguiente á la misma hora.

Los hombres no respetan nada; la esperaba al salir de misa y se extraviaban luego por el camino más largo para volver, llevando la vieja cómplice á respetable distancia.

Pasaron domingos; la jóven se aburria; Alfredo se desesperaba.

La criada vieja era un personaje mudo é inútil y al fin pudo conseguir que, mientras hablaban, se fuese á rezar ciertas oraciones con que se ganaba la indulgencia plenaria.

—¡Cuánto habeis tardado! les decia el padre al llegar, y Margarita se veia obligada á mentir contra su costumbre, inventando una escusa cualquiera.

Cuando nos vemos en la precision de mentir, señal segura de que nuestro camino se tuerce.

Una vez torcido, aunque siga derecho, la nueva direccion se apartará más y más de la primitiva.

La hablaba á solas, pero aquella alma inocente era inaccesible á sus propósitos.

Perdidas, pues, las esperanzas de la seduccion, quiso recurrir al ingenio.

¡Alfredo estaba loco!

Un coche esperaba.

Alfredo la condujo impasible hasta él, y acordándose entonces de que, si volvian á pié, emplearian un tiempo algo sospechoso para el padre, le propuso subir al coche.

Margarita subió con un ligero temblor, del que no se daba cuenta su alma inocente.

Donde fueron á parar es innecesario el consignarlo.

Al llevarnos la fatalidad de los sucesos hasta este punto, se nos hace preciso arrastrar la atencion de nuestras lectoras á un lugar tan ageno á ellas como á la infeliz Margarita, tan ageno á ellas como el granito á la vegetacion, como las aguas corrompidas á la transparencia.

Pero así como la fuente purísima corre sobre el fango sin perder ni alterar su natural limpieza, así como las luces que, lejos de dejarse absorber por las tinieblas, brillan mas en la oscuridad, muy bien pueden seguirnos nuestras lectoras, seguras de que el vicio no es contagioso sino para el alma infectada.

Era una casa de aspecto pobre..... baste decir que fué tal la impresion que sobrecojió á la infeliz jóven que cayó desmayada.

En este estado la sacaron del coche en tanto que Alfredo, cuya alma empezaba á conmoverse, observó con disgusto que le aguardában allí algunos compañeros, hasta los cuales habría corrido el soplo de la aventura.

Entonces fué cuando tomó la actitud de *Adan* en el *Diablo Mundo*, en ocasion de querer los ladrones maltratar á una jóven encantadora.

Esto, que juzgaron los otros como una inconsideracion extemporánea y como una falta de compañerismo, causó en ellos tal indignacion que, empezando á cruzar las palabras, concluyó por una riña general.

Solo fué premiado el mas cobarde.....

Cárlos no tuvo valor para tomar parte activa en aquel campo de batalla, donde volaban las sillas y to-

dos los objetos, y retirándose se encontró solo con Margarita.

La jóven seguia desmayada; de repente abrió los ojos; la imágen de Cárlos se grabó en ellos; y cayó otra vez, poco á poco, desvanecida.

Cuando despertó no habia nadie á su lado; una ventana abierta se le ofreció á la vista y un ruido inmenso escucharon sus óidos.

La ventana fué su esperanza; desprendiéndose por ella logró poner el pié en un pátio, desde el cual se veia la calle, y una vez en esta, respiró con libertad todo el aliento que estaba conteniendo; se habia salvado.

Pero ay.... ¡ya era tarde!

Los meses pasaban, y bien pronto tuvo que revelar á su padre la consecuencia fatal de un pequeño extravio.

¡Que escena mas apurada!

Nunca padeció tanto una mujer, pero nunca experimentó peor contrariedad un hombre.

Aquella noche, el padre desesperado, que tenia el vicio del juego, puso á una carta lo que le restaba de fortuna y salió la contraria.

Este golpe concluyó de matarle.

Margarita, en tanto, sufría un horrible suplicio, y al asomarse por algun sitio elevado sentia un vértigo espantoso que le impulsaba á concluir con su desgraciada existencia.

Mas al fin vió la luz del dia el fruto de su perdicion.....

¡Qué mujer desesperada no se llena de santa resignacion al tomar el nombre bendito de madre!!

Pero la enfermedad del viejo agravaba, hasta que un dia sintió que llegaba su última hora.

Ya no solicitaba un médico; ya solo pedia un cura.

La vieja criada salió á buscarlo á toda prisa, trayéndose al primero que encontrara por la calle....

¡Era el P. Alberto!

El humilde sacerdote sin recelarse nada, lleno de caridad evangélica se acercó al lecho del moribundo, de cuya confesion únicamente extractamos lo que sigue:

—Ella no es mi hija, decia; sus padres son desconocidos para mí, pues la recibí de un sacerdote que habia jurado el nó descubrirlos y, aunque me aseguró que eran de ilustres familias, siempre sostuve un recelo, poco favorable á la virtud del sacerdote, recelo del cual debo tambien confesarme.

Despues de haber pasado una juventud borrascosa y luego de haberme quedado viudo de una mujer, á quien yo no amaba, y que me tiene que perdonar casi tanto como ella, me ví precisado á retirarme del vicio, porque llegaba la vejez, y esta edad es poco á propósito para las seducciones.

Entonces leía el poema de Göethe; ninguno tan adaptable á mi situacion; un viejo que quisiera entregarse de nuevo á los placeres de la juventud y que llama al diablo.

Yo hice lo mismo, el diablo fué mi desgraciado in-

genio; propuse cultivarme para la vejez una hermosura, como las plantas que en una estufa conservan su primavera hasta el mas riguroso invierno....

Ella fué mi víctima.

Al recibirla como precioso capullo de una belleza naciente, el llamarse Margarita me hizo acordar otra vez del *Fausto* y alentó mis supersticiosas esperanzas.

Pero ay! las mujeres buscan la juventud como las flores la primavera; otro me robó mi tesoro.

Ha sido un castigo del cielo; desde entonces viene mi enfermedad y ahora que me muero, la dejo en remuneracion pobre, deshonrada y sin apellido......

Conmovido escuchaba el P. Alberto y absorto en el poder de la Providencia á la cual, dias ántes, se habia encomendado, con ardiente fé.

De las moribundas manos del enfermo recibió entonces un papel que era una copia de la partida de bautismo de Margarita.

El sacerdote al verla, sacó de su bolsillo la otra que Alfredo le entregara; aquellas dos copias eran iguales del todo; ¡ya tenia apellido Margarita!

El anciano lo supo y despues de escuchar del cura aquellas humildes palabras de caridad, de amor y de consuelo, que le enseñara el Maestro, recibió su bendicion, é hizo llamar á Margarita.

—¡Pobre niña inocente! la dijo; yo te he perdido; ¡no soy tu padre! pero permite que por última vez haga uso de este supuesto nombre: ¡Perdóname, hija mia!!

Margarita le calmó; su cariño llenó de tranquilidad y dulzura las horas de aquel pecador, que al fin moria resignado.

La desgraciada jóven lloraba sobre el cadáver, pero el padre Alberto procuró separarla.

Trasladar el diálogo que entablaron entonces seria prolijo.

Su resultado fué breve, como era de esperar. Margarita supo su procedencia y supo que tenia un hermano que no se presentaria delante de ella hasta devolverle el honor, porque aquel hermano era Alfredo, y como en las grandes emociones no se hace caso del interés mezquino, lo que ménos le ocupó fué la noticia por la cual se veia dueña de un capital más que mediano.

Omitiremos, como nos vemos precisados á hacerlo en muchas partes de esta novela, el detallar la emocion que embargaba á Margarita y al sacerdote, por no llenar las hojas de signos ortográficos.

El P. Alberto la trasladó en seguida con su vieja criada, á casa de Maria; en ninguna parte pudiera estar mejor.

Por eso Margarita, cumpliendo la voluntad de su hermano, se decidió á marcharse á Madrid con esta familia pobre, pero honrada.

Así lo efectuaron al fin ella y Maria, siendo ya amigas inseparables, la primera en posesion de su fortuna que se negaba á tomar, y la otra, tambien en posesion de la fortuna mas codiciada: de un esposo honrado y amante.

CAPÍTULO XII.

¡SUSPIROS DEL CIELO!!...

Esa voz dulce y suave,
Es un suspiro del áura,
O es el llanto de un ave?
...

—

Cayóme del cielo un dia
Una ardiente gota de agua;
El cielo estaba sin nubes;
¿Por quién tu sombra lloraba?
A. Hurtado.

Alfredo era ya pobre; la hermosa casa de sus padres habia sido vendida para poder con su precio completar el capital perteneciente á su hermana.

Ya no veia jardines, ya no tenia lujosos estrados, ya no se encontraba en cómodos gabinetes, ya no lucia un extenso pátio rodeado de plátanos, con una fuente en medio de elevados surtidores.

Solo conservaba un humilde piano vertical y su pequeña biblioteca, que acomodó en una habitacion de la casa pequeña del P. Alberto, donde se fué á vivir.

Alfredo se hallaba abstraido y ensimismado, girando al redor de una idea fija.

El mundo de la materia huia á sus ojos, é impresionándole cada vez menos, era de temer que, roto el necesario equilibrio entre las fuerzas exteriores y las

interiores, estallaran estas en su expansion mal comprimida, enterrando al organismo y elevándose al cielo.

El sacerdote lo preveia todo y procuraba distraerle de aquella atencion invariable, que le hacia marchar como un sonámbulo.

Como suele acontecer á los ardientes enamorados, todo le parecia sobrenatural y movido lento y suave por una mano invisible, á manera del céfiro.

En todas partes hallaba escrito un nombre, todos los sonidos le articulaban una palabra, y todos los colores le dibujaban una sola ilusion en el verde cristal de la esperanza.

¡Qué bello es pasar la vida en un mismo sueño de color de rosa, adormido en un solo recuerdo y mecidos por su único amor!...

Los dias pasan silenciosos por nuestro lado, dormidos tambien, uno tras otro con perezosa marcha; nada turba el bienestar; solo un placer supremo, que no acabamos de conseguir, nos llena de inquietud deliciosa y de impaciente delirio.

Pocas veces vemos esta felicidad en la tierra.

Y es que unas cuantas dichas que tocaron á este mundo miserable, fueron partidas en dos mitades, para guardar en el corazon del hombre y en el de la mujer cada una de ellas, confundiendo, y mezclando y descabalándolas luego la anarquía mas tenebrosa.

Nosotros buscamos, pues, la mitad de nuestra dicha, como el niño que, en sus juegos, busca con los ojos vendados á los otros niños.

La realizacion del amor pende de una casualidad muy grande.

Pero la casualidad no existe; la casualidad no es sino el resultado preciso de leyes que ignoramos, de combinaciones que no alcanzamos.

Por eso yo pido á aquella mano invisible que, como en un teatro de juguete, puede manejar con un hilo los personajes, que tire de mí hasta ajustar al corazon partido, la mitad de dicha que le falta.

La realizacion de esta unidad, ya habia llegado para Alfredo.

El P. Alberto trataba de contrarestar esta locura pero, quizá por ser contagiosa, llegaba algunas veces á parecerle que con Alfredo habia entrado un duende en aquella casa.

Pero un duende benéfico, lleno de dulzura, que extendia por las habitaciones una atmósfera misteriosa de santidad y de amor.

No podia llamársele duende; era preciso llamarle ángel.

Cuando algunas veces se acaloraba, discutiendo con el jóven la conveniencia de que abandonara unos amores tan extraños, un suspiro doloroso estallaba en el aire junto á los dos. Callaban entonces absortos y luego oian en el silencio un ligero murmullo, como el que trae el viento de alguna conversacion lejana.

Otras veces una ardiente lágrima, como una gota de rocío, condensándose en el aire, caia al suelo y se evaporaba en seguida.

Qué significaban estos misterios?

A cuantos habia metido en su casa?

Pobre padre Alberto; ¡la locura es contagiosa!

Un dia le amonestaba mas acalorado aún, porque las razones que alegaba, tenia que empezar por dirijírselas á sí mismo.

Alfredo se defendia, inspirado por la ardorosa elocuencia con que tratan los amantes su eterno asunto.

De repente oyeron el suspiro misterioso; los dos se volvieron hácia el sitio en que se figuraban que habia resonado, y no les admiró entonces tanto el no divisar nada, como el hallar al volver los ojos, encima de la mesa en que estaban apoyados, una flor, un pensamiento hermosísimo que caeria...... no sabian de donde... del cielo.

La estupefaccion del cura fué inmensa, en tanto que Alfredo, más acostumbrado á estos milagros, apenas se admiró, si bien en cambio aumentó muchísimo su delirio amoroso.

Contemplando una flor, lo primero que se ocurre es aspirar su aroma; eran tan intensos los olores de aquella, que formaban una atmósfera fragante que en diversas gradaciones parecia como una música.

Y haciendo el efecto de un suave narcótico, íbase infiltrando traidoramente en las almas de los dos amigos que se abrazaban y se unian, temblorosos de placer.

Bajo esta influencia fascinadora que les agobiaba con su enorme peso, llevados al éxtasis mas sublime, empezaban á escuchar una lejana armonía que se acercaba poco á poco.

En la turbacion confusa que les embargaba no sabian distinguir si aquellas notas las escuchaban en el alma ó si herian antes sus dichosos oidos...

Los sonidos se acentuaban, las notas subian, la armonia se dilataba, y en medio de ella se dejaba oir una voz encantadora.

Era la voz de Celeste, que en cancion melódica fué depositando en sus corazones uno tras otro los siguientes versos:

«Las viles pasiones
Turbaron tu sueño,
Jamás te dispiertes
Su voz al oir;
Procura olvidarlas...
Ay! duérmete, Alfredo,
¡Yo velo por tí!»

«Un dia... ¡qué dia!
Tu sueño intranquilo
El mundo arrullando
Con hórrida voz,
Yo en vano clamaba:
Dispierta, amor mio,
Dispierta... ¡soy yo!!»...

«Uniónos un beso,
Mas pronto una onda
Rasgando en su fúria
Su lazo sutil,

Te fuistes con ella
Dejando que sola
Rezase por tí.»

«Mas ay, sin tu aliento
Sentí tanto frio
Que, léjos del mundo
De grana y azul,
Bajando á la tierra
Te dije al oido:
Me quieres aún?»

«Que horror! no me hablabas
Al verme tan cerca,
Volviendo la espalda
Con fiero desden...
No sabes cuán triste
Fué entonces mi pena,
Ni cuanto lloré!!

«Mi voz la absorbias
Lo mismo que absorbe
La espesa tormenta
Los rayos del sol ..
Porqué me olvidastes?
Porqué no respondes?
Dispierta... ¡soy yo!!»

Entonces callada
Tus pasos yo sigo,

Jurando por siempre
Marchar junto á tí...
Mas dónde penetra?
¡Dios mio! ¡Dios mio!
Le habré de seguir?...»

. . . .

«Mas todo ha pasado;
No llores Alfredo;
Que aún lejos del mundo
De grana y azul,
La vida es mi gloria,
Mi patria es el cielo,
Mi amor.... eres tú!»

«Y luego de unidos
Qué haremos, entonces?
El ser de nosotros,
Qué haria despues?
¡Marchar incesante,
Con otros amores,
En pós de otro ser!!»

«No es otra la vida,
Y, acaso, mi Alfredo,
Así, de alma en alma,
De amor en amor,
Amando y amando,
Subiendo y subiendo,
Lleguemos á Dios!!» (1)

---

(1) Puesto en música por D. M. F.

Intimo resonaba el melódico acento en el fondo del corazon, cuyas cuerdas eran vibradas por un soplo finísimo, que embargaba todo el sistema nervioso, formando el canto, como en el arpa eólica.

Luego el acompañamiento se extendia como una atmósfera templada, cuyo suave calor penetraba en la sangre, surcando la corriente de las venas con velocidad eléctrica.

La melodía destacaba allí, como aparecen esas vírgenes góticas aisladas en un fondo de oro.

El alma se mecia en divinos arpegios, como una débil barquilla entre las ondas del mar sintiendo, poco á poco, ese bienestar inexplicable que siente el hombre cuando al principio de dormirse, únicamente conserva la conciencia necesaria para gozarse en perderla.

Alfredo divisó entonces á su ángel que subia radiando gloria, por un trozo de cielo rodeado de nacaradas nubes, que limitaba la ventana, pero por mas que se le mostraba al aturdido P. Alberto, nada veia este.

La razon de esta ocultacion parcial es óbvia. ¿Quién podria mirarla sin quedar enamorado de ella?

Esta hermosa vision acabó de encantar á Alfredo, cuyo cuerpo, cada vez mas rígido, iba resbalando insensiblemente de su asiento.

Sus ojos se cerraron; se contrajo su rostro, su palidez se hizo mortal, sus miembros se estiraron y, viéndole el P. Alberto tomar una actitud cadavérica,

el temor le despejó de su éxtasis, para hacerle acudir á despertarlo.

Al sentir sus manos en el cuerpo, Alfredo dió un salto, gravitando otra vez con mas fuerza, contra la silla.

—¡Qué cielo mas hermoso! exclamaba; me voy, P. Alberto, me voy!....

Y el sacerdote, que le asia de una muñeca, iba observando que decrecian sus pulsaciones.

—¡Dios mio! se muere! dijo llorando; amparadme!

Y su ruego no fué vano.

En aquel supremo instante, llegó Celeste, sin ser vista de ninguno, para contener á aquella alma que se queria escapar.

Aún era tiempo. El P. Alberto notó como una fuerza que hacia entrar otra vez en sí al jóven, y poniendo atencion pudo escuchar, en voz baja, el eco repetido de la anterior melodía:

Ay, duérmete, Alfredo;
¡Yo velo por tí!....

Flébil y melancólica, esta ligera reminiscencia resonó en el espacio de la habitacion, como envuelta en un tristísimo suspiro.

Alfredo se despertó; la calma volvió al alarmado sacerdote y los dos se acordaron entonces del pensamiento, que yacia olvidado encima de la mesa.

¡Qué extraño! aquella flor, cuyos aromas les habian embriagado. era una flor artificial, que desde aquel momento formó para el jóven la joya de más valor y su más querido tesoro.

Al darse cuenta de lo que les habia sucedido, Alfredo y el sacerdote llenos de paciencia cruzaron dos miradas de resignacion.....

La vida es sueño.

¡Silencio! ¡¡es necesario dormir!!...

CAPÍTULO XIII.

LA LOCURA.

Si este amor y su dicha y su ventura
Locura son, bendita mi locura.

F. L. P.

—Tu lenguaje me extraña; me dices que has sabido, sin explicarme cómo, la existencia de una hermana tuya y que es Margarita...., ¡Esto pareceria á cualquiera un lazo! Te has metido, quizás, á procurador de honras?

—Luego crees que miento, amigo Cárlos?

—Hombre, no tanto..... pero, francamente, tales cosas me has dicho que, á la verdad..... como te causó tal impresion lo de la noble hija del pueblo, como la llamabas, no extrañaria que ofuscada tu cabeza..... eso no tiene nada de particular.

—En conclusion, que estoy loco; ¡eso no tiene nada de particular!....

—No, no; yo no he dicho tanto.

—He dejado de contarte la extraña manera con que lo he sabido, porque entonces me juzgarias mucho mas loco de seguro. No, Cárlos; no lo estoy; tengo pruebas seguras de todo; puedo presentarte testigos; puedo presentarte documentos.

—Casi, casi me está pareciendo que te burlas.

—Por Dios. Cárlos; si me dejaras concluir los pormenores, nada te causaria extrañeza y me creerias de seguro.

—No, no; déjate de pormenores.

—(¡Paciencia, Dios mio!) ¡Ah, yo bien sé que venir con tales demandas á tí, que reconcentraste todo tu amor en una, es como pedir prestado á un avaro.

—¡No comprendo!....

—Escúchame! suponiendo un momento que todo sea verdad.....

—Es que yo no lo supongo ni un momento.

—¡Pues no importa! Aquella mujer, sea quien fuere, está deshonrada por tí y tiene un hijo tuyo. ¿Crees tú que ningun deber te liga á ella?

—Ninguno; yo no sé si ese hijo es mio, ni pienso volver por la honra de tal mujer, cuando tiene todas las probabilidades de ser una prostituta.....

—¡Cárlos! ¡Cárlos! ¡¡voy á arrancar tu lengua!!... ¡ah! (¡perdóname, ángel mio!)

—No me vuelvo atrás; ¡una prostituta! ¿lo oyes bien? ¡¡Es una prostituta!!

—¡Dios mio! En otra ocasion no me hubieras insultado de este modo. Tal es la sociedad: acostumbrada á grabar invertidos los objetos en sus ojos, sin darse cuenta, suele apreciar al revés las acciones, cuando en aquella aventura debiste ser tú el deshonrado y ella la protegida..... Por favor te lo pido, Cárlos; si supieras lo que esa palabra que has dicho me hiere, si pudieras imaginarte lo que me estás haciendo padecer.....

—¿Qué es eso? ¿Te vuelves atrás? Como no sabes lo que dices, te se vá la lengua y te arrepientes luego.

No quiero oir hablar mas de ese asunto ¿entiendes?

—No, Cárlos, no te vayas; óyeme un instante siquiera; te lo pido por lo que tengas mas sagrado; ¡te lo pido, Cárlos, por tu amor á Evelina!!

—¡Ah, Alfredo; yo sí que pudiera decirte que, si supieras cuanto la amo, no me vendrias con semejantes pretensiones!.... Por eso he estado algo imprudente contigo; háblame, ya te escucho.

—Pues bien, ahora que me oyes complaciente, lo vuelvo á repetir por si halla eco en tu conciencia: hay una mujer honestísima, á quien tú deshonrastes; esta mujer tiene un niño inocente que es hijo tuyo, y, mujer y niño, ambos se hallan en la desgracia porque tú quieres.....

—¿Y quién me asegura que esa mujer es honrada? ¿Cómo se me prueba que su niño es hijo mio?

—Tu hijo, Dios lo ha querido, es un retrato tuyo; en cuanto á su madre, es honrada; ¡te lo aseguro yo! Pero, aun en caso contrario, no serías tú quien la hubiese arrojado al mal camino? ¿No te impondria la conciencia el deber de salvarla?

—Yo ignoro si antes.....

—¡Cárlos! No niegues aquello de que nadie cual tú, puede estar convencido!

—Y por quién has sabido que es tu hermana?

—Por un manuscrito secreto de mi padre, que hasta ahora no habia sospechado.

—Y quién te lo hizo sospechar?

—La Providencia; ese poder divino en que antes no creia.....

—Pero de qué manera te lo ha dicho?

—Te lo voy á confesar; ódio á la mentira y no quiero rehuir mas a contestacion. Aunque te rias de mí, ¡lo he sabido por un sueño!...

—¡Ah! Ya suponia yo que todo lo que me dices lo has soñado! ¡Quizá estás soñando todavía!..... Veamos; procura distraerte..... tu imaginacion te ha perdido.

—No, yo estoy seguro; puedo presentarte pruebas.

—¡Vaya! lo habia dicho; ¡estás loco!

—Es posible, Dios mio? Es posible que me llame loco aquel á quien, desde que le conocí, muy bien podria haberle llamado..... (¡iba á decir tonto!)

—No te hago caso; sosiégate. No sé porque te he escuchado: un exceso de condescendencia..... pero, tenian razon tus amigos cuando me dijeron que te habias vuelto así..... ¡cómo ha de ser!

—Pues bien, ¡no me importa! Ya que me crees loco, oye la profecía de un loco: hás llamado prostituta á mi hermana, has llamado prostituta á la que será tu esposa, á la madre de tus hijos..... sí, sí. ¡Pobre Evelina! ¡Ella será la víctima de tantos errores!....

—No quiero escucharte; desprecio tus disparates.

—No te vayas, Cárlos, no te vayas. ¡Una palabra y concluyo!

—Vaya, adios. ¡Que te alivies!

—¡Cárlos! ¡Cárlos! un momento no más; ¡escúchame; mírame de rodillas!!

—¡Está rematado!

—¡Vergüenza! Se ha ido, me ha vuelto la espalda. ¡Ah! cuánto sufro, cuánto padezco en este instante! Ahora se lo contará á todo el mundo; ahora me harán burla todos!.... Pero no, Celeste mia, tú no te burlarás de mí; me quedas tú y esto me basta. ¿Qué valen sus desprecios si no me desprecias?

Recibe este inmenso sacrificio, tan pequeño comparado con tu ternura, con tu elevacion y con tu belleza.

¿De qué sirve el amor propio, el aprecio del vulgo y la estimacion en la tierra?

¡Todos ellos no valen una sonrisa tuya!

CAPÍTULO XIV.

LA DISCUSION.

> La Naturaleza nos ha dado dos oidos y una sola lengua para indicarnos que tenemos que escuchar mucho y hablar poco.
>
> *Máxima india.*

El clero sevillano se hallaba justamente alarmado por una extraña y sorprendente noticia que, de boca en boca, habia recorrido la ciudad con rapidez telegráfica.

Se trataba de un pobre demente que, en sus frecuentes ataques de epilepsia finjia, como Mahoma, hallarse en comunicacion directa con un ángel, y en cuanto á los detalles asombrosos diverjia en algo el parecer de las gentes, pues aunque todos aseguraban que pertenecia á la mejor sociedad y aún algunos se aventuraban á lanzar un nombre propio, los unos decian que se habia vuelto loco, porque, enamorado de una artesana, esta le olvidó por otro, no sin dejarle antes sin un cuarto, mientras los otros juraban que sabian de buena tinta que quien llegó á robarle era una hermana suya que habia huido de su casa para entregarse otra vez á su mala vida, no faltando, por último, quien enlazase á estos sucesos escandalosos el nombre de un virtuoso sacerdote.

Nuestros lectores haciendo abstraccion de las calumniosas inexatitudes, ya habrán comprendido á quienes se referian semejantes noticias.

El clero creyó prudente el averiguar lo que habia en ellas de cierto, preparando el hisopo para habérselas con el mal espíritu que poseia á aquel energúmeno.

Pero el P. Alberto que lo supo todo, les atajó el camino y haciende uso de su actividad se presentó á Su Eminencia á enterarle del suceso, consiguiendo, al menos, cortar de raíz la calumnia.

El Arzobispo Cardenal pesó con reflexion la gravedad del asunto y nombró á algunas dignidades de la Catedral para que lo estudiaran, con el objeto de consultarlo luego á Roma, como años atrás habia hecho el de Cádiz (1).

Esta especie de comision discutia acaloradamente, pero al fin de la discusion brotó la luz...

La luz fué el P. Alberto.

El buen sacerdote, solicitado por aquellos señores, asistió á su polémica, llevando algunas citas sacadas todas de los libros de Sta. Teresa.

Lleno de fé aunque faltó de imágenes floridas, estuvo lógico y persuasivo, llevando la conviccion á su ilustrado auditorio.

Hé aquí sus palabras:

DISCURSO DEL P. ALBERTO.

El deseo de buscar la verdad no puede prohibirlo nadie; está escrito en nuestro corazon con esa tinta

(1). Histórico.

indeleble que hace distinguir al alma lo bueno de lo malo y está grabado en nuestra conciencia con el sello de la Divinidad.

No debe admitir ningun espíritu fatalmente sus creencias sin que le guien hácia ellas la razon y el sentimiento, porque la idea de que puede llegar al error, por final resultado, quien con amor busca la verdad, es incompatible con la idea de un Dios justo y misericordioso.

Buscarla en la observacion razonada es la ciencia mas santa que podemos seguir, sin que nunca se propase nuestro orgullo á suponer conocidas todas las infinitas leyes de la ley de la verdad.

Menguada tarea sería detener al espíritu que, apoyado en ella, sube y sube en busca de la *verdadera verdad*.

Estas dos últimas palabras formaron la figura mas bella, con que quiso revestir la idea de Dios Sta. Teresa de Jesús.

Esta santa, de las mas ilustres, es la que me vá á servir de autoridad en todo lo que diga.

Con motivo de unos hechos sobrenaturales, de sueño y apariciones, acaecidos no hace mucho en esta ciudad de Sevilla, de los cuales soy yo de los mas principales testigos, se ha exaltado con razon el ilustre clero de esta Diócesis que, cumpliendo con su mision divina, anhela separar la farsa de la verdad en el dicho de las gentes. La Religion verdadera no teme á la verdad; es su amiga inseparable.

Pero antes de entrar en el caso particular que mo-

tiva nuestra discusion, voy á sentar algunas ideas, deducidas de las obras de Sta. Teresa y no se estrañe el reverendo auditorio, aunque halle en ellas algo nuevo, porque todo lo que sabemos yá, no es *sino una cifra*, como dijo la santa, *de lo que hay que contar de Dios*.

La revelacion es una verdad; nadie de nosotros lo duda.

La comunicacion entre los seres del otro mundo y los de éste, se efectúa en todo tiempo, con la permision de Dios.

Hay, sin embargo, un error al apreciarla bastante admitido, que consiste en suponer que, siendo la comunicacion de Dios ó del diablo precisamente, los que la recibieren son santos ó bien endemoniados.

El error, que está en no admitir término medio, indica la ignorancia de las escrituras, de las vidas de los santos y de toda la historia profana.

«No debeis de fijaros en si son ó no son ruines ó buenos aquellos á quienes las hace; no hay para que meternos en esto, sino con simpleza y humildad de corazon servir á Dios y alabarle en sus obras.»

Esto decia la santa, refiriéndose á las mercedes que Dios nos hace por la comunicacion, y luego hablando de otro error, que supone á nuestra edad desheredada de los antiguos milagros:

«Esto es lo que veo ahora, y con verdad puedo decir: teman las que están por venir y esto leyeren; y si no vieren lo que ahora hay no lo echen á los tiem-

pos, que para hacer Dios grandes mercedes á quien de veras le sirve, siempre es tiempo»....

El espíritu que se comunica unas veces es bueno y otras es malo, sin que esto solo, indique santidad ni posesion demoniaca en aquellos que reciben la comunicacion.

Además no todos somos escojidos por Dios para tales mercedes, sin que por otra parte envuelva este privilegio un motivo de queja.

«¿Pensais, dice, que son pocos los trabajos que padecen á los que el Señor hace estas mercedes? ¿Qué sabeis vos si seríades para sufrirlos? ¿Y si por lo mismo que pensais ganar perdereis, como hizo Saul por ser rey?»

Con todo, la comunicación con el mundo invisible era entonces un hecho general y se miraba como cosa corriente.

«Son tantas las mercedes que el Señor hace á estas casas, que llevándolas Dios á todas por meditacion, algunas llegan á contemplacion perfecta; y otras van tan adelante que llegan á arrobamientos: y á otras hace el Señor merced por otra suerte, junto con esto de darles revelaciones, y visiones, que claramente se entiende ser de Dios.

No hay ahora casa, que no haya una, ó dos, ó tres destas. Bien entiendo que no está en esto la santidad»....

Esto escribia la santa en sus fundaciones y yo creo que semejante privilegio (y esto no deja de ser una humilde opinion particular) se halla entre las disposi-

ciones de organismo, que luego la muerte destruye y nivela.

Ahora bien; si la comunicacion es un hecho, ¿obedece, quizá, á leyes determinadas, aunque desconocidas?

Esto es lo que no sabemos, aunque no por eso se rebajaria á nuestra razon la Omnipotencia Divina.

Lo cierto es que admite una clasificacion.

Refiriéndonos exclusivamente á las obras de la ilustre escritora, puede llevarse á cabo, en primer lugar por médio de la intuicion. Este sencillo modo no deja de ser un milagro, aunque tán general que quizá se verifique en todos nosotros, cuando nos decimos inspirados.

Las ideas del ser espiritual, que se comunica, se ván infiltrando una á una en nosotros y aunque parezca que entre ellas y las propias existirá confusion, véanse las diferencias que entre unas y otras establece la santa:

«La primera porque debe ser diferente en la calidad de la habla, que es lo tan clara, que una sílaba que falta de lo que entendió, se acuerda; y si se dijo por un estilo, ó por otro, aunque sea toda una sentencia, y en lo que se antoja por la imaginacion, será habla no tan clara, ni palabras tan distintas, sino como cosa medio soñada. La segunda porque acá no se pensaba muchas veces en lo que se entendió, digo que es á deshora, y aún algunas estando en conversacion aunque hartas se responde á lo que pasa de presto por el pensamiento, ó á lo que antes se ha pensa-

do, mas muchas es en cosas que jamás tuvo acuerdo de que habian de ser, ni serian, y así no las podia haber fabricado la imaginacion para que el alma se engañase en antojársele lo que no habia deseado, ni querido, ni venido á su noticia.

La tercera es porque lo uno es: como quien oye y lo de la imaginacion es como quien vá componiendo lo que el mismo quiere que le digan poco á poco.

La cuarta porque las palabras son muy diferentes, y con una se comprende mucho, lo que nuestro entendimiento no podria comprender tan de presto. La quinta porque junto con las palábras muchas veces se dá á entender (por un modo que yo no sabré decir) mucho más de lo que ellas suenan, sin palabras, etc.»

Otras veces esta intuicion, que casi siempre animaba los escritos de Sta. Teresa, tomaba en ella un carácter tan mecánico, que escribia cuartillas enteras sin darse cuenta de su contenido, para leerlo luego con extrañeza.

Otras veces se verifica solamente por medio de la sensacion interna que el espíritu produce, no en los sentidos corporales, sino en el sentido íntimo que posee el alma.

Esta nota á su lado como una atmósfera distintiva y particular del ser que se comunica, y á quien reconoce por el carácter fisonómico impreso en aquella.

Pudiera compararse á una especie de flúido própio que rodea al espíritu, el cual le sirve para impresionar á aquel con quien se comunica, produciéndole diversas sensaciones como de dulzura, de suavidad, de mal

estar, de calor sofocante, etc, segun sea ángel de luz ó espíritu de tinieblas.

«El alma, dice la santa, siente junto á sí á nuestro Señor Jesucristo, aunque no le vé, ni con los ojos del cuerpo, ni con los del alma» Y luego añade refiriéndose á una persona:

«Sentia que andaba al lado derecho (el espíritu) mas no con estos sentidos, que podemos sentir que está cabe nosotros una persona; porque es por otra *via mas delicada* que no se debe de saber decir»....

Otras se lleva á cabo por los mismos sentidos corporales, ofreciendo los casos de apariciones, sonidos, etc.; y el menos frecuente de las apariciones tangibles, que halla ejemplos en la historia de los Santos.

Otras en fin, se lleva á cabo por la vision ó audicion, no ya en el cuerpo; sino en el alma, siendo entonces las sensaciones análogas, aunque más puras; por esto es tan frecuente en sus obras el hablar de *los ojos del alma.*

Hasta aquí hemos hablado con respecto á los médios; en cuanto á sus efectos, pudiéramos tambien poner el autorizado testimonio de la santa, pero es tanto lo que habla de ellos, que, al sacar notas, me veria en la precision de copiar todos sus libros.

Y aun así, no deberíamos suponer conocido cuanto tiene á su alcance un alma para elevarse sobre la tierra.

Meditacion, contemplacion, arrobamiento, éxtasis, sueño, inspiracion, todo nos lo explica la santa, pero

no sin poner esta leccion á las almas pequeñas que creen tenerlo todo conocido.

«Como hay muchos caminos en este camino del espíritu, podrá ser acierte á decir de alguno de ellos algun punto: si los que no van por él no lo entendieren, será que van por otro»...

En resúmen; la comunicacion existe en todo tiempo, con la permision de Dios; es un privilegio general y no circunscrito, como es el don de la poesía, de la música, etc; no se reduce, por consiguiente, ni á los santos ni á los poseidos; adquiere diversas variedades y, en fin, todos debemos poseerla, en mayor ó menor grado, en su sentido más general de intuicion, sin poder deducir que todos los médios conocidos, sean los únicos de que se vale la bondad de Dios, para hablar á sus criaturas.

Por último el orígen de uno cualquiera de estos fenómenos debe conocerse por sus efectos, sin prevencion alguna; efectos que deben estudiarse muy bien antes de fallar con prudencia.

Una vez sentado esto, pasemos á definir el caso particular que nos ocupa.

El hecho se ha producido esta vez en un jóven ilustrado, cuya torcida conducta intentaba en vano ajustar á su sensible corazon. Pero lo que yo no pude con mis huecas palabras, lo alcanzó Dios con su persuasivo lenguaje.

Cuestiones que no me es dado revelar, aunque muy nobles todas, hicieron nacer en su ofuscada inteligencia la idea del suicidio.

Resultado de la doctrina materialista, con cuya insuficiencia una accion cristiana, semi-heróica, le conducia á aquel fin siniestro.

Pero Dios miró por él; al elevar el rewolver para descargarlo en su cabeza, un ángel se le apareció y le detuvo el brazo.

Este milagro se ha reproducido y se reproduce todos los dias.

La aparicion es, ségun él, bellísima; sus efectos, segun los imparciales, son aún mas bellos.

No paró aquí el milagro; despues de esto, aquella noche experimentó un sueño lúcido en el que vió á sus difuntos padres, por los que supo la desgracia en que, por su causa, yacia una ignorada parienta suya.

Señores; daria detalles iuteresantísimos, si no fueran asuntos particulares que no me pertenecén.

Por el sueño encontró un manuscrito oculto de su padre, que yo confronté con otro que poseia la citada parienta, viendo con asombro que comprobaban sin dejar la menor duda de autenticidad.

Han dado en llamar loco al que recibe estas mercedes.

Si fuéramos á enumerar los santos de la Iglesia maltratados por el vulgo, si quisiéramos pasar lista á los sábios tildados de locos, no concluiria nunca este relato que se vá haciendo interminable. Resumamos: el hecho es verdad, porque no puede ser alucinacion, pues se halla comprobado con hechos reales y materiales; porque no puede ser engaño, pues no se con-

cibe que nadie trate de engañar á otro para entregarle su fortuna y quedarse pobre.

El hecho, que es un caso particular comprendido y explicado por Santa Teresa, puede haber sido producido por un ángel de luz ó bien por un espíritu maligno. ¿Cómo lo conoceremos?

Por sus efectos.

Efectos del milagro:—1.° Evitar el crímen del suicidio.—2.° Convertir repentinamente al bien á un hereje: esto solo Dios puede hacerlo; recuérdese á Pablo.—3.° Descubrir un manuscrito importante.—4.° Sacar á una mujer de la desgracia.

El habla de Dios se conoce, segun Santa Teresa, en que sus palabras son obras.

No de otra manera se comprende que, con unas pocas frases suyas, haya variado el jóven en cuestion de génio, de ideas, de posicion y de manera de vivir.

¿Porqué le culpais? Decidlo de una vez: porque no le habeis visto todos los dias al pié de vuestro confesionario; porque sus golpes de pecho no han retumbado aún en las altas catedrales.

Si así no hubiera sido; si su génio devoto le hiciera frecuentar las novenas, solo por eso, pecando de superficiales, léjos de culparle, le llamaríais santo.

Es preciso que antepongamos al culto externo el verdadero culto, que está en el corazon.

Acaso, se halla excluido de él, quien pasa su vida en un rezo?

.....No, dice Santa Teresa, obras quiere el Señor; que si vés una enferma á quien puedes dar un alivio,

no te se dé nada de perder esa devocion, y te compadezcas della y si tiene algun dolor te duela á tí; y si fuere menester lo ayunes porque ella lo coma.....»

La devocion no es ni con mucho señal inequívoca de santidad. El demonio tanto tienta por la devocion como por la herejía.

Refiere la santa de una monja y una lega que creian morirse si no comulgaban todos los dias; ella las sanó de semejante extremo y todos comprendieron al fin que ese afan de comulgar era tentacion del demonio.

Tambien hubo de remediar los largos arrobamientos de otra monja, que siempre que comulgaba se caia tendida por espacio de algunas horas, mandándole suprimir sus mortificaciones y sus penitencias.

De una mujer habla tambien, con este mismo propósito, que tenia tal vértigo por comulgar que, cayendo enferma, se decia una misa diaria en su casa á fin de recibir la sagrada forma. Comprendiendo el exceso, se negó un dia á darle la comunion un sacerdote, con lo cual sobrecogió tal rabia á la enferma que murió con ella.

Señores: alabemos á Dios en todas sus obras. ¿Puede, acaso, atribuírsele al demonio el milagro que nos ocupa?

«No puede ser el demonio, dice Santa Teresa, haciendo tan notable progreso en el alma, y trayéndola con tanta paz interior que no es de su costumbre.....»

«Mi tema es y será que como el alma ande de la manera que aquí se ha dicho, la dejan estas mercedes de Dios, que su Magestad la sacará con ganancia, si

permite alguna vez se la atreva el demonio y él quedará corrido.»

Nosotros somos ministros del Señor; nosotros confesamos y, como puede acercarse al tribunal de la penitencia alguno con estas dudas, bueno es que lo sepamos.

«Porque yo no hallé Maestro, digo Confesor, que me entendiese, aunque lo busqué en veinte años despues desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás.»

Esto decia en su *Vida*, añadiendo en sus *Fundaciones:*

«Yo sé de una persona que le trajeron harto apretada los confesores por cosas semejantes, que despues, á lo que se pudo entender, (por los grandes efectos y buenas obras que de esto procedieron), era de Dios.»

Una palabra y concluyo: juzgad del milagro que os he presentado, por los datos esparcidos por todo mi discurso y, si ellos no os bastan, leed enteras las obras de Santa Teresa.

De esta ilustre escritora me he querido valer únicamente para mis pruebas, pero bien sabeis que se encuentran con profusion en todas las vidas de los santos.

Los hechos no se prohiben; se esclarecen.

La Religion verdadera no puede temer á la verdad; cualquiera que sea su manifestacion concluye por comprobarla; es su amiga inseparable.

La verdad está, como Dios, en todas partes; se

cierne sobre nuestras cabezas y nos ilumina con su resplandor secreto.

Pero nosotros, al recogerla, somos, segun la acertada espresion de la divina mujer que nos autoriza, *como la araña que todo lo que come lo convierte en ponzoña, ó como la abeja que lo convierte en miel*.

CAPÍTULO XV.

AMOR INTENSO.

¡O nuit! deroulez en silence
Les pages du livre des cieux.
A. de Lamartine.

¡Quis est pauper? qui sibi videtur.
Séneca.

¡Celeste! génio purísimo que descendió del cielo para hermosear las oscuras páginas de una historia de amores; vaso transparente, apenas visible, donde se sustenta esa hervorosa fantasía próxima á hacerlo estallar para elevarse en vapores hasta el infinito; suspiro exhalado de los labios del amor; nota que resbala suave desde el seno mismo de la armonía; ardiente chispa del fuego increado, que circunda al Creador.....

¡Celeste! arquetipo de la mujer, oráculo del porvenir, mensagera de otros mundos, núncio de la nueva era, aurora del naciente dia.....

Si cuando se juntan las bellas artes, no ya en su oscura cópia, sino en el bello original de los cielos; si cuando se vé nuestra maravillada cabeza bajo nubes de fuego que parecen formar fantásticos paisajes de otro mundo, pisando nuestros piés la vejetacion variada de la mas fécunda de las madres, mientras se deja percibir el canto melodioso con que nuestro astro contribuye al concierto universal de los astros; si cuando brillan los objetos materiales, al ocultar la luz

que les atraviesa, como un transparente de colores, dejara de esconderse esa belleza, que jamás hemos visto, y saliera deslumbradora de detrás de las luces, del interior de los sonidos y del seno de los aromas; esta belleza ideal, esta abstraccion hermosísima del pensamiento, tomaria ante nosotros los contornos suaves de una mujer y se llamaria ¡Celeste!!

Alfredo vivia pobre, sin mas amparo que el P. Alberto, en cuya casa se hallaba acojido; los amigos suyos le habian abandonado, creyéndole loco; su mismo protector, aquel ilustrado sacerdote, se veia por momentos sin recursos.

Examinando con calma los doctores, aquel discurso que les convenciera por sorpresa, no pudo pasar el estrecho cedazo de un detenido exámen teológico, por lo que fué acusado ante el Arzobispo de negar la suspension sobrenatural de las leyes ordinarias, en el milagro, reduciéndolo, casi, casi, con menoscabo del poder de Dios, al físico nombre de fenómeno.

El Arzobispo le recogió las licencias y es de advertir que para el P. Alberto, la misa formaba con su limosna gran parte de su único sustento.

Uno y otro, por consiguiente, se hallaban espuestos á tener que mendigar un pedazo de pan.

Sensible era esta situacion pero.... Qué le importaba al P. Alberto, creyendo en la Providencia? ¿No os acordais de los mártires cristianos que, con sonrisa en los labios y gozo en el corazon, veian en la hoguera un resplandor que les abria el cielo á sus ojos?

Qué le importaban al jóven los tormentos? qué las injurias? qué la pobreza, si Celeste le amaba en tanto?

Aquella mirada tranquila que deshacia los rayos, aquella voz suave que acallaba los truenos, y aquellas blancas manos que separaban las nubes de la tormenta, juntas formaron en union una atmósfera de paz, donde Alfredo respiraba el amor de los amores.

Vestida de luz, radiando destellos azules, se presentaba Celeste al impaciente Alfredo.

—¡Cuanto has tardado! la decia; mi alma no puede vivir sin tu alma, y temo que llegue un momento en que el inmenso dolor de tus ausencias destruya el placer inmenso de tus visitas....

—Solo la pasion habla esas palabras, Alfredo; no es verdad que tu alma no siente lo que ella dice? Ah! ... ¡contéstame que sí!!

—Sí, es verdad, Dios mio! siento desvanecerse mis quiméricos temores; todo lo he comprendido con esa mirada tuya. Bastante favor me hace Dios con darme estos instantes de gloria; muchísimo más del que merezco. Tu ausencia debo, pues, emplearla en dar gracias á Dios por sus mercedes y bajo tal aspecto, son estas tan grandes que me parecerá corta aquella.... ¡Ya comprendo, vida mia! á Dios se dá gracias trabajando mucho y practicando el bien.

—¡Pura expresion de tu pensamiento! Es la imágen mas bella de tu alma. Dios premiará nuestros afanes en el dia venturoso que los confunda en uno.

—¡Querida Celeste!, díme cuando y donde llegará ese dia; dime lo que debemos hacer para adelantarlo,

hasta brotar las flores de esa union que verdea la esperanza...

—La ansiedad te domina. Cuándo? muy pronto. Dónde? muy cerca. Esto es todo lo que ahora puedo decirte. Entretanto aumentemos nuestro amor, que así se adelanta la felicidad.

—No son uno mismo el amor y la felicidad?

—Es un secreto, vedado á casi todos los mortales; ¿quieres saber el secreto del amor? que Dios premia las almas, á las unas con las otras; este es el problema de la felicidad; hé aquí toda la recompensa futura. Cómo no amarnos, pues, los unos á los otros, si somos los premios recíprocos de Dios?

Admirado se hallaba Alfredo con lo mucho que entendia al penetrar las puras ideas de Celeste, fijos los ojos en su hermosura incomprensible.

Un poco despues adivinando el ángel las dudas que en él hacia brotar la extrañeza, exclamó:

—No, Alfredo; no te creas que soy una abstracion mecida en el áire; mi alma está revestida de un fluido aun mas real que la materia.

—Tú me has disipado como siempre una duda, antes de formularla.

—Este fluido que me envuelve, sutil y rápido como el pensamiento, es envuelto á su vez por mis ideas y reviste una forma; tal es la hesmosura que tu admiras, que pudiera variar á mi antojo...

—Ya comprendo; la figura que ahora ostentas la has escojido por ser la mas bella, la mas pura, la mas perfecta.

—No, Alfredo; otras figuras mas bellas podria tomar, pero no las comprenderias.

Al pobre Alfredo no le satisfizo mucho el carácter convencional que parecia atribuir Celeste á su cuerpo luminoso. Habia interpretado mal sin duda su lenguaje y no podia conformarse con la idea de que aquellas formas encantadoras fueran al fin y al cabo una ilusion óptica.

La hermosísima Celeste que vió sus dudas, por única contestacion acercó una mano á su amante, para que la tocara.

Alfredo por un movimiento instintivo sacó un anillo de los suyos que, estrechándolo con admiracion, lo colocaron en aquella mano de nieve que parecia de fuego.

Su contacto era finísimo como el beso de las áuras y su atraccion tan imperiosa que, loco, en delirio exagerado, acercó sus lábios para juntarlos con ella...,

Lo que sintió lo podria imaginar el lector que descargase con un beso una botella de Léyden retenida en su mano, si es que quedaba con vida para podernos detallar una conmocion mucho menos fuerte que la de Alfredo, pero mucho mas brusca.

La débil máquina mortal dió un salto y fué á abrazar frenética á la hermosura que daba vida á aquella mano.

Pero, ay!... Los brazos de Alfredo penetrando el delicado cuerpo de Celeste, se cruzaron con velocidad en su mismo pecho.

¡La imágen habia desaparecido!

¿Cómo expresar el dolor del jóven insensato?

Tendido contra una silla, la mirada extraviada, el rostro contraido, era tal el adormecimiento causado por la intensidad de su pesar que creyó morirse.

Un impulso le hizo abrir los ojos. Allí, delante de él, estaba otra vez Celeste; su mirada radiaba una tristeza bellísima.

—No temas, le dijo á Alfredo que temblaba; mírame con fijeza.

Y el jóven que obedecia, á la influencia de aquella mirada arrobadora, sentia elevarse la suya por encima de sus ojos, miéntras se alzaba con lánguido abandono su ser sobre su ser mismo....

—No temas, volvió á decir la misma voz melancólica; vamos á hacer un viaje.

Su cuerpo quedó inerte elevado en la silla y él se vió fluctuando indeciso en el áire, como una tierna avecilla cuando se ensaya á volar. Los transparentes brazos de Celeste acudieron á darle sosten.

—No comprendes aun, bien mio? le dijo; la impureza de tu cuerpo te condujo á la locura que deploro todavía; tus brazos materiales atravesaron bruscamente mi cuerpo fluídico, que se apagó como una luz al azotado viento...

—Perdóname, Celeste mia, estaba como un ébrio, estaba ofuscado....

—Ah! si, te perdono; por eso para cumplir tu afan mal expresado, te he separado un instante de ese cuerpo que te estorbaba; hé aquí que estás libre con tu cuerpo espiritual; ahora es otra cosa; ahora tu con-

tacto es tan delicado como el mio y no ajará mi hermosura. Ahora, en prueba de que te perdono... abrázame Alfredo mio, sella mis labios y mis mejillas con tus besos ardorosos....

—¡Qué hermosa eres, alma mia; tu boca junta con mi boca me hace gozar delicias que me muestran hasta donde se eleva la pureza del placer; tu aliento confundido con mi aliento forman una atmósfera, donde se inflama, se depura y se sublima nuestro creciente amor...

—Si, Alfredo; ¡cuanto gozo en este instante! tu alma junta con mi alma forman un alma mas grande, inmensa, donde se ostenta la sonrisa de triunfo del Creador... ¡Cuantos misterios comprenderás ahora!!

—Veo los puntos en que se envuelve la esencia; por ellos penetran las almas en el espacio; miro al presente de mañana, á lo léjos, caminar hácia mí; siento al tiempo que pasa tangente á mi círculo; el instante es su punto de tangencia, y veo al presente de ayer abismarse, cada vez mas oscuro, cada vez mas léjos. Si; el tiempo no es el tiempo; el espíritu es el que corre, que así como, al navegar por un rio, nos creemos fijos mientras anda la orilla en sentido contrario, se le figura al espíritu que los sucesos marchan hácia atrás, y á este movimiento imaginario le llama tiempo.

—Es verdad, Alfredo mio, el espacio no es espacio; para existir una fuerza necesita un punto, para actuar necesita otro, que á su vez tiene una fuerza que actua sobre el primero: he aquí el espacio. Pero como

el espacio, que es la relacion de los puntos entre sí, está en los puntos mismos y el punto no es espacio, el espacio no es espacio. Todo el infinito se concentra en un punto y un punto no cabe en todo el espacio....

—Ya lo comprendo todo, ángel mio; lo único real es el punto; lo solo verdadero el instante ¡Que bello es el panorama de la Creacion!

Alfredo se veia transportar en brazos de su Celeste, que le oprimia contra su ardoroso corazon con todo el vigor de un espíritu.

El rubor es una especie de cobertor encarnado que sirve para ocultar á la malicia.

En la ausencia de esta, el rubor es innecesario.

Los ángeles inocentes no se ruborizan.

De repente una inmensa armonía llegó hasta él; eran sus vibraciones tan suaves y tan penetrantes que se aspiraban, se veian, se sentian, y se escuchaban. Y las ondulaciones armónicas infiltrándose por el fluido hasta el centro sensible del espíritu, le hacian mecer oscilante como un ébrio, trazando una estela sinuosa.

—Música sublime, pensaba Alfredo, de la cual nuestra música no es sino un ligero ensayo ó una torpe reminiscencia; murmullo universal de la armonía, que produce el mar del espacio al chocar sus mundos en los torbellinos del ether..... Sí, ángel mio, esa música que nos envuelve sin confundirnos, que nos mece sin marearnos y que nos enciende sin abrasarnos, es el eterno concierto de las criaturas que, remedando ensayan la voz del Criador, es el himno

misterioso de los mundos, és la inmensa trepidacion del Universo.....

Mas las estrellas se caen, los sistemas se abisman, las nebulosas se acercan..... ¿qué es esto, bien mio? Es una vision apocalíptica esta inmensa llúvia de fuego que amenaza destruir la Creacion? Ah! ya comprendo! La velocidad de nuestro vuelo es la que produciendo en este cuadro de la Creacion un movimiento rélativo aparente, nos finge la caida de los astros.

Celeste se estremecia de placer; su rostro se hallaba encendido como una nube junto al sol; sus ojos radiaban haces de fuego. El jóven volvió hácia ella los suyos y, no pudiendo soportar él solo la mágia de aquella mujer seductora, confundió sus impresiones con las suyas en un beso tan íntimo que parecia que iba á ser eterno....

Así permanecian los dos en el momento en que Alfredo sintió de repente en un hombro una fuerza desagradable.

—Celeste, Celeste mia, exclamó; quítame por Dios este peso horrible que agota mis fuerzas!

Y Celeste, en tanto, sonriendo tristemente separó su rostro y le dirigió una mirada de despedida.

Alfredo se vió entonces en la oscuridad y en seguida abrió los ojos.

Aquel peso horrible lo ocasionaba el P. Alberto, que movia ligeramente su hombro para despertarlo.

El instantáneo viajero del cielo se hallaba de mal humor, pero bien pronto vió, otra vez, á Celeste que se le acercaba.

—¡Cuanto hemos gozado, vida mia! le dijo y despues añadió.

—Y mi cuerpo? qué hacia mi cuerpo mientras tanto?

—Dormir, le respondió.

—Y se ha estado durmiendo todos los dias que ha durado nuestra escursion?

—¡Pobre Alfredo mio! Ya te has olvidado de tus ideas acerca del tiempo. Tu cuerpo que ha seguido la monótona y pesada marcha del planeta, mientras tú has pasado dias enteros con vertiginosa carrera, apenas ha tenido que esperarte durmiendo un cuarto de hora.

La madrugada avanzaba; Celeste contra su costumbre se habia detenido un poco más al lado de Alfredo, pero al fin, como obedeciendo á una órden fatal, se tiñeron sus mejillas de un ligero rubor y su pura luz se deshizo en la del dia.

Lo mismo pasó en los otros que le siguieron. Su jóven amante se hallaba al concluir cada una de sus entrevistas mas enamorado y mas bueno por consiguiente, porque el amor ¡verdadero nunca acaba de crecer y de hacer bien.

Como ni á él ni al P.e Alberto les quedaba ningun recurso para comer, Alfredo se dedicó á ganar el sustento como escritor público. ¡Triste recurso, en verdad, en la desagradecida España!

Escribia en periódicos del país, en revistas extranjeras, en todas partes. Además, como poeta, como pintor y como músico, llevaba á cabo, por via de pa-

satiempo, tres hermosas variedades del arte, que le valieron la fama del porvenir.

Ved si Dios premia la virtud. Conmovido el P. Alberto acojió al jóven en su casa para mantenerle, y este fué el que despues le mantuvo.

Dejémosles á los dos pasar cerca de un año en la escasez, para llevar nuestra atencion á otra parte, sin cuidarnos de su suerte por ahora.

¡Ambos son bien felices, pues rodean á sus almas la amistad, el amor, la virtud y la pobreza!!!

SEGUNDA PARTE.

EN MADRID.

Mas quem póde livrarse por ventura
Dos laços, q' amor 'arma brandamente
Entre as rosas e a neve humana e pura,
O ouro e o alabastro transparente?....

Luis de Camoens.—Luisiadas,
Canto III.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I.

ENCARNACION.

Cuando la noche más sombria
velaba el Universo, abrió Dios
los ojos de la mujer y se pro-
dujo la luz....

John Schulce.

Un error de apreciacion en el comun sentir de las gentes, ha hecho estravagante y antipático el tipo de la poetisa contemporánea.

Tanto es así que la inmensa mayoría de los hombres, cuando se trata de matrimonio, huye siempre de la que muestra ribetes de literata, dando preferencia á una mujer ignorante y laboriosa.

Infinitos desengaños, familias desarregladas y esposos mártires han contribuido poderosamente á sostener esta exajerada apreciacion.

La exaltada imaginacion de la mujer hace, muchas veces por desgracia, que, al aprender el mas ligero principio ó al notar la mas leve disposicion, se separe del estrecho camino de la ciencia ó de la senda espinosa del arte, para perderse en alas de un pedantesco orgullo y de un tonto amor propio.

Atacada de semejante locura, olvida los quehaceres domésticos, ódia al vulgar bastidor y no puede oir hablar de la tradicional calceta; y, como quiera que las acciones de sus pequeños son á veces muy prosáicas, los desatiende al principio y concluye por ser una mala madre.

Todos conocemos á la llamada *literata*, por burla, cuando niña impertinente, cuando jóven insufrible y cuando vieja enamorada.

Todos hemos visto este tipo encarnado en esas feas desesperadas, con el sello del descaro cínico de la que no oyó lisonjas ni sintió caricias.

No es mujer; no es hombre; es un ser híbrido que tomó por imitacion los vicios de los hombres, abandonando las virtudes de las mujeres.

Pero tales abortos no pueden llamarse poetisas, lo mismo que no pueden llamarse poetas los poetastros.

Por mas que el mal abunde, por mas que temamos la influencia perniciosa de esta fatuidad, ya que nuestras bellas compatriotas dán en escribirse en francés, despreciando el idioma de Cervantes, con todo no podemos desconocer que la verdadera poetisa, y hasta la profunda literata, existen ó pueden existir.

En que han existido todo el mundo conviene.

Aunque Safo, pequeña, morena y no muy bien parecida, no es un tipo que satisfaga, por sus descarados amores, desde Corina, la vencedora de Píndaro, desde todas las musas griegas, creeis que, siguiendo al génio en su encarnacion femenina, ha habido la menor solucion de continuidad hasta llegar á nuestra

España contemporánea, con las Coronados, las Grásis y las Avellanedas?

La mujer exhala por naturaleza poesía como las flores perfume, pero pocas veces la fama hace caso de ella, que tímida brilla en la oscuridad como las estrellas del cielo, que casi siempre entrega sus suspiros á ese eterno anónimo, á ese eco sin voz, que se llama poesía del pueblo.

Es censurable que la mujer se instruya? Es, quizá, defecto su aptitud para el estudio?

El saber y la disposicion no pueden afear á nadie; mucho menos á la mujer, en que los talentos lucen como un ramo de flores en dorado vaso de cristal.

Pero así como entre cada poeta hay mil poetastros, es muy difícil encontrar la verdadera poetisa, la que no se desdeña de las labores, la que cose y es mujer de su casa.

Nosotros, sin embargo, creemos haberla hallado.

Se llama Encarnacion.

Jóven de diez y ocho años, de más que mediana estatura, de azules ojos inmensos, de cabellera blonda y rizada, era aquel cuerpo el perfecto modelo escultórico, cuyas formas han ido robando á el ideal soñado todos los artistas desde Fídias y Praxiteles.

La rúbia Encarnacion no era solo bella, ¡está tan gastado este adjetivo! no era bella; era acabada, era perfecta, era admirable, era inverosímil.

Hermosas hay á cuyo armonioso conjunto hace traicion una línea mas de boca ó algun detalle sin

concluir, ó bien una forma no colocada con precision geométrica.

Nada de esto pasaba á aquella hermosa; parecia que en tan bella obra se habia reconcentrado un instante toda la atencion del Creador.

Aquella jóven era una preciosa estátua animada, aquella rúbia era la encantadora ¡Galatea de Pigmalion, aquella mujer era la Vénus de Médicis que se colora, que late, que pestañea y que nos habla....

Y si ostentaba su cuerpo tan peregrina hermosura, mas peregrina, mas inmensa, mas incalculable era la hermosura del alma que encerraba cautiva.

Encarnacion era modesta, sencilla y laboriosa.

Encarnacion era instruida, lista y aplicada; Encarnacion lo reunia todo, elevacion, inteligencia, nobleza, cordura, humildad, virtudes todas envueltas en el mas exaltado sentimiento femenil, como los séres vivientes en la atmósfera que los alienta.

Encarnacion era pues un misterioso conjunto, un divino y apacible consorcio en que se enlazaban un cuerpo perfecto y un alma pura; era una perla inestimable escondida en una hermosa concha, era un ramo de aromosas flores que guardaba un fanal transparente, era una brillante luz recojida en una ligera lámpara de oro.

Sin madre desde sus primeros dias, de una familia rica y aristócrata de la corte, habia crecido en los brazos de su enamorado padre, envolviéndole con su existencia primaveral, como una tierna yedra.

La ilustracion de la jóven no provenia, como en

otras, del deseo de admirar, sino del amor al saber, esa noble curiosidad que empuja á las almas al progreso.

Su único adorno se reducia á una letra preciosa; todo lo demás era instruccion sólida y de provecho.

Los idiomas los consideraba tan solo como un médio para adquirirla.

Habia aprendido inglés por el afan de leer las tragedias de Shakespeare, el poema de Milton, versos de Byron y algunos otros tesoros inestimables que pierden su valor al ser traducidos. Sabia francés, porque además de considerarlo indispensable para la ciencia y la filosofía, las fábulas de Fenelon, los sermones de Bossuet y los divinos versos de Lamartine eran sus lecturas favoritas. Poseia el italiano, porque la traduccion de la *Divina Comedia* cansa y aburre, y porque, si bien el *Aminta* del Tasso está perfectamente calcado á nuestro idioma por Jáuregui, en cambio su *Jerusalen* bien se merece el poco trabajo que cuesta aprender aquella lengua hermana de la nuestra, aunque ya no estimularan á ello los versos de Petrarca, Martelli, Manzoni, Metastasio y tantos otros; por otra parte, ¿cómo desconocer el italiano una artista tan inteligente?

Todos sus conocimientos fueron entrando en su privilegiada cabeza por un órden admirable que aprovechaba las distintas edades por que iba pasando.

El saber no necesita turbar á la inocencia.

El *Orlando furioso*, por ejemplo, tan libre en sus descripciones, lo habia leido cuando sus bellos ojos

podian recorrer aquellas hermosas páginas sin teñir de púrpura las mejillas; lo habia leido siendo niña inocente, y así cuando veia al enamorado Orlando correr frenético trás la incitante Angélica, se acordaba de sus juegos infantiles con las otras niñas y su imaginacion volaba con el *hipógrifo* en brazos de un paladin, luego se extendia por la feraz isla de alguna maga y encantada, y perdida entre infinitas descripciones, se elevaba hasta la luna, creyendo concluir de una lanzada con todos los vicios del mundo.

Despues, para contener esta locura, para reprimir la infantil imaginacion, mas expansiva quizá que la de los adultos, estrechaba entre sus bracecitos el remedio infalible: el libro de Cervantes.

Tambien leyó en esta época el *Don Juan* de Byron y novelas como el *Gil Blas*, pero, á medida que crecia, se notaba una marcada reaccion en sus lecturas; la historia sustituyó á la fábula.

Para las almas grandes como Encarnacion, la historia, por un secreto incógnito, parece que en vez de narrar, recuerda.

La historia era para ella la eterna demostracion de la ley del progreso. El de los pueblos es una fase tan solo de aquella ley que para estudiarla en absoluto hay que verla en el individuo, ya que no en el Universo.

El progreso era para ella como el calor que, cuando se extiende, baja su temperatura; así se explicaba la decadencia de los pueblos.

Las invasiones son la mezcla de dos pueblos de di-

ferente cultura en que la mayor pierde lo que gana la otra sin que altere el progreso.

En çambio, el progreso individual es como una llama que, aunque encienda otras mil, conserva su vida independiente sin disminuir ni un ápice.

De la historia pasó á la filosofía, al paso que su naturaleza maduraba, sintiendo un cámbio tan hermoso en su cuerpo como en su espíritu.

Como nos concretamos á su desarrollo intelectual, haremos caso omiso de esa inmensa ebullicion de deseos sin nombre que, en torno el adolescente, forma un vapor confuso de color de rosa.

De la filosofía pasó á la ciencia.

En ella se agitaba su marcada tendencia á huir del método especulativo para basar únicamente en la observacion sus teorías.

De la ciencia pasó á la religion. Aquellas santas creencias que habian crecido al calor del sentimiento, pudieron entrar entonces triunfantes en su inteligencia.

Y creo que nadie extrañará ver á Dios colocado en el vértice de sus conocimientos ya que debemos elevar su intuicion divina hasta el punto mas alto de nuestras almas.

Bacon decia verdad:

«Poca ciencia aleja de Dios; mucha ciencia aproxima á él.»

Pero si á Dios sustituimos la sociedad, dán ganas de invertir los términos de la anterior sentencia, al ver el aislamiento en qne crecia Encarnacion.

Siendo pequeña huian de su trato las demás niñas, porque aunque se prestaba risueña á sus inocentes juegos, no podia tolerar esas travesuras inspiradas por un instinto malévolo que traemos al nacer y que luego la educacion refrena.

Tampoco fué muy querida cuando mayor, porque si bien su dulzura y su trato encantaban á sus amigas, no hallaban eco en su corazon la maledicencia ni el engaño ni la ingratitud.

No encontrando, pues, sus própios defectos en ella, la creyeron hipócrita, porque en este mundo nuestro egoismo nos hace difícil concebir algo superior á nosotros. Además de la simpatía, hay otra simpatía ficticia, que es la que se inspira en los defectos y que es la que, por desgracia, constituye mucho de lo que llamamos amistad y algo de lo que profanamos con el nombre de amor; por eso no tenia amigas Encarnacion.

La sociedad madrileña la consideraba, porque el mérito se hace respetar y sobre todo porque su prodigiosa hermosura la endiosaba; pero esto mismo daba lugar á envidias en las que, no teniendo la malicia donde hincar el diente, se recurria á un desprecio inmotivado, siendo esta la razon por la cual no eran tan apreciadas en Madrid, como se merecian, un alma de su temple y una hermosura de su talla.

La pobre niña no se merecia, en verdad, el anatema de *literata*.

Casi siempre que leia un libro tenia en sus manos una labor, y sus bordados eran admirables, con la

particularidad de que ella misma ideaba y trazaba el dibujo, porque su génio artístico le alejaba mucho de las cópias.

Isabel la católica se preciaba con noble orgullo de que su esposo jamás se ponia una camisa, que no fuere hilada y cosida por sus manos.

Aunque hoy las necesidades crecientes harian imposible tan extrema laboriosidad, la de Encarnacion le aproximaba bastante á aquella augusta reina, cuya bella figura se ponia muchas veces de modelo.

No hay para qué decir que la indiferencia de aquella sociedad no llegó jamás al género masculino; no hay para que decir lo acosada que se veia Encarnacion por infinitos jóvenes amartelados.

Si es verdad lo que dice D. Severo Catalina de que, al hablar de la mujer, preguntaban nuestros abuelos si era honrada, nuestros padres si era bella y nosotros si es rica, considérese lo muchísimo que agradaria Encarnacion, reuniendo en un ramo hermoso los gustos de abuelos, de padres y de hijos.

Pero aquellos hijos aristócratas no podian elevar al rango de amor la simpatía, que generalmente inspiraban á la encantadora niña, que no podia amar á ninguno, porque.... ya amaba á otro.

Encarnacion, como todas las almas grandes, amaba á un ideal; pero este amor no era tan etéreo que no hallase un fundamento, ni este ideal tan vago que no tuviese un nombre....

¡Era un secreto! Algo debia haberle pasado sobrenatural, que tanto habia influido en su existencia....

Era un secreto, que no nos permite descubrir nuestra fidelidad, hasta que los hechos nos autoricen, aunque en esta desgraciada España, se lee tan poco, que para tener guardado un secreto no hay como estamparlo en letras de molde.

Encarnacion hacia versos, pero, aunque así no fuese, dejaria de ser poetisa con un alma tan bella?

A nádie acostumbraba leer sus composiciones, por lo que muy pocos sabian la pureza de sus escritos; y si algun defecto tenia para con sus semejantes era que, al revés de las literatas, siempre hallaba algo bueno en las poesías que le presentaban á su aprobacion, donde, sin saberlo, se enamoraba muchas veces como Narciso, del reflejo de su belleza.

Las suyas, sencillas, sin afectacion de estilo, con humildad de apariencia y como flores silvestres de poca vista y mucho aroma, tenian un sello de dulzura que las caracterizaba.

Léjos las pasiones turbulentas, nada de amores volcánicos; ya eran dirijidas á su madre, ya á las aves, ya á las flores, escojiendo siempre lo mas puro, lo mas sencillo, lo mas inocente, para hacerlo objeto de las infantiles caricias de su musa.

La siguiente poesia, aunque falta de mérito, puede dar una idea de su estilo:

A LA REINA DEL CIELO.

—

I.

Te acuerdas, reina hermosa?
Era una niña

Y, extendiendo sus brazos
La pobrecita,
Miraba al cielo,
Y decia en sus preces:
¡Ay, cuando vuelvo?

Te acuerdas? Pesarosa
Te preguntaba:
Dónde se halla mi madre?
¡Madre del alma!
Sí, Virgen mia;
No tienen madre, acaso,
Las otras niñas?

Y soñaba á la noche
Que ella era un ángel,
Y que le dijo un alma:
«¡Yo soy tú madre!
Si quieres verme,
A la Reina del cielo
Rézala siempre.»

«Vén á jugar» gritaban
Las otras niñas;
«Voy á hablar con mi madre»
Las respondia;
Y así, á tu amparo,
Se pasaba las horas
Siempre rezando....

Mas ay, que aquellas horas
Pasan fugaces;

Con los años la niña
Se hacía grande;
Y al par pequeña
Le hacian estos años
A su inocencia.

Adios, sencillos sueños,
Adios plegarias,
Adios madre, adios Vírgen,
Adios infancia....
¡Cuál se varia!
¿Quién dirá que aquel ángel
Era yo misma?

II.

Cuando en recuerdos dulces
Tiendo mi vista
Más allá de la infancia
¡Más todavía!
No sé que veo
Que llorando pregunto:
¡Ay, cuando vuelvo?

Las aves se congregan,
Se unen las flores,
Se buscan las corrientes,
Se aman los hombres....
Yo, madre mia,
No he encontrado en el mundo
Ninguna amiga.

Por eso, Vírgen pura,
Dejé mis rezos;
Solo gritaba entónces
Solo por eso:
Volveré pronto?
No hago falta ahí arriba
Cuando aquí sobro?

Qué me queda? decia;
Ay, qué me queda
Para calmar los males
De mi existencia?....
Y, triste al verme,
Escuché que exclamabas:
«¡Mi amor ardiente!»

¡Tu amor ardiente!... entónces
Fué tan inmenso
Que ya nunca te digo
Que cuando vuelvo...
¿Con tal tesoro
Pregunté que me queda?
¡Me queda todo!!

Sí; con tu amor ardiente
Hablo á mi madre,
Y sueño por las noches
Que soy un ángel...
Sí, Vírgen mia,
Tú no me desamparas,
¡Tú eres mi amiga!!

Encarnacion.

¡Qué bella era su alma! cada poesia suya era un deseo confundido con una queja, era un suspiro disuelto en una lágrima.

El pasado y el porvenir se besaban en ellas, en confusion inexplicable, atrayendo con dulce simpatía dos palabras que se repelen: *la esperanza del recuerdo.*

Por eso amaba Encarnacion.

Su elevada fantasía solía situarse siempre al nivel de los ángeles.

Por eso amaba á un ideal.

Comprendia que el trabajo y la abnegacion es el camino de la gloria y sabia conducirse á la religion por la ciencia.

Estaba segura de que la materia, no tan vil como la pintan, es el pedestal que nos ha de elevar al cielo.

Por eso su ideal tenia un nombre.

Este nombre era un pseudónimo, bajo el cual se ocultaba otro ser de su nivel gerárquico: un poeta; «Prometeo»

Prometeo, en verdad, como el de la fábula, parecia haber robado en sus versos la luz del cielo.

Prometeo era un poeta contemporáneo que escribia versos, libros, y artículos con una fecundidad extraordinaria. Todas las revistas literarias se enorgullecian con su coloboracion, y la jóven poetisa, enamorada de sus conceptos, no dejaba sin leer ni una letra de lo que escribia.

Sin embargo su estilo era muy diferente del estilo de ella, oposicion que dá alguna luz sobre la ley secreta de las simpatías.

Para mayor autoridad, ya que conocen nuestros lectores una poesia de Encarnacion, justo es que transcribamos la siguiente de Prometeo, para que comparen:

LA SOMBRA DE LA IMPUREZA.

—

I.

Dí, dónde está la pureza?
Dónde un grande pensamiento
No se disipa al momento,
Al pasar por su crisol?
En vano, en el cielo mismo
La vás buscando anhelante....
Vés ese sol tan brillante?
Pues tiene manchas el sol.

Esa fuente cristalina,
Con fondo de lodo lleno,
Diciendo está que entre el cieno
Se encuentra siempre el placer;
No su água hallar pretendas
En tu sed, purificada,
Pues el *águà destilada*
No sirve para beber.

La pureza es un convenio
Que, si á causar llega enojo,
Puede variar el antojo
Como le plazca mejor.

Si del *yo* salen sus leyes
No hay mas ley que el egoismo;
En nuestro solo amor mismo,
Qué otra ley que nuestro amor?

Vénte, pues; desprecia el mundo;
Si matar quieres tus penas
Deshaz las duras cadenas
De la torpe sociedad.
De la conciencia soñada
Sin oir las tristes voces,
Nunca amenguará tus goces
Ridícula castidad.

II.

Pasó un més; qué es esta sombra
Que vá con constancia terca
Persiguiéndonos de cerca,
En su dura obstinacion?
Qué es este remordimiento
Cuya influencia maldita
Con tanto peso gravita
Sobre el débil corazon?

Si al mar echamos el crímen
Desde alguna playa ignota,
En el agua sube y flota
Y al mundo se deja ver.....
Si de tierra en lo profundo
Darle ansiamos sepultura,

Hará su semilla impura
Nuevos crímenes nacer.

¡Reposo! en vano mi lengua
En mis maldades le nombra,
Porque es mi cuerpo tu sombra
Que mira su sombra en tí....
¡Huye, mujer, de mis brazos,
Que, tambien en este abismo
Voy huyendo de mí mismo
Y siempre me encuentro en mí!

Ya la aurora..... nos hallamos
Hoy á su luz fastidiosa,
Tú encendida y ojerosa,
Yo inmutado y sin color.
Ah! que en su manto la noche
Nuestro crímen envolvia,
Y ahora nos sorprende el dia
Con su espectro aterrador.

¿Dónde escondernos? El crímen
Ni se ahoga ni se entierra;
Mi mente, en vano, destierra
Un nombre grabado allí....
Donde escondernos? sus luces
Llegan al lecho sombrío....
Fuerza es nombrarle... ¡Dios mio!!
¿Dónde escondernos de tí?

Prometeo.

Parecerá extraño que una mujer se enamore de un hombre sin conocerlo, sin saber ni siquiera si es viejo ó jóven ó tullido, cuando nosotros tenemos que medir las cualidades materiales de una persona con detencion, antes de hablarle de la mas ligera simpatía. A los ángeles no les pasa esto; los ángeles se enamoran al vuelo, como las palmeras que se fecundan con su aroma á través del espacio.

Por sus poesías, por sus pensamientos, por todas sus ideas, comprendió Encarnacion que el alma que se firmaba «Prometeo» era el complemento de la suya.

Pero no se crea por eso que era este amor la union de la envidia con la caridad, la humildad con la soberbia etc, ó sea el anulamiento de los vicios por el sacrificio de las virtudes.

Era la union del valor con la dulzura, del entusiasmo con la inocencia, de la pasion con el sentimiento; en una palabra: del génio con el ángel.

Este amor lo guardaba la niña secreto en el santuario de su alma como un lirio que crece ignorado en la soledad del valle, como un ruiseñor que canta sin ser oido en el silencio de la selva.

Si lo hubiera confiado á las que se decian sus amigas se reirian de ella.....

¿Cómo dar una idea de la luz al que ha nacido ciego?

CAPÍTULO II.

AMOR AL AMOR.

¿Qué génios son esos génios
Que durmiendo nos engañan?
Si apénas pasa una noche
Que no sueñe que me hablas.

Antonio Hurtado.

Encarnacion, como la hermosa Psíquis, amaba al Amor.

Pero llegó un dia en que una purísima impresion, un misterio incógnito, un *no sé qué* indefinible, vago, indeterminado y confuso, iba grabando en su corazon unos caracteres de fuego.

Y su imaginacion se elevaba á lo fantástico, creyendo adivinar algo sobrenatural en aquel difícil enigma, cuyas soluciones razonables no le satisfacian.

Todas las noches soñaba con este deseo sin forma, y lo único que le quedaba, al despertar de sus sueños, era un aumento en el amor abstracto que le embriagaba por instantes.

Nada más recordaba.

En médio de las caricias de la naturaleza, los frecuentes sobresaltos de su inocencia se traducian en latidos de su corazon.

Ah!.... creia escuchar un suspiro envuelto en el

murmullo de la fuente, y se imaginaba sentir un beso purísimo en su ardorosa mejilla, al suave rozar del áura embalsamada.

La inocente niña llegaba á figurarse un ideal interlocutor á su lado, y es que, reclinada en un rústico asiento, á que daban misterio sombríos ramajes, agobiada con la impresion de su lectura, empezaba á recordar, uno á uno, sus inexplicables sueños.

Véd sus libros: *Pablo y Virginia*, el *Romeo y Julieta* de Shakespeare, *Abelardo y Eloisa*, *Los Amantes de Teruel*, *Atala y Cháctas*, en una palabra, en resúmen: Psíquis y Cupido.

Entonces era cuando amaba verdaderamente Encarnacion.

Entonces era cuando su corazon latia con vehemencia, abrasando al alma en su poderoso fuego.....

Pero ¿por quién?

Casi lo ignoraba; y es que guarda, á veces, el corazon unos secretos tan *secretos* que ni aún á uno mismo quiere comunicarlos.

Encarnacion amaba á una duda. Pero una duda bellísima, una duda seductora, una duda, en fin, que paso á paso, iba tomando las apariencias de verdad.

Aquel creciente calor iba dorando á fuego unos caractéres poco ántes invisibles.

¡Prometeo!

¿Quién seria aquel oculto autor que se firmaba así?

¿Dónde se hallaba?

La enamorada niña hacia poco caso de esto; sus

artículos y sus poesías le bastaban, *por entonces*, para alimentar su pasion.

Y no es nada extraño que se maravillara su alma con este misterio admirable; no bien pensaba Encarnacion una idea, cuando la leia en algun escrito firmado por Prometeo.

Decididamente, existia entre las dos almas una correspondencia incomprensible.....

Así pensaba Encarnacion, analizando ella misma la atmósfera invisible en que respiraba.

Nosotros, tambien en estos capítulos nos vemos precisados á seguir la historia de sus ideas sin introducir en su soledad personaje alguno.

Así continuó pensando hasta que el ruido y la prosa del mundo exterior vino á sacarla de sus abstracciones.

Era carnaval.

La sociedad civilizada alborotaba en las calles con guturales ahullidos. Perdida la dignidad, olvidada la vergüenza, oculto el rubor tras un antifaz, corria la multitud desaforada, sin recordar para nada que era racional.

¡Cuál se degradan los hombres en estos tres dias, dándose á sí mismos el castigo que dió Dios á Nabucodonosor!....

Las reflexiones de la niña cambiaron entonces de aspecto.

En la noche anterior le habian obligado á asistir á un báile de trajes, donde brilló su belleza como brilla el hermoso Júpiter entre los luceros de la noche.

Sus recuerdos se fijaban allí.

La sociedad habia sido escojidísima y en sus variadas riquezas se representaba toda la historia y se reunia todo el Universo.

Aquel baile era profético; aquel baile vaticinaba la union de la humanidad en una sola familia.

Carlomagno bailando con una infiel, con una mora africana; un güelfo del brazo de un gibelino; Mefistóféles con Beatriz, Felipe II con Lanuza, Isabel I con Boabdil el chico.....

Encarnacion llevaba sus consideraciones mas léjos.

Habia mostrado cierta repugnancia al formar parte de esa sociedad, y ahora no dejaba de comprender que en ella se elevaba su espíritu y su imaginacion se dilataba de una manera extraña.

La diversion aquella debia tener algo bueno.

Pero, ¿dónde se hallaba? ¿en qué consistia?

Ya Encarnacion lo habia adivinado: en el arte.

Sí; el arte mostrándose á través de mil obstáculos; el arte, medio velado por las sombras de la vanidad, el arte prostituido por el lujo.

¿Y qué es el lujo sino la prostitucion del arte?

Bien lo habia adivinado Encarnacion; aquellas piedras preciosas, aquellas telas de tisú de oro, aquel crujiente brocado que barria las alfombras; representaban una rémora en el progreso, un atraso constante en la civilizacion del mundo.

El lujo ha sido la muerte de las grandes naciones, como Pérsia, como Roma, como España.

Nos atreveríamos á llamar lujo todo lo que no es

necesario, si se hallase precisado el valor de este término.

Para la vida del cuerpo, son necesarios el abrigo y la alimentacion; para la del espíritu la ciencia, y para las dos reunidas, el arte.

El arte es preciso.

Es preciso ir ordenando el noble consorcio del espíritu y la materia.

Es preciso desbastar nuestra tierra informe para hacerla digna morada de la inteligencia.

Es preciso reunir los elementos dispersos por todas partes, para formar una unidad concreta. Es preciso armonizar todos los sonidos de nuestro globo, uno á uno, como quien afina un piano.

El trabajo será el grande artista que lleve á cabo esta obra.

Considérese ahora al trabajo perdido por el lujo.

Encarnacion se fijaba en una de aquellas mujeres llenas de adornos. ¡Cuántas fatigas simbolizaba su traje! Al ver su áurico resplandor, la imaginacion le transportaba á un rio de América; allí, bajo un sol abrasador, buscaban los pobres indios sudorosos y fatigados, alguna pepita de oro, cerniendo sus arenas de fuego.

Los diamantes le representaban la misma escena en otro punto.

En el dia que el carbono se cristalizara artificialmente, en el momento que un moderno alquimista hallara la piedra filosofal, aquellos adornos dejarian de significar su orgullo y pasarian á la clase pobre,

mientras el lujo inhumano los despreciaria por ser de poco valor, por representar poco dinero, ó bien, traducido á términos mas prácticos, por no haber costado trabajos, fatigas, sudores, ni siquiera lágrimas.....

Las de Encarnacion asomaban á sus hermosos ojos al llegar hasta aquí su pensamiento, cuando este tomó repentinamente un nuevo giro, al ver un periódico que acababa de recibirse.

Allí debia estar la firma de Prometeo; su corazon se lo aseguraba.

En efecto, no tardó en encontrar un artículo suyo, que formaba como siempre una continuacion de sus últimos pensamientos. Decia así:

EL CARNAVAL.

—

Hombres graves; á qué censurais el Carnaval? Es ya tan feo el mundo que se espanta de su própio retrato?

Si en estos tres dias, huye la hipocresía de las conciencias representando los vicios en su horrible desnudez la comedia humana, no es el verdadero carnaval sino en los muchos restantes, que visten al hombre de apariencias engañosas y cubren su faz con seriedad finjida.

Ahora es cuando realmente se desenmascara la sociedad, cuando el hombre se acerca al hombre, sin los requisitos de un cumplimiento forzado para decirle mas de cuatro verdades.

Ah! el carnaval no es este; el carnaval es mucho mas largo.

¿Hasta cuando no concluyen sus ficciones?

¡Ved á un cadáver!

No se inmuta ni se altera; es la primera vez que está sério, desde que nació al mundo.

La presencia de un muerto causa el mismo frio y espanto que ver una careta, arrojada al suelo, el miércoles de ceniza.

Parece, pues, mentira que la humanidad sea tan inocente, qus no haya caido en la broma.

Los hombres al nacer toman un traje, extraño á ellos, y se cubren con una máscara.

Así empieza el carnaval de la vida.

Cada cual se pone de manera que con dificultad le conozcan.

Por eso hay personas que son como esos alcázares orientales que, descuidando la apariencia exterior, presentan por fuera un negro muro almenado, y esconden por dentro la mas rica, la mas complicada y la mas bella de las arquitecturas.

Por eso hay personas que son como esos elevados mausoleos que, ostentando á la vista letras de oro y estátuas alabastrinas, ocultan en su interior polvo, podredumbre y gusanos.

La mayoría de los hombres célebres ha elegido cuerpos defectuosos; cuando menos, feos.

No os guieis por la careta.

Esopo fué horrible, Homero era ciego y andrajoso, Safo fué chata, Dereartes asustaba, Napoleon, el

grande, era pequeño y barbilampiño, Milton ciego, Alarcon jorobado, Cervantes manco, Camoens tuerto, Byron cojo....

Sí; la vida es un carnaval.

El que antes era amo se disfraza de criado, y este, cojiendo los trajes de su señor, sale orgulloso por las calles, engañando á las gentes....

A los mas plebeyos les place salir de reyes y llegan á acostumbrarse tanto á su papel, que luego les cuesta mucho trabajo convencerse al morir de que todo ha sido una broma.

Y las mujeres? Ah! bien dicen que el carnaval es para las feas.

Escojen un traje seductor, procuran ocultar cuidadosamente su rostro y salen á hacer conquistas.

Y en verdad que no faltan cándidos.

En tanto las bonitas desatienden su disfraz de tal manera que, al ponerse la careta, están horribles.

No lo habeis observado?

Hay ángeles vestidos de mujeres y hay mujeres vestidas de ángeles.

¡Qué pocas aparecen como son realmente!

Si cada uno se vistiera con su própio traje, entonces no sería carnaval!

Entonces, adios diversion...

Una vez en la vida, la perturbacion aumenta y nadie se conoce sino por el traje.

¡Cuántas veces se juntan dos amigos íntimos, quizá hermanos, y sin reconocerse el uno al otro, pasan ¡indiferentes! ¡Cuántas, sin comprenderlo, herimos con

insultos á la mujer que amamos, porque su antifaz no nos agrada!!

Hay algunos séres que solo se disfrazan para decir á otros amargas verdades ó revelaciones de importancia.

Otros, despues de una época altanera, escojen ellos mismos un traje repugnante para que les insulten y les maten el orgullo, haciendo con ellos, lo que antes ellos habian hecho.

Y hay mujer, es preciso confesarlo, que con el rubor en el rostro se cubre con el antifaz, se echa un dominó, y corre, en busca de su marido, al baile de máscaras, para sacarle de la bacanal en que se halla ébrio y traerle al buen camino.

Hombre mortal! no te enorgullezcas con tus vanos adornos, que el que te pide limosna lleno de harapos, quizás, será mas poderoso que tú en el mundo de la realidad; no te concretes á buscar esposa en las de tu elevada clase, porque acaso la tuya viste percal y se llama pobre.

El carnaval aumenta; el dolo y la mentira campean por todos lados; la broma se hace pesada.

Es el mártes; es cuando los encapuchados se hallan ébrios, es cuando las parejas ruedan y tropiezan y se confunde en galop infernal.

¡Qué decepcion mas terrible!

La familia difundida, el marido léjos de la mujer, la mujer sin sus hijos y solo el descreido huérfano que no se acuerda que hay unos padres que le esperan en casa sin dormir; nadie se cuida mas que de sí mismo

y todos creen que el mártes vá á ser eterno...... Mas el alba despunta; las caretas son arrojadas en medio del hastío; ¡la realidad inmutable y séria reaparece! Y todos, vergonzosos y confundidos el miércoles, se acercan al altar del Señor, con la ceniza en la frente, á escuchar el terrible: ¡*memento homo*!! Entonces vemos temblorosos que aquel con quien reñimos era nuestro hermano, que aquella que insultamos era nuestra esposa y que la mujer que nos deleitó con su belleza era horrible y repugnante....

Ah! olvidemos todos nuestros rencores, despues de la pasada broma.

Era mentira! no hay reyes, no hay nobles, no hay plebeyos, no hay señores, no hay siervos envilecidos.... ¡todos somos hermanos!!

El mundo de la verdad se extiende á nuestros ojos; el engaño desaparece como una ilusion óptica, y aun se nos figura que nos oprime y hace sudar la careta, pegada al rostro.

Hombres graves, por qué censurais el carnaval? No valdría mas que os dignáseis estudiarlo, para no volver á caer en sus ficciones?

Quizás, á pesar de toda vuestra ciencia, cuando os llegue la hora, tengais que decir, al despedirnos, como nosotros:

Adios, carnaval. ¡Hasta otro año!!

Prometeo.

Ah! cualquiera diria que Prometeo habia nacido para emitir ideas incomprensibles y Encarnacion para comprenderle.

Al concluir su lectura, la niña de diez y ocho años se levantó de su asiento y una fuerza instintiva le hizo volverse al pasar, hácia una hermosa luna de Venecia.

Estaba encantadora; sus cabellos caian en rizadas espirales adornando su cuello ebúrneo; sus ojos alumbraban su hermosura, como la luz al cielo, y delante del limpio cristal, una duda rasgó como un rayo su pensamiento, al ver su rostro tan bonito:

—¡Dios mio; ¿si será mi alma fea!!...

No; pobre Encarnacion; su inocencia la inquietaba en vano.

Es verdad que hay mujeres vestidas de ángeles y ángeles vestidos de mujeres.... Es verdad que al nacer tomamos un traje extraño... Pero Encarnacion... ah! Encarnacion era un ángel vestido de otro ángel!!!

CAPÍTULO III.

LAS DOS AMIGAS.

Y qué cielo azul se vé
Sin el crespon de una nube?
M. Zapata.

Res est soliciti plena timori s Amor
Ovidio.

Hemos dicho que Encarnacion no tenia amigas; dijimos mal.

Además de la excelsa amiga, reconocida por ella en sus sencillos versos, una de las que falsamente se decian sus amigas, iba adquiriendo poco á poco en propiedad tan hermoso título.

Pero para darse cuenta el lector del cambio que experimentó desde que la dejamos aquella graciosa sevillana, llamada Evelina, á la cual nos referimos, preciso seria haber seguido, paso á paso, el hilo interminable de sus crecientes amores, relacion que tal vez nos hubiera alejado mucho de nuestro principal objetivo.

Esto es la razon por la cual, despues de haber cortado unas relaciones que, léjos de terminarse, siguieron cada vez mas activas, nos vemos en la precision de presentar nuevamente, de un modo algo brusco,

á la simpática Evelina, cuya fisonomía moral, variada por completo, infunde la misma sorpresa que nos causa una mujer hermosa á quien no habíamos visto desde niña.

Este cambio favorable era obra exclusiva del amor; los dos primos quc se habian gustado, cediendo á una ligera simpatía, concluyeron por amarse verdaderamente el uno al otro.

La parte perecedera y ficticia de este amor fué desapareciendo con la ausencia, cuyo bálsamo suave cicatrizó la herida material de sù pasion, y, borrando las sombras de sus cuerpos, lo redujo á un amor puro y directo de un alma á otra alma.

Quien bien ama ama al bien; es un axioma de moral.

Evelina era ya buena.

Inútil seria detallar uno á uno todos los cámbios que se habian efectuado en su ser.

Sus futuras acciones colmarán nuestro empeño.

Enterados se hallan los lectores de su viaje á Madrid, despues que tuvo la desgracia de perder á su padre. Al entrar en la córte, estaba ya demasiado variada para recibir con indiferencia á Encarnacion, que se apresuró á verla, para abrazarla.

Desde entonces contribuyó poderosamente á su adelanto esta última, trabajando al par del amor en la obra de aquella regeneracion misteriosa.

Evelina se distinguia por una formalidad en bello contraste con sus pocos años, por ese tinte poético, lleno de melancolía, en que se envuelven los amantes,

y por esos ojos entornados que parecen reservar su luz para las ocasiones.

Sus conversaciones revelaban una penetracion inmensa y un talento admirable y, su aficion exclusiva al idioma frances, como el mas fácil para improvisar una ilustracion mentirosa, decrecía muchísimo al par que ésta última se iba haciendo sólida, modesta y de provecho.

Evelina se hallaba en el estado de regeneracion que, refractario á los malos ejemplos, se apropia y asimila en cambio todas las buenas costumbres.

Por eso la era tan útil la amistad de Encarnacion, que nunca la habia abandonado, porque ya desde mucho antes comprendió, que, en médio de la maldad y el orgullo que mostraba en algunas escénas, como las relatadas por ella misma al principio de este libro, escondia un fondo secreto de elevacion, cuyos ténues resplandores no se pudieron escapar á los hermosos ojos de su alma.

Esta es la causa por la cual no la abondonó, á pesar de sus contínuos desprecios, aumentando su cariño al par que la otra aumentaba sus ingratitudes; solo así se explica el amor desinteresado; únicamente de este modo se comprende la abnegacion.

¡Qué pequeño consideraba su sacrificio comparado con sus efectos, con la redencion de su amiga!!

Pero el primer impulso de estas conversiones está casi siempre confiado á la Providencia.

El amor fué su mensajero.

En la ausencia de Cárlos, no de su alma, porque

para las almas que se quieren no hay ausencia posible, Encarnacion era la única que escuchaba á Evelina con paciencia todas las minuciosidades de su amor prolijo, el cual las unió de una manera que cual quiera diria que la habia sustituido en la plaza de su amante.

Es una verdad innegable entre los experimentados, el que para captarse la amistad de un amante, no hay sino escuchar con paciencia todo lo que de su amor nos diga, mucho más cuando son muy pocos los que pueden sufrir este largo sacrificio.

Las dos amigas se visitaban con creciente frecuencia, hasta que concluyeron por estar juntas á todas horas.

Así continuaron hasta que un dia mas feliz que los otros, al juntarse, relevaron sus rostros una alegría inmensa y una sorpresa indefinible.

—!Abrázame, gritaba Evelina; ¡soy dichosa! Cárlos está en Madrid.…

—¡Dios mio! exclamaba Encarnacion. No sabes la alegría que me causa tu alegría; si eres dichosa, cómo no serlo yo tambien?

—Grácias, querida Encarnacion; ayer fué un dia de glória para mí; figúrate la agradable sorpresa que tendría al verle!

Pensaba casualmente en él..... ¡digo mal! ¡siempre he estado pensando en lo mismo!... cuando de repente lo veo, desde el balcon, á travès de las persianas.... Yo al mirarle creí volverme loca; en cuanto á Cárlos, no sé!..... sus ojos brillaban demasiado....

—Lloraba de alegría...

—Sí; Encarnacion. Las mujeres lloramos á menudo y por instinto, pero ver á un hombre llorar es lo que mas enternece, por lo mismo que no acostúmbran á verter muchas lágrimas....

—¡Cuánto te expresaria en ellas!

—No es verdad que es una prueba de su cariño? Cárlos no lloraba ántes.... No me cabe la menor duda ¡Cárlos me quiere!

—Y os hablásteis?

—Despues de calmada su emocion, subió á casa ¡cómo ha variado en tan poco tiempo! A pesar de mi ceguedad, le conocia muchos defectos; ahora, en cambio no le encuentro ninguno, Sí; querida amiga; no es que esté mas ciega; ¡ahora es otro!

—El amor cuando es verdadero no ciega, y no bastan los defectos á eclipsarlo. Si á nuestro amor se opusieran los defectos agenos, quién llegaría á ser amado en este mundo? ¡Y además, si algun ignorante te censurara por creerlo indigno de tí, podrías haberle contestado: «yo no amo á sus defectos; yo le amo á él»

—¡Eso es lo que digo! Es preciso admitir una secreta simpatía que nos impulsa. Antes, al principio, le quise porque me gustó su figura; ahora.... no has notado que nada te he dicho de su físico?

Pues tampoco él me dijo nada de como me encuentra.... ¡El, que solia analizar tantas veces mi semblante!...

—Créeme, Evelina; no hay noble accion sin re-

compensa. Hicisteis bueno á vuestro amor y ahora en premio, el amor os hace buenos á vosotros.

—Sin embargo, Encarnacion; aun no somos felices. Una sospecha indecisa, todavía no formulada, oscurece mi esperanza.....

—El amor exajerado es cáusa muchas veces de quiméricos recelos.

—No; yo noté en él, desde el principio, una ligera tristeza y un empeño grandísimo en ocultarla.

Poco despues dejé de reparar en esto, pero siguiendo nuestra conversacion, al hacernos promesa de ser buenos, al decirle yo todas aquellas máximas, que tantas veces he aprendido de tí, por las que tanto te debo, se me figuró que su tristeza volvia... y no sé qué nos pasó á los dos que la conversacion quedó cortada.... ¡Ah! querida mia, ¡es la primera vez que nos hemos visto un instante el uno junto al otro, sin saber de qué hablar!....

—Todo os preocupa á los enamorados. (Dios mio, ¡debia haberme comprendido en su número!)...... ¿Qué podrá ser esa ligera nube? Tal vez el recuerdo de sus acciones antes de conocerte; quizá su salvacion milagrosa; acasó la turbacion que trae consigo una inmensa alegría..... ¡quién sabe!!

—Ah, Encarnacion; ¡Dios quiera que me engañe! Ya sabes tú que Cárlos tenia un amigo en Sevilla que se llama Alfredo; pues bien, al hablarle de este, disipó su tristeza, me contestó que se ha vuelto maniático, medio loco, y al cabo de un rato observé otra vez aquella tristeza que le domina.

¡Ah! Dios quiera que me engañe; Cárlos ha tenido algo con Alfredo!....

—La consecuencia no es lógica. Si al hablar de Alfredo es cuando está mas sereno, mal puede ser el motivo de su tristeza. No hagas caso; pronto te convencerás al verle alegre.

—No; por lo mismo que al hablar de Alfredo se serena, he conocido que procura ocultar su impresion. Esto lo comprende quien ama.... ¿no has amado nunca?

—¡Yo!!.... ¡No lo sé.... Evelina!!....

—¡Ah! tú tambien me ocultas algo, Encarnacion; ¡á mí, que soy tu mejor amiga!

—Yo.... no te oculto mas que lo que me está oculto tambien....

—No te entiendo....

—¡No sé á quien amo, Evelina! Es un secreto de mi corazon que se envuelve en una quimera de mi esperanza... ¡amo á un nombre!!....

—¡Basta! ¡no digas mas! lo he adivinado. En otra ocasion me hubiera reido de tí porque era mas tonta que ahora.... Aun lo soy algo, por no haber caido antes en el secreto.

—¿Estás segura de haber acertado?

—¡Segura! tú, que eres tan aficionada á la poesía, tambien tienes tus autores predilectos....

—¡Dios mio! ¿por dónde has llegado á saberlo?.... ¿quién te lo ha dicho?

—Tú misma; acuérdate del afan con que me enseñabas algunos versos, exclamando: «¿quién será este

Prometeo!»

—¡Ah! ¿Yo te he dicho eso?

—Sí, sí; no te ruborices, querida mia; antes me hubiera reido de ti; ahora.... ¡te admiro!!

—¡Qué buena eres, Evelina!

—Sí, te admiro. Tú eres muy superior á mí; antes no lo comprendia. Mi amor es puro y sin embargo el tuyo es mucho mas puro aun.

Yo me enamoré de Cárlos despues de haberle visto, y tú haces abstraccion del semblante, y sin conocerle, te enamoras del sentimiento, de la fisonomía del alma.

—Te estoy escuchando con admiracion; es verdad, querida Evelina; tú me has robado un secreto, que yo creia seguro, para hermosearlo con tu lenguaje; ¡cuánto bien te debo!

—Ese secreto no cabia ya en tu alma; pues bien, ahora lo repartiremos entre tú y yo, hasta el dia en que no quepa en las dos, para tratar previsoramente el caso en que, creciendo tu amor, no le baste ya esta pobre correspondencia....

—Yo tengo un fuerte presentimiento de que pronto le veré; todas las noches sueño que le hablo y.... vergüenza me dá decírtelo.... ¡le sueño jóven y hermoso!!

No soy tan elevada como suponias....

—Pronto saldremos de dudas; Cárlos nos va á servir.

—¿Piensas descubrir mi secreto?

—Descuida, Encarnacion; será el primero que ten-

ga para Cárlos; tampoco él es curioso.

Sin decirle el motivo, le rogaré que se informe, haciéndole ver despues, que tendríamos mucho gusto en que nos le presentase.

—Gracias, Evelina; tú eres mi salvacion.

—¡Oh! nunca cesaré de admirar la belleza de tu alma, ahora que la comprendo de tal modo que si fuera hombre, tú serias la única mujer á quien amara irresistiblemente.

—Y necesitamos, acaso, de esa circunstancia, para amarnos con delirio?

—Dices bien; ¡yo te amo!!

Hasta ahora hemos sido amigas....

—Y en adelante seremos hermanas!!

CAPÍTULO IV.

MARIA.

Infandum, regina, jubes
renovare dolorem....
—*Virgilio-(Eneida-II)*—

Encarnacion, la jóven aristócrata, por uno de esos bellos contrasentidos que no entendemos, era el ángel de la democracia.

Rodeada de inferiores, único superior á ella un padre que en la casa no tenia mas empleo que adorarla, debia ser la dueña absoluta de tanta riqueza y el ama universal de tanta servidumbre.

Al revés sucedia; su aya era considerada como madre, sus doncellas como amigas, como hermanas, y todos los criados con la atencion que se debe al sér inteligente y libre, hecha abstraccion de la riqueza, que en el mundo moral no tiene valor ninguno.

Encarnacion no mandaba nunca con la palabra, sino con el ejemplo; lo que puede este, seria imposible concebirlo, sin ver ántes el perfecto arreglo de aquella casa, donde reinaba una completa armonía.

Pero cuando mas nos encanta este sér, cuyas lucientes cualidades retratamos pálidas, es en sus repetidas obras de caridad, por las cuales ella era llama-

da ya, tan jóven, tan niña, la madre de los pobres...

¡Cuántas lágrimas de placer ocasionaba en su noble orgullo este nombre divino!!

Repetidas eran las veces, en que dejaba de asistir á un baile ó á un teatro, considerando que miéntras era dichosa, habia tantos ayes por reprimir y tantas lágrimas por enjugar.

Este era el motivo de las suyas que, no teniendo una significacion aparente, eran tomadas por lágrimas de capricho... ¡tal vez por hipocresía!

No llegaba á concebir como la gente puede gozar y reirse, mientras haya uno solo que llore....

Aquel ángel no tenia en cuenta que al llegar á este mundo, la mano previsora del Destino nos ha cerrado los ojos, con el objeto de que vivamos....

¿Qué jóven llegaria á dar el primer beso de amor si escuchaba el último suspiro de todos los que agonizaran en aquel mismo instante?

¡Ah! tan solo con los ojos vendados es como podemos atrevernos á salvar este abismo que llamamos vida!!

Aunque sin necesidad de ella, Encarnacion habia tomado por peinadora á la de Evelina, pues sobre habérsela recomendado esta, era aficionada á repartir entre los pobres, con cualquier pretexto, todo el dinero que podia.

Además, aquella jóven habia simpatizado con ella, porque notaba en su expresion modales muy finos para su clase.

Era sevillana; sus ojos eran negros, era morena;

su pelo era del color de sus ojos, mas negro aún.... ¡Cómo que era María! ¡cómo que era la fascinadora mujer por quien Alfredo quiso suicidarse!

La recien casada, á pesar de tener á su marido con una colocacion decente, y á pesar del apoyo de Margarita, no quiso estarse ociosa, ni renegar jamás de su clase.

Evelina la protegió; que el ser tambien sevillana era una preciosa recomendacion para ella.

En cuanto á Encarnacion, ya lo hemos dicho, sin necesidad de ella, mas bien que para peinarla, iba diariamente á su elegante casa á visitar á la señorita.

—¡Qué cabello mas precioso! exclamaba María, agitando las espirales de sus rizos, con la suavidad del céfiro.

—Poco vale, contestaba sentenciosa y grave la niña, una rúbia cabellera, que es engañosa como la plata sobredorada, que con el tiempo se emblanquece.

—Ya comprendo lo que quiere V. decir; pero mientras tanto, dejará de ser precioso?

Yo me figuro que Dios dá la hermosura en la única edad que hace falta; es decir, para buscar marido. Despues, para nada se necesita; un buen marido es la mayor felicidad y la mejor hermosura....

—¿Es V. casada?

—Sí, señorita; y soy aún mas feliz, porque me ha costado mi pobre marido muchas lágrimas...

—Nunca le pesará haber llorado.

—Ah! es una historia muy larga... no se merece la atencion de V., porque le fastidiaria...

—Al contrario; me fastidiria no oirla. ¡Soy curiosa!

—Pues bien, señorita; la recordaré aunque llore...

El y yo nos conocimos de pequeñitos y desde entonces fuimos nóvios. No se puede V. figurar, señorita, lo mucho que nos queríamos; él me guardaba lo mejor de su mesa y yo solía quedarme en casa con hambre para hacer lo mismo, y luego nos juntábamos, y cambiábamos nuestros regalos, tan pobres como nosotros.

Y despues, separándonos los dos de los demás chicos, nos íbamos juntos á la iglesia á pedir á Dios que bendijese nuestra union.

—¡Dios escucharía aquella inocente plegaria!

—Juntos aprendimos á leer, á escribir, á lo poco que sabemos; él fué mi único maestro y yo fuí su única maestra.

Al cabo de algunos años la gente decia que me iba haciendo muy bonita; no habia cosa que mas me incomodara, porque solo queria que me lo dijera él...

—Se creeria V. que le robaban un derecho que Dios habia concedido tan solo á su amante.

—Yo, que así me iba enamorando de veras, llegué á ponerme mala, porque no comia; el médico me mandó que me bañara en el rio... ¡Ah, señorita, ¡yo he nacido dos veces!

Sabia nadar, pero como era muy arriesgada, me alejé mucho, y cuando mis padres repararon en ello, ya no me veian. ¡Estaba en el fondo del rio! Allí, casi sin sentido, tragando agua, me encomendaba á

Dios, cuando sentí un brazo que rodeó mi cuerpo y ya no recuerdo mas.

—¡Ya comprendo! sería su amante....

—Era un caballero muy jóven y muy rico, que no tuvo miedo de echarse al agua por salvar á esta infeliz.... Dicen que mis padres de rodillas le abrazaban, y le besaban las manos y se volvian locos de agradecimiento; él por su parte, no podia tampoco contener sus lágrimas y mientras estuve enferma no se separó de mi lado....

—Ese jóven era un ángel!

—¡Ay! no lo sabe V. bien, señorita; no contento con lo que hizo, se enamoró de esta pobre y pensó traerme la felicidad con sus riquezas.... Yo le decia que no se rebajase tanto, que pensase lo poco que valia comparada con tantas señoritas finas donde pudiera escojer, que mirase la burla que le harian todos los de su clase al verme á su lado, y era tanto su empeño que hasta llegué á dudar de sus intenciones.... pero nada, estaba enteramente decidido; la sociedad le importaba poco, y antes bien me dijo que se alegraba al tener un pretexto para romper con ella; estaba decidido á casarse....

—Entonces el otro....

—¡Dios mio! mi pobre novio no entraba en casa de mis padres, pero se enteraba por mí de todas estas escenas. Al principio nada temimos, y tal vez por haberme mostrado demasiado cariñosa, tenga yo la culpa del amor de aquel caballero.

Un poquito despues, cuando caí en la cuenta, ya

era tarde; los dos estábamos agradecidos del que me salvó la vida, pero el precio era muy duro y muy triste! y no quiero ofender á Dios, pensando si entonces preferiria haberme ahogado.....

Pero señorita, no habia mas remedio; si hubiera despreciado á aquel caballero, seria la mujer mas ingrata que come pan en la tierra.

Ah!... ¡siempre que lo recuerdo, lloro lo mismo que entonces! ¡Qué paso tan amargo, señorita! ¡nunca le he querido tanto!..... El infeliz por serenarme se contenia de llorar y yo hacia lo mismo.... pero de de pronto soltaba las lágrimas, porque parecia que me rompian los ojos; lo que mas sentia era tener que dejarle por un rico, quedando pobre como quedaba... nó ¡yo estaba segura de morir en seguida!

El tambien pensaba en lo mismo! ¡pobrecito, como se quedó! Al fin venció el agradecimiento; convenimos los dos en olvidarnos y me fuí corriendo sin despedirme. Despues, reflexionando, me arrepentí de esta dureza; no se la merecia el pobre; volví, corriendo tambien, á pedirle perdon.....

¡¡Ya no estaba!!

Al llegar aquí Maria se innundó en llanto.

Encarnacion, que la habia escuchado absorta, fué tal la impresion producida en ella por las últimas frases de aquel sacrificio, que se levantó exaltada con el pelo tendido y como movida por un secreto resorte.

—¡Dios mio! exclamó ¡Dios mio!

Es posible tanta nobleza?

—Pero repare V. señorita, le contestó María, vuel-

ta de repente á su habitual jovialidad, que aun no está el peinado prendido y que se deshacen los tirabuzones.....

—¡Qué importa! V. no es mi peinadora; V. es mi amiga.

Y uniendo la accion á las palabras, estrechó á la artesana en un fuerte abrazo.

—¡Ah! esto es demasiado, decia llorando esta última; yo no me merezco tanto; Dios es siempre demasiado bueno para conmigo.

—Un alma tan grande como la de V. se lo merece todo.

—No, señorita; no me avergüence.....

—Y corresponderia V. al amor de aquel noble caballero? y mostraria V. quizás alegre su semblante con el fin de hacerle feliz? y sacrificaria su corazon al agradecimiento?

—Sí, señorita; sacrificarse por el que se ama, eso lo hacen hasta las fieras; en algo las hemos de aventajar las que nacimos con alma; el agradecimiento era lo primero:..... pero aun me falta algo para concluir, mientras la sigo peinando.

La hermosa Encarnacion, accediendo á sus palabras, se sentó otra vez en su tocador.

En tanto, María continuó su relato, detallando punto por punto todo lo que ya sabemos nosotros.

Al sacrificio de María siguió el sacrificio de Alfredo.

Encarnacion se hallaba loca de entusiasmo.

Alfredo habia intentado suicidarse, pero un medio

milagroso, que no se explicaba la artesana, le disuadió del suicidio; quizá un aviso del cielo, tal vez alguna vision.....

La exaltada cabeza de la jóven, desarrollada sobre todo en *maravillosidad*, vagaba confundida en fantásticas conjeturas y misteriosas suposiciones.

Lo que mas les suspendia á las dos, era el remedio desconocido que curó el amor de Alfredo y la manera por que supo que tenia una hermana; y es que para obtener la clave entera de aquella historia, les faltaba un nombre:

¡Celeste!!

La desgracia de Margarita cambió el color de sus impresiones.

Sumergida por la fuerza del destino en el abismo del crímen, logró escaparse de él, aunque ya deshonrada para el mundo....

El ladron de su pureza era sordo á los ayes de su desgracia.

La fealdad de una falta que se comete ya llegan á soportarla el arrepentimiento y la resignacion......

Qué paciencia alcanzará al que se ennegrece con la sombra de un crímen ageno?

Ah! qué vida mas pesada.... ¡vivir envilecida!!

La jóven aristócrata, que escuchara tal vez envidiosa aquellos ejemplos de sacrificios consumados véia abrirse, en la historia de Margarita, las puertas de una empresa noble, aunque temeraria.

Esta última que, á pesar de su herencia, vivia pobre y oscura, lo mismo que María, en cuya casa es-

taba, amaba en secreto al raptor de su honra, cuya imágen entró en su corazon en un abrir y cerrar de sus hermosos ojos... le amaba con el amor heróico de la víctima al verdugo, con los dudosos destellos del amor imposible...

—Es preciso, exclamaba aquella jóven conmovida, volverle á Margarita la honra; seria indigno que permaneciese en la inercia, con el ejemplo de tanta abnegacion.

—Ah! qué difícil es eso, señorita. Se cree V. que no lo hubiera yo intentado, si posible fuera?

—Acaso el que la ha deshonrado no llegará á conmoverse?

Eso seria no concederle corazon. Oh, si; tal vez dude de su conducta; tal vez le hayan hablado mal de ella. Yo le convenceré; yo llegaré á convertirle, porque confio en Dios y no es poco tener de mi parte á la Providencia!

—Se vá V. á desengañar; no queria decir nombres, pero no hay otro remedio. El que la hizo desgraciada está enamorado de otra, que V. conoce mucho; de la Srta. Evelina...

Al oir este nombre Encarnacion un temblor brusco se apoderó de su cuerpo y un confuso mareo envolvió su cabeza hasta que, poco á poco, coordinando sus ideas, le fingió remota esperanza que despertaba de un sueño...

—¡Dios mio!! Cárlos?.... no es posible... estaba ofuscada... mas, no contesta V.?... Ah! ¡pobre Evelina!!!

Y echándose sobre María, llenos sus ojos de lágrimas, le acogió la peinadora en sus delicados brazos, llena de noble orgullo.

—Señorita, señorita, exclamó; creyendo que se iba á desmayar...

—¡Pobre Evelina! contestó la señorita serenándose. Dios está mas alto que el amor y la amistad; es preciso obedecerle; es preciso convencer á Cárlos.....

Así continuó hablando con María hasta llegar á ahogar su dolorosa impresion en un mar de lágrimas, y, al calor de la conversacion, una y otra llegaron á simpatizar de un modo extraño, en la desigualdad de sus clases.

La jóven aristócrata estaba entusiasmada con la nobleza de la artesana y daba gracias al cielo que le habia proporcionado la ocasion de conocerla, concluyendo por tutearla, ya que la otra no se atrevia á tanto.

María, durante esto, acabó de peinarla y pudo entonces ver en el espejo su belleza realzada con los primores y la habilidad de la peinadora.

En seguida, levantándose miró instintivamente á la cabeza de esta última.

Sus cabellos de ébano mal sujetos por una cinta, se hallaban prendidos en agrupacion informe y desordenada.

¡Qué mal peinada estás! le dijo entonces Encarnacion; deja que me ensaye, á mi vez, en el oficio...

Y, arrebatando el péine de sus manos, la hizo sentar en el lugar que dejó desocupado.

¡Qué accion mas noble! ¡Cuánto queria significar en su alma tan bella que, avergonzándose en su humildad de que otra le sirviese, pensó cambiar los papeles, como demostrando la igualdad de ambas!

Para comprender bien el valor de esto, preciso fuera ser la misma Encarnacion, sentir los delicados eflúvios de su sentimiento, y aspirar la pura atmósfera de sus aspiraciones.

La modesta María se hallaba extasiada, bajo la influencia de aquel ángel, miéntras su lengua enmulecida no podia murmurar la mas leve escusa hasta que, al fin, agobiada por su impresion, rompió á llorar... llanto fecundo y benéfico, como ese llanto que fertiliza y enardece las comarcas, al nacer la primavera.

¡Aquellas dos almas se comprendieron! y, bajando la una y subiendo la otra, se colocaron en el nivel de la amistad mas pura.

—No llores! le decia Encarnacion; desde hoy somos dos amigas; nos reirémos de la sociedad, que intentaba separarnos, y despues de darle el obligado culto exterior, no habrá para nosotras más clases ni mas categorías que las que engendre nuestro cariño...

—Ah! señorita ¡no me quiera V. conceder, lo que no se merece una pobre!

—Háblame de *tú*, te lo exijo; no me llames señorita, llámame amiga...

—Pues bien; ya que se me exige ¡gracias, Dios mio! no quiero despreciar sus favores; ¡eres mi amiga!... ¡eres un ángel!!

CAPÍTULO V.

EL NIÑO.

> Porque los niños hermosos
> Se parecen á los ángeles...
> —*Antonio Trueba.*—

Encarnacion estaba dotada de una existencia subjetiva, de tal modo que la historia de su vida, sin trama ni argumento, casi se concretaba á la historia de sus ideas.

Sin embargo, aquella vida era la vida de las grandes emociones y era su accion el resultado de victoriosas empresas.

Difícil solucion hallaría este contrasentido, en los que reducen sus aventuras á este pequeño esferóide, que rueda y se pierde, como un átomo de polvo, en los espacios.

Pero yo, simple narrador, no me internaré en digresiones, que ocuparian algunas páginas, concretándome á decir lo mucho que trabajaba aquellos dias, las infinitas impresiones de contraste armonioso y las variadas escenas que se reproducian sin cesar en el alma de aquella niña.

Yo, pobre avé rastrera, apenas podré seguir con las miradas el vuelo de águila de su imaginación que, ya atraviesa la oscura tormenta de un pesar, ya pe-

netra en la encapotada atmósfera de las dudas y concluye extendiendo sus inmóviles alas en el luciente y diáfano cielo de sus puros amores.

Ya pensaba en su querida Evelina; sus lágrimas brillaban entonces; el dolor apretaba el tenso nudo que formara en su corazon, haciendo escapar de él ayes contínuos, desgarradores y penetrantes, que se clavaban en el alma.

¡Encarnacion, en su humanitario socialismo, tomaba parte igual en todos los pesares del mundo!

Ya luchaban, en inmensa confusion, los colosos de la conciencia y del sentimiento. Era preciso salvar á Margarita; era preciso salvar á Evelina. ¡Dios mio! ¡la una ó la otra! El deber señalaba á la primera, y el amor... oh! el amor señalaba á las dos!

Amarga era la duda, oscuras las tinieblas, insufribles los dolores, si el misterioso sol de su esperanza no le llegase á alumbrar con sus amantes rayos.

Las nubes se encendian, la niebla se alejaba, tornaba el hermoso azul, y en él veia grabado un nombre tan grande que llenaba su alma, y que llenaba el cielo.

Entonces volvia á pensar en sus poéticos amores, con los cuales creia remontarse en alas de un serafin hasta el mundo de la verdad, donde no hay ni pesares, ni temores, ni dudas; donde todo son realidades.

En tal estado de alma se hallaba una mañana, en la cual, despues de ser peinada por su amiga, esta le habia dejado un niño muy pequeño, que no era sino el hijo de Margarita.

Encarnacion esperaba una visita; la visita de Cárlos.

Ya no se veia, por consiguiente, en ella la amiga íntima de una peinadora pobre, sino la aristocrática dama, cuya elegante sencillez encantaba en los salones de la grandeza española.

En su falta de quietud se notaba un ligero áire de impaciencia, pero bien pronto vino á calmarla un periódico literario, en el cual preveia la firma de *Prometeo.*

Efectivamente, de este último traia unos versos que admiraron como siempre á la jóven, por coincidir con sus actuales pensamientos y con sus últimos propósitos.

Absorta se encontraba en ellos, cuando llegó un pequeño *groom* á entregarle una tarjeta; Cárlos esperaba próximo y, aunque su padre se hallaba fuera, Encarnacion sintió una rápida alegría y dió órden para que pasara.

Iba á recibirle sola, si es que no alcanzá á llamarse compañía, la de un tierno infante.

La órden fué cumplida.

Cárlos se detuvo un instante, lleno de admiracion, al entrar en aquella estancia; el cuadro que se presentaba á sus ojos no podia ser mas bello.

Sentáda en una butaca, se veia á Encarnacion, en cuyas rodillas apoyado un hermoso niño, llenaba de pliegues la brillante seda de su traje, para que la luz del dia, á través de la damasquina colgadura, tornasolase en aquel cuadro, con caprichosos reflejos.

Sus bucles de oro, en bello desórden, su peinado artístico, su rostro incomparable, su natural postura mirando sonriente al niño, que le tendia sus brazos, todo animaba de una manera fantástica aquel encantador conjunto.

Si Cárlos fuera pintor, el admirable hallazgo de aquel grupo casual, tal vez, mas tarde recogido en un lienzo, le valdria gloriosos laureles.

No es nada extraño pues que, aun sin serlo, quedase algo suspenso á la primera impresion en sus deslumbrados ojos.

Pasarémos por alto los saludos, suprimiendo el diálogo inaugural, porque ya nos consta que Cárlos era muy fino y sabia inclinarse á tiempo, y que Encarnacion era muy amable y estaba dotada de una es pontaneidad vivísima.

La conversion quedó entablada.

El inocente niño abandonó al poco rato su precioso reclinatorio y se dirigió instintivamente hácia Cárlos, hasta rozar su rúbio y ensortijado cabello con el paño de su negro traje. Encarnacion fingió (¡ por primera vez en su vida!) una ligera expresion de disgusto.

—¡Qué hermoso es! exclamó Cárlos observándola.

—Es V. demasiado complaciente, repuso Encarnacion, para comprender sus rápidas indiscreciones, que no dán lugar á remediarlas.

—La indiscrecion del inocente niño consiste en haber variado, con tan pésima eleccion, de compañía.

—¡Quién sabe! Las simpatías que de mayores ex-

perimentamos, acaso se dejen sentir lo mismo en sus tiernos corazones.

—Ah! si así es, no hace sino corresponder á la cariñosa impresion que, sin saber porqué, me cáusa...

—Nada mas justo entonces que recibir las caricias de V.; esa simpatía recíproca exije que le tome en brazos y que le bese.

—¡Qué hermoso es! ¡pobrecito! ¿por quién está de luto?

—¡Por su padre!

—Tan pequeño?... ¡ya se le ha muerto su padre!

—No; su padre vive, mas para él como si no viviera... porque no le reconoce...

—¡Qué infeliz seria entonces, contestaba huyendo del giro del diálogo, si no le acojieran esos brazos que, aunque no estuviesen unidos en amistad verdadera á aquellos que forman para mí la mejor recomendacion, consideraria, sin embargo á su dueña, digna lo mismo de todos los respetos...

Cárlos apuraba la conversacion, ya de pié y acabado el escaso tiempo que concede el cumplido, en una indirecta, con la cual queria obtener de los purpurinos lábios de la jóven el nombre de Evelina.

Pero Encarnacion hacia por no comprender, hasta que aquel niño pequeño, viendo que Cárlos se disponia á retirarse, exclamó tan alto como le permitia su vocecita infantil:

—¡No te vayas! ¡no te vayas!!...

—Vea V., caballero, le dijo entonces la jóven, como la inocencia, compromete á veces, sin saberlo, á

aumentar, quizás, un sacrificio; le suplico á V. que le dispense...

Cárlos habia comprendido demasiado las palabras últimas, para no volver á ocupar nuevamente su asiento.

—¡Pobre niño! continuó Encarnacion; ya se halla tan contento con su triunfo... ¡Qué desgraciado es! si no temiera ser prolija, le contaria á V. su naciente historia.

—Tendria una satisfaccion muy grande en escucharla.

—La madre de este niño es un modelo de virtudes, pero ay! á esta mujer perfecta la sociedad insensata le señala con el dedo, como si la desgracia tuviese analogía con el vicio...

Encarnacion, al par que hablaba, notaba en el semblante de Cárlos la misteriosa tristeza que tanto inquietaba á Evelina.

—Tal mujer, prosiguió, tuvo unos amores á los quince años; quien no los tiene á esa edad?

—Y su amante...

—¡Ah! su amante la vendió. Pero no lo querrá V. creer; su amante era tan desgraciado cual ella.

—Sí, lo creo; y despues...

—Despues... ¡otro fué el que robó la honra de los dos!... Si; los detalles, que me veo forzada á omitir, abrasarian de rubor nuestras mejillas...

La ansiedad de Cárlos aumentaba incesantemente.

—Ya comprendo, exclamaba; ¡ha dicho V. la honra de los dos?

—De los dos; ¡eran hermanos!!

—¡Dios mio! ¡Dios mio! no puede ser, continuaba Cárlos, fuera de sí; lo hubieran sabido antes...

—¡Lo supieron luego! ahora su honra se halla en manos de un hombre, que no quiera devolverla.

—Acaso ame á otra mujer y no pueda exijírsele que para borrar su ingratitud cometa una ingratitud mas grande.

Al llorar esa desgracia no debemos eliminarle. La caridad buena no debe excluir á ninguno. Oh! yo estoy convencido; muchos hacen lo mismo en su caso...

—Há oido V. alguna vez una historia semejante?

—¡Yo?... gritó entonces Cárlos con voz turbada y balbuciente.

—¡Hé aquí el fruto de aquella desgracia! le decia en tanto Encarnacion, mostrándole el niño é inundada en llanto. ¡Qué hermoso es! ¡qué inocente se halla el infeliz de su orígen!!

Cárlos se encontró aturdido y confuso.

Al principio era un ligero remordimiento lo que le entristecia; ahora era un crímen descubierto lo que le agobiaba.

Se referiria Encarnacion al suyo?

Y en caso afirmativo, sabria que estaba hablando con su autor?

Cárlos se figuraba que nó.

Aún le engañaba la esperanza. Aún no se habian identificado aquella historia y la suya; faltaba el lugar de la accion.

Por eso, reponiéndose, poco á poco, de su impresion fuertísima, llegó á preguntarle:

—¿De dónde es este pobre niño?

—De Sevilla, contestó Encarnacion con una serenidad apacible.

Cárlos se quedó inmóvil y su semblante inmutado empezó á palidecer....

La jóven que lo comprendió, para dejarle descansar un momento, haciéndose la distraida, hojeaba la revista, que habia recibido poco antes.

La conversacion estaba cortada.

—Ah! V. me dispensará, exclamó de repente; estaba distraida mirando unos versos magníficos; es V. aficionado á la poesía?

—Bastante, se apresuró á contestar el otro, viendo el cielo abierto.

—Pues entonces me vá V. á dispensar el gusto de leérselos, por ver si le agradan tanto como á mí...

¡Pobre Cárlos! ¡iba á pasar por la última prueba!

—*El Hijo Natural* decia la jóven leyendo:

Cárlos dejó oir un mal reprimido grito de sorpresa desagradable.

Encarnacion estampó un beso en la fresca mejilla de la tierna criatura y continuó leyendo:

«Pobre niño, desde léjos
Te muestra la oscura suerte
Los apagados reflejos
Que dá tu estrella fatal....
En tí morirá el cariño

Que todos huirán al verte
Sinó solo, ¡pobre niño!
Acompañado del mal.»

«Un crímen, en tí encarnado,
Su impuro color resalta
Con la mancha del pecado,
Que gangrena el corazon.
De otro fueron sus amores
Y tú heredastes su falta...
Tu padre cojió las flores,
¡Tuyas las espinas son!!»

«En tí maldice su crímen
De un hombre el remordimiento,
En tí su deshonra gimen
Los ayes de una mujer;
Podrás desde el bajo vicio
Reprimirle su incremento?
Naciendo en el precipicio
Fuerza es rodar y caer.»...

. . . .

—Eso es una idea impía!, murmuraba Cárlos, fuera de sí. Cada uno es responsable tan sólo de sus própios actos y la sociedad para considerarle únicamente atiende á estos últimos. Nádie puede depositar su crímen en otro; eso es una idéa monstruosa. Todos nacen lo mismo..... Si su padre le ha abandonado, entonces está en el mismo caso que tanto pobre

huérfano... ¡Tal vez su padre, al abandonarle, obedezca á una fatalidad, aún mas enérgica que la muerte!!...

Encarnacion, volviendo sus tristes ojos á la poesía, continuó:

«Oculto en tu ser de un hombre
El crímen qué le horroriza,
Dè padre le espanta el nombre
Y te procura olvidar...
Que eres tú el resíduo vano,
Como cálida ceniza,
De un breve placer léjano
Que ya no torna á brillar»...

«Mas no!... si en su torpe olvido
Tu mismo padre te niega,
Aunque en el vicio sumido
No sigas del vicio en pós...
Aún, en tu cárcel sujeto,
Un médio á salvarte llega....
. . . .

—Sí, sí; volviendo á interrumpirla gritó Cárlos... Hay un médio; reirse del mundo; olvidar á su padre; hacerse la cuenta de que ya no existe, y no responder á Dios, sino de sus própias acciones... ¡El autor dice bien! continuaba, en tanto que la jóven concluia leyendo:

»¡Llorar, amarle en secreto,
Y pedir por él á Dios!!!...

. . . .

Estas últimas frases hirieron, como un rayo, al amante de Evelina.

Léia Encarnacion con un tono tristísimo... habeis escuchado alguna vez en el campo el flébil sonido de la campana de una ermita, al agonizar la tarde?

No os ha embargado el alma de absorvente tristeza ese prolongado y lúgubre quejido?

Así el apagado acento de la jóven vibraba, al leer aquella poesía, como un eco lejano, que parecia salir de lo profundo de su corazon ó del interior de su alma.

Cárlos no pudo contener las lágrimas; la jóven lloraba, y el pobre niño inocente, que los vió desconsolados, empezó á llorar tambien, ¡pero á llorar á gritos!...

¿No era, al fin y al cabo, el motivo inocente de aquella tierna elegía?

—¡Pobre niño! clamaba Encarnacion estrechándole en sus brazos; haces bien en llorar; acaso tu instintiva amargura llegará á conmover al autor de tus dias...!

Y dirijiéndose á Cárlos, continuó:

—¡Ah! caballero, V. es muy noble; V. llorá como yo..... no puede figurarse lo que le agradezco esas lágrimas!

Esta poesía parece traida del cielo para coronar

nuestros sentimientos. Yo, caballero, sensible como V. á esta desgracia, cuando la supe, juré encontrarle su padre.

—¡Pobre niño! Es inútil cuanto haga V....

—¡Oh! no es verdad que V. se conmueve? Sí; en adelante, ya no buscaré á su padre yo sola; ¡le buscaremos los dos!!

—Imposible! ¡no puede ser! ¡lo impide la fatalidad!

—Caballero: juremos no cesar hasta encontrarlo, y ya Dios nos ayudará en nuestra empresa.

—No; no está probado; quizás aquel raptor de su honra no sea el padre de este niño; ¡quién sabe!

—¡Dios lo sabe! Dios, que nos oye y que vé en el fondo de nuestras conciencias y que nos inspira la persuasion de que es verdad á V. y á mí!... ¿Ló jurarémos?

—No; es imposible, señorita; dijo procurando serenarse, tengo hecho otro juramento..... si lo jurára seria.......un perjuro!

Y, dichas estas frases, se despidió con otras bien lacónicas, para desaparecer en seguida, casi corriendo.

Encarnacion, que habia hecho un esfuerzo sobrehumano por aparecer serena, al verse sola, se dejó caer en un sofá gritando:

¡Pobre Evelina!!

CAPITULO VI.

EL ESTRENO DE UN DRAMA.

Iba mi alma sensible
Del yugo de amor en pós,
Unico yugo admisible
Porque es el yugo de Dios.
..... 1869.=

¡Cómo fascina el primer amor!

Sus dulces impresiones, que nada tienen que ver con la vida vulgar que arrastramos, forman otra tan distinta, que bien podríamos llamarla con el Dante «la vida nueva.»

Se siente otro calor, se respira otra atmósfera, se habla otro lenguaje y, en fin, ¡se vive otra vida!

Es admirable el armonioso estrépito con que se ponen en conmocion todas las fibras del sentimiento, que sacuden vibradas el polvo del olvido, al fluídico contacto de una sola mirada; quizá de un pensamiento.....

Siempre me han admirado estas hermosas fases del alma, que lanzan sus destellos hasta nuestro mundo como una eterna demostracion de su existencia; pero lo que aun mas me admira es ver á algunos á quienes no les admiran.

Por eso quiero abandonar la inerte indiferencia en que yacen los corazones dormidos, al engañoso calor de la costumbre; por eso quiero dejar lo que se explica y no se siente, por lo que se siente y no se explica; por eso quiero fijarme, una vez al ménos, en lo que veo, aunque vaya contra el uso de hoy dia.

Mas, ¿cómo describir el primer amor?

¡Ah! no es en el estrecho espácio de un papel, donde el águila efectúa sus dilatados círculos!!...

El corazon de aquella jóven alimentaba hermosas creencias sobre la existencia futura, y la mejor prueba de ellas la tenia en sí misma, en el interior secreto y misterioso de su alma.

Y es que era tanto lo que sentia, era tan precioso el éxtasis de su primer amor, era tanta la *ordenada confusion* de sus aspiraciones, era tan pura la *complicada sencillez* de sus pensamientos, que el alma aquella se perdia, muchas veces, en su morada inmensa, para encontrarse despues mas libre, mas grande, mas luciente y mas amorosa.

Las ideas brotan de *no sé donde*, del centro misterioso, con la expontánea profusion con que en esas fuentecillas naturales, que tanto placía contemplar á Santa Teresa, bullen y saltan los granos de arena, sin enturbiar su diáfana claridad.

¡Cuán bella es la figura con que aquella ilustre santa dice que el alma está fuera del alma y que, poco á poco, tiene que entrar en sí misma, pasando por todas sus moradas, cada vez mas celestiales.

Sí; lo mismo que la tierra, desde su costra sólida,

al internarse, vá aumentando su temperatura hasta descubrir una ígnea masa, igual acontece en las almas; su calor ardiente se vá elevando al penetrar en sí mismas; y, ya lo habreis comprendido, su fuego central es el amor.

Nunca es materialista el corazon; pero no busqueis esta consoladora verdad en la autopsia de un cadáver; buscadla en vosotros mismos.....

El amor no se parece á nada de lo que conocemos, y se aplica á todo lo conocido.

Es un enigma resplandeciente, que ata y liberta, que ilumina y confunde.

El amor es atraccion.

Pero, aunque en todas los almas tiene su centro atractivo, no es su atraccion la atraccion grosera y material de la tierra que, al menor descuido de equilibrio nos proyecta y nos lastima.....

Es la simpatía, es el lazo fluídico en el que encuentran sostén los desgraciados, son las invisibles manos que nos tienden los serafines del cielo, para apoyo en nuestra ascension infinita.

Pero... ¡ya lo hemos dicho! el amor no se explica; vano es nuestro intento que nos hace escribir palabras incoherentes y expresiones sin hilacion.

Hay incrédulos en el mundo, que no suelen contentarse con afirmaciones gratuitas.

¿Qué les he de decir á los que no me crean?

¡Oh! ¡que nunca han sentido lo que Encarnacion siente; que jamás gozaron de tanta libertad como la de esta hermosa prisionera del amor..... que están en

el caso de los pocos y raros desgraciados que no encontrando placer en la música, al oir los unánimes elógios que le tributa el mundo, se avergüenzan y se callan!....

. . . .

Nuestra enamorada rúbia iba, al fin, á conocer á *Prometeo.*

Los carteles anunciaban para aquella noche el estreno de un drama suyo y, probablemente, si era tan bueno como su fama prometia, el público entusiasmado le haria salir á la escena.

Con instintiva coquetería inocente, la elegante jóven ponia una atencion no acostumbrada en su tocado y en su traje.

Sus nevados hombros se veian á través del incierto velo, que cubria su escote como una lijera neblina al astro plateado de la noche; su cintura, flexible y delgada como el tallo de una flor; su peinado, mil veces mas hermoso que otros dias; y la increible belleza de su rostro lo mismo que siempre, porque ya no podia ser mejor.....

Tal iba Encarnacion al disponerse á estrenar en sus retinas la imágen de sus sueños; tal se hallaba, formando el foco ardoroso de todas las miradas, en un palco del teatro del Príncipe.

El rostro severo de su padre se veia á su lado y no podia completar este grupo la simpática Evelina, á cáusa de una lijera indisposicion...

Pero á pesar de esta sensible falta, se hallaba tamqien Cárlos aquella noche en el teatro, porque el ato-

londrado jóven sabia que iba Encarnacion, y queria por cualquier escusa, tener una entrevista con ella, á fin de aclarar todo aquello que de su historia denotaba saber.

La contradiccion entre el amor y el deber, y por consiguiente su locura, aumentaba muchísimo.

Era preciso dar una solucion rápida á aquella crísis, era preciso contener el torrente de las acusaciones que contra él se desbordaba. Evelina no sabia nada; era preciso que lo ignorase siempre, porque, en el caso contrario, todo lo podia temer... ¡se habia vuelto tan buena!! Y cómo evitar que lo supiese, teniendo tan cerca el secreto? siendo tan amiga de Encarnacion?

Por otra parte, la imágen de aquel niño habia quedado indeleble en su conciencia; habia escuchado estremecido su tierno llanto; habia sido objeto un instante de sus inocentes miradas y hasta de sus caricias....

Por eso se lo imaginaba, unidas sus manecitas y sus rodillas dobladas, con los ojos fijos en el cielo, pidiendo á Dios por su padre!!

Esta idea le acosaba, le perseguia, le robaba el sosiego y le volvia loco.

Pero, tenia Cárlos la conviccion de que Encarnacion le habia preparado aquella escena intencionadamente?

Una última esperanza le figuraba que le habia hablado de su misma historia, sin sospechar que era su autor, y hasta llegaba á dudar de la identidad de los sucesos, creyéndola otra parecida á la suya.

De cualquier modo que fuere, durante la visita habia estado él demasiado alterado, llegando su turbacion á arrancarle algunas lágrimas.

Esto es lo que más sentia Cárlos; lo juzgaba una acusacion involuntaria de su delito y ella sola, en boca del reo, podia llegar á constituir prueba plena.

Era necesario, pues, borrar aquella impresion con otra ménos desagradable.

Por eso iba aquella noche al teatro, y por eso, al entrar en él, lo primero que hizo fué dirijir la vista á los palcos.

Bien fácil le fué encontrar la direccion del que buscaba, por la de las miradas de todo el mundo.

Encarnacion contestó al saludo de Cárlos con una deferencia que le llenó de orgullo y de satisfaccion, porque no creia merecérsela, despues de la brusca despedida de su visita de cumplido.

Esto le reanimó en su empresa, y se propuso firmemente vencer su miedo é irla á saludar á su palco, en el primer entreacto.

En tanto el telon ascendió majestuosamente, mientras el pátio, cubierto de sombreros, apareció desde los palcos, todo lleno de cabezas.

El corazon de nuestra rúbia levantaba en lijeros intérvalos su amante pecho, como queriendo volar al escenario y, era tanto entonces el poder absorbente de sus ojos, que parecian más grandes que nunca.

La más lijera expresion, el menor movimiento de los actores, nada se escapaba, por insignificante que fuera, á la observacion de la niña.

Los sonoros versos, al penetrar en su alma, se reproducian con un eco interminable; los delicados conceptos, esparcidos con profusion en aquel drama, como en un jardin las flores, eran tan homogéneos á su ser, que le parecian fragmentos de su alma.

Pero esta atencion no era la única que el drama cautivaba.

Las jóvenes lijeras abandonaban el punto de su principal objetivo, olvidados los gemelos, para dirijir sus traviesos ojos al lugar de la escena, al que, contra costumbre, dejaban de volver la espalda.

Los amantes, rota la correspondencia, seguian el ejemplo, con lo cual el drama era el asunto exclusivo de todas las atenciones.

Así, al caer el telon, se miraban unos á otros como deslumbrados; la fascinacion habia sido completa.

Inútil es decir que la de Encarnacion se escaparia á las más ardientes descripciones.

Absorta se hallaba en su admiracion, cuando se abrió la puerta de su palco y apareció Cárlos en él.

Ambos, el padre y la hija, le recibieron con extrema amabilidad.

Ninguna conversacion de más actualidad que la del drama; indiferente al parecer, tenia entre aquellos interlocutores quien se interesase en ella, de una manera vivísima; poco trabajo costó traerla.

—El drama parece magnífico, decia el padre; si su interés no decae, como espero, en los actos siguientes, puede tener seguro el autor un éxito asombroso...

—Su autor, aunque oculto siempre bajo un pseu-

dónimo, tiene ya alcanzados muchos laureles, contestó Cárlos; y á propósito de él, añadió dirijiéndose á la hija: Evelina desea que lo presente á Vds. y á ella...

—Por nuestra parte, tendríamos mucho gusto en honrarnos con su amistad, exclamó entonces el padre, continuando con áire de mecenas: siempre he tenido orgullo en conocer á los principales poetas.

—Es amigo de V? añadió Encarnacion, que no queria dejar escapar tal coyuntura.

—Me es simpático sin conocerle; nádie le conoce tampoco personalmente en todo Madrid; su excesiva modéstia lo ha escondido hábilmente no sé donde, pero, no teniendo más remedio que vencerla, aseguran que esta noche se dejará ver, para recibir juntos los aplausos, reprimidos tanto tiempo.

Y en cuanto á mí, prosiguió, tengo tantas probabilidades de conocerlo, que muy bien puedo formalmente anunciarles su presentacion. Aun no es mi amigo, pero en cuanto lo sea...

—Lo será nuestro.

El diálogo continuó muy poco, y Cárlos se despidió del padre y de la hija, sin haber podido hablar de lo que anhelaba, aunque calmados sus temores, en parte, por la amabilidad de Encarnacion.

Esta, en cámbio, habia conseguido algo de lo que deseaba, dejando á la esperanza lo demás.

El telon volvió á subir y el público á sus puestos, guardando la atencion del primer acto.

El interés crecia; la obra se tuvo que cortar varias

veces porque el entusiasmo, que era delirio, estallaba en espontáneos y prolongados apláusos.

Encarnacion lloraba...

Así pasó el segundo acto; el intérvalo entre este y el último se hizo pesado para todos, pero al fin un apláuso general indicó que el telon se elevaba por tercera vez.

Aquel acto era el feliz coronamiento del drama; la accion desenvuelta llegaba á su natural término; un lijero murmullo indicaba el vuelo sujeto de la admiracion y el mal comprimido grito del entusiasmo; todo indicaba una ovacion asombrosa.

Y la ovacion llegó.

Al desenlace final, cuando el telon descendente ocultaba médio escenario, no hubo unas manos que no aplaudieran, no hubo una voz que no gritara y no hubo unos ojos que no lloraran.

Un grito unánime se alzó, entonces, corriendo ondulante desde las lunetas al paraiso:

¡El autor!!!

El telon volvió á levantarse...

Las pupilas de Encarnacion se dilataron extraordinariamente... y el autor apareció en la escena. . .

. . . .

¡Encarnacion se sintió, por primera vez, orgullosa! Sus ojos negros, sombríos, su cabellera tendida y rizada, su tez blanca... todo como el retrato grabado en su corazon!! ¡Le habia conocido!!...

Tambien le conocemos nosotros... ¡Era Alfredo!!

Aturdido con tanto apláuso, tendió los ojos y solo

vió un conjunto informe de luces, entre as cuales creyó percibir, mal dibujada, á su querida Celeste, hasta que tuvo que dejar estas abstracciones, para formular un saludo al público.

Más aturdido se hallaba Cárlos; movido poco antes por una marcada simpatía hácia el autor del drama, se encontraba con que era la sombra de sus remordimientos.

¡Aquel drama tan concienzudo lo habia escrito un loco!

No; no podia ser; Cárlos se dirijió al escenario, donde tenia algunos antiguos conocimientos, para mirarle de cerca y para desengañarse.

Bien pronto lo vió á su lado, recibiendo los plácemes de todos y, para que no le quedase la menor duda, quiso Dios que, al verle Alfredo, le saliese al encuentro abrazándolo,... Oh! esto era demasiado!

Aquel á quien habia llenado de insultos, no contento con olvidarlos, le abrazaba... ¡Y en qué momento!

¡Cuando debiera estar más orgulloso!

Lleno Cárlos de vergüenza, su rostro se encendió, y concluyó por abrazarle tambien.

—Estréchame sin recelo, exclamó Alfredo. No temas que te haga la proposicion que nos ocasionó un disgusto la última vez que nos vimos; la voluntad es libre....

Nada contestó Cárlos, porque estaba tan estupefacto que nada se le ocurria, pero no pudo menos de conmoverse con lo que le dijo; y en prue-

ba de que volvian á armonizar, salieron los dos del brazo.

En cuanto llegaron al pátio, Alfredo fijó sus ojos en Encarnacion, y no pudo contener un movimiento de disgusto.

Al salir al escenario, creyó divisar á Celeste, y aquella hermosa niña era la que, sin querer, le habian dado este pesado chasco.

En efecto, siguiéndola mirando Alfredo, observaba con desagrado, que aquella mujer le habia robado á su divina Celeste los rasgos más caracteríscos de su semblante....

Alfredo se hallaba tan incomodado, como un amante de las letras al ver un mal plágio de algunos versos, y con el mismo furor que sintiera el Dante, en una ocasion, al escuchar como un herrero profano estropeaba, al cantar, sus hermosos tercetos.

Sin embargo, Alfredo se consolaba recordando que hay mujères feas que, sin dejar de serlo, se parecen á otras que son bonitas; ¡esto lo estamos viendo todos los dias...

—¿Quién es aquella? le preguntó á Cárlos señalándola con la mirada.

Cárlos, por toda contestacion le dijo que era una, á quien queria presentarle.

Animado por tanta amabilidad, por parte de todos, acariciaba la idea de un convenio prudencial, favorable á sus amores.

Mucho le engañaba la esperanza, cuando le hacía rabajar en su própio daño.

Alfredo se dejó llevar, y los dos entraron en el palco.

El padre les recibió con una cortesía sin límites; y en cuanto á la hija, fuerza es confesarlo, ¡nunca hemós visto á ninguna Encarnacion tan encarnada!

El rubor descubre los secretos, al intentar guardarlos.

Aquella purpúrea nube no pasó tan rápida que dejara de notarla Alfredo, antes de que se despejara el cielo de su rostro.

Pero, poco á poco, se iba la niña serenando de su impresion fuertísima.

Entonces la novícia en el amor empezó á ejercer la inocente coquetería de las miradas con una precision encantadora....

¡Tontería!... el amor hace de las suyas por más filósofos que nos hagamos!

—Caballero, su drama es magnífico, le dijo al fin, uniendo su elógio al de los demás.

—Crea V. señorita, que el público se ha mostrado conmigo, mucho mas benévolo de lo que me merezco.

—Este entusiasmo ha sido pequeño comparado con el mérito de su drama; piensa V. que si á todos les fuera dado expresar sus sentimientos como á su autor no hubiera sido mucho más grande su éxito?

—No sabe V. cuanto me encantan sus palabras; la ovacion es lo de menos; mi deseo, tal vez mi orgullo, más se satisface con lágrimas que con elógios.

—Créalo V.; esos aplausos han sido una parte; lo demás ha quedado dentro de los corazones!...

Cárlos y el padre empezaban á dirigirse preguntas.

Alfredo se iba acostumbrando á la mala impresion que le causara la hija.

Esta, en tanto, hablaba cada vez mas bajito para hacer la conversacion particular, lo que no tardó en conseguir, observando con gusto que los dos primeros entablaban otro diálogo independiente.

Sigamos, con todo, el mas animado.

—Esa es mi aspiracion constante, decia Alfredo, esparcer la hermosa semilla del amor....

Encarnacion le arrojó una mirada ardiente en la que le queria significar cuanto aquella semilla habia en su corazon nacido y fructificado.

—¡Digno y noble propósito! le contestó; cuán otro sería el mundo si ella sola naciese!

—Sí; veo que en V. halla eco lo noble; cuán otro seria el mundo si todos fueran como V.!

—¡Pobre mundo, entonces, formado de séres incompletos; si todos nacieran, como yó, para admirar, quién habria de ser el admirado?

—Todos, tambien; un ser incompleto halla en otro lo que le falta; ¡quién sabe! quizá hallaria V....

—¡Quién sabe!!!...

Esta admiracion salió de sus lábios con una voz tal dulce, que dejó á Alfredo suspenso un instante.

—Ah! señorita, se cree V. un ser incompleto? qué seré yó entonces?... Pero tiene V. razon; uno y otro somos fraccionarios, solo que V. lo es de una unidad mucho más grande.

—Cuanto me extrañaria esa bella exageracion, si no estuviera ya acostumbrada á oirle algunas...

—¿Oirlas?

—Leerlas; es lo mismo.

—Han tenido mis pobres versos el inmerecido honor de estar bajo la influencia de sus hermosos ojos?

—Los sé de memoria.

—¡Pobres versos mios! ¡Desde ahora los querré mucho más!

—Grácias, caballero; esas palabras comprueban mi opinion; no es verdad que el poeta conserva un inmenso cariño, que no tiene nada de vanidad, á sus versos, como un padre á sus hijos?

—Luego V. hace versos....

—¿Yo?....

—Esa espontánea revelacion me ha hecho sorprender un secreto que V. acaso, guardaba; para comprender el cariño paternal es necesario tener hijos...

—Pues bien, seré franca, escribo versos; pero le prohibo á V. las deducciones, porque esto no es un título para llamarme poetisa.

—Al contrario; aunque así no fuera, le llamaria poetisa, por las ideas y por el lenguaje que tengo el gusto de estar admirando. Bien sabrá V. que para ser poetisa no hay precision de hacer versos.

—Quizá haya encontrado V. poesía en mi lenguaje, no lo dudo; pero para ver su procedencia hay que observar que aquél se ha compuesto, únicamente, de deducciones de asuntos inspirados, desarrollados y hasta concluidos por V.

—¡Señorita! ahora soy yo el que se permite prohibirle á V. que se trate con tanta injusticia. Yo no he hecho sino inspirarme en V.; desarrollar sus pensamientos y concluir... Oh! al lado de V. no sabria concluir nunca.

—Pues bien; si quiere V. que le crea lo que está diciendo, tiene V. que creerme lo que le he dicho...

—¡Una transaccion? Corriente; los dos hemos sido inspirados por....

Quedó la oracion sin concluir; faltaba un nombre con su correspondiente artículo.

La concluirian las miradas?

No sé; Cárlos y el padre se habian levantado.

—Mi casa, dijo este último á Alfredo, se honraria con poetas como V.; mereceré el honor de su visita?

Alfredo le contestó con las mas finas frases que guarda para tales ocasiones el rebuscado diccionario de la etiqueta y concluyendo á poco este pequeño diálogo de cumplidos, se dirigió otra vez á Encarnacion:

—Señorita; el apláuso unánime del público no ha impresionado tanto mi alma como los elógios brotados de sus lábios con tal persuacion, que me he visto obligado á afirmarlos; ellos formarian para mí un deber, si el gusto de honrarme no me hiciese ya su servidor más humilde y á la vez más orgulloso.

—¡Mi servidor!!... me serviré... de su amistad; será un alto honor para mí, tratándose de un poeta, á cuya musa he regalado algunas lágrimas...

—¡Ellas serán las mejores perlas de su diadema!!...

Cárlos y Alfredo se alejaron.

En aquel momento acababa un sainete, en el cual no habian reparado siquiera, y, poco curiosos por saber en qué quedaba, el padre y la hija abandonaron el palco, tardando breves minutos en hacer lo mismo con el carruaje, al pié de la alfombrada escalera de su casa.

Aquella noche no pudo llegar á dormir Encarnacion.

Un tropel de impresiones le ahogaba; su forzada respiracion se reducia á los contínuos suspiros; el corazon daba saltos en el pecho, y una fiebre marcada le envolvia con su calor fastidioso...

¿Sería que aquel amor tan puro iba descendiendo de su nivel?

Acaso las impresiones de su existencia subjetiva se iban traidoramente, poco á poco, materializando?

CAPITULO VII.

EL ANGEL DEL AMOR.

(DRAMA EN TRES ACTOS.)

> Peut être serions-nous un jour ensemble, dans le monde ou l' amour ne périt pas.
>
> —*H. de Balzac.—Séraphita.*—

¡Cada alma es un poema!

Feliz el inspirado que logra trasladar al papel el poema de su alma...

Las aves cantan, los céfiros suspiran, las fuentes murmuran, los cielos sonrien, todo habla; todo se afana por dar espansion á una fuerza oculta, que en su interior se agita.

La Creacion es un libro abierto y el tiempo vá pasando ante nosotros, una á una, sus encantadas páginas.

Hay almas que no saben leer...

¡Feliz aquella que logra descifrar tan misteriosa escritura!

Pero no bastan sus lecciones; no basta al génio tal éxtasis pasivo al mecerse tembloroso en su divina impresion; no le basta que se reproduzcan sus imágenes en el cristal de su fantasía, dentro de la cámara

oscura de su cerebro; no basta en su entusiasmo el imitar á la Naturaleza; necesita imitar al Creador.

¡Crear! hé aquí la palabra mágica de la dicha futura; hé aquí el símbolo de la felicidad del cielo.

¡Las almas crean!... y en su trabajo divino reciben de Dios materiales de luz, para convertirlos en obras de belleza.

Cada alma es un átomo desprendido del Creador, cuyo infinito desarrollo es la obra eterna de los siglos; cada alma guarda en sí un pequeño universo, que se agita en un punto que es mas grande que todo el espacio.

No hay alma vulgar; cada alma es un poema.

Es verdad... pero qué pocos nos han dejado escrito el poema de su alma!! . . . .

. . . .

Desde que dejamos á Alfredô en Sevilla, empezó á escribir en revistas españolas y extrangeras, bajo el pseudónimo de *Prometeo*.

Así ganaba el sustento en la oscuridad, dando tambien algunas lecciones de piano y llevando á cabo, en sus ratos de ócio, segun hemos ya consignado tres hermosas variedades del arte.

Una vez concluidas, una vez salvados él y el P. Alberto de la miseria que les amenazaba, los dos compañeros de la desgracia vieron alumbrarse el horizonte de su esperanza, en el cielo de un porvenir no lejano.

Restituido el uno, á costa de privaciones y trabajos, hasta su abandonada clase; vuelto el otro al libre

ejercicio de su mision, como sacerdote, porque al fin la luz de la inocencia se abre paso á través de la calumnia, ambos se dirijieron á Madrid, en busca de glória el uno, y con el afan de viajar mas léjos el otro.

Las obras de Alfredo, inspiradas las tres por Celeste, constituian un drama, un cuadro y una pieza musical.

De estas dos últimas nos iremos ocupando luego; por ahora, solo debemos analizar la primera.

El Ángel del Amor: este es su título, y en cuanto á su éxito nada falta que añadir á lo que dijimos antes, sino es para confesar que nuestras palabras mas pecaron de frias que de exageradas.

El drama es, ó parece ser, el género de literatura mas difícil de llevar á cabo con entera gloria.

Todo son escollos, todo tropiezos; si cede á un ligero cansancio la pluma, aparece la escena lánguida, si salta en vez de correr con irresistible ímpetu, entonces es la escena exagerada, inverosimil.

Sujeto el vuelo de la inspiracion, son las reglas dramáticas otras tantas cadenas que aprisionan, y no todos los génios escriben con facilidad, como Cervantes, en las tinieblas de un calabozo.

La crítica sañuda se ceba luego en el pobre vate...

Y al analizar un drama, casi todos los críticos se producen como en la autopsia de un cuerpo, que para analizarlo se destroza.

Todo esto preveia Alfredo, desde que tropezó en su árdua empresa con el primer escollo, con el argumento.

Un argumento muy cargado es semejante á esos bajos relieves que hacian los antiguos, donde por el menor hueco asoma una cabeza.

Nuestro poeta se cuidaba mas de la filosofía de un hecho, que del hecho mismo.

Su argumento era sencillo.

La protagonista, la heroina del drama, jóven, rúbia, hermosa, de sentimientos elevados, como su querida Celeste, era una pobre huérfana que cifró su amor primero en un hombre de alma sencilla, de corazon generoso, poeta, pero de costumbres extraviadas; lo mismo que habia sido Alfredo.

Tal hombre, arrastrado por sus errores, cedió á la corriente del mundo, y en su locura olvidó aquel amor purísimo por un instante, para casarse con otra mujer de elevado nacimiento y de poderosa fortuna.

La consecuencia fué inmediata.

Al elevarse el telon en el primer acto, la escena nos representa un matrimonio muy mal avenido; la jóven rúbia es amiga de la esposa y guarda su antiguo amor en secreto, pero aún más ardiente.

El amor puro es un torbellino de deseos que se reconcentra en un deseo; no el de que el ser amado, como creen algunos, nos haga la felicidad á nosotros, sino el deseo de hacer la felicidad al ser amado.

Para ser feliz un casado es indispensable que sea feliz su matrimonio.

Así, al ménos, lo comprendia la huérfana.

¿Realizaria su deseo?

El esposo, llena el alma de pesar, con las melan-

cólicas tintas del recuerdo, grababa otra vez en su corazon una imágen, que creyó olvidada.

La esposa, al mirar su indiferencia, herida en su exaltado orgullo femenil, tal vez proyectaba médio loca, pagar con deshonra su desprecio.

La suerte protejia su venganza, y un nuevo personaje se introducia en la escena.

Era el tal un amigo del marido, compañero de sus disipaciones, y como no suele ser muy leal la amistad, cuyo fundamento es el vicio, no es díficil adivinar los propósitos de aquel hombre, despues de haber creido sorprender alguna mirada favorable en la mujer ajena.

La hermosa rúbia, que era el ángel que velaba por ellos, se propuso combatir tan peligroso deseo, para lo cual ningun poder era mayor que el de su misma belleza.

Prontó cayó en sus redes el atrevido seductor, y entonces los dobles celos de su amiga, que miraba en ella la amada de su esposo y la amante de su amante, la indecision de este último vacilando entre la una y la otra, entre el amor y el deseo, y la ardorosa pasion del primero, cada vez mas intensa, dan motivo suficiente para el desarrollo de la accion, que crece en interés á cada momento.

No entraremos en detalles; basta saber lo inmenso del sacrificio de aquel ángel calumniado y lleno de insultos; las situaciones dramáticas se suceden con naturalidad; la virtud aparece un momento hollada, pero al fin la justicia resplandece; el marido compren-

de su falta cuando su antigua amante le revela la deshonra á que se espuso; el amigo se decide por el amor; y la mujer no halla al fin á quien culpar, sino se culpa á sí misma.

El ángel habia triunfado, pero ay!... su débil organismo tuvo que ceder ante la fortaleza de su alma, que deshaciendo los lazos que la aprisionaban, voló á otras regiones.

La pálida rúbia moria, al par que se abrazaban los dos esposos, á la mágica persuasion de sus palabras últimas, mientras su nuevo amante le juraba que encontraria en la virtud su recuerdo eterno, y en tanto que el telon descendiendo poco á poco, dejaba á los espectadores sumidos en un cáos de poética tristeza.

El drama es magistral; una experiencia profunda eligió su argumento; una imaginacion brillante escribió sus versos y una inteligencia estudiosa logró ordenarlos.

Lo que llevamos dicho, sin embargo, es incapaz de representarnos su belleza, lo mismo que un esqueleto humano no puede dar idea de una mujer hermosa.

Semejante argumento no llegaria jamás á desarrollarse con completo triunfo por un ingenio mediano; necesitaba un poeta como Alfredo que hiciera resaltar con sus divinos versos, copiándolo de su Celeste, el tipo de una mujer más pura que nuestras mujeres, á quien enamoraba un amor por encima de todos nuestros amores.

Necesitaba, además, un profundo estudio que marcara con precision en las escenas, el efecto de aquel

contínuo heroismo que acababa poco á poco con su cuerpo, elevándose más y más con su alma.

Necesitaba en fin despojar de sus horrores á la muerte, velando la verdad de la agonía con los reflejos del arte y haciéndola morir en lenta y apacible dulzura, como un crepúsculo vespertino.

La realizacion de tantos detalles era muy difícil, como difícil y hasta imposible es nuestro empeño en dar una idea exacta de aquella obra.

Unicamente se estriba, en cierto modo, nuestra salvacion, en entresacar algunos puntos culminantes, que nos dén una pequeña muestra de las personas y de los versos.

Tan solo los grandes génios han logrado dar vida á los séres de sus fábulas, retratando de una manera precisa, fotográfica, su fisonomía moral; difícil seria confundir el tipo de D. Quijote con cualquier otro y lo mismo los de toda su novela, la cual no tiene necesidad de ilustrarse con láminas.

Pero al tratar de dibujar el carácter de una mujer, no bastan las reglas de precision é invariabilidad, porque estas reglas no rigen en ella, y en lugar de mujer, tal vez diéramos á luz un hombre.

Las leyes de su carácter suelen ser con harta frecuencia la volubilidad y el capricho, y á ellas debemos atenernos sinó queremos obtener un ejemplar muy raro; sucediéndonos á veces como á aquel pintor de un caballo, que cansado de intentar en vano la imitacion de la espuma que queria arrojase por la boca, tiró incomodado sobre ella los pinceles y

estos le produjeron con su mancha una espuma admirable.

Hay que tener en cuenta además que, siendo el corazon una especie de caldera del motor de nuestras acciones, debe estudiarse con profundidad al tratar de describirlas y desarrollarlas; más quién es capaz de estudiar el corazon de la mujer?

Inútil tarea; el corazon de la mujer es ardiente, peligroso y desconocido, como el corazon del Africa.

Todas estas consideraciones preocuparon á Alfredo al crear el tipo de la mujer casada; no así al idear el de Evelina, que Evelina se llamaba la huérfana, porque en él no quiso copiar el tipo de una mujer; quiso presentar el tipo de un ángel.

Pero, aparte digresiones y entresacando algo de su obra, como único médio de dar una idea de ella, en las primeras escenas la mujer celosa registra algunos papeles del marido ingrato; con ellos vá aumentando progresivamente sus temores. El primero es una especie de madrigal, que recuerda el de Gutierre de Cetina, en que el enamorado poeta deja ver que aún no es correspondido:

«Qué extraño, si en tus enojos
Aun son divinos tus ojos,
Que yo por ellos delire?...
Ah! no los vuelvas airada,
Ya que niegas su mirada,
¡Deja por Dios que los mire!!»

Grande es la ansiedad de la esposa del poeta, devo-

rando aquellos papeles, que sin duda se hallan colocados por órden cronológico; el segundo decia:

«No son del rayo incesantes
Los destellos fulgurantes,
Ni el volcan abrasador,
Cuyas ráfagas brillantes
Se abren paso entre el vapor:»

«No es la luz de viva grana
Que, al dispertar la mañana,
Incendia todo el Oriente,
No es su antorcha soberana
Quemando el Cenit ardiente.»

«No son de su luz divina
Sobre nube purpurina
Los múltiples rayos rojos....
¡Son tus ojos, Evelina,
Los que ciegan á mis ojos!!»

Sus celos aumentaban; nunca le habia inspirado ella una poesía tan ardiente, por lo que la sombra de la envidia empezaba á ennegrecer sus sospechas...

Se dan la mano tantas veces la envidia y los celos!!... pero veamos el tercer papel, que debia ser algun sueño amoroso:

«Cuantas veces á mi lado,
Cuando tu faz se reclina

Sobre el pecho, te ha exalado
Un suspiro articulado
Que dice siempre: ¡Evelina!!»

«Suspiros que, en frenesí
Fundiendo mi dulce calma,
Del corazon desprendí...
¡Son fragmentos de mi alma
Que se van uniendo á tí!!»

«Ah! yo siempre te he querido,
Y ahora mi fuego es mayor
Desde que arde en el olvido,
Que nunca un amor fingido
Pudo eclipsar nuestro amor!!...

. . . .

No le fué posible leer más; harto decian aquellas líneas á su orgullo y á sus celos.

De sus lábios no brota sin embargo ni una palabra de infidelidad, aunque sus acciones se tuercen un poco en direccion de este crímen, cuya fealdad en su boca haria un contraste horrible con su hermosura.

El amigo de su marido es un carácter meridional muy versado en las seducciones.

En su diálogo con la mujer casada le refiere su ardoroso amor y aunque revela ser ella el objeto de sus afanes, no suelta una palabra por la cual la virtud misma pudiera tacharle de imprudente.

Su lenguaje tal vez peca por lo exajerado, sobre

todo en algunas figuras en que pudiera calificarse de atrevida la pluma del poeta, como la siguiente:

«Contar sus gracias anhelo?
Fuera mas fácil contar
Las arenas de la mar
Y las estrellas del cielo.»

Y esta otra, en que como hizo Dante individualiza y dá vida própia á los sentidos:

«Mi espíritu enamorado
¿Es ella blanca? decia,
Y mi vista respondia:
¡La nieve es negra á su lado!!»

Ya el insigne poeta Camoëns, habia dicho una cosa parecida:

Os crespos fios de ouro se esparziao
Pelo collo que á neve escurecia.

Pero el tipo que se halla mejor perfilado en el drama, despues del de Evelina, es el tipo del poeta, para el cual Alfredo no hizo sino trazar con la pluma su própio retrato.

Aquel *ateismo poético*, permítasenos la expresion, que le dominaba al empezar la novela, era el mismo que dominaba á su ideado personaje al empezar el drama.

Harto lo revelan las palabras de desengaño que dirijia á su amigo:

«Que es nuestra terca ilusion
Una contínua pasion
Que, al acabar su deléite,
Se apaga en el corazon,
Como una luz sin acéite.»

«Pobre existencia mentida
Que alimentada de engaños,
Por la duda sostenida,
Cree que vive algunos años
En esta ilusion de vida.»

«Yendo de mal en peor
Nos dice y dá nuestra suerte:
Todo es verdad... el amor,
Ya todo es duda... el dolor,
Todo es mentira... ¡la muerte!!»

. . . .
. . . .

«Nada existe permanente,
Mas se forma sin reposo
De un viviente otro viviente,
Pobre víctima inocente
De este círculo vicioso!»

Palabras que se ván transformando paulatinamen-

te en todo el transcurso del drama y con las cuales contrastan de una manera agradable, las que muy cerca del fin pronuncia, arrepentido de haber elogiado tanto la belleza material de su ángel protector:

«¡Elogiar á la hermosura!
Recurso pobre y añejo...
Describir lo que un espejo
Nos dá en su exacta figura!»

«Si elógia el lábio atrevido
Su gracia, al vernos delante
De alguna fea elegante,
Qué elogiamos? El vestido.»

«Quién este elogio desea?
Qué mujer por poco viva
No halla en él una evasiva
Para no llamarla fea?!!...

«A esto la suerte sañuda
Tiene el cuerpo reducido...
Sí; qué es el cuerpo?... un vestido
Que se gasta y no se muda!»

«Su beldad es inconstante;
Dios la dá.... pero la quita;
Qué es una tonta bonita?
¡Sólo una fea elegante!!»

«Por eso es mi parecer
Que tanto alzar su belleza
Es insultar la pureza,
El alma de la mujer!!»

Y más adelante:

«Te insulté... tu enojo calma,
Rendido ante tí me postro;
Qué es la belleza del rostro
Cuando hay belleza en el alma?»

Nada tenia sin embargo de qué arrepentirse: aquel amante regenerado cuando las siguientes frases constituian el cuerpo del delito; habla de sus ojos:

«Sin el calor de su fuego
Seria triste mi cruz...
¿Quién que haya visto la luz
Se conforma con ser ciego?»

«Cual ígneos sus ojos son
En su boca encantadora,
Intérprete seductora
De su mudo corazon.»

«Y si el fuego allí encarnado
Tiene igual intensidad
Al céfiro preguntad,
Que solo él la ha besado...»

Saber por qué llora quiero,
Realizar sus esperanzas,
Sus caprichos, sus deseos.....
Mande V., más bien que amante
Desde hoy su prisionero,
Aún más que mi amor ardiente,
Mi servidumbre le ofrezco.
Mande V..... la acepta? (*De rodillas*.)
—Nunca.
Mas no..... dije mal; la acepto!
(*Se levanta Enrique*.)
¡Váyase! ¡Quiero estar sola!
Lo mando, Enrique! al momento!!

. . . .

(*Sola y cayendo desfallecida*,)
Sin embargo, ¡cuánto le amo!
¡Dios mio! ¡cuánto le quiero!!!»

Los demás versos que brotan de los lábios de Evelina, son preciosos; el transcribir unos seria una ofensa á los restantes; por eso solo citaremos una quintilla, como un suspiro en que exhala todo su amor terrestre, al dar su abrazo de despedida á los dos esposos:

«Tan solo un abrazo os lego;
Con él mi pasion entrego,
Que así me lo ordena Dios.....
¡Haced uso de su fuego
Para quereros los dos!!»

Y basta de citas; que para que el lector comprenda el mérito de la obra es necesario que la lea toda y muy despacio.

Alfredo vertió en ella el poema de su alma; su alma era sin embargo por precision mucho mas bella.

El alma en su reclusion corporal, al sentir lo que jamás expresa, guarda un secreto forzoso; inútil empeño recurrir al lenguaje para dar suelta á algunas emociones, porque al sacarlas del corazon, son lo mismo que las flores arrancadas y se marchitarian y perderian su encanto. Hay poetas que dicen más de lo que sienten, pero esos no son poetas; son todo lo más artistas del lenguaje, que tambien con el lenguaje se pintan figuras bellas, más inteligentes que grandes y con mas habilidad que génio. Quien dice más de lo que siente, tiene por precision que decir lo que no siente, y aunque algunos creen que la poesia es la mentira, no puedo sin ofenderlos, suponer tan torpe aberracion en la mente de los lectores.

Alfredo dijo algo de lo que sentia; no todo.

Su obra tendrá faltas por precision, pero nosotros, inferiores á él, no damos con ellas.

No así algunos críticos murmuradores, que no ha habido grande obra sin pequeñas censuras; á su primera representacion el ojo perspicaz de una media docena de ellos, ya le encontró una falta muy grave, aunque escondida á los ojos del vulgo.

Acostumbrados á esos dramas en que se muere el traidor y en que las víctimas de su maldad se casan en paz y en grácia de Dios, no encontraban justo el

vantar ardientes sus ideas, como las arenas con el simoun del desierto, y allí se pierden en sus dilatadas espirales, emblema de un deseo sin fin, que nunca concluye, que no concluirá jamás, porque lo que busca es el infinito.

Y en verdad que es la música tan elevada sobre nuestro nivel que, al fluctuar nuestras sensaciones con su atraccion, suele perderse y marearse el alma, resentido en su tirantez el lazo que nos aprisiona en el cuerpo.

Vé, en su aturdimiento cruzar notas que se hieren y se completan, que contrastan y armonizan, que *se llaman* y se responden; suben y bajan en la onda de un arpégio, el compás las separa, el ritmo las une; ya ascienden melódicas al cielo, ya en fin se precipitan desde lo alto en armoniosa lluvia, llegando á ser para el oido admirado de un magnetizador la voz imperativa, que nos grita variable: rie, llora, goza, padece, ama, ódia, reza, maldice.....

Y el alma obedece; por eso si quereis tener fuerzas y calma para resistir una tentacion, no escuchadla jamás de esa voz dominante de la armonía.

Qué hombre grave, en oyendo un wals, no pierde su reposo con ese compás ternario que parece que nos precipita y que nos empuja, haciéndonos resbalar por la alfombra, girando con un hermoso satélite?

Qué persona pusilánime y pacífica no cierra los ojos y corre al ataque al escuchar el himno guerrero?

La música es á veces traidora como el canto de las sirenas.

Es verdad, el alma obedece; pero interpretando esta voz con arreglo á sus aspiraciones y revistiendo sus preceptos con el tinte de sus ideas... Yo de mí sé decir, que de tal modo me domina su poético encanto, que hallo un manantial de sentimientos puros en *la danza de las bacantes* y que la primera vez que oí el *coro de brujas de Macbeth* me pareció un coro de serafines.

Ah! el ser se halla loco, porque la razon no vuela tan á prisa como el entusiasmo; en un cielo desconocido, sin apoyo, sin norte, sin guia y sin sosten, qué ha de hacer el alma, sino perderse, embriagarse y delirar?

¿No habeis nunca escuchado en un jardin primaveral al canoro ruiseñor, cuando las demás aves duermen, cuando la luna esparce sus plateados reflejos? ¿No habeis sentido vibrar aquellas notas silvestres en el silencio, como brillan las estrellas en la oscuridad de la noche?

¿No habeis oido como entrelaza sus trinos complicados, nunca iguales, con un apagado silbido en el que figura que enmudece de placer en el nido de su amada?

Este es el orígen en la tierra de aquel arte de Orfeo y de Lino, cuando salió del augusto trono de Apolo.

¡Glória á la música! ¡glória á esa voz misteriosa de nuestra esperanza! ¡glória á esas áuras del cielo, que se internan á besar nuestra alma por el más casto de los sentidos!!!...

Un concierto musical es el espectáculo más eleva-

do, más puro y más conforme con la cultura del siglo; por eso era tanto del agrado de Encarnacion.

El báile no es mas que un bello pretesto, un torpe disimulo del ciego hijo de Citerea.

El báile es un misterioso pseudónimo, en el cual se quieren ocultar algunas palabras malsonantes.

Esos movimientos grotescos y gimnásticos de la edad salvaje, en que el báile se reduce á un simulacro guerrero, ván transformándose mas tarde en la danza voluptuosa de las orientales, que entretienen á algun sultan con sus caprichosos giros.

En Europa, del tablado de la escena desciende á la alfombra de los salones, y el señor, de espectador curioso, se convierte en activo representante.

Un musulman no puede concebir esos pollos incansables que, teniendo dinero para pagar á un bailarin, trabajan por cuenta própia.

El báile, invadiendo los salones aristocráticos, es una exposicion universal del lujo, donde se exhiben los cuerpos y se ocultan cuidadosamente las almas, en tanto que la aburrida Terpsícore inventa solo movimientos sin grácia y figuras sin arte, viendo que el amor, la elegancia y la intriga la toman por pretexto.

El báile hastía, luego el báile es inmoral.

Todo lo contrario pasa en el concierto, aunque siempre fuera de desear más atencion por parte de los concurrentes; en vez de causar hastío, su deléite vá aumentando, al par que la aficion á la música crece en el alma.

Esta diferencia entre el báile y el concierto es prue-

ba de la que existe en el orígen y en la calidad de las impresiones respectivas, que producen en el alma.

El mejor salon de uno de los primeros palácios de Madrid, se hallaba decorado con una riqueza inmensa, repartida con un gusto esquísito.

El verde raso, que tapizaba los mullidos asientos, ya redondos, ya semicirculares, formaba en sus caprichosas curvas como las calles de un jardin á cuyos cuadros, así rodeados, coronaban preciosos canastillos, donde al artificio se mezclaban las plantas exóticas transportadas de los invernaderos.

El conjunto, ya se deduce, figuraba un dilatado jardin, lleno de estátuas paganas y de surtidores orientales, levantando en su centro una glorieta, vestida tambien con el color de la esperanza, destinada á ser el templete augusto de la divina Euterpe.

La profusion de luces, repartidas en infinitas arañas, hacian aparecer á las inmensas bóvedas, como un extendido cielo, lleno de brillantes estrellas, y la mullida alfombra, que apagaba el ruido de los pasos, parecia suavizar nuestra terca adherencia á la costa terrestre...

¡Oh! un jardin tan delicioso no podia ménos de estar poblado por las divinidades femeninas, que soñaron los gentiles.

Y ellas eran tanto mejores cuanto más buenos son los tiempos que alcanzaron... No nos pararemos á describirlas; nos basta con una sola pareja: Evelina y Encarnacion.

¡Evelina!... ¡qué extraño, estando de luto!! Noso

tros diremos en su defensa que la época del alivio habia empezado y que la hipocresía era bien ajena á su nuevo carácter; además iba Encarnacion; iba Cárlos tambien por compromiso... no es suficiente disculpa? Y escribimos esta pregunta porque, en caso negativo, aún se pudiera añadir en descargo su aficion á la música, aficion que desde luego engendró la simpatía, con la cual quizá la hayamos tratado en ocasiones con amorosa parcialidad.

El «*qué dirán?*» es un fantasma vano que se irá desvaneciendo á medida que haga la moral que no tengan nada que decir de nuestra conducta y en caso de que la temerosa niña fuera á Cárlos con esta ilusoria quimera, aún podria refutarla su amante con este sencillo cantar del pueblo:

Qué dirán? qué dirán?
qué tendrán que decir?
que te quiero y te adoro,
¡que me muero por tí!...

Aunque Evelina no pertenecia á un círculo tan elevado (¡la sociedad se divide aún en círculos como el infierno del Dante!) bastaba verla con Encarnacion para que la crítica le respetara, hecha abstraccion de la murmuracion superficial, que aunque desagrada no hiere.

En cuanto á Encarnacion, solo diremos refiriéndonos á su belleza, que iba como siempre, lo cual significa que iba como nunca, á cáusa de la creciente con-

tinuidad de sus encantos, siempre mejores, ¡siempre como nunca! ¡nunca como siempre!!

El rostro de la jóven se hallaba inundado de un gozo indescriptible; iba á ver otra vez á Alfredo; ella lo sabia; su corazon se lo habia dicho.

Aquel concierto tampoco seria del agrado de los pobres islamitas que, pése á su ignorancia, no comprenderian el porqué tan principales señores se tomaban el trabajo de darse música.

Allí se reunian todas las notabilidades; los más ilustres compositores, los Gaztambides, los Eslavas, los Litzs y los Monasterios... Los primeros actores del Teatro Real en aquella época, la multitud de aficionados cuyos talentos, sin necesidad de constituir profesion, se han quedado en los límites de un adorno y los artistas jubilados que, de tarde en tarde, aparecen en un concierto.

Entre todos ellos, llamaba la atencion de las bellas por su juventud, un compositor novel apénas conocido en la sociedad madrileña.

Este compositor era Alfredo.

En el perfumado programa se leia su nombre con doradas letras, al lado de Beethoven, Mozart, Gluck y Gounod.

Mas no adelantemos los sucesos.

Desde la noche del estreno del drama se hallaba Alfredo algo pensativo; sin darse apenas cuenta, habia estado demasiado fino con Encarnacion, quizás á cáusa de la extrema amabilidad y del claro ingénio de esta jóven.

Fué un ligero remordimiento que no se atrevió á decir á su querida Celeste, pero que se propuso expiar no volviendo á saludar á Encarnacion, para evitar otra caida.

La actual noche, al divisarlo Encarnacion le regaló una mirada dulcísima, una mirada tan penetrante que, aunque el desdeñoso jóven quiso negarle la entrada en su alma, por un movimiento rápido de sus pupilas, ya no llegó á tiempo.

Cárlos, en tanto, huia de Alfredo, porque á su lado le asaltaban temor y vergüenza; la casualidad les unió sin embargo, en el instante en que Evelina le dirijia una mirada; entonces se acordó de la promesa que le habia hecho de presentarle el poeta, y sin reflexionar, viéndose comprometido, le cojió del brazo y le condujo hasta donde se hallaban las dos jóvenes.

Alfredo se vió otra vez en frente de Encarnacion, la cual no pudo menos de observar su áire embarazoso.

Pero á pesar de su retraimiento, sucedió lo que tenia que suceder; al cabo de un rato, Cárlos se dirijia á Evelina y Encarnacion se hallaba suspensa, como esperando á que el otro se dignase hablar....

En estos cortos instantes de silencio, la pobre niña no sabia á que atribuir la indiferencia del poeta, la cual le hacia imaginar que le habria tratado con frialdad en su primera entrevista, jurándose á sí misma mostrarse más placentera y más amable, si la llegaba á hablar aquella noche.

Alfredo, sin ocurrírsele nada, volvió los ojos hácia

Encarnacion, para tropezar en aquel momento con una mirada tristísima, que quiso remediar la jóven con una sonrisa, todavía más triste.

¡Qué bella estaba! Los lábios del poeta dibujaron tambien una sonrisa, sin pedirle permiso; la escena muda pasaba de los límites regulares y era preciso empezar la conversacion deseada, hablar de algo...

A Alfredo no se le ocurria nada, y en este triste conflicto, empezó á pasear sus miradas, seguidas de las de la jóven, indicando las riquezas del salon....

—Está adornado con mucho gusto, exclamó al cabo, y Encarnacion desahogó entonces en un solo suspiro la respiracion que tenia contenida ¡Por fin habia hablado!!

—Digno templo de la música, le contestó; pero su mejor adorno son los génios que nos ván á entusiasmar con sus inspiraciones celestiales.

Alfredo bajó la cabeza, porque se creyó que le incluiria en ellos.

—Ya comprendia yo que V. no podía ménos de adorar á la música.

—Tambien comprendia yo, que quien mereció un triunfo en la escena, no podria pasar aquí con el profano papel de espectador; el programa ha colmado de satisfaccion mis cálculos....

—De satisfaccion? preguntó el jóven, que poco á poco iba olvidando sus propósitos de retraimiento.

—Ah! siempre es una satisfaccion muy grande el acertar... pero, no; no siempre es satisfaccion; se me figura (¡Dios mio, que no acierte!) se me figura que

se halla V. inquieto á mi lado y sentiria que, teniendo otro destino preciso, sacrificase este momento, por darme el placer de su conversacion...

—¡Señorita!!

—¿Hé acertado?

—Pues bien; no puedo menos de confesarle lo que que ya me ha sido descubierto, aunque nada tengo que hacer en este momento tan urgente como el deber que hácia su conversacion me obliga; es verdad que he sentido cierto embarazo al dirijirme á V...

—Quizás alguna indiscrecion mia la otra noche...

—Una indiscrecion, eso es; una indiscrecion de la cual está V. bien inocente; la indiscrecion consiste en su extremada belleza.

—¡Siempre mi belleza! No entiendo lo que quiere V. decir...

—Hay hermosuras á cuya influencia la fria amistad es cási inverosímil; quiero decir que la de V. me indica que el número de los que la aman es igual al de sus amigos y es tan grande como el de sus grácias... Qué haré yo entre ellos y entre ellas?... Estorbar; hé aquí mi embarazo.

—¡Mis amantes! Ojalá fueran muchos, porque yo amo á todos... Hay otro amor, lo sé quizá demasiado que solo se profesa á uno; solamente á uno... pero, permítame que le diga que no queria V. decir eso...

—¡Dios mio! ¡V. lée mis pensamientos!

—Bien; eso le obligará á ser más franco; no le doy yo el ejemplo, quizá con demasiada ligereza?

—Repetiré, pues, lo que ya V. ha adivinado, diré

la verdad, y si necesitan la fuerza del juramento las afirmaciones del que ha faltado á ella, lo juro, Encarnacion!

—Lo creo, contestó la niña, cuyo gozo fué indefinible al oir su nombre de los lábios de Alfredo.

—Yo, continuó este, guardo un secreto en mi existencia; un secreto puro y misterioso que me hace desviar del camino de las pasiones y que me enseña lo engañadora que es la belleza material.

Yo me creia, por consiguiente, superior á la fuerza de la hermosura y léjos, muy distante, de su atraccion; como no hé de turbarme ahora sí, al estar próximo á V., siento que mi creencia se desvanece?

—¡Pobre Encarnacion! reducida á que en ella no encuentren más belleza que la belleza del rostro.

—Hé ahí el error del cual voy saliendo; el rostro de V. es como una nube que oculta al sol con dorada silueta; sus ideas me encantaron, ¿á qué ocultarlo? he jurado decir la verdad.... Yo creí que su rostro era el que trastornaba mi juicio é intenté evitar su fascinacion; inútil es toda resistencia ahora que comprendo que lo que me fascina es el reflejo de su alma.

—Pues yo tambien le voy á decir la verdad; le juro á V,... ¡ah! nó; ¡no juro nada!

—Cómo? no corresponde V. á mi franqueza?

—No, Alfredo; ¡tambien guarda otro secreto mi existencia! si jurara decir la verdad me veria obligada á traspasar ciertos límites en que la sociedad encerró á las mujeres...

La música se dejó oir en este momento sublime.

El concierto empezaba por la nunca bastante oida sinfonía del *Guillermo*, donde Rossini extiende las proporciones de su inspiracion gigante.

En ella tomaban parte casi todos los artistas y parecia pobre el conjunto de todos los oidos para recibir aquel grito instrumental, que se elevaba al cielo.

Esta sinfonía parece un torrente de ígnea lava desbordado, llevando en sus ondas las abrasadas pasiones de un pueblo entero, que se hace libre.....

Primero aparecen las dulzuras de los valles frondosos, donde gozan los suizos la paz de los esclavos; algun murmullo lejano viene á anunciarles la próxima tempestad; luego el grito de guerra resuena; luego se conmueve la muchedumbre; luego se agita, luego se levanta, y sube y arrolla al pasado, y en médio de este aluvion se dejan escuchar unas notas descendentes, en las cuales parece oirse como se sumerje el tirano en los oscuros abismos...

La grandiosa epopeya suiza se reproduce en un cuarto de hora.

El génio del músico elevándose hasta ese lejano cielo, donde todo vá á parar, donde nada se pierde, donde es presente el pasado, ha ido recogiendo todos los ayes de aquellos siervos, todas las maldiciones de aquel tirano y entera la potente voz de aquel héroe.

Cárlos y Evelina sostenian en tanto una conversacion animada y triste á la par.

—Cárlos mio; á qué ese pesar que nos roba traidoramente nuestra dicha? no me amas? nó estás seguro de que te amo?

—Sí, Evelina; pero, qué desgraciada te hago con mi amor! Tú no debias quererme; yo no soy digno de tí.

—¡Dios mio! ¡no digas eso! me horroriza el pensar lo que seria de mí si tu amor me faltase.

—No, nunca! nunca lo conseguirán los que quieren robártelo...

—¿Robármelo has dicho?

—Si, vida mia; pretenden arrancarme de tu corazon; si ántes en tu ausencia lloraba, ahora me moriria ¡pretenden asesinarme!

—¡Y quienes son esos infames?

—No; no son infames; esa es mí desgracia; otro es el infame... ¡no debias haberme querido!!

—¡No comprendo!!

—No quieras comprenderlo, Evelina mia.

—Puedes imaginarte, acaso, la ansiedad en que me dejan tus palabras?

—Por Dios; si me amas, no quieras saberlo; si me amas baste el saber que yo tambien te amo...

—Mas por lo mismo que te amo, deseo que me digas el motivo de tu pesar.

—Que quieren alejarme de tí; que no lo conseguirán. Evelina, es preciso que no dilatemos el dia de nuestra union, y entonces, cuando no nos espanten las sombras de la conciencia, entonces lo sabrás todo.

—Ese es mi constante deseo, Cárlos mio, y nádie me haria desviar de ese propósito.

—Tus palabras me consuelan... nádie te hará desistir de nuestra union; ¡oh! ¡qué bella promesa! ¡júramelo!!...

Al llegar aquí Evelina, muda y turbada, sintió á su oido la voz de Encarnacion que pasaba, inspirada por un ángel:

—No jures á Dios, sin saber si juras contra Dios mismo, le dijo con triste y apagado acento, continuando despues su interrumpida conversacion con Alfredo.

Durante la música (no hay imaginacion quieta, mientras se oye) la imaginacion de la jóven poetisa, asaltada de una curiosidad, tan misteriosa como irresistible volaba en torno de una idea fija, prisionera del secreto que envolvia la existencia de Alfredo, mientras este pensaba con insistencia, sin poderlo remediar, sobre el otro secreto que guardaba la existencia querida de Encarnacion.

Bien curiosos, por cierto, se habian vuelto repentinamente los dos jóvenes, cuando al encontrarse por segunda vez, pretendian, á toda costa, con interminables preguntas, arrancarse uno á otro aquel tesoro escondido en el interior de sus almas.

Pero la música volvió á interrumpirles; despues de la sinfonía, siguió con pequeño intérvalo, la ejecucion de las demás piezas anunciadas, casi todas pertenecientes á la clásica música alemana.

Al fin llegó la vez á una composicion escrita con e título de *Celeste* y cuyo autor era Alfredo.

La atencion de la concurrencia fué cautivada por una complicadísima armonía tan extraña, tan nueva, como admirable.

La inteligente Encarnacion vió en ella que la musa

de Alfredo, sacándolo de su alma, habia envuelto su secreto, con un descaro bellísimo, en las gasas ondulantes de la armonía, y lo habia lanzado, así, al áire de los sonidos.

Encarnacion lo veia, pero en vano trataba de leerlo á través de una música indescifrable, rara, confusa, desconocida, nueva.

Impresionada con su armonía y rotas las trabas sociales, cesó de manifestarse la mujer y quedó el ángel.

Tan solo á estos es dado expresar lo que siènten, sin rubor ni vergüenza.

El triunfo del compositor fué aún más grande que el del poeta. Alfredo recibió una ovacion en el concierto, mayor que en el teatro.

—¡Yo le admiro á V. más que nunca! le decia el inocente ángel; esa música ha impresionado mi alma de una manera indeleble.

Era dicho este elogio con todo el amor, con todo el entusiasmo y con toda la expresion de que era capaz aquella jóven hermosísima.

—Y esas palabras, exclamó Alfredo, vertidas por un alma tan pura, y esa ingénua admiracion de quien todo lo inunda con su belleza, bien puedo asegurar que me impresionan aún más que á V. mi música.

—En ella se ostenta visiblemente el secreto de su alma, haciéndole sufrir á la mia el suplicio de Tántalo, presa del inútil afan con que se intenta leer un libro misterioso, presentado en sueños.

—De igual manera creo admirar la belleza del se-

creto que guarda el corazon de V., en su belleza misma; ah! no es digno un amigo fiel de poseerlo?

—¡Imposible! forma un fragmento de mi alma y ni á mi padre lo he querido confiar.

—Y se lo revelaria V. á su amante?

—¡Imposible!!

—¿Y á su esposo?...

Encarnacion apremiada dió á entender que sí, con la cabeza.

Cómo negar un fragmento de su alma al que fuera dueño de su alma toda?

—Pues bien, siguió Alfredo; tambien yo se lo revelaria únicamente á mi esposa,... añadiendo despues de un instante de silencio elocuente:

—¿Aceptamos este médio, único y grande á semejanza de Dios, de saciar esta curiosidad recíproca?

—¡Aceptémoslo!! contestó la jóven. . . . . .

. . . .

Aceptadlo tambien vosotros, mis lectores, si es que quereis saber el secreto de esta historia; aceptadlo y perdonad este inocente pretexto con que aquellos dos seres trataban de disculparse su amorosa debilidad, en un inflexible fallo del destino.

CAPITULO IX.

—

LA MÚSICA DEL PORVENIR.

(DE UNA REVISTA DE TEATROS).

Salve, llama creadora del mundo,
Lengua ardiente de eterno saber.
Espronceda.—El Diablo Mundo.

I.

El deber de la imparcialidad, que tiene que anteponer el periodista á todos los deberes, nos hace en el presente número retirar parte del original, para pagar un justo tributo de admiracion y de desagravio, á una de esas bellas exajeraciones que, imprimiendo en el arte de la armonía el sello del espíritu moderno, se hallaba sin embargo condenada en nuestra opinion, hasta la noche del sábado último.

Retiramos tambien de nuestra revista el consignar la inmensa gratitud de la aristocrácia de la corte hácia uno de los primeros títulos de Castilla, en cuyo palacio resonó aquella noche un concierto clásico, que en lo escojido únicamente podria competir con la escojida concurrencia; omitimos el enumerarla, haciendo particular mencion de cada una de las fragantes

flores, que adornaban aquel jardin del paraiso; olvidamos asimismo la admirable ejecucion de las obras; únicamente dejamos todo el espacio para ocuparnos de una de ellas, sintiendo que aquel no pueda ser tan grande como su mérito.

Sensible es no poder encabezar estos renglones con el nombre de su jóven compositor español, pero su exajerada modestia nos lo prohibe.

II.

No es el estilo de Wagner.

El célebre músico del porvenir, siguiendo á Wéber y exajerando á Gluck, únicamente nos deja, pése á su falta de inspiracion, un deseo apenas formulado, entre la complicada confusion de su armonía.

La música se encerraba en estrecho círculo, comparado con el infinito poder de sus combinaciones; los plágios, por consecuencia, eran en ella mucho más frecuentes que en las otras artes; y ensanchándose por necesidad, el imperio de los sonidos pasaba robado de Palestrina á Mozart y de Mozart á Béethoven, pues aunque siguió adelante esta marca el último punto bien detallado de su progreso.

La música, abandonando los antiguos y gastados pensamientos, buscaba nuevos horizontes para ensanchar su armonía.

Era preciso seguir adelante.

Y Wagner planteó entónces su problema, de enunciado misterioso y apenas comprensible.

Nosotros creemos haber escuchado parte de la esplicacion de su resolucion difícil, en el precioso *septimino* titulado *Celeste* que ha dado orígen á este artículo.

III.

Primero es el cáos; no de otro modo se hallaria la Creacion, mezcladas las luces y las tinieblas, ántes del solemne *fiat*, como se hallan confundidos en su gérmen, al empezar esta composicion, todos los elementos de que luego dispone. Inmensa agrupacion de notas simultáneas, conjunto informe de todos los materiales que formarán la obra, de tal modo que parece imposible que el autor haya podido ordenarlos en tan *bello desórden*, poco á poco se vá precisando y aclarando la armonía hasta brotar de allí dos músicas distintas, como un hermoso cabello enredado que se peina y que se divide en dos trenzas; dos músicas simultáneas, paralelas y al mismo tiempo tan independientes, que muy bien pudieran ejecutarse por separado, siendo la una suave, dulce y amorosa y la otra enérgica, intranquila y brusca, y mostrando estos caractéres encontrados, al armonizarse mútuamente, cuán léjos se halla la armonía de la igualdad y cuanto crece en el contraste.

Mas tarde estas dos armonías se juntan para formar un todo inmenso, en el cual se besan y se acarician un instante, repitiéndose luego estas uniones misteriosas, que enloquecen de dicha, y por fin en su

última conjuncion, todavía más íntima, cede poco á poco la claridad, apareciendo entonces paulatinamente otra vez lo confuso, como un mareo de turbacion, como un desvanecimiento de placer.

El cáos primitivo vuelve entonces á absorber las notas musicales, que desapareciendo una á una como las estrellas al llegar la aurora, ván callando y callando hasta disolver toda aquella música en el silencio...

IV.

Impidiendo la emocion y hasta la novedad todo exámen artístico, de apariencia fria, únicamente analizaremos la obra bajo el punto de vista estético.

Al principio de nuestra impresion la música envuelta en el misterio nos decia algo, que no acertábamos á interpretar, hablándonos sin duda de otros mundos, cuyas ocultas relaciones no se nos alcanzan, pero bien pronto se fué descifrando el enigma hasta que al fin la composicion aquella, conquistando nuevos poderes al arte de Euterpe, adquirió una precision admirable, con la cual, dejando la vaguedad sin perder su amplitud, nos expresó el amor.

Todos oyeron lo mismo en aquellas notas; el amor puro, el amor ideal, ese amor mitad divino y la otra mitad humano, que nos demuestra nuestras relaciones con el cielo y nuestros títulos para con la glória.

El objeto de sus atracciones eran aquellas dos músicas que, aunque parecian hermanas, si la idea de

los sexos pudiera alcanzar hasta esas hermosas imágenes de la abstraccion, no dudaríamos en atribuírselo diferente.

La una tiene la fortaleza del hombre; la otra tiene el delicado sentimiento de la mujer, con la esencial diferencia, sin embargo, que mientras en la primera todo es humano, aunque bello, en la segunda todo es divino. En una palabra, segun la extraña aprension de todos los que las oyeron, la una es el autor y la otra sus amores.

Indudablemente se desprende de su audicion que el autor ama é indudablemente tambien si viéramos al objeto de su amor no necesitaríamos que nos lo señalasen para reconocerle, porque en la música nos ha dejado su bello retrato.

Estos dos seres ideales de su composicion efectúan hermosos círculos por el espacio de la música, como dos lijeras mariposas, atraido el uno por el otro; estos círculos tienen sus puntos de suave tangencia; se oye el rumor de besos... y luego al cabo fundidos por su fuego obtienen poco á poco la misteriosa aleacion de sus almas, que es el fin del amor.

V.

Qué es el arte?

El objeto del arte es la expresion de lo bello.

Lo bello consiste en la *unidad en la variedad.*

La unidad en la variedad es la armonía; la armonía es el fin de la ciencia; el fin de la ciencia es la

verdad; el fin de la verdad es el bien; luego la verdad es el bien y el bien y la verdad son la belleza.

Hé aquí la trinidad divina; el resplandor de Dios llega hasta nosotros á través de su creacion, bajo las tres fases de verdad, bien y belleza.

Es preciso, pues, que respondamos nosotros bajo los tres cultos de la razon, la accion y el sentimiento; ciencia, virtud y arte.

El arte es progresivo, porque partiendo de la criatura tiene por fin á Dios.

El arte es revelado, porque inspirándose en la belleza, refleja los rayos de la Divinidad.

Pero, qué es el arte?

¡El arte es el arte!!

VI.

No tiene definicion; se divide en artes de la vista y artes del oido, siendo estas últimas la poesía y la música.

De ellas, la poesía es llamada arte del oido, como si fuésemos á clasificar, por ejemplo, las obras literarias, por el papel en que se hallasen escritas.

La literatura (nombre más própio que poesía) es arte de la vista lo mismo que del oido, porque se oye y se lée; y aun subdividiéndola en declamacion y escritura, podrán llamarse arte del oido ó de la vista, únicamente por lo que tengan de música ó pintura.

Las primeras palabras fueron sonidos más ó ménos

musicales y fueron geroglíficos las escrituras primeras. No puede llamarse del oido ni de la vista.

Los médios que emplea son puramente convencionales. Nosotros le llamaríamos *arte del pensamiento...*

VII.

Léjos del arte la mezquina idea de la imitacion y de la ilusion, que redujera la pintura al estereóscopo, la escultura á los muñecos de cera y la música al eco de las aves y de las fuentes, no puede negarse que la pintura toma á la naturaleza sus colores, cópia de ella sus imágenes y únicamente desarrolla con su combinacion sus propias creaciones; y como nádie puede formarse idea de una cosa que no ha visto ántes, la pintura, en cuanto á sus imágenes no hace sino recordar.

Igual acontece con la escultura.

Dada pues la unidad del arte, igual debe acontecer con la música, que tomando de la naturaleza los sonidos no hace sino recordar...

Hé aquí el misterio.

Qué es lo que nos recuerda la música?

VIII.

La pintura toma de la naturaleza siete colores; la música siete sonidos.

Si la una nos forma con aquellos una imágen ex-

traña, que no hemos visto, que no recordamos, no la comprenderemos y si la otra con sus siete sonidos nos forma tambien un período extraño no lo comprenderemos tampoco; esto es, no lo recordaremos.

Difícil es explicar nuestra idea; si el arte de la músiea apareciera entre nosotros con los mismos procedimientos y con el alcance de la pintura, la música copiaría como imágenes el canto de las aves, el murmullo de las fuentes, el rujir de las tormentas etc, y con ellas constituiria su creacion, disponiéndolas en combinaciones ingeniosas.

Esto no sucede; luego fuerza es concederle un campo mucho mayor que el de la naturaleza *presente*, si no se ha de echar por tierra el axioma de la unidad del arte.

Ah! sí; la música es un íntimo recuerdo del alma!

Más que mil demostraciones teológicas, mucho más, convence á los incrédulos un solo coro de Palestrina.

IX.

Sostenia un melómano la posibilidad de llevar á cabo la escritura de la música, refiriendo los sonidos á un sistema coordenado con un eje de los tonos y otro de los tiempos.

De esta manera, decia, cada melodia será una curva, cada imágen en su relacion de contornos formará una música determinada, resultando de aquí que cada uno tendrá su *fisonomía musical*, con lo que algunas caras que ahora desechamos como repugnantes tal

vez aparecerian encantadoras, miéntras en el fondo de su gabinete, llenando un papel con un tejido de *ordenadas* y *abcisas* se empeñaba en sacar un wals de sus extrañas facciones....

Otro célebre melómano, hallándose á la muerte, pudo encontrarse aliviado por haber conseguido la armonía de su respiracion con su dolor de costado y hasta coordinar el ritmo de la primera con las requintas de su tós....

Será Wagner otro tercer melómano?

Sus composiciones son esas composiciones estrepitosas que, bien terriblemente silbadas ó calurosamente aplaudidas, nunca se contentaron con la indiferencia.

Wagner no tiene génio, dicen los críticos; son poquísimos los pensamientos bellos esparcidos por sus obras; la complicidad de su instrumentacion llega á hacerse fatigosa y hasta imposible.... y en tanto, el *Tannaüser, Lohengrin, El buque fantasma, Rienzi y Tristan é Iseul* se han hecho de moda y hasta indispensables en todo clásico concierto.

Si Wagner consiguió esto sin tener génio, que será del que lleno de inspiracion siga la parte búena de sus teorías sin exajerarlas?

X.

No hay que juzgar tan á prisa; todo cámbio en el progreso suele empezar por locuras.

La de Wagner es bien digna y bien disculpable.

Considerando el inmenso poder de la música, quiso darle mayor expresion, valiéndose para su intento de las infinitas combinaciones de la armonía, calculada matemáticamente, y con la cual, segun las teorías del primer melómano que hemos citado, pudiera llegar á obtener un precioso y complicado dibujo.

Quiso expresarlo todo; y en verdad que es noble aspiracion del génio querer buscar precision en ese lenguaje hasta ahora vago y confuso, en que mientras unos hallan tristeza, hallan alegría los otros, segun la disposicion en que se encuentre su alma.

Sí; la música es un idioma desconocido, que poco á poco irémos interpretando con ayuda del progreso.

Que nos recuerda algo es indudable. Y, al paso que se nota esta noble aspiracion en la música, la poesía marca una visible tendencia hácia ella, cuando la vaga introduccion del *Diablo Mundo*, que nos trae nuevos materiales para la edificacion del poema moderno, por su misma vaguedad, por su amplitud y por su extraña complicacion, hace el efecto de una *sinfonía*.

Sería, acaso, una quimera, esta soñada union de las hermanas Erato y Euterpe, más íntima que el canto, en la música del porvenir?

Cyrano de Bergerac, hablando de los habitantes de la luna, los divide en dos clases, de las cuales la superior se entiende por médio de la música.

Cyrano de Bergerac, al inventar su fábula, previó sin duda la posibilidad de semejante lenguaje.

A nádie se le ocultará que, en lugar de los sonidos

articulados, tomando á la música como médio convencional de expresion del *arte del pensamiento*, pudiera formarse con las notas un idioma encantador, tal como será á no dudarlo, si es que hablan, el idioma de los ángeles.

XI.

Todos los músicos soñadores desde Pitágoras hasta Wagner, no han hecho sino ver de léjos y expresar por consecuencia mal y prematuramente.

La historia nos asegura, con su verídica franqueza, que no nos debemos reir de estos locos sublimes.

Nuestros mismos melómanos decian tambien verdad, aunque mal dicha.

Nosotros creemos que esa misma armonía del músico, es la armonía que necesitan las líneas y los colores para que un cuadro sea bello, y en cuanto al dolor del cuerpo, producido por una falta de equilibrio en las funciones vitales, claro es que cesará en cuanto se equilibren ó lo que es casi lo mismo, en cuanto se armonicen.

La música es muy moderna.

Hace ménos de ocho siglos no existian ni Mozart, ni Béethoven, ni Stradella, ni siquiera Guido Aretino, que es casi igual que decir que ni existia la música.

En los últimos siglos ha sido su progreso tan rápido y discontínuo que ya toma la apariencia divina de una revelacion.

Por qué, pues, reirse de la música del porvenir?

XII.

Hay optimistas de muchas clases.

Unos lo esperan todo de la industria, otros de la filosofía, otros de las ciencias. Nosotros lo esperamos todo de la música.

Aunque nuestra opinion no era muy favorable á la llamada *música del porvenir* el precioso *septimino* de que nos ocupamos, ha cambiado nuestra opinion, que no tenia otro fundamento que la rutina del vulgo.

Su inspirado compositor destruye con su obra, todas las viejas preocupaciones de todos los que le escuchan, porque ella es un infalible argumento que recojerá la historia, contra los enemigos del progreso, para que la glória de su nombre haga justicia y dé glória á Wagner.

Ya empieza á hacer ruido aquel nombre en la corte impresionable.

Pronto este ruido se convertirá en alboroto, porque este músico sublime es tambien pintor y es tambien poeta, lo cual previsto por su increible modestia, le decidió sin duda á prohibirnos escribir su nombre.

Inútil empeño; todo Madrid lo sabe.

Tambien vá sabiendo ya todo el mundo que no ha habido grande idea que no haya sido rechazada al principio.

¡Siempre la indolencia!

¡Siempre la oposicion de la rutina!

Pero, al fin y al cabo, la humanidad es como las águas que, aunque no sin murmurar, ellas siguen marchando...

CAPÍTULO X.

EL PRIMER PESAR.

Padre mio, si es posible,
aparta de mí este cáliz....
—*Palabras de Jesús*—

Alfredo se hallaba, despues del concierto, dominado por una mortal y sombría tristeza.

Volvia á acordarse de Celeste, de aquel ángel purísimo á quien habia olvidado un momento, para rendir homenaje á una hermosura material.

Si ántes de la noche de su extravío, húbiera medido las débiles fuerzas, que pensaba oponer como resistencia, con las poderosas armas con que la seduccion le haria frente, quizá pensára en una capitulacion honrosa, dado que el amor de Celeste, segun sus repetidas frases, no era exclusivista, ni absorvente ni de egoismo; pero ahora era ya tarde para pensar, porque su alma se envolvia en el confuso aturdimiento del que cree haber faltado á sus deberes.

¿Cómo presentarse sin rubor á los puros ojos de su querida Celeste?

Ah! El estaba seguro de amarla, porque quien ama á Celeste una vez, ya no la olvida nunca; él la ama-

ba más que ántes, mucho más... Pero, y Encarnacion? podría olvidarla tampoco?

En el alma de Alfredo habia pues una lucha titánica en que dos amores, llamados como todos á armonizarse, se querian imponer el uno al otro, y se desconocian los dos.

Celeste llegó á calmarla.

En la oscuridad de su habitacion empezaba á formarse una nube luminosa, como el vapor del fósforo; esta nube se condensaba luego y se encendia más tarde, adquiriendo los perfectos perfiles del ángel de Alfredo, y una ligera atmósfera azulada rodeaba su silueta, combinándose hasta confundirse con las tinieblas de la estancia....

—No llores, Alfredo, le dijo; eleva tu vista serena hasta verte en estos ojos que tanto amas; mira á esta pobre alma que tanto te quiere...

Pero Alfredo no podia mirar; el contraste de su misma dulzura le inspiraba más llanto y más tristeza, hasta que al fin con la inocencia de un niño para con su madre, exclamó:

—Celeste mia, perdóname.

—¡Pobre Alfredo! yo te amo cada vez más, porque cada vez encuentro más bellezas en tu alma inocente; porqué hé de perdonarte cuando no me has ofendido?

—Si; yo te he ofendido; yo te he olvidado un instante por Encarnacion, siendo así que hasta entonces, tú sola ocupabas mi pensamiento.

—No, Alfredo mio; Dios que me ama, ha borrado

ya de tu corazon esas ideas que por un resabio mantiene tu lengua.

—Yo le he dicho que la amaba! ¡Yo le he dado á entender que era la única dueña de mi corazon!

—¡No te importe! tú la amas cómo concluirás por amar á todos...

—Sí, Celeste mia; grácias á tu luz no estoy tan ciego que no lo comprenda; es verdad; yo la amo porque tú me inspiras el amor hácia todos los séres, la amo porque es un alma pura, un alma inteligente y bella.... pero además, tiemblo al decírtelo! la amo tambien como mujer!!!...

—Ya lo comprendia; no te extrañe; es una ley de la naturaleza en que gimes, y tú no haces sino obedecer; y si bajo ese aspecto le has prometido que será la única, estás en lo justo; lo que no es eterno debe reducirse á su menor expresion.

—¡Tus palabras son siempre el bálsamo de mis pesares!

—Dios lo ha querido; exaltado con mi amor espiritual, llegastes á mirar la materia con un altanero desprecio; no era digna de tanto encono, cuando la inteligencia la modela y la anima; Dios lo quiso y ella misma te lo enseñó.

—Luego debo amarla? luego debo aceptar su mano de esposa ante el altar de Dios?

—Sí, Alfredo mio, contestó Celeste; y un suspiro penetrante, desgarrador y tristísimo, que no pudo contener, acompañó á sus palabras formando con ellas un contraste doloroso.

Qué significaba aquella lastimera expresion inesperada? Ocultaria Celeste algun secreto pesar?

No lo sé; en vano en el siguiente diálogo trató de velar su creciente tristeza con una sonrisa de ángel, porque aparecia al embellecer su rostro, como las nubes en el azul diáfano del cielo.

—Porqué lloras,? porqué lloras? gritó entonces su amante, mucho más triste.

—Alfredo, Alfredo mio, modulaba el ángel; ¡ámame siempre! ¡no me olvides!...

—Y lo dudas? puedo acaso olvidar mi única dicha? Solamente por hacerme digno de tí soporto resignado tanto tiempo este mundo de impura materia...

—Ah; qué sublime abnegacion la tuya! ámame, amando á los demás; esto es lo que siempre te he dicho; por eso apruebo tu nuevo amor...

—Pero, y esa tristeza que revela tu divino semblante?

—No; fué una ligera nube; mírame Alfredo, ¡ya me sonrio!...

—Qué hermosa eres; los dos te adoraremos juntos; ella tambien es hermosa, pero á tu lado pareceria fea, aunque es una cópia de tu imágen, aunque ha robado tus facciones, como la pálida luna roba su luz á la luz del dia.

—¡Ah! Ella te ama tambien á tí; te ama muchísimo........

—¡Dios mio! ¡otra vez! nunca te he visto tan triste... qué tienes? porqué lloras?

El ángel procuró entonces nuevamente sonreirse,

pero fué tanto el ímpetu de su misteriosa melancolía, que no lo pudo conseguir, y ocultando su fúlgido rostro entre sus manos de nieve, dió libertad á una llúvia de ardientes lágrimas que se evaporaron en el cielo...

—¡Oh! tú me ocultas algo, exclamaba Alfredo, llorando tambien; mi nuevo amor no te ès indiferente; Celeste mia, si tú me lo ordenas la olvidaré, esa pasion que por ella sentia será tambien tuya; verás cuanto nos querremos entonces; tú serás mi único amor, mi sola aspiracion, mi vida entera...

Pero ya la luz de la aurora, deshacia inclemente la de la hermosa aparicion, la cual se alejaba, envolviendo su primer pesar con una sonrisa divina, que traducida al lenguaje humano del idioma de los ángeles, decia textualmente:

—Qué sublime es el sacrificio! ¡cuánto gozo cuando padezco!...

CAPITULO XI.

LA VISITA.

Y de ella, áun no escuchada, proseguia
Hablando dulce, el murmurar sonoro,
Que un arroyo de perlas parecia,
Sonando al paso sobre guijas de oro.

Campoamor.—El Drama Universal.

Encarnacion no habia querido dormir tampoco aquella noche.

Incorporada en el lecho y al ténue resplandor del esférico cristal de la lámpara, se afanaba en escribir música que, pues no la copiaba de ninguna parte, era sin duda dictada por su misma alma.

Pero bien pronto se durmió, cediendo á su cansancio, mientras el papel caido sobre su pecho se levantaba á compás, velando oscurecido su blanquísima hermosura.

Cuando despertó sobresaltada ya habia amanecido, y entonces observó con disgusto su interrumpido trabajo y el tiempo que perdiera en aquel involuntario sueño.

La desconsolada jóven continuó sin embargo, con nuevo ardor su tarea; la precision con que escribia hacía suponer que copiaba de alguna parte, pero como no tenia delante ningun original, copiaba sin duda de memoria.

Al concluir al fin su escritura, la leyó y la volvió á leer algunas veces, mostrando en su semblante placentero que se encontraba satisfecha de sí misma. Y en verdad que debia estarlo...

¡Mentira parece! Aquel trabajo, que tan pronto llevó á cabo, era una fantasía para piano, arreglada del *septimino* que con el nombre «Celeste» encantó sus oidos, por primera vez, la pasada noche.

Encarnacion habia aprendido de memoria aquella música, como aprendió el niño Mozart el *Miserere* de Allegri.

Una duda le atormentaba en tanto; sin saber como ni en donde, Encarnacion creia haber oido las notas de aquel septimino mucho ántes de la noche aquella, sospecha que, aunque explicaba la facilidad con que llegó á aprenderlas, desechó al punto airada de su imaginacion, por dejar mal parada la originalidad, que se atribuia Alfredo.

Entusiásmada con su precioso robo, se levanto del lecho y corrió al piano.

Las notas se dejaron oir y era tal su fuerza y su poder que, á pocos instantes, se hallaba junto á ella su padre admirado y confuso, sin poderse explicar como su hija habia aprendido tan pronto aquella música difícil, que tanto le impresionó en el concierto.

Más difícil le fué á su hija encantadora hacerle creer que la habia escrito de memoria, que el llevar á cabo esta empresa misma, y le fuera imposible á no existir en su padre la conviccion de que no mentia nunca.

Un abrazo y un beso fueron su prémio; tener una hija como aquella es la felicidad mayor que puede alcanzar un padre.

Algo más tarde, Encarnacion y María hablaban durante el tocado y su conversacion no podia tratar sino de Alfredo.

Hasta entonces no supo Encarnacion que su amante era el mismo jóven que salvó á María.

Esto acabó de entusiasmarla, y su admiracion con tal motivo, dejamos al lector que se la imagine, por no llenar el papel de signos ortográficos.

Encarnacion ya era amiga de Margarita; desde que supo su desgracia, no pudo resistir á la tentacion de partir su dolor con ella, y ahora, al saber que era hermana de Alfredo, su amor supersticioso se explicó la extremada simpatía que la profesaba, formándose el propósito de tenerla en adelante siempre á su lado y de conseguir que su honra le fuera devuelta á los ojos del mundo.

En tanto que hacía estas consideraciones, llegó una doncella á anunciarle que su padre la esperaba en el gabinete del piano.

Por un secreto presentimiento, conoció Encarnacion que no la esperaba solo, aunque, si en aquel instante recibia por primera vez á Alfredo, parecia algo extraño el sitio en que la esperaba.

Cuando entró en él, su semblante mostró con una lisongera sonrisa que no se habia equivocado. Alfredo y el P. Alberto acompañaban á su padre, mientras éste se esforzaba por hacerles comprender que desea-

ba que, salvados todos los trámites del cumplido, le tratáran con la confianza de un antiguo conocido, empezando él mismo por darles ejemplo.

Al ver el enamorado poeta á Encarnacion, fué tal el efecto que su imágen le produjo, que concluyó enteramente de rendirse á sus encantos, borrando en su conciencia la ligera prevencion que todavía le atormentaba.

El padre, en cuanto respondió á los saludos que la tributaban, con áire satisfecho y orgulloso, la mandó al piano, al cual se acercó en seguida la hermosa hija, comprendiendo sus deseos sin darle tiempo para formularlos.

Las palabras cesaron, y un silencio sepulcral fué el resultado de la suspensa atencion que por instinto preparaba tan reducido como inteligente auditorio.

Resonó el piano y Alfredo dió un grito; lo que escuchaba era inverosímil y no dando crédito á sus oidos se acercó al papel para leerlo.

¡Dios mio! ¡*Celeste*! su composicion favorita, el eco más puro de su alma, que apenas salido de ella, veia arreglado para piano y lo oia ejecutar con admirable perfeccion....

Pero dejémosle discurrir con ese lenguaje mudo, que no halla traduccion en la tierra, en tanto que el P. Alberto y el señor de la casa entablaban diálogo...

—Aún no ha desaparecido la intolerancia, le decia este último con referencia al trato que recibiera el primero, del cabildo de Sevilla.

—La intolerancia es todavía peor que el abandono,

le respondia el sacerdote. Muchos incrédulos se harian religiosos, si encontrasen más ámplia acojida.

—Es lo que yo digo: más vale creer en algo, que no creer en nada...

—Y aún sin referirnos á ese doloroso extremo, los puros fundamentos, que constituyen por sí solos nuestra religion, se reducen á algunos principios santos, absolutos, esenciales...

—La intolerancia consiste pues, en querer dogmatizar fuera de éllos.

—La revelacion es de dos clases. La primera superior á nuestro adelanto, pues se halla fuera de la escala de lo relativo, y la otra una série continuada que se desarrolla y crece con el trabajo en el tiempo.

—Esta última es lo que llamamos ciencia.

—Y la primera lo que llamamos revelacion divina, la cual constituye aquellos principios fúndamentales de la religion, á los cuales nos obliga la fé...

—Lo demás es del dominio de la ciencia; en ella no hay más fé que la observacion.

—Por eso se negaron en vano los antípodas; por eso se afirmó, en vano, que el infierno estaba en el centro de la tierra; por eso les engañó la aparente quietud de nuestro suelo...

—Y por eso tuvo que romperse el limitado fanal de la cosmogonía teológica, para enseñarnos astros y soles y sistemas y nebulosas y universos....

Como se vé, hasta aquí marchaban en sus ideas los dos interlocutores con perfecta armonía, viéndose á veces en la precision de apurar las reglas de la corte-

sia, para no interrumpirse y para no robarse los mismos conceptos el uno al otro.

Despues continuaron:

—Yo, caballero, sostenia una hipótesis, no solo muy admisible dentro del catolicismo romano, sino que en mi opinion, venia á apoyarlo y á darle nueva vida; pero la intolerancia cegó á unos pocos, y me condenó la iglesia por ideas que más tarde admitirá sin desdoro suyo.

—La ley de Roma es el *statu quo.*

—Eso es lo que parece sin embargo de ser todo lo contrario; la ley de Roma es el progreso dentro del dogma, dentro de la ley santa.

—Su religion es estacionaria.

—Su religion se enriquece con la ciencia; su religion es cada vez más bella. La palabra divina, como en el Sinaí, resuena en el silencio de nuestra ignorancia; nosotros la acatamos, hé aquí la fé ciega...

—Pero la fé ciega es contraria á la razon.

—La fé ciega es el acatamiento á una razon superior, que en los puntos que comprende, nos hace tan superiores como esa razon misma. Luego, la ciencia la esclarece y cuando por ella nos vemos á su altura, la fé ciega pasa á ser fé científica; el Génesis ha pasado á ser Geología; ya no se niega la salvacion á los que vivieron ignorantes en otras religiones, ya se auna la ciencia con la religion hasta el extremo de acojer en su corte el Vaticano al más ardiente propagador de la pluralidad de mundos habitados... Ro-

ma anda muy despacio con el peso del mundo católico, pero anda.

—Más no me puede V. negar la pequeñez de ese progreso, comparado con el del protestantismo que marca el punto más alto de la civilizacion moderna.

—Semejante religion, debilitada por otra parte con su profusa division en sectas, es cáusa del génio positivista del interés que caracteriza á este siglo.

Reducir el culto á su menor expresion para conceder el mayor tiempo al negocio de la vida, esta es la máxima embozada que distingue en general á los protestantes. En cámbio el culto católico es el culto del arte, esa rama desinteresada de nuestras obras que sirve de contrapeso al materialismo.

—No creo tan identificados el arte y el culto católico.

—Palestrina, Rafael, Miguel Angel, y Bramante; estos cuatro nombres me evitan el sentimiento de contradecirle directamente; la música, la pintura, la escultura y la arquitectura, todas cuatro acojidas por nuestra religion protectora.

—Pero V. me habla de historia; aquellos tiempos pasaron; hoy el génio germánico se sobrepone en todo, absolutamente en todo, al génio latino, marchando á la cabeza del progreso, y el génio germánico es protestante. No es la mejor prueba de esto la música alemana? Oh! el protestantismo no queda atrás en el arte, sin que basten á destruir mi opinion ni esas sublimes catedrales góticas; ha visto V. el *S. Isaac* de San Petersburgo? ha visto V. el *S. Pablo* de Lón-

dres? Allí el arte es libre; su culto es el culto del arte, pero sin embargo, no rinden culto al arte; en una palabra, hacen imágenes pero no las adoran....

—Estoy conforme; la religion verdadera debe no temer, antes bien congratularse, de que otras religiones progresen, porque el progreso es el camino de la verdad. Ya nos encontraremos todos...

En tanto Alfredo encantado admirando á la divina Encarnacion, despues de oir su composicion, arrebatada sin saber como, pasó á escuchar una melodía, compuesta por ella misma, y que era la más pura expresion de sus deseos.

Quién conociera á Encarnacion, quien hubiere oido una vez siquiera su voz de dulzura, no desconocería tampoco á esta tierna hija de su sentimiento, á este dulce suspiro de sus amores.

—Esta melodía no tiene título? exclamaba Alfredo, por el placer de oir unas palabras que ya adivinaba.

—Sí... Alfredo, le contestaba la niña; es un nombre que no he querido escribir en el papel; basta con tenerlo grabado en el corazon...

—El nombre de V. seria su mejor título, porque en ella ha derramado todas las dulzuras de su alma...

—De mi amor, replicó Encarnacion, al tiempo que pasaba una nube purpúrea por el cielo de su rostro.

Las miradas se hablaron entonces, porque el lenguaje de los amantes es ese lenguaje mixto, en que toman tanta parte unos ojos hermosos.

Alfredo continuaba extasiado:

—¡Su amor! cada vez que pienso la manera con

que he sido conducido hasta su amor, le amo á V. más.

—Entonces,... piense V. mucho en eso.

—Si; yo la amo á V. porque Dios lo ha querido...

—¡Dios mio! (¡bendito seas!)

—Ya se lo indiqué anoche; antes de estar bajo su hermosa influencia, procuraba huir de sus encantos; una fuerza oculta no cesó sin embargo, hasta encerrarme para siempre en su cárcel, ¡qué hermosa es!!

—Mas aprecio ese amor, porque vale mil veces más, que el de aquellos que empiezan voluntariamente...

—Pues tambien voluntariamente acaban.

—Si, Alfredo; el amor ha de ser fatal, porqne el amor verdadero es la atraccion irresistible.

—Es verdad; nádie conoce mejor que los enamorados la secreta Providencia que los conduce.

—A mi tambien me pasó lo mismo; las ideas de V. iban penetrando traidoramente en mi alma, y diria como un veneno si sus efectos no hubiesen sido por mi fortuna tan contrarios á los de este.

—¡Oh! la sola consideracion de que pensaba en ellas, llena de gozo mi pasado; cómo premiarle á V. el que fijase su pensamiento en mí?

—Cómo podría premiarle yo? Cuando dos quieren premiarse mútuamente...

—Ya comprendo, Encarnacion; se prémian el uno con el otro; ¡se aman!

Como Alfredo subia gradualmente la voz, al escuchar sus últimas palabras, movió la jóven instintiva-

mente la cabeza hácia el padre, cual un avaro que se cree sorprendido cuando acaricia su tesoro.

No habia oido nada; era vana su sospecha; el anciano caballero hablaba con marcado interés con el sacerdote.

—No tema V. que escuchen, dijo Alfredo; están demasiado embebidos en su discusion filosófica.

—Somos mi padre y yo tan aficionados á esos estudios!

—Es V. aficionada á la filosofía?

—Tiene demasiada relacion con el alma para que no se interese en ella, cuando anhela penetrar su orígen y su porvenir.

—Basta la religion para eso.

—Pero si á la fé ciega puedo añadir el convencimiento racional, no será más grande la fé que resulte? no será más pura la religion filosófica?

—Solo habia puesto la objeccion por el placer de escuchar la respuesta.

—Grácias á la filosofía sé la pobreza de nuestro mundo en comparacion del Universo, todo habitado, todo lleno de vida y de armonía; grácias á ella sé la pequeñez de nuestro ser y lo grande, lo inmenso, lo infinito de nuestro porvenir.

—¡Las mismas ideas mias! El estudio lleva siempre á un fin...

—Por él tambien no solo he sabido que vive mi madre, sino que puede estar á mi lado, que puede hablarme, y... ¡qué puedo tambien oirla!

—¡Dios mio! exclamó entonces Alfredo; *la ha*

hablado V. alguna vez? ha tenido acaso alguna vision?

—Ninguna, respondió la jóven; pero no necesito que me hable para oirla, ni me hace falta verla para creer; me basta con la razon.

Alfredo se quedó aturdido; aquellas creencias sobre el mundo extracorporal que se habian inculcado en su alma con tanto trabajo y tanta duda, á fuerza de ver, á fuerza de escuchar á su querida Celeste y de presenciar tantos y tan bellos fenómenos, apenas comprensibles, aquellas creencias tan puras las habia acojido la hermosa Encarnacion sin ninguna prueba, sin ningun hecho *material*, tan solo porque su razon se lo dictaba.

—Pues sinó ha tenido V. ninguna revelacion, quién le ha enseñado entonces todo eso?

—La razon y los libros.

—¡Lòs libros?

Alfredo que se creia que la enseñanza que habia tomado directamente del cielo era privilegio suyo, se hallaba estupefacto al escuchar á la jóven.

¡Los libros!!... conocia todas las escuelas filosóficas, desde los jónicos y los peripatéticos hasta el moderno materialismo; habia leido á todos los filósofos, y salvo algunas paradojas y vários extravíos, no encontró nunca nada parecido á la filosofía pura que le reveló Celeste. ¡A cuántos sábios les pasa lo mismo!!

Para disipar esta ignorancia, Encarnacion se acercó á un velador, que próximo habia y en el cual se

veian en desórden unos cuántos volúmenes, sacados de su pequeña y elegante biblioteca.

—En cada uno de estos, dijo cogiéndolos al acaso, no encontrará V. quizá lo que desea, pero estudiando su conjunto, uniendo las verdades exparcidas en todos, quizá encuentre la verdad de lo que le he dicho.

Alfredo abrió el primero:

—*La pluralité des mondes habités* por Camile Flanmarion...

—He aquí un libro precioso, exclamó la jóven; bajo el transparente velo de un lenguaje científico y poético á la vez, nos muestra la enseñanza más pura y la doctrina más bella. Es una leccion amarga para el orgullo humano que se condensa en estas palabras: «el que quiera ser humilde que aprenda Astronomía.»

—*La pluralité des existances de l' ame,*... Andrés Pezzani...

—Es el complemento de la anterior; escrita con lógica y sobre el apoyo de las religiones, de los filósofos y de la historia, viene á resolver satisfactoriamente el problema de la justicia divina.

—Esta otra está en inglés,... del célebre Humphri Davy; *The last Days ofa Philosopher... ¡los últimos dias de un filósofo!* — ¡ Ah qué intuicion más maravillosa! En él encontrarán extravagancias, pero las extravagancias solo están en la superficie y la superficie de las cosas es para los nécios.

—*Le Spiritualisme Razionel,* por Love.

—En esa científica obra, el inteligente ingeniero trata de aprovechar las fórmulas mecánicas para los

problemas de la otra vida; lamentando los excesos del método especulativo, cáusa del atraso en las ciencias, apoya sus teorías en la observacion, en una observacion seriária... Yo la aprecio mucho, porque profundizando suspáginas es como me he convencido de que mi madre puede hablarme y guiarme con sus consejos...

Al jóven poeta le admiraban aquellos libros que desconocia y le admiraban mucho más las reflexiones de su ilustrada interlocutora.

Aunque no habia leido ninguno de ellos, sus títulos, su asunto, algunas ideas cojidas al vuelo en una página, todo le revelaba que aquellos sábios fueron inspirados del cielo, como él lo habia sido.

En tanto el P. Alberto y el anciano caballero, siguiendo su filosófica discusion, hablaban del P. Gratry, hallándose los dos conformes al admitir sus ideas.

¡Alguna secreta simpatía unia sin duda todas estas conversaciones!

El P. Alberto tenia razon; ya nos encontraremos todos...

Alfredo miraba entonces ensimismado, esa pequeña novela de Gautier, titulada *Spirite* que condensó su asunto en la aparicion de una muerta, cuyo amor inmaterial le acompañaba por los etéreos espacios más allá de la tumba.

Su admiracion rayaba en delirio; ¡tenia tanta semejanza la hermosa Espírita con la hermosa Celeste!!

Tanto la una como la otra habitaban ese infinito de luz, lleno de chispas brillantes y con inmensas cascadas de soles fundidos...

—*Le lendemain de la mort*, decia despues leyendo más títulos; por Louis Figuier, *La Philosophie de l' Avenir*... ¡*Le livre des Esprits*, por Allan Kardec!!!...

—¡Ah!!...

—¡Cómo! Despues de haber pasado en París la moda de los *esprits frappeurs* se conserva este libro?

—Lo ha leido V. acaso?

—No, nunca; ignoro lo que dice sobre el particular. ¿Qué podrá sacar de las mesas giratorias?

—Lo que Galvani de la rana; lo que de la manzana Newton; lo que Watt de la cafetera, lo que Arquímedes de su baño......

. . . .

. . . .

. . . .

Siguieron revisando los libros del velador; y Alfredo se hallaba completamente abstraido, cuando una mirada de su amante fué á sacarle de aquel embeleso filosófico.

Aquella mirada queria sin duda conducirle á otra conversacion más íntima.

No debemos extrañarlo.

Tambien Abelardo y Eloisa en el monótono curso de su enseñanza, llegaron á un momento, en que se dijeron:

¡Basta de filosofías!

El jóven lo comprendió pero no pudo, antes de hacerla caso resistir á la tentacion de cojer un álbum

que cerca estaba; era un álbum de poesías de Encarnacion y eso era precisamente lo que buscaba Alfredo.

Un instante despues, entusiasmado y con toda su alma puesta en lo que leia, empezó á declamar algunos versos en alta voz:

En sueños decia así:
—El cielo es siempre mi anhelo
Y entretanto desde el cielo
Nadie se acuerda de mí!
A sus amigos de ayer
No guardan los de la glória
Ni un rincon de su memoria?
No; ¡no lo quiero creer!
Y un ángel me respondió
Que yo amaré mientras viva:
—Haces bien, alma cautiva,
No quieras creerlo; nó.
Aunque en tu oscura cabeza
El mundo tendió una gasa,
Fácilmente se traspasa
Con la luz de la pureza.
—Y cómo obtendré tal suerte?
—Siempre aumentando su brillo;
Oye un ejemplo sencillo,
Sacado del mundo inerte:
Oculto en la sombra informe,
Imperceptible un brillante
Una vez se vió delante

De una tosca piedra enorme.
Pero brilló por fortuna
En el azul hemisferio,
Llena de paz y misterio,
La escasa luz de la luna.
Que humilló su vanidad,
Destruyendo su mentira,
Como siempre que se mira
Con la luz de la verdad.
Y en su materia absorbente
Quedó á oscuras y el brillante,
Lleno de virtud radiante,
Formó un punto reluciente.
Y, en tanto que lo cojieron
Y los hombres lo apreciaron,
La piedra en que tropezaron
En un abismo la hundieron...
«No brillará quien no irrádie
Quien se absorbe en su egoismo
Ni se conoce á sí mismo,
Ni le reconoce nádie.»
—¡Sublime y sencilla historia!
—¿No tiene el mundo la culpa
De que tan débil se esculpa
Su memoria en mi memoria?
—¡Bella es tu luz, ser bendito,
Hermoso faro que brillas
En ese mar sin orillas
Que se llama el infinito!!...
—Dios dá luz, é igual se aleja

Extendida en todo el orbe,
Pero una parte la absorbe
Mientras otra la refleja;
Si el cielo es siempre tu anhelo...
—Su guia es mi afan constante!
—¡*Brilla, pues, como el brillante*
Y te veré desde el cielo!!

Al concluir su lectura miró en derredor, como al salir de un sueño.

Encarnacion se hallaba con los ojos fijos en él; su padre y el P. Alberto habian suspendido su discusion y escuchaban absortos.

—Esos versos revelan una sencillez muy pura, exclamó levantándose el entendido discípulo de Alberto Lista ¡quién es el poeta?

—Mi hija, respondió el padre de Encarnacion, señalándola con orgullo, mientras ésta bajaba los ojos.

En cuanto á Alfredo, la habia admirado como profesora de piano, como compositora, como inteligente, como ilustrada, pero ahora la admiraba más, mucho más, como poetisa.

Pero Encarnacion, al despedirse de Alfredo, le decia en contestacion á sus elógios:

—Pues aún me admirará V. más, así lo espero, bajo otro título.

—¡Todavía más! replicó Alfredo asustado; más que como poetisa? Todavía más?

—Sí;... ¡como amante!!

CAPÍTULO XII.

LA BELLEZA IDEAL.

> Essendo carestía e dè buoni giudici e di belle donne, io mi servo di certa idea che mi viene alla mente.
>
> *Rafaèle.*

En las suntuosas galerias del palacio de uno de los primeros títulos de la corte, llamaba la atencion de los inteligentes un cuadro nuevo que, aunque desconocido entre los pintores, era engrandecido por la comparacion, al codêarse con Velazquez, Rubens, Murillo, Lesueur, Poussin y tantos otros.

Las malas lenguas quizás, ese médio mundo que lo único que hace se reduce á criticar lo que hace el otro médio, aseguraban con insistencia que si bello era el cuadro, que si era de valor la obra aquella, más bello y de más valor aun era el tesoro con que pagaba al artista la pródiga mano del viejo aristócrata.

Algunos se empeñaban tambien en que la figura que representaba aquel lienzo, no era sino el retrato de aquel tesoro, infinitamente mejorado por la brillante imaginacion del génio.

Pero nosotros, dejando las murmuraciones del vulgo (que vulgo se halla tambien en los palacios) pasarémos á ocuparnos de la obra en cuestion.

Ya comprenderán los lectores que se trata de la tercera obra maestra de Alfredo.

Bajo el título de la *belleza ideal* (ninguno mejor para el caso) habia intentado retratar las inimitables facciones de su querida Celeste.

Pintar un cuadro del cielo con colores de la tierra; tal fué su temerario propósito; y á fé que le saliera mal si no le hubiera ayudado el cielo mismo en su empresa arriesgada.

Aquel retrato era divino, y en vano la ignorante murmuracion quiso encontrar entre los mortales su inaccesible modelo.

En fondo azul y vestida de transparentes colores, se destacaba la vaporosa imágen de la belleza ideal, cuyo rostro elevado al cielo era el resultado del reflejo de un haz de rayos de su manantial infinito y cuyo cuerpo, como ligera gasa flotaba ondulante, descansando en el iris.

Fuera imposible colocar en armonía más perfecta las caprichosas curvas de los contornos femeniles.

Concedido el progreso de la belleza humana, á través de los siglos, muy bien pudo llamarla Alfredo *la mujer del porvenir*.

Pero comencemos nuestro exámen, procurando analizar el cuadro (mejor dicho, su título) hasta donde alcance nuestra fuerza, bajo el punto de vista estético.

Qué es la belleza ideal?

No ignoramos que á lo absoluto se llega por infinitas séries infinitas que forman la escala de lo relativo.

En estas cuatro palabras se envuelve la Creacion entera, mas concretándonos sólo á la palabra belleza, tercera parte del nombre del Creador, nádie ignora tampoco que á la belleza absoluta, converjen infinitos rayos, infinitos de bellezas relativas, que en nada se parecen los unos á los otros, porque todos eligiegieron distinto camino al dirijirse á un punto al cual no llegarán nunca.

La naciente naturaleza de nuestro globo fecundó el gérmen de aquellos mónstruos informes que nos horrorizan en los museos; sus contornos se fueron luego detallando; más tarde se afinaron y mucho más tarde hizo el hombre su aparicion en la tierra.

Los primeros hombres eran feos, desproporcionados, gigantes, pero luego poco á poco fué el espíritu modelando aquella tosca figura hasta llegar á la presente edad histórica.

No se vé claramente la paulatina série?

La mujer del siglo XIX es más bella que la matrona romana, musculosa y nervuda; y la hermosa Cleopatra fué más bella que la hermosa Eva.

Nádie debe dudar que el mundo marcha, y, sin hacer un agravio á la fuerza Omnipotente, nádie podrá dudar tampoco que marcha hácia adelante.

Sentado este progreso, paulatino pero seguro, el tipo del hombre de ayer fué más feo que el actual, y el de mañana será más bello que el de hoy, porque es una obra de los siglos, que paso á paso irán cincelando su escultura.

De las medallas antiguas se deduce que las mujeres

perdidos en el cáos del pasado y con esta base plantea el problema y despeja la incógnita.

¡Qué incógnita más bella! jamás el velo de lo desconocido pudo teñir su oculto misterio con tan deslumbrantes colores.

Voy á describirla; que hasta aquí dejamos en claro el detallar la imágen de Celeste porque era estrecha la fantasía para acojer tanta grandeza; quizás ahora, en presencia del cuadro de Alfredo, con el papel de fiel traductor ó de humilde copista, logre lo que nunca he logrado; por eso voy á describirla.

Los azules ojos mucho más grandes, efecto de la creciente amplitud de su sentido, la purpúrea boca mucho más pequeña, por la descendente importancia de su uso, la hermosa frente más abultada, más espaciosa, como la de Jesús, como la de la Vírgen, los contornos mucho más acabados, mucho más regulares, más rubios los cabellos, más finos los rizos, más complicadas sus espirales, y su cútis mucho más blanco y transparente.

Pero lo que más hace á un rostro es la expresion que le comunica el alma, que nunca se puede fingir ni imitar, expresion que cuando falta reduce las más puras facciones á una belleza muerta.

Por eso el artista al figurar un rostro, impotente para darle animacion, se vé precisado á ponerlo en correspondencia secreta consigo, para comunicarle la expresion de su alma misma.

Por eso un cuadro toma siempre tanto ó más del autor como del modelo.

Pero como el autor de la presente obra se hallaba á su vez en comunicacion secreta con el modelo, hé aquí porque modo extraño pudo la hermosa Celeste alumbrar su mismo retrato con su expresion misma.

No es extraño, pues, que todos los inteligentes se admiraran y se pasmaran, delante de aquella preciosa alegoría que, escapándose al exámen más severo del arte, mostraba *no se qué* por encima del arte.

Yo tambien me admiro y me pasmo, cuando teniendo presente su pintura encantadora, en vano trato de desarrollar en el papel las impresiones de mi alma.

¡Inútil afan! Ahí está, inmóvil como mis ojos, alegre como mi espíritu, bella como mi ilusion, y pura cual mi esperanza!...

¡Pintura encantadora! Así como el retrato de la amada ausente recuerda dias de placer y de dicha, yo creo haberte visto en otra parte, y tus preciosas facciones me traen á la memoria horas pasadas de un eden perdido.

Por eso vivo tan sólo de los recuerdos y de las ficciones; por eso recojido nuevamente, te ofrezco el amor entero que esparcí en el mundo.

Tú no eres esquiva y orgullosa como ellas; igual sonrisa prodigas á todos; tu inocente postura no se mueve por nádie y, en pasiva contemplacion inerte, guardas todo el calor, toda la vida, todo el movimiento, toda la luz para la expresion de tu rostro.

Por eso te adoro más que á ellas: esos ojos tan grandes nunca han finjido un engaño; esa boca tan pequeña jamás ha modulado una mentira, y si enga-

ño y mentira figuras en la apariencia, prisionera en un lienzo, ya encontraré tu realidad más tarde, que ancho es el campo del infinito.

Una imágen tan bella no puede ser mentira.....

Pero no todos pensaban entonces como pienso yo ahora; una verdadera confusion reinaba entre los más inteligentes críticos que analizaron su cuadro, llegando casi todos á convenir en que Alfredo habia logrado enmendar la plana al Creador.

¡Ruin deduccion de los que no dilatan su círculo más allá de este pobre mundo!

Nosotros en cámbio, mis lectores, dueños como somos de la clave de esta historia, sabemos que lo que hizo Alfredo fué copiar un pensamiento del Creador, simbolizado en la criatura angelical á quien llamamos Celeste.

Nosotros comprendemos en cámbio que aquella hermosura, aunque muy superior, pertenecia á la escala relativa de la belleza de los séres terréstres.

Nosotros conocemos que hay infinitas escalas en la belleza de la forma (¡tantas como mundos!) pero que, separadas en su origen, la comparacion entre dos de ellas es imposible.

Por eso entendemos muy bien que únicamente perteneciendo á nuestra misma escala pudimos llegar á comprenderla.

Todo esto hemos entendido, pero antes de concluir hagamos otro esfuerzo más de imaginacion por describir la belleza ideal.

Sabemós que la armonía del rostro humano se ha-

lla descabalada en la tierra, teniendo sus ojos aquí, su boca allí, sus cabellos ahí y su nariz allá.

Figurémonos pues una belleza femenina; busquemos por todo el globo sus ojos en los ojos más bellos; tomemos su boca de la boca más bonita; vayamos formando de este modo el más puro conjunto, el más armónico tesoro que pueden ofrecer al arte y á la poesía todas las mujeres juntas, sacando así la quinta esencia de sus variables bellezas, condensadas en una sola.

¿Será mentira la hermosura resultante? ¡Ah! eso fuera suponer á la imaginacion del hombre más rica que la Fuerza Creadora!!

¿Qué resultará entonces, si á esta mujer encantadora le quitamos las miserias de la vida? ¿Qué si le suprimimos las pequeñeces orgánicas, las necesidades materiales, las enfermedades y los dolores? ¿Cómo la llamaríamos en ese caso?....

Lo mismo que hemos llamado á este capítulo:

¡La belleza ideal!

CAPÍTULO XIII.

—

EL SACRIFICIO.

Ecco quel fiero instante;
Nice, mia Nice, addio.
Come vivro, ben mio,
Cosi lontan da te?
Pietro Metastasio.

—

Es verdad que en su mejilla
En vez de carmines brilla
Moribunda palidez;
Es verdad que sus miradas
Por instantes apagadas
Ván perdiendo su altivez.
Magariños Cervantes.—Celiar.

—¡Evelina! Evelina mia, porqué lloras? ¿Cuál es ese pesar tan secreto que no me lo comunicas al instante para que llore tambien?

—¡Ah! no, Encarnacion; yo lo ignoro por desgracia; tú eres la que lo sabes y no me lo dices, tú.....

—¡Yo! ¿que yo lo sé y te lo oculto?

—Sí, Encarnacion; tú debes saberlo; el corazon me lo asegura.

—Puedes creerme que no sé la cáusa de tu dolor.

—Pues para que te crea, promete que no me la ocultarás en cuanto la sepas.

—Te lo prometo, Evelina. ¡Dios mio! cuando llena

de alegría, soñé comunicarte mi contento diciéndote que Alfredo me amaba y que me habia declarado su pasion, un dolor desconocido ha venido á turbar mis propósitos.

—Yo me alegro de que seas feliz, querida Encarnacion; esto es todo lo que puedo decirte: ¡tan feliz como yo desgraciada!

—Pero porqué tan desgraciada?

—¡Ay Encarnacion! la otra noche en el concierto padecí muchísimo; pero supe ocultarlo y por eso no lo notastes.....

—No te lo perdono, Evelina; el dolor se hace más llevadero cuando se confia á la amistad.

—¡La tristeza que presentia en Cárlos, se ha apoderado enteramente de su espíritu! ¡No me engañaba! ¡Qué triste es el acertar, algunas veces! Yo no sé lo que le pasa, Encarnacion; es un misterio cuya aclaracion tal vez coincida con mi muerte: lo único que llegó á decirme es que le quieren arrebatar á mi amor..

—¡¡Dios mio!! (¡qué ofuscada estaba!)

—¡Cómo! ¿Sabes ya el motivo de su tristeza?

—Sí, Evelina, ya recuerdo; estaba ofuscada.....

—Dímelo, dímelo por Dios, Encarnacion!

—¡Pobre Evelina! no quieras saberlo.....

—Sí, sí; te lo ruego.....

—No, no me es posible.

—Me lo has prometido, Encarnacion: ¡te lo exijo!

—Pues bien, ¡Dios mio! déjame antes que llore.

—¡Cómo tiemblo, querida mia! lloremos las dos.....

Hubo un momento de silencio, interrumpido por los sollozos.

Despues, Encarnacion dirijió la vista en torno, para convencerse de que nádie las escuchaba, y empezó á contarle á su amiga eu voz baja, la desgracia de Margarita y el motivo del hondo pesar que le agobiaba á Cárlos en su conciencia.

La infortunada Evelina escuchaba, con los ojos fijos en Encarnacion, y una y otra se interrumpian de nuevo con frecuencia para dar desahogo al llanto.

La oscura narracion iba deshaciendo uno á uno los misteriosos colores de su ilusion encantadora; aquella luz que poco á poco habia ido formando en su alma durante toda su vida, un solo momento bastaba para eclipsarla á sus ojos. ¡Qué realidad más horrible se presentaba, en cámbio!

Encarnacion la vió languidecer por instantes á sus palabras; el manantial de sus lágrimas llegó á secarse; la animacion de su vivísimo rostro fué apagándose por grados como una luz sin aceite, dejando caer exánime su mareada cabeza sobre el hombro de su amiga.....

Pero de repente se irguió como por una conmocion voltáica; su mirada volvió á animarse, su semblante volvió á encenderse y su garganta volvió otra vez á modular sonidos.

—Dónde se halla Margarita? gritó; dónde se halla esa víctima inocente? Dímelo, Encarnacion; quiero abrazarla, quiero que sea mi amiga; ¡quiero que me perdone!

—¡Qué buena eres, Evelina! perdonarte!... de qué?

—Sí; su amor es cáusa de que no haya oido Cárlos la voz de su conciencia y yó soy cáusa de su amor; tanto se peca por culpa como por ignorancia.

—No; tú has sido una cómplice inocente.

—No llores más, Encarnacion, ni trates de consolarme; no me vés yá tranquila y serena? Dios que se compàdece de nosotros me dá valor para el sacrificio; necesito hablar á Margarita y luego á Cárlos...

En aquel mismo instante sonó un timbre, cuyo secreto impulso le hizo presentir á Encarnacion que era Margarita la que llamaba.

En efecto, un poco despues se hallaba esta última, con su sencillo y modesto traje negro, entre los brazos de las dos jóvenes aristócratas, á quienes la elevacion y el amor habian hecho perder el orgullo.

Pero Evelina sobre todo, se afanaba en mostrarse cariñosa y amante á aquella desconocida, á quien meses atrás hubiera negado el saludo; despues de contarle la inocente complicidad que se atribuia en su desgracia, despues de haberse disculpado de ella con los mas vivos colores que le prestara su amor; pasó á disculpar á Cárlos, concluyendo por pedir perdon para uno y otro.

Ya sabemos que hacia tiempo, la candorosa víctima no solo habia perdonado á Cárlos, sino que su única venganza se reducia á amarle en secreto y á desearle la felicidad y el amor de otras mujeres.

En cuanto á Evelina, que tambien se hallaba per-

donada, era tan grande su contriccion como horrible la penitencia que á sí misma se habia impuesto!

El timbre volvió á sonar...

Un silencio profundo siguió á su vibracion prolongada.

Esta vez todos adivinaban y presentian al recien llegado.

Era Cárlos.

Margarita y Evelina desenlazaron sus amantes brazos y Encarnacion se separó un corto intérvalo de las nuevas amigas.

Cárlos entró.

Su primera impresion fué efectuar un movimiento retrógrado como para alejarse, pero una nueva fuerza pareció contenerle, haciéndole lanzar una exclamacion, médio ahogada en la gargànta.

Quedó entonces inmóvil, magnetizado, rígido, con los ojos sujetos á la influencia imperiosa del cuàdro que se le presentaba.

Los seres que personificaban los dos extremos de su pasada historia, aquellos dos séres incompatibles, entre los cuales mediaba un abismo de llanto, de dolor y de tristeza, se presentaban á sus ojos, por una aberracion de la vida, por un horrible antagonismo, unidos en amoroso grupo.

Grupo en el cual la inmóvil actitud de la sorpresa, le habia dado á la vez una expresion natural, estudiada y artística; Evelina, pálida como la nieve, más pálida que nunca, con los brazos extendidos y un poco abiertos, parecia en actitud de defender á Mar-

garita que ruborosa y anegada en llanto se escondia detrás de ella, dirigiendo á Cárlos el negro brillo de sus tristes ojos.

Ellos produjeron en él una especie de hipnotismo; le parecia ver en aquel grupo al bello ángel de la Guarda, amparando á su llorosa criatura contra la mirada del crímen que queria acercarse, y como en esta alegoría trazada en su conciencia, no representaba el papel más lisonjero, todo su ser se conmovió y se apoderó de su cuerpo un temblor involuntario, con el que poco á poco, agotadas sus fuerzas, se dejó caer al fin en una butaca, cubriendo con el pañuelo su avergonzado rostro.

Entonces Encarnacion creyó deber tomar parte activa y acercándose á Cárlos, no tuvo el menor reparo en separar el pañuelo de sus ojos y en asirle de un brazo, animándole á que se levantara.

Cárlos procuró serenarse hasta conseguir articular algunas palabras y el diálogo que empezó nó tuvo necesidad de ofrecer muchas aclaraciones, porque ya antes de hablar, se hallaba todo aclarado; aquella leccion muda que acababa de recibir habia sido muy elocuente para su alma.

—¡Mira qué bella es! exclamó Evelina, señalando á Margarita y dirijiéndose á Cárlos. ¡Qué injustamente sufria! ¡Dios mio! tú por haberla olvidado con mi amor y yó por ser la causa de tu olvido, éramos igualmente culpables; ella, sin embargo, nos perdona á los dos...

Cárlos no sabia qué contestar; su mente se hallaba

demasiado turbada para improvisar escusas. Evelina siguió:

—No es verdad que obrabas mal olvidándola por mí? No es verdad que te arrepientes? ¡Ah!, sí; los dos nos arrepentimos; yo para olvidar mi promesa y tú para devolverle la honra á tu esposa... ¡y á tu hijo!

Esta última palabra halló un eco profundo en el corazon paternal de Cárlos, que ocultaba sus ojos otra vez con el pañuelo, avergonzado de sus lágrimas.

Apenas podia hablar, pero en cámbio, bien dejaba traslucir su semblante el arrepentimiento de su alma y el propósito de cumplir con su deber.

—Yo no encuentro palabras, dijo al fin á Margarita, para implorar de V. un perdon que no me merezco; nó; V. no debe perdonarme todavía. La deshonra suya es un sacrificio á los ojos de Dios; yo haré que este sacrificio suyo sea igual á los del mundo, llamándola mi esposa....

—Pero, y Evelina? gritó Margarita llorando.

—Evelina es un ángel, y con esto está dicho todo; Evelina se consideraria muy desgraciada si yo no cumpliese con mi honor.

—¡Oh! nunca; yo seguiré oscura desafiando las apariencias; qué me importa la deshonra del mundo? Es imposible que V. olvide á Evelina...

—No, Margarita; exclamó entonces Evelina; nosotros los que estamos aquí formamos una sociedad distinta de la del mundo. Es verdad que no nos olvidaremos, pero por lo mismo que nuestro amor es eterno, su única voluntad es la voluntad de Dios.

—Dios bien, añadió Encarnacion conmovida; el amor de Evelina es tan puro como su alma.

—Unidos nosotros, continuó Evelina, formaremos un todo armónico; Cárlos y Margarita se amarán como esposos; los demás les amaremos como hermanos; Encarnacion encontró en Alfredo la segunda mitad de su alma, y yo....

—¡Pobre Evelina! y tú te quedas sola?

—No, Encarnacion; ¡eso sería negar la existencia del cielo!!

¡Qué buena se habia vuelto Evelina! ¡Qué inmenso y precioso era el sacrificio, por el cual ella misma se ofrecia ante el ara del amor de Dios, del amor de los amores.

Pálida, encendidos los ojos, rígidos los miembros, con una seriedad que aturdia y con un valor que espantaba, parecia radiar por su expresivo semblante sobrehumano, todo el fuego divino de que se hallaba poseida.

Más bien que mujer semejaba un oráculo y más que niña parecia un ángel.

A sus ojos no asomaba una lágrima siquiera, su boca no dibujaba la más leve sonrisa, no contraia su frente el menor pesar, y es que á la severa actitud de su alma no podian corresponder las expresiones de su rostro ni en elevacion, ni en dignidad, ni en pureza; su débil cuerpo padecia una presion horrible, pero la padecia en silencio.

¡Silencio espantoso! silencio elocuente, incomprensible silencio que aturdia al alma, á pesar de ser si-

lencio, como los gritos aterradores de un torrente que se desborda, como el salto del Niágara.

Despues del pasado diálogo, creyendo Encarnacion que la presencia de Margarita había ya producido todo su efecto, trató de alejarla, con el fin de que los dos antiguos amantes se dieran el último adios.

Este era el deseo de ambos; así es que al verse solos con Encarnacion, lanzaron dos suspiros, que se confundieron por el áire en uno solo...

—Cárlos mio, le dijo Evelina; no me olvides en la ausencia; ahora te amo más que antes y luego te amaré más que ahora. La prueba de lo inmenso de nuestro cariño es el sacrificio que hacemos el uno por el otro.

—Tienes razon Evelina; por tí escucho la voz de mi conciencia, pero lo que siento es que tomes tanta parte en la expiacion de una culpa solo mia.

—No, Cárlos mio; que al amarnos el uno al otro juntamos nuestros goces; ¡justo es partir tambien nuestras penas! No lo sientas; es un deber que nos impone el amor.

—Yo lo sabré cumplir, vida mia., sin olvidarte jamás.

—Nuestro amor no es como en otros el deseo de nuestra union; ya, pues, que esta es imposible, nos seguirémos amando todavía mucho más que antes.... Sin embargo, la ausencia material es precisa; me marcharé á cualquier pais extanjero y una vez en él, quizás entre á ser feliz en un convento de religiosas...

—Y tu madre? le preguntó Encarnacion.

—Mi pobre madre, viuda como se halla, sin más hija que yo, me seguirá á todas partes contenta, porque su felicidad se cumple con estar á mi lado.

—No Evelina, dijo Cárlos, no te vayas; no te separes mucho de mí; ya que no nos hablemos que nos veamos siquiera!

—Ni conviene ni nos hace falta tampoco; las almas no necesitan reducirse tanto para estar juntas. Puesto mi pensamiento en tí, puesto en mí tu pensamiento, nos hablaremos como ahora, nos haremos recíprocas promesas, seguiremos con nuestras esperanzas y continuaremos nuestras citas amorosas, para cumplirlas más tarde en el cielo.

—¡Oh! ¡qué noble es tu alma! exclamó Encarnacion. Yo como amiga, no debo abandonarte; yo te seguiré tambien...

Y la tierna amiga se asemejaba con estas palabras á aquellos primeros santos de la era cristiana que pedían á Dios con fervor el martirio.

—No, Encarnacion, repuso Evelina; tú debes ser feliz porque Dios así lo quiere, porque nada impide tu union con Alfredo.

—Le amaré en la ausencia como le habia amado hasta hace poco, como tú amarás á Cárlos... ¡ah! sí; Evelina, los dos los amaremos juntas y lloraremos á un tiempo; ¡yo no quiero abandonarte!!

Mas, para juzgar del sacrificio que envolvia esta oferta, fuera preciso medir el amor que Encarnacion tenia á Alfredo y este amor era incomensurable...

¡Evelina sin embargo podia muy bien apreciarlo, comparándolo con el suyo!! . . . .

—Nunca he conocido tanto lo débil que es mi alma, gritaba Cárlos llorando, ¡cuánto debes sufrir, Evelina mia! . . . . .

—Te engañas completamente, le contestaba con tranquilidad impasible; no encuentro, aunque quisiera porqué sufrir, que seria impropio de la razon humana, subyugarse á las pasajeras eventualidades de la vida. Porqué lloras? Sospechas que te olvide? No está libre la altura de nuestro amor de los vientos de la inconstancia? . . . . . .

—No puedo, Evelina mia; me ahoga el pesar.

—Reflexiona lo bella que es nuestra determinacion á los ojos de Dios; ¡ah! esta ocasion de servirle te debia poner contento!

—Tambien lloró Jesucristo, querida mia, no lo puedo remediar. . . . .

—Pues bien, querido Cárlos, acortemos este dolor. No me olvides; cuando un pobre llegue á tu puerta á interrumpir con sus lágrimas la paz de tu casa, acuérdate de mi amor y socórrele; cuando un aflijido se acerque á tu lado para molestarte, acuérdate de mi amor y préstale consuelo. . . . .

—¡Qué triste será mi vida sin poderte ver!

—Si me quieres ver, dirije tus ojos al cielo; allí es la pátria de los enamorados. . . . .

—Adios, alma mia; ya no te volveré á ver jamás; adios; acabemos de una vez este minuto tan horrible; vida mia, Evelina mia... ¡adios para siempre!!

—¡La vida es bien corta!! alma de mi alma, Cárlos mio... ¡hasta luego!!

Mientras se decian esta tierna despedida, no vacilaron los dos amantes en unirse en un estrecho abrazo.

¡Era la primera y última vez que Cárlos sentia contra su seno los agitados latidos del ardiente corazon de Evelina!

Estos pocos golpes mortales no cesaron jamás de repetirse en el pecho de Cárlos, que al murmurar su último apagado adios fué retirándose de la estancia, como un ébrio, incierto y vacilante.

Evelina más pálida y más serena que nunca, le siguió con la mirada inmóvil y fija, hasta que su lejana imágen se borró para siempre. . . . .
. . . .

¡Su aspecto cambió! Un grito desgarrador, agudo, fuertísimo y vibrante, dejó escapar entonces de su garganta, como un conjunto de ayes comprimidos, que estallaron en el espacio.

Encarnacion, llena de espanto, volvió la cabeza hácia Evelina, que rijida como un cadáver, proyectó su cuerpo inerte sobre la alfombra, haciendo temblar largo tiempo el piso y los muebles de la habitacion.

Otro grito aun más agudo lanzó Encarnacion al verla caer, y á poco rato todos los habitantes de la casa se encontraron allí.

Entre todos la condujeron á un diván que cerca estaba; por un milagro de la Providencia no habia

sufrido su cuerpo precioso la menor lesion con tan brutal caida.

Sus dos ojos vidriosos vagaban inciertos dentro de sus órbitas, sin tener la menor relacion en sus aislados movimientos.

De sus secos lábios se desprendian palabras incoherentes, tal vez de pensamientos producidos con anterioridad y que ahora desordenaba el delirio.

Encarnacion, sentada á su lado, con una muñeca suya entre sus manos, seguia con extrema atencion todos sus movimientos como si fuera un médico entendido.

Así continuó hasta sentirse asaltada de repente de una inspiracion divina, que hizo que despidiese á todos los que allí se hallaban, incluso un pobre alópata, recien llegado que soñaba recetar sinapismos y aplicar cantáridas. Para las enfermedades del amor está de más el enjambre de galenos que sufre el mundo.

Así lo comprendió Encarnacion por un eflúvio divino y despues de hallarse sola con Evelina, empezó la práctica de su *psiquiatría* abriendo un piano vertical que se encontraba próximo.

Unos cuantos compases anunciaron al viento un ária de la *Sonámbula*, de esa música melódica de Bellini, mitad luz y mitad sombra, que parece el dispertar de los muertos.

Tal efecto causó en Evelina. Conducidas como chispas eléctricas por el hilo que aún ligaba su alma con el cuerpo, las tristes notas fueron atrayéndola insen-

siblemente, hasta hacerla despertar otra vez en el mundo de la materia.

Un poco más tarde, Evelina resignada y Encarnacion contenta, hablaban las dos amigas, unidas en contínuo abrazo, el lenguaje de los besos.

¡Dichosa Evelina! Nosotros te hemos visto, tu alma hermosa sumida en el error y en la ignorancia, nosotros te hemos visto arraigada á la costumbre, viviendo la vida ficticia de la sociedad, nosotros te hemos visto en ella acojer un amor, fluctuando entre el capricho, la vanidad y el deseo, pero nosotros hemos visto en cámbio tu regeneracion divina.

Te hemos visto abrasar en la llama que encendió una chispa lijera, hemos visto disiparse en su luz poco á poco y una á una todas las sombras en que te ocultabas y te hemos visto por fin á tí, pura, radiante, más bella que eras, mejor que has sido, así como debias ser ¡tal como eres!

Por eso te adoro yo en la pálida imágen que de tí presento, por eso al concluir tu aparicion misteriosa presa de un sublime desvario, de esa candorosa locura que hizo tan simpático el tipo de la desventurada Ofelia, te ofrezco el público tributo de mis amores. Que al conocerte he aprendido á reconocer como hermanos mios hasta á los más culpables, porque las culpas y los vicios no están en la esencia divina de las criaturas, porque son tan solo sombras, que la luz del amor desvanece.

Y vosotros, lectores, si acaso habeis notado en este capítulo la precision con que se llevó á efecto tan á

tiempo la entrada y la salida de los personajes, como en estudiada comedia inverosímil, ¿sabeis quizás el único director de escena que ha tenido este sublime drama del alma?

¡La Providencia!!

CAPITULO XIV.

LA DECISION.

> Quando sarà che d' Eleonora mia
> Possa godermi in libertade amore?
> Ah! pietoso il destin tanto mi dia!
> Addio, cetra; addio, lauri; addio, rossore!
>
> *Torquato Tasso.*

En tanto Alfredo, turbado de amorosa indecision, pasaba las noches hablando con su purísima Celeste, que cada vez se mostraba más cariñosa, más amable y al mismo tiempo más triste.

Seria acaso que la sombra de los celos llega hasta la más elevada esfera de los puros amores?

Quizá se engañaba á sí misma en su candorosa inocencia, creyendo que su amor era más puro que el de una madre?

Sin adelantarnos con afirmaciones aventuradas, únicamente diremos que sea lo que fuere, aquel ángel encantador se hallaba cada vez más melancólico, cada vez más pensativo y cada vez más triste.

Juzgando Alfredo que el motivo de su tristeza era el amor que empezaba á profesar á Encarnacion, le hacía votos de no volverla á ver jamás, los cuales desaprobaba Celeste, animándole á que cuanto antes pidiera la mano de aquella jóven.

—Pues entonces cual es el motivo de tu tristeza? le preguntaba Alfredo algo impaciente.

—Pronto lo sabrás, le contestó Celeste con su habitual dulzura, y una sonrisa angelical hacía desaparecer de su rostro la tristeza, que tan mala impresion le causara.

Alfredo se quedaba otra vez pensativo. Como el egoismo no existe en los ángeles, aquel dolor que le agobiada debia ser sin duda alguna un dolor ageno, traido hasta ella por la simpatía que es el hilo conductor de los corazones.

Entonces se acordaba (si hay necesidad de acordarse para una cosa que siempre se tiene presente) de la desgrácia de su hermana, aún desconócida, aún deshonrada.

Ella era para su alma un contínuo y crónico pesar; nada extraño; pues, que fuese tambien la cáusa del pesar de la amada de su corazon.

—Tienen fundamento mis sospechas? le preguntaba.

—No, Alfredo mio, le respondia; tu hermana siempre ha sido honrada; porqué llorar, pues, su deshonra?

—Es honrada, pero la sociedad la desprecia...

—Ni aún eso puede causarnos afliccion. Dentro de muy poco, Margarita tendrá esposo y su hijo padre, á los ojos del mundo, casándose con Cárlos....

Semejante profética revelacion (Alfredo no sabia lo ocurrido) le llenó de consuelo benéfico porque él tenia por infalibles las palabras de aquel ángel.

Pero su misteriosa duda seguia en pié.

Porqué se entristecia Celeste?

Alfredo sentia aumentar en su alma su amor hácia ella de una manera prodigiosa y contínua, porque el amor al infinito no concluye de aumentar nunca, al par que por sus venas se extendia un suave calor desconocido hasta éntonces, que se agolpaba al corazon acelerando sus latidos, y que haciéndole suspirar con frecuencia, le presentaba la terrena imágen de Encarnacion.

El ofuscado jóven sabia, mas bien por lo que habia oido á Celeste que por lo que sentia, que sus dos amores eran distintos y que por consiguiente podian simultanear en su alma.

Además, comprendia muy bien que renunciar al matrimonio si habia de seguir viviendo, era renunciar á una de las fases de la vida, era faltar pues á esa misteriosa consigna que traemos al nacer, de no sé donde.

Estos pensamientos los aprobaba Celeste, ó eran quizás inspirados por ella misma, siquiera fuese con el precioso lenguaje de la abnegacion.

El caso fué que despues de muchas vacilaciones, Alfredo se decidió al fin á pedir la mano de Encarnacion y hacerla cuanto ántes su esposa.

Algo más tarde, le esperaba una berlina á la puerta y bajaba, poniéndose los guantes, cuando apareció Cárlos que iba á verle.

Un abrazo estrecho les sirvió de saludo y unidos con él entraron en la habitacion de la cual habia salido Alfredo en aquel momento.

La berlina esperó aún media hora.

El objeto que guiaba á Cárlos, despues de las pasadas escenas, se reducía á notificárselas, haciéndole ver su propósito de volver á Margarita la honra robada, y pidiéndole perdon por la ceguedad que le habia turbado hasta entonces.

Cansados ya de trasladar al papel exclamaciones, omitimos el diálogo, manifestando tan solo que por él supo Alfredo que Evelina, bastante delicada desde su desmayo, se habia ausentado precipitadamente de Madrid, por órden de los médicos.

Por último Alfredo y Cárlos subieron á la berlina, que tomó el camino de la casa de Encarnacion.

Al llegar á ella, el padre les recibió aún más galante que los otros dias.,.. (¡Lo sabia todo!)

Habiendo tenido que tomar parte activa cuando Evelina se desmayó en su casa, fué informado, relativamente á Cárlos, Margarita, Evelina y Alfredo, de lo pasado, de lo presente, y aún de esa parte de lo porvenir que dejan vislumbrar las conjeturas.

—Hé aquí un asunto para una novela, se decia, reflexionando sobre tanta abnegacion y sobre tanto sacrificio.

Su hija le presentaba con vivos colores los multiplicados talentos de Alfredo, haciéndole ver, al mismo tiempo, que era un dechado de virtudes.

Este elógio, algo interesado, le halagaba al padre mucho, porque además de hallarse conforme con él, le hacía adivinar, con esa perspicacia con que los padres léen en el alma de sus hijos, la parte

que Encarnacion callaba, teñidas de púrpura las mejillas.

Por eso recibia con tan amable solicitud á los recien llegados.

Su hija, vestida con ese primoroso descuido, en que tanto cuidado es preciso poner, estaba, si cabe, más encantadora, y es que la ausencia de los falsos adornos es lo que más realza á las hermosuras naturales, y es que el agradar sin el auxilio del tocador es un privilegio concedido por Dios á las mujeres rúbias.

Ella, con la voz de dulzura que destilaban sus purísimos lábios, con ese raudal fluido de notas argentinas que calmara los más horribles dolores, se esforzaba en dar valor á Cárlos, para consumar el sacrificio.

¡Margarita le amaba! absurdo incomprensible que no podia creer, á pesar de escucharlo de aquella misma voz melodiosa.

—Es posible? decía; permítame V. que dude de sus palabras, ya que le sobran motivos para odiarme.

—Le amaba en secreto, replicaba Encarnacion; nunca le ha odiado á V.; mucho ménos ahora que se sacrifica por ella, mucho ménos ahora, que le ama con delirio...

Cárlos creia que soñaba porque lo que oia le parecia aún muy absurdo.

Pero un absurdo que halaga y que seduce, poco á poco vá entrando en la razon y pareciendo ménos absurdo.

—¡Pobre hermana mia! exclamaba á su vez Alfredo; ¡Cuanto ha sufrido por mi cáusa!

—La ignorancia, dijo el padre, produce los más grandes dolores.

—Los mios han sido terribles, siendo el mayor de todos no encontrar al querer quejarme la más ligera disculpa.

—Ahora concluirá su expiacion; no la ha visto V. todavía?

—Es un castigo que voluntariamente me impuse, y puesto que tambien le tocaba este castigo á mi inocente hermana, me hubiera levantado muchas veces esta penitencia, si la vergüenza no me obligara á seguirla. ¡Qué bella debe estar!

—¿Quiere V. verla?

—Prometí no verla hasta devolverle su honra; antes hubiera acudido al desafío, pero mis ideas cambiaron y únicamente lo supliqué...

—¡Estaba ciego! gritó Cárlos ocultando dos lágrimas.

—Pues bien, ahora cumple V. su promesa, continuó el padre; al traerle á Cárlos queda devuelta su honra. ¡Vá V. á abrazar á su hermana!!

Alfredo no pudo murmurar ni una objeccion siquiera, porque cualquier escusa se la borraba el deseo.

El padre hizo una ligera indicacion á su hija y esta, que ya la esperaba, corrió en busca de Margarita.

Al punto volvió con ella; Encarnacion la habia adornado con femenil malicia; apurando la belleza de unas trenzas de ébano y de unos rizados tirabuzo-

nes, habia sacado en un peinado prodigioso, todo el partido posible de su cabello ondulante.

Su hermosa cabeza sobre un ligero escote triangular, resaltaba de su cuerpo como las de esas figuras pintadas en los abanicos, con sobrepuesta cabeza de marfil.

Sin embargo, sus ojos rasgados, sus ojos inmensos, sus ojos negros, brillaban entre todas sus grácias, y debieran constituir el punto capital de nuestra enumeracion.... Pero... ¡como describir sus ojos?

Al verla Alfredo creyó recordar á su madre en los principales rasgos de su fisonomía.

Hubo un momento de emocion. Los dos hermanos se abrazaron; Alfredo pidió perdon de rodillas y luego le presentó á Cárlos.....

Despues siguió el silencio, porque las grandes emociones suelen confundirse á veces en el exterior con las grandes indiferencias.

Cárlos la miraba atónito.

¡Aquellos ojos enlutados se hallaban en tanta armonía con sus dolores!

Los ojos negros tienen un suave narcótico que adormece los recuerdos; su poder como anhestésico se iba infiltrando en su alma, envuelto en sus miradas tristes con el impalpable vapor de las lágrimas.

La hermosura de Margarita era la hermosura de la tristeza, era la medrosa luz de la luna penetrando indecisa en un mundo de sombras.

Entre el dolor y el placer hay una misteriosa pe-

numbra melancólica más bella que el placer aún y más triste que el dolor todavía.

Con ella se alumbraba el rostro de nuestra jóven.

—¡Basta de emociones! gritó por fin el padre enjugándose una lágrima; tratemos del casamiento.

—Tratemos del casamiento, respondió Cárlos, nada contrariado por el giro que iba á tomar la conversacion; yo deseo que se efectúe cuanto antes.

—Pues bien; hay que poner un plazo: es necesario tambien que se efectúe en secreto. Dentro de un més se colmarán nuestros deseos; ¿convenimos?

Cárlos y Margarita dijeron que sí; pero en cámbio Alfredo y Encarnacion no pudieron reprimir un signo negativo y de disgusto, que pareció causar estrañeza en el anciano.

El P. Alberto, cuya entrada no anunciamos por no interrumpir el hilo de la narracion, tomó por de pronto el partido prudente de callarse, aunque fué bien breve su silencio.

—Pero por qué razon, continuó el padre, no se contentan todavía?

—¡Porque quieren tambien ser esposos! exclamó el P. Alberto por fin, atreviéndose á atacar la cuestion de frente.

Poco le sorprendió al padre tal desenlace, porque lo esperaba.

Informado ya de los antecedentes de Alfredo como de la nobleza de su ilustre familia, nada habia que deshiciese la igualdad de aquella union, que tanto se realzaba por el uno como por la otra.

—Caballero, exclamó Alfredo; el P. Alberto ha dicho la verdad. Las infinitas grácias que adornan á su hermosa hija, hablando en mi lugar, me evitan el inacabable trabajo de contarle el amor que por ella he sentido.

—Es un honor inmerecido que yo no tengo con qué premiar,...,

—Encarnacion es el prémio á que aspiro.

—Alfredo, le ofrezco á V. su mano con verdadero orgullo; si como amigo honraba usted mi casa, como esposo de Encarnacion llenará V. de glória á mi familia.

—Grácias, Alfredo, murmuró la jóven á su oido; yo soy indigna de tanta ventura.

Despues, continuaron formando proyectos sobre el mismo tema, y tomando las medidas convenientes, para que el doble enlace se efectuara muy pronto, determinando en conclusion llevarlo á cabo sin aparato alguno, en una hermosa quinta que á pocas léguas de Madrid, bañaba el Jarama, encargando al P. Alberto de la parte religiosa.

—Hoy es un dia muy grande para nosotros, les dijo el padre; no permitiré, pues, que ninguno se vaya, para pasarlo juntos.

Así fué: el aya de Encarnacion se encargó de disponer una mesa explèndidamente servida.

Hubo antes un pequeño concierto, en el cual la dichosa amante de Alfredo repitió la celebrada composicion de este con una delicadeza encantadora.

Durante la comida, una armonía perfecta unió á

todos, pero no sucedió lo mismo con la animacion; en médio de aquellas almas satisfechas vagaba un tinte misterioso de sombrío pesar.

Al dirijirse uno á otro cualquiera que fuese, sentia un vacío entre los dos.....

¡Faltaba Evelina!....

Así pasó el dia aquel, hasta que lo avanzado de la noche hizo retirar á cada uno á su casa; el P. Alberto y Alfredo subieron en la berlina de este, recordando la coincidencia de que el dia señalado para su boda, era el primer aniversario de su conato de suicidio y de la aparicion de Celeste.

¡Quién le diria cuando acariciaba un rewolver, que en la misma noche del año siguiente, habia de acariciar por primera vez á su esposa!!

Este recuerdo le hizo temblar, y temblando entró en su solitaria habitacion, hasta que vino á calmarle la pura sonrisa de Celeste.

Alfredo bajó á su vista avergonzado los ojos; porque se hallaba pensando en Encarnacion, y el más puro pensamiento terrenal es impuro á los ojos de un ángel.

Su dulcísima voz le animó y le hizo tomar aliento. Miró, y le pareció más bella que antes, y el recuerdo de Encarnacion se le ànimó entonces para humillarse ante tan resplandeciente hermosura.

Una ligera contrariedad cruzó súbita por su mente; un pensamiento que ni formuló siquiera, porque le daba miedo: se admiraba de haber querido por esposa á una criatura tan fea!!

Y este inícuo pensamiento lo trasladamos tan solo, para establecer una comparacion, cuyo último término no alcanzamos. ¿Seria bella Celeste?....

Pero su dolor aumentaba; las lágrimas se escapaban traidoras rodando por las diáfanas mejillas. La duda seguia en pié:

¿Por qué estaba tan triste?

Decididamente, la sombra de los celos llega hasta la más elevada esfera de los puros amores!

CAPITULO XV.

EL SECRETO.

Por un beso que me diera,
Magüer que el beso quemava.....

Romance del siglo XIV.

En la soledad me he encontrado
conmigo, y *yo* era *tú*.

J. de H.

Pasó un mes; hora tras hora, dia tras dia en sucesion perezosa, nunca se habia hecho tan pesada la blanca luna, al volver por su contínuo círculo.

Encarnacion habia seguido con sus hermosos ojos al astro de la noche en su eterna carrera y un no se qué, tenaz y persistente traia el rubor á su rostro, al pensar que cuando volviera no la encontraria ya tan solitaria.

Y el velo de carmin anublaba sus ojos y dejaba de ver á aquel astro, que habiendo inspirado á los gentiles la más casta de las diosas, le hacen ser los amantes el confidente y medianero de sus secretos más íntimos.

Al ver pasar las horas, las empujaba y las retenia con turbada indecision; su alma en apacible éxtasis se daba por satisfecha y queria pararlas, en tanto que

los precipitados latidos de su corazon parecian incitar al péndulo, á que oscilase más á prisa.

El que acaricia esperanzas quiere dormir más de lo ordinario, porque durmiendo se sueña y marcha más rápido el tiempo, pero cómo dormir, cómo descansar un rato el que acaricia esperanzas?

Fuerza es levantarse del lecho donde el alma se abrasa, y separando el damasco de las cortinas, abrir el balcon en busca de más áire para respirar; y contemplar á la variable luna, cuya apariencia veleidosa es quizás la que rije la suerte de los amantes terrenales.

Y los encantos de la primavera solo se aprecian desde ese período de nuestra vida, en que el alma siente abrirse una á una las florecillas de su esperanza.

Contraste de colores, armonía de sonidos, gradacion de aromas, tranquilidad apacible, céfiros suaves, todo en fin habla á la fantasía un lenguaje que tan solo entiende el ser enamorado, con su contraste de ilusiones, armonía de deseos y gradacion de esperanzas.

Para un alma desgraciada la primavera no existe.

Y es, que esa belleza con que los poetas la adornan mas bien que en las flores, las áuras y las aves está en el alma de quien la siente.

Pasó un mes; las áuras primaverales reanimaban de nuevo las flores para saturar con sus aromas el ambiente.

Pasó un mes y nunca pasó tan despacio.

Encarnacion y su padre vivian ya en la posesion vastísima, que tenian cerca de Madrid; en su compañía se hallaban tambien María, cuyo marido habia sido empleado en la casa, y Margarita con su niño.

Cárlos, el P. Alberto y Alfredo eran los que faltaban por reunirse, para formar una pequeña sociedad, bien distinta de la del mundo.

Ya se sabia por todas partes la noticia de los casamientos; ya los revisteros se disponian á anunciar la boda, dándoles los respectivos nombres de distinguido publicista, inspirado poeta, artista de mérito, compositor afamado y de bellísima, simpática y encantadora á Alfredo y á Encarnacion y los de noble y acaudalado al padre, todos bien puestos por casualidad esta vez, cuando amaneció el dia señalado con un sol brillante y deslumbrador y un ambiente diáfano y puro, un dia en fin de los mejores del florido mes de Mayo.

Un coche les esperaba á los tres restantes en la puerta de la casa de Alfredo.

Antes de salir de la suya, un criado le entregaba á Cárlos unas tres cartas, de las cuales abriendo la primera leyó algunos equívocos que con motivo de su enlace le dirijia un amigo suyo y, como la segunda era del mismo estilo, rompió las dos, y se marchó indignado de esos amigos fátuos que no respetan las cosas más sagradas.

El mismo criado corrió en seguida tras él para darle la carta que se dejaba olvidada, la cual pudo librarse de la última pena, pasando al calabozo de su bolsillo.

Cárlos se agregó á su futuro cuñado y al sacerdote y algunas horas más tarde se hallaban los tres en la quinta, donde les esperaban los otros.

El padre de Encarnacion que se habia hecho muy amigo del P. Alberto, tenia decidido con este el marcharse los dos al estranjero, tomando el tren que próximo pasaba, poco despues de acabada la ceremonia de los casamientos.

Esta empezó cuando era ya de noche.

La gótica capilla de la quinta se hallaba vestida con sencillos y ligeros adornos; unas cuantas velas lucian en el altar, alumbrando con su ténue fulgor una Concepcion de mármol, única imágen del pequeño templo.

Todo se hallaba dispuesto; ni una persona extraña tuvo que intervenir; los testigos se buscaron entre la servidumbre.

Cárlos y Margarita aparecieron delante.

Era el primer momento dichoso de la vida de esta última, que devoraba á Cárlos con sus miradas; este, en tanto, se dejaba adormecer bajo la influencia de sus negros ojos y ambos se presentaban confusos ante el áltar.

El sacerdote leyó en un libro; las manos de Cárlos y de Margarita, temblaban con nervioso estremecimiento, apretándose cada vez más, hasta que el ministro del Señor las unió con su bendicion en lazo indisoluble.

Alfredo y Encarnacion adelantaron entonces. La ruborosa doncella lloraba.

Pero nada es de extrañar el llanto de la nóvia en

semejante ocasion, porque es bien frecuente este grito de despedida á su pureza, y esta expansion de la incertidumbre al pisar el umbral de la nueva vida.

En tanto, con un movimiento súbito, dejó caer Cárlos el brazo que sostenia á su esposa, para fijar sus aturdidos ojos en el ángulo más oscuro de la capilla... ¡Dios mio! sería una ilusion? Creia haber visto cruzar de una puerta á otra á su querida Evelina, vestida con blancas gasas y coronada de flores.

Ella le habia dirigido al pasar una de aquellas miradas dulcísimas, en que tantas veces se había adormecido, señalando despues al cielo con los ojos y perdiéndose instantáneamente en el seno de las sombras.

Margarita notó la turbacion de su esposo, pero al punto volvió este á ofrecerle su brazo y ambos salieron de la capilla á respirar el áire puro, mientras Encarnacion y Alfredo recibian la bendicion del sacerdote.

Una vez concluida la ceremonia, como era ya tarde, el padre de Encarnacion abrazó á sus nuevos parientes y dando un beso en la frente á su hija entró acompañado del P. Alberto en el coche, con los ojos húmedos de llanto.

Las parejas se separaron.

Ensimismado Cárlos con lo que creia haber visto, se acordó entonces de la carta que guardaba sin abrir, y rompiendo el sobre con un ligero temblor, se la leyó á su esposa; decia así:

«Me muero, Cárlos mio. No sé si entenderás estas letras escritas con el temblor de la agonía.»

«Dios me concede el favor de abandonar este mundo, donde ya no hacia falta, para seguir amándote con más fuerza desde el mundo impalpable de los espíritus.»

«Siento un consuelo dulcísimo al escribirte al morir, Cárlos mio; tú has formado la página más preciosa de mi existencia y por eso te dedico á tí mi suspiro último.»

«Adios, vida mia; quizás llegue yo á tí antes que la carta: ama mucho á tu esposa y no olvidaros los dos del alma enamorada de vuestra

Evelina.»

. . . .

En tanto Alfredo, sosteniendo en su brazo el ligero peso de Encarnacion, se perdia lleno de gozo por las sinuosas calles del extenso jardin.

La luna que hacia un año se ocultaba entre nubes horrorizada, al ver á Alfredo, ahora se escondia en cámbio envidiosa de tanta dicha.

Aquella mujer sublime se hallaba fuera de sí; el ambiente oloroso que forma la armonía de los aromas que sacuden las flores mecidas por el áura; el silencio aparente que, en la ausencia de los sonidos materiales, deja escuchar una música suave y dulcísima; la oscuridad inmensa, orlada de la luz de la luna, como el fondo de un cuadro que espera recibir los fulgentes colores de su inspiracion creadora, todo la exaltaba y contribuia á aumentar su entusiasmo.

Para elevarse Alfredo tambien, no tenia más que mirar á su mirada; en ella brillaba la inteligencia que

escala lo bello, que alcanza lo grande y que llega hasta lo sublime.

Y así, de creacion en creacion, subian las dos almas, fatigadas de su ráudo vuelo, pero como el peso del entusiasmo gravita sobre nuestras cabezas, como gravita una estátua sobre su pedestal, Encarnacion dejó caer su agobiado cuerpo en un asiento rústico y el de su amante cayó á su lado.

Uno á uno desplegaban ante sí, en agitada fantasmagoría, todos los recuerdos que apiñara su vida al calor de su memoria; ya llegaba su tranquila adolescencia, ya aparecia su infancia venturosa, y ya, en fin, se confundia y mareaba en recuerdos sin fecha y en ideas sin nombre; recuerdos confusos, vagos, inciertos; ideas extrañas, aisladas é incomprensibles.

Su vista se extendia más allá de los recuerdos y su pensamiento ondeaba hasta donde se pierde y se dilata la luz difusa de la inteligencia. Entonces estrechaba el brazo de su jóven amante, aniquilada y temblorosa, ante la extension del infinito.

—Alfredo, esposo mio, le decia; quiero contarte á tí, ahora que hemos confundido por entero nuestras existencias, un sueño que anoche impresionó no sé por qué, toda mi alma. Quiero que tú aclares mis dudas.....

—Habla, esposa mia; yo tengo tambien mucho que contarte.

—No sé donde me hallaba, Alfredo mio; ni por qué misteriosa rareza todo lo veia y lo alcanzaba, sin poder únicamente verme á mí misma. Figúrate tú unos

ojos sin cuerpo; luego una vista sin ojos..... ¡una abstraccion así era yo! Ante mí se extendia un caprichoso paisaje iluminado con un fulgor doble, mitad rojo y mitad azul. ¿Has visto tú los complicados dibujos que presenta al girar un kaleidóscopo? Multitud de simetrías entrelazadas y confundidas, armonías raras y de extrema complicacion, como la música de Wagner, bellezas difusas y deslumbrantes, como la luz del sol vista á través de un cristal tallado con infinitas facetas.

Séres que no comprendia apénas, se presentaron á mí; yo creí sin embargo, conocerlos; me parecieron bellísimos, pero... (¡lo que son los sueños!) si recordara ahora su forma me harian reir!....

—Sueño bien extraño, por cierto; aquellos séres te hablarian, sin duda alguna.....

—Ay, Alfredo mio; su voz era la música más ideal que he soñado oir! Ella ha dejado un sello indeleble en mi organismo, que me sirve ahora para recordarlo todo.

¡Me hablaron! Un acento solo, al parecer unísono, (la unidad es el foco de la armonía,) se extendió por el espacio en etéreas ondulaciones, como en la superficie de un lago azul, semejante á un coro de serafines. Lo traduciré en pocas palabras por no alterar su pureza mucho:

«Se fué una,» decian, «pero volverán cinco. ¡Dios mio! Cárlos se retrasa..... recemos por Cárlos!»

Estas ligeras frases hallaron un eco dulcísimo en el corazon de Alfredo; la inocente expresion de su

amada, mientras le contaba tan extrañas aventuras concluyó de enagenarle.

Entonces quiso hablarle á su vez de Celeste, del secreto de su existencia, pero apenas le dejó la emocion modular algunas sílabas incoherentes.

—¿Quieres saber ahora mi secreto? siguió diciendo su esposa. Mucho antes de conocerte, yo te conocia; perdóname esta contradiccion si no la comprendes, porque yo tampoco la comprendo.

Ménos te sabré decir por qué razon simbolizaba mi amor en un *pensamiento*, en una flor artificial que yo misma hice, hasta el extremo de creer que exalaba aroma y con el afan de conocerte para regalártelo.

Esta idea me adormeció un dia; soñé entonces contigo y al despertar, mi pensamiento, el confidente único de mis amores, la sola realidad de mis quimeras, habia desaparecido.....

Pero en su lugar, ¡hermoso cámbio! algunas noches despues me encontré en mi mano, al despertar, este anillo de brillantes.....

Y mostrando á su esposo aquel mismo anillo que regaló á Celeste, su esposo le mostraba en tanto la misma flor que perdiera durante un sueño.

El mismo aroma incomprensible de la primera vez, volvió á inundar el espacio que les rodeaba, exaltando tanto el amor de Alfredo hácia su esposa, que sin reflexionar la estrechó en un nervioso abrazo, estampando un beso expontáneo en su rostro.

El fuego de sus lábios encendió sus mejillas y un movimiento involuntario de respeto le separó de En-

carnacion, que como una delicada sensitiva empezó á languidecer con incierta tristeza.

Pero al mismo tiempo que se entristecia, sus formas se veian más etéreas, sus contornos se hacian más puros, el brillo de sus lágrimas se comunicaba á todo el cuerpo y llegaba á no verse opaco ni el más escondido pliegue de su traje.

Un ligero vapor la envolvia como en un velo.

Y el brillo aumentaba, la belleza crecia. y el encanto se hacia cada vez más grande, hasta que por fin, aquella transformacion misteriosa llegó á saturarse de luz.....

Ya no era la luna la que adornaba el cielo con apagados colores; ya no era la luna la que plateaba las cercanas fuentes y salpicaba de blanca luz las hojas de los árboles; ya no era la luna..... ¡¡Era Celeste!!

—¿Comprendes ahora mi tristeza? le dijo el ángel.

Atónito la miraba Alfredo, acordándose de la transfiguracion de Jesús en el monte Thabor, cuando apagándose la luz de un soplo, se encontró otra vez en su lugar la terrena imágen de Encarnacion, que le sonreia.

—¿Qué es esto? ¿cómo se explica? gritó entonces.

—No sé, Alfredo mio, respondió Encarnacion. Creo que estoy triste cuando comprendo que nuestra union espiritual se materializa para depurarse en el trabajo, y creo que estoy alegre cuando no comprendo nada.....

Los golpes de luz y sombra se hacian tan contí-

ñuos, que el enamorado jóven no sabia ya con quien hablaba.

Cuando lloraba era Celeste; cuando sonreia era Encarnacion.

¿Cómo explicarlo?

Alfredo lo comprendió al fin todo.

Celeste, durante el sueño, se desprendia del cuerpo de la jóven para visitar á Alfredo, hasta que al despertar le atraia otra vez aquel cuerpo y se levantaba Encarnacion.

Ved aquí el misterioso sello de Salomon, formado de dos triángulos iguales simétricamente invertidos, representando las dos vidas, celestial y terrestre.

Dormida era Encarnacion y despierta era Celeste, mirada desde el cielo.

Dormida era Celeste y despierta era Encarnacion, mirada desde la tierra.

Encarnacion era Celeste y Celeste era Encarnacion.....

¡Ah! no lo habíais adivinado?

Aquella hermosa criatura era una encarnacion celeste!!!

EPÍLOGO.

¡Pobre ruiseñor
Que muere de amor!!
José Selgas.

El sol alumbraba tristemente, y era que, á través de los espesos árboles, solo contados rayos se escapaban.

El sol en occidente, el melancólico sol de los muertos, rodeado de tintas crepusculares, iba á morir tambien.

El sáuce lloron en sus lácias ramas mecia con el áura el solo pajarillo que, desafiando las sombras, se atreve á llenar con sus trinos el silencio de la noche.

Era un tierno ruiseñor que, sin placer ni esperanza, cantaba las lastimeras dulzuras del *amor imposible.*

Era una pobre ave que, en su idioma ininteligible, se afanaba en contar sin duda con más calor la muerte de una doncella, cada vez que no le entendian; y era tanta la armonía de aquel agreste santuario, que hasta el oscuro ciprés, doblándose al viento, parecia medir sus compases, mientras la enredadera tejiendo su verde manto, le iba volviendo aroma por melodía y flores por sonidos.

¡Ah! tienen en mi alma tanta analogía las mujeres, las aves y las flores!!...

¡La historia de una doncella!

Sobre el mármol de la tumba fria, que la guardaba avara, junto á las aves y las flores, una pareja misteriosa, que iba todas las tardes á conversar con ella, grabó dos epitafios, adornados de pensamientos, violas y siemprevivas.

Encarnacion habia escrito:

Era jóven y bella.....
Cuán sensible su pérdida sería
Sinó siguiera siendo el alma de ella
Más bella todavía!!

Y decia verdad Encarnacion; cuando el triste sol de los muertos se dispone á morir tambien, se levantaba entre las sombras, una sombra de sombra que sin andar, se movia tanto, que iba hasta el apartado lugar en que se acariciaban dos esposos para llenarlos de besos y que, sin abrir sus labios, les hablaba tanto, que quedaban suspensos escuchando su muda armonía, hasta que al fin, más bella que nunca, se retiraba la vírgen aquella de los últimos amores á su lecho de siemprevivas, violas y pensamientos, apagando de un soplo su silueta fosfórica.

Allí habia escrito Alfredo:

Flor misteriosa en el eden creada,
Envuelta en su perfume celestial,

Juntos en su existencia enamorada
Vivian al furor del vendabal.
Mas ay.... al declararles cruda guerra,
Su fúria insana separó á los dos....
La flor marchita se bajó á la tierra
Y su perfume se subió hasta Dios!!

Nada se nos ocurre escribir allí á nosotros; pero en cámbio, regarémos aquellos versos con amargo llanto y dedicaré á Evelina las últimas letras de mi libro.

El sáuce lloron con sus lácias ramas y el oscuro cipres doblándose al viento, están adornando un sepulcro vacío; porque de la informe crisálida ha salido ya volando la mariposa. Evelina es ya un ángel que vive en la pátria de los enamorados, donde han ido al fin todos los personajes de esta historia.....

Y tú, lector, que has tenido paciencia para llegar hasta aquí, si al encontrarte solo con el autor de este libro, una vez en el cielo todos sus personajes, comprendes la diferencia entre lo terrenal y lo divino, perdóname, porque habiéndolo comprendido tambien, voy á enmudecer muy pronto.

La lengua habla de lo que rebosa el corazon, pero el mio, al querer derramar su amor en estas páginas, derramó tan solo un poco de tinta, sin conseguir hacer sensible ni un grado siquiera de su calor latente. ¡Es nuestro lenguaje tan imperfecto!... Por eso empezé con un suspiro, y ahora concluyo con una lágrima!!!

FÉ DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
13	27	*eta*	*yta*,
34	1	causó	causé,
34	22	tan bien	tambien,
41	7	sona desconocida	sona, desconocida,
50	6	druida	druidesa,
51	8	veinticinco	veinte,
63	21	quiere	quiera,
93	20	densidad	deidad,
96	8	de	del,
119	24	diez y siete	veinte,
133	15	adormido	adormidos,
165	13	estrechándolo	estrechándola,
166	16	elevado	clavado,
199	30	Dereartes	Descartes,
229	20	quince	veinte,
234	8	absorvente	absorbente,
275	21	costa	costra,
299	16	absorvente	absorbente.

ADVERTENCIA.

Habiendo aparecido este año de 1874 en Valencia otra novela con el mismo título y bajo el mismo criterio, no seria ocioso el recordar á nuestros lectores que la presente empezó á ver la luz pública en Julio del año pasado, sin que esta ligera advertencia sirva para brotar ni una duda sobre la originalidad de ninguna de las dos.

Hijas de la misma inspiracion, la pobre novela nuestra, se enorgulleceria, llamándola su hermana.

ÍNDICE.

PUNTOS DE VENTA.

En Barcelona: calle de la Palma de San Justo, número 9, tienda; en la calle de la Condesa de Sobradiel, número 1, tienda, y en todas las principales librerías.

